# ARMADA ESPAÑOLA

# ARMADA
# ESPAÑOLA

DESDE LA UNIÓN DE LOS

## REINOS DE CASTILLA Y DE ARAGÓN

POR

CESÁREO FERNÁNDEZ DURO

DE LAS REALES ACADEMIAS
DE LA HISTORIA Y DE BELLAS ARTES DE SAN FERNANDO

TOMO V

MADRID
EST. TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»
IMPRESORES DE LA REAL CASA
Paseo de San Vicente, núm. 20

1899

R.104640

# I.

## ENCUENTROS CON FRANCESES.

### 1650-1656.

Auxilios á los sostenedores de la *Fronde*.—Va escuadra al Gironda.—Ocupa la plaza de Bourg.—Protege el comercio de Burdeos impedido por el duque de Vendôme.—Rompe el bloqueo.—Se recobran los puertos de Gravelinga, Mardick y Dunquerque.—Se pierde el de Bourg.—Burdeos capitula.—Ataques del marqués de Santa Cruz en el rio y en la isla de Re.—Se retira.—Aventura del duque de Guisa.—Cómo corresponde á la generosidad del Rey.—Entra en Castelamare.—Escapa derrotado.—Combates en la costa de Cataluña.—Viaje de don Juan de Austria.—Gravísimo peligro en que se vió, atacado por argelinos.

TORPEZA política grande hubiera sido en los Ministros del rey D. Felipe no aprovecharse de la guerra civil que distraía y desviaba de nuestras fronteras á los ejércitos de Francia, sustentando la división interna y favoreciendo al partido que debilitaba al del mayor enemigo, esto es, al del cardenal Mazarino. Considerándolo bien se ajustó, por tanto, tratado de alianza con la duquesa de Longueville y el Mariscal de Turenne (30 de Abril de 1650), pactando la obligación de hostilizar á las tropas reales hasta conseguir la paz general y la libertad de los príncipes de la sangre, arbitrariamente detenidos, y después con éstos (6 de Noviembre de 1651) la prosecución de la guerra, facilitándoles naves, soldados y dinero, siempre en el concepto de lograr por este medio la paz deseada [1].

[1] Ambos tratados constan en la *Colección de Abreu y Bertodano*.

En las primeras negociaciones entendió D. Carlos, barón de Vatteville, caballero borgoñón, buen soldado y hábil diplomático, que gobernaba en San Sebastián, por haber surgido en el antiguo ducado de Guiena, y principalmente en la parte que bañan las aguas del Gironda y de sus afluentes, uno de los centros de oposición cimentado por el Parlamento de Burdeos; con tal variedad de ideas, personas y sucesos ensanchádose, que por término de dos años ofreció espectáculo extraordinario.

Primera y natural aspiración de los rebeldes á la autoridad del Ministro italiano, era el mantenimiento expedito de la vía fluvial de su comercio, fuente de los recursos, que con igual empeño trataba de obstruir el Gobierno central, valiéndose del castillo de Blaye, que, manteniéndose á su devoción, dominaba la corriente del Gironda, y de una escuadra de 20 navíos encomendada al almirante de Francia duque de Vendôme.

Nuestras fuerzas navales estaban ocupadas en el sitio de Barcelona; sólo pudieron destinarse á Burdeos tres fragatas, con las que D. José de Osorio sostenía la comunicación y el auxilio moral más que efectivo, hasta que en Pasajes hubo proporción de aprestar escuadra especial de ocho navíos y mayor número de Pinazas (1651), que el referido barón de Vatteville condujo en persona, ocupando y fortificando los puertos y villas de Talmont y Bourg-sur-Dordogne, de acuerdo con el príncipe de Condé [1]. Desde entonces desembarazaron la navegación del río batiendo á la armada superior de Vendôme, que quiso bloquearlo poco favorecida de la suerte [2].

[1] En el convenio firmado para entrega de esta última plaza, inserto en las *Mémoirs de Pierre Lenet concernant l'histoire du Prince de Condé*, se titula Don Carlos barón de Vatteville, Maese de campo general de los ejércitos del Rey Católico, General de su armada naval y plenipotenciario.

[2] En Real decreto, copiado en la *Colección Sans de Barutell*, art. 3.°, núm. 1.016, se elogia el proceder de la escuadra mandada por el almirante de Dunquerque, Antonio Menic, en el combate que sostuvo ante la Rochela con fuerza superior. Á él alude también la Memoria de los gastos de armadas presentada á las Cortes de Madrid por D. Luis de Oyanguren diciendo: «Año 1651. Se previno armada con que se ocupó la ría de Burdeus, y peleó sobre la Rochela con la de Francia, que

El archiduque Leopoldo la atrajo, por desgracia de ella, al poner sitio á Dunquerque, una vez recobradas las plazas de Gravelinga y de Mardick, pues acudiendo al socorro halló en el Paso de Calais á nuestra escuadra de Flandes y á la inglesa del almirante Blake, que en batallas sucesivas la deshicieron de manera que, de 20 navíos de guerra, 8 de fuego y 15 transportes que tenía, no escaparon de la destrucción ó la captura más que 13 de los más pequeños, pérdida grande que aceleró la rendición de la ciudad (10 de Septiembre de 1652), consintiendo envío de un cuerpo de ejército á la frontera de Francia [1].

Sin embargo, la habilidad del cardenal Mazarino, más que la pólvora, impidió el triunfo de la causa de los Príncipes, acomodando por un lado á gentes de influencia en la ciudad de Burdeos, y por otro á personajes dispuestos á cambiar de opinión y de bandera, cual el conde Doignon, que entregó á Brouage con las islas de Re y de Oleron y la escuadrilla de su cargo, prefiriendo, *al oro de España*, las ventajas ofrecidas en la corte.

Quejábanse los antimazarinos de la ineficacia de los auxilios, alegando ser insuficiente y mal pagada la subvención del

gobernaba el duque de Bandoma.» Aun, en carta del ministro D. Luis Méndez de Haro dirigida á Pierre Lenet en Septiembre de 1652, é inserta en sus Memorias, se lee: «Aunque los navíos de guerra no llegan á los 30 ofrecidos, han sido suficientes para tener abierta la comunicación del río de Burdeos, y lo hubieran sido asimismo para alcanzar señalada victoria sobre el enemigo si los bajeles (franceses) de Mr. Du Dognon hubieran peleado, á lo que sólo añadiré que me complace mucho saber que los del Rey se comportaron tan bien.» La mencionada Memoria de Oyanguren continúa: «Año 1652. Para las operaciones de Burdeos se previno en el puerto de Pasajes armada de 29 bajeles, y habiéndose recuperado Barcelona, pasó la armada á Cádiz, de donde se encaminó parte de ella á juntarse con la que estaba en Poniente.» Fué por almirante general de un trozo de esta armada don Juan de Echeverri. *Colección Sans de Barutell*, art. 2.º, núm. 144.

[1] Relación impresa en Madrid por Julián de Paredes. Las historias marítimas francesas de Boismelé y de Guérin callan la derrota del duque de Vendôme, de que hace ligero aprecio Mr. Martín, si bien expresa que fué causa de que la armada francesa no pudiera hacer frente á la española en el Gironda. En las Memorias de Pierre Lenet es donde se da por destruida. Otra relación española impresa s. a. n. l., de que hay ejemplar en la Biblioteca Nacional, sala de manuscritos, H. 86, refiere que salió nuestra armada de Flandes el 14 de Septiembre de 1652, y entró vencedora en Dunquerque llevando á remolque cuatro navíos franceses rendidos, con 600 prisioneros, y que el almirante Blake les tomó después otros 10 bajeles.

rey D. Felipe; que los soldados españoles iban casi desnudos y sin armas; que los bajeles se eternizaban en San Sebastián, dejando que en Bretaña reformara los suyos el derrotado duque de Vendôme; que la campaña languidecía, aunque se consiguieran triunfos tan notables como el de Chastillon, en que las tropas regidas por los mariscales d'Hoquincourt y Turenne fueron arrolladas. Quizá no les faltaba en todo la razón, aunque en mucho no la tuvieran; lo cierto es que la causa decaía. Bourg-sur-Dordogne, defendida por D. José de Osorio, tuvo que capitular (4 de Julio de 1653), sufrido por tierra y agua sitio en regla; Burdeos, cercada en seguida, experimentando á la par de la necesidad la presión de la demagogia desatada, abrió las puertas á los emisarios reales, suscribiendo condiciones de paz en 30 del propio mes, á tiempo en que 30 velas de la armada española remontaban el Gironda.

Don Felipe había ordenado con tiempo que partieran urgentemente de Pasajes ocho navíos de guerra, ocho de fuego y cuantas fragatas, pinazas y zabras pudieran despacharse [1], y que de Cádiz dieran la vela el marqués de Santa Cruz y el almirante D. Manuel Bañuelos con la armada del mar Océano, encareciéndoles la brevedad y la conveniencia de acudir á la ciudad cercada en interés del partido de los Príncipes [2]. Empezado el mes de Julio se significó al General la novedad que había causado á Su Majestad la entrada de los bajeles en el puerto de Santoña en vez de llevarlos directamente á Burdeos para dar calor y aliento á los débiles, apoderarse del puerto de Royan antes que lo hiciera el príncipe inglés Roberto uniéndose á los enemigos, y dar con eficacia el socorro ofrecido. Reiterábasele el mandato de llegar sin pérdida de momento y combatir de cualquier modo, en la inteligencia de que sin pelear no habría arbitrio que satisficiera al Rey [3]. Días después se le avisaba que, por causa de la dilación, habían decidido los de Burdeos tratar de ave-

[1] *Colección Sans de Barutell*, art. 3.°, núm. 1.016.
[2] Idem íd., art. 3.°, núm. 1.019.
[3] Idem íd., art. 3.°, núm. 1.020.

nencia con su soberano, pero que no por ello dejara de intentar el socorro y la batalla en conformidad de las órdenes anteriores [1].

Por último, con la seguridad de haberse concertado y sometido la plaza, obligada por la necesidad de bastimentos por no llegar el socorro, habiendo salido de su recinto la princesa de Condé y su hijo el duque de Enghien, se ordenaba todavía terminantemente al marqués de Santa Cruz que atacara á la armada enemiga [2].

Es de conjeturar que ésta no se dejara ver en aquellas aguas, toda vez que el único documento que trata de la campaña [3] no acusa su presencia hasta el 14 de Octubre, día en que se vieron entrar por el canal de Blaye ocho bergantines y tres galeras. El Marqués dispuso en el acto que se pusieran á la boca cuatro fragatas con dos navíos de fuego y fuera el teniente general D. Luis de Guzmán á reconocer el lugar en que habían penetrado. Resultó ser un caño inaccesible á los bajeles grandes por quedar sin agua en la vaciante de las mareas, y por ello pensó atacar á aquellas embarcaciones por tierra, haciendo preparativos que estuvieron á punto el 20 de Octubre. A las tres de la madrugada desembarcó los tres tercios de infantería de D. Melchor de la Cueva, duque de Veragua, y D. Francisco de Meneses, que empezaron á caminar en este orden por la orilla del agua, en ambos lados del canal. Las embarcaciones estaban al pie de un castillo dominante, del que también se amparaban un tercio de infantería francesa y otro de escoceses. Trabada con ellos escaramuza, vino llegándose de un pueblo inmediato otro

[1] *Colección Sans de Barutell*, art. 3.°, núm. 1.022.

[2] Idem íd., art. 3.°, núm. 1.023.

[3] *Relación de la Armada real que asiste en la ria de Burdeos en 21 de Octubre de 1653*. Manuscrito. Academia de la Historia, *Colección Salazar*, K. 19, fol. 30. Falta por registrar el Archivo de Simancas, donde han de estar, sin duda, los despachos en que se diera cuenta oficial de operaciones y sus consecuencias. Lo esencial de esta relación está confirmado en exposición que se conserva en la dicha *Colección Salazar*, núm. 48, fol. 241, de D. Pedro Nuño Colón de Portugal, duque de Veragua de la Vega, conde de Gelves, marqués de Jamaica y de Villanueva de Aliscar, vizconde de Torrequemada, según encabezaba los documentos cuando fué nombrado Capitán general de la armada del mar Océano.

cuerpo de caballería que se situó en un repecho. A todos hicieron cara los nuestros, dando tiempo á la pleamar, que se verificaba á las cinco de la tarde, y á esta hora sacaron del caño las tres galeras y siete de los bergantines. Incendiaron además dos fragatas, otros dos bergantines y 15 gabarrones por no serles posible ponerlos á flote, así como las casas del burgo, después de saquear los almacenes, en que se halló considerable acopio de víveres, y reembarcaron al anochecer sin pérdida de un hombre. El día siguiente cañonearon los bajeles al lugar de *Montaña* [1], tras lo cual desembarcó el marqués de Santa Cruz con 1.600 hombres, que saquearon igualmente el burgo.

Un golpe de mano intentado después contra la isla de Re no logró resultado, por falta del General y del Almirante, á juicio de Mr. Lenet, remitido á Madrid [2], y fuera por ello, ó porque la armada vino á invernar en Pasajes sin orden expresa, recibió el marqués de Santa Cruz la de prisión en el castillo de San Torcaz, al mismo tiempo que el almirante Bañuelos la iba á sufrir en el de Vélez [3]. Por segunda vez expiaba D. Alvaro de Bazán en el encierro culpas de la ocasión y de las circunstancias, y esto en momentos en que la clemencia real alzaba al conde de Linares el cumplimiento de algunos meses que faltaban para llenar la sentencia de suspensión á que fué condenado por lo de Orbitelo, perdonándole dicho tiempo para que volviera á ejercer el cargo de Capitán general de las galeras de España [4] en reemplazo del duque de Alburquerque, nombrado virrey de Méjico.

La campaña de los españoles en Guiena, ó más bien, la intimidad de relaciones que hubo por ella entre el rey D. Fe-

[1] Así en la relación de referencia; en el memorial del duque de Veragua, *Mertaña*.

[2] *Memorias de Pierre Lenet.*

[3] *Colección Sans de Barutell*, art. 3.°, núms. 1.025 á 1.027, y art. 2.°, núm. 152. Trata de la prisión, en términos poco lisonjeros para el marqués de Santa Cruz, un manuscrito de la Biblioteca Nacional, H. 86, págs. 65-71, titulado *Gacetas de Burdeos y de la Armada de España.*

[4] Real cédula de 24 de Mayo de 1653. *Colección Sans de Barutell*, art. 2.°, número 151, y *Colección Vargas Ponce*, Almirantes.

lipe y los Príncipes franceses, originó nuevas aventuras en el reino de Nápoles.

Es de recordar que, dominada la imponente sublevación popular de 1647 por D. Juan de Austria, y preso el duque de Guisa, estuvo en la fortaleza de Gaeta hasta que la escuadra de galeras lo condujo á España. Mandó el Rey trasladarle al alcázar de Segovia aposentado con regalo, para lo que le asignó mil ducados mensuales; salía á pasear diariamente en coche ó á caballo por los alrededores de la ciudad con amplitud, de que abusó, escapando. Prendiéronle de nuevo cerca de la frontera de Francia, y no se hizo, sin embargo, innovación en la vida y trato, reinstalado que fué en Segovia [1]. Los príncipes de Condé y de Conti manifestaron gran interés por su libertad, prometiéndose que había de servir á la propia causa y á la del Rey Católico con celo y reconocimiento, empeñando su honor, y aunque ofreciera dudas la sinceridad de las obligaciones visto el anterior proceder, accedió D. Felipe á las instancias de sus aliados, dándose por satisfecho con la palabra del caballero [2].

[1] *El Duque de Guisa en Nápoles.* Relación de la época, Academia de la Historia, *Colección de Jesuitas*, t. XLIII, fol. 203.

[2] Las cartas de la negociación están incluídas en las *Mémoirs de Pierre Lenet;* copio la esencial, suscrita por el duque de Guisa:

«Ayant pleu au Roy Catholique accorder aux instantes prières de M. le prince de Condé la liberté de M. le duc de Guise, a telles conditions que M. le prince jugeroit a propos, nous, Armand de Bourbon, prince de Conti, prince du sang, pair de France, tant en nostre nom que comme ayant charge de mondit sieur le prince, par son escript cy-joint, en date du 28 juin dernier, déclarons audit sieur duc de Guise, icy présent, que nous n'avons autres conditions a lui proposer, ny autres choses a luy demander, sinon qu'il promette et nous donne sa parole de conserver tousjours de souvenir du signalé bienfait qu'il reçoit présentement de Sadite Majesté, et de ne se servir jamais des intelligences et habitudes qu'il peut avoir à Naples contre son service, ains de prouver par tous moyens qui dependront de luy l'effect des traités faicts entre Sa Majesté Catholique et nous, pour parvenir à la paix générale entre les deux couronnes. Ce qui à été accepté par nous, Henri de Lorraine, duc de Guise, pair de France, avec tous les sentimens de reconnoissance et de respect que nous devous à Sa Majesté Catholique pour une grâce aussi grande que celle de la liberté que nous confessons debvoir a sa bonté royale et aux sollicitations qu'il à pleu à M. le prince faire pour l'obtenir de Sadite Majesté.—Fait à Bourg, le dernier aust 1652, en présence de M. Lenet, conseiller ordinaire du Roy en ses conseils, et plenipotentiaire de mesdits sieurs les princes. —Armand de Bourbon.—Henrri de Lorraine, duc de Guise.—Lenet.»
*Mémoirs de Pierre Lenet.*

Tan luego como se vió libre en su país solicitó del cardenal Mazarino fuerzas de mar y tierra con que se proponía volver á levantar el reino de Nápoles, sacarlo del poder de España y pagar á su manera la deuda de gratitud contraída con esta nación, al mismo tiempo que agenciaba los intereses de la suya; perspectiva tentadora que surtió efecto, alistándose en el puerto de Tolón armada de 25 navíos, gobernada por Mr. Paúl, y ejército de desembarco, con toda especie de provisiones y pertrechos [1].

Hiciéronse á la mar el 5 de Octubre con rumbo á Cerdeña y la Faviniana con intención de proveerse de ganado, y lo continuaron hacia el golfo de Nápoles, donde las escuadras de galeras del marqués de Bayona, el duque de Tursi y Joanetín Doria los siguieron á distancia, no contando con fuerza suficiente á la oposición. En Torre del Greco y la Anunciata desembarcaron la tropa expedicionaria, que caminó por tierra para tomar por la espalda á Castelamare á tiempo que por mar la cañoneaba la escuadra, y no siendo grande la resistencia, se instaló el de Guisa, anunciando en proclamas su llegada al país con los títulos de virrey y lugarteniente del Rey de Francia; pero en lugar de alzarse la población en masa, dócil á su voz é influencia, como creía, acudió á combatirle guiada por Carlo de la Gatta y el marqués de Torrecuso, poniéndole en precisión de reembarcar apresuradamente su gente derrotada. Por despedida saqueó á la ciudad, dejándola buena memoria de la visita.

Un navío de 40 cañones y cinco tartanas perdidas en la playa le costó la retirada, que las galeras espolearon, significándose la del cuatralbo D. Fernando Carrillo, distinguido

[1] Hay variedad en la apreciación de las fuerzas que componían la armada; entre los historiadores franceses, Mr. de Boismelé la supone de 40 navíos de toda especie; Mr. Guérin de 25 navíos, cinco galeras y seis barcas. Entre los españoles es término medio 23 navíos, seis galeras y muchas tartanas ó transportes. Los italianos Giannone y Parrino calculan en 7.000 infantes y 150 caballos las tropas de desembarco, expresando que llevaba la escuadra muchas armas para los partidarios que esperaba el duque de Guisa se le unirían desde que pusiera pie en tierra. Apuntó curiosas noticias del suceso D. García de Avellaneda, conde de Castrillo, Virrey á la sazón, en el testamento otorgado años después, documento importante inédito, en la Academia de la Historia, *Colección Salazar*, M. 158.

en las campañas anteriores de D. Juan de Austria [1]; y como el temporal se le mostrase hostil, ni más ni menos en la forzada travesía de invierno, dispersas las naves, perdida otra de las mayores con 600 personas sobre la roca de Mondragón, sin noticia de tres en que iban las provisiones, dió la vuelta á Tolón en 20 de Diciembre disimulando las proporciones del desastre y el desengaño de su loca presunción [2].

La aventura de condotiero, seguida de concentración de naves francesas en los puertos de Provenza, con su jefe el duque de Vendôme, aconsejó pasar al Mediterráneo la escuadra de Pasajes que había operado en Guiena, conduciéndola el duque de Veragua y D. Melchor de la Cueva, y unir la de Nápoles en guarda principal de la costa de Cataluña, donde, como era de presumir, se presentó la enemiga en el verano de 1655. Salió la nuestra de Barcelona en su demanda, contando seis galeones, seis navíos de Masebradi y cuatro fragatas de Dunquerque, á cargo de D. Luis Fernández de Córdoba, comendador de Alcántara, antiguo general de la carrera de las Indias, y no muy lejos, andadas 20 millas, avistó en la amanecida del 29 de Septiembre á la francesa, compuesta de 17 bajeles de guerra y cuatro de fuego.

Teniendo ésta la ventaja del barlovento á más de la del número, arribó sobre la vanguardia de Córdoba, cañoneando con todos sus buques á cinco que pudo cortar ó encontró separados; y como desaparejara por completo al galeón *San Martín* y parcialmente á la capitana de Dunquerque, lanzóles dos navíos de fuego sin éxito.

Al anochecer se separaron las escuadras, pasando el día 30 sin verse la francesa; la nuestra navegó en vuelta de Barcelona, de cuyo puerto salieron á incorporarse seis galeras de

[1] Muy pocos días hacía que había llegado á Nápoles Carrillo, acabando viaje rico en dificultades y peripecias, que hizo desde Vinaroz á Piombino conduciendo al cardenal de Retz, evadido de Francia. Temporales, varada, encuentro de corsarios, sublevación de la chusma, pusieron á prueba las condiciones del Capitán, tan superiores en todas las circunstancias, que merecieron cumplido elogio del referido Cardenal y de sus acompañantes, consignándolos el principal en los recuerdos que se dieron á luz con título de *Mémoirs de Guy Joly*.

[2] Relación manuscrita, Biblioteca Nacional, H. 86.

las escuadras de los marqueses de Bayona, de Flores Dávila y de Joanetín Doria, refuerzo con el que volvió á buscar á la enemiga, hallándola el 1.° de Octubre, para repetir, al poco más ó menos, lo de antes. Vendôme cargó con toda la fuerza sobre la vanguardia española, de la que únicamente cinco navíos sostuvieron el empuje, con la particularidad de hacerlo la almiranta de Dunquerque contra seis contrarios, que no se decidieron á abordarla, y la enviaron navío de fuego, que se consumió, lo mismo que los del ataque anterior, inútilmente. La variedad consistió en haber calmado el viento durante el cañoneo, lo que permitió á las galeras dar remolque á los navíos atrasados, visto lo cual se largaron los franceses, poco deseosos de un lance decisivo, volviéndose á invernar en su puerto de Tolón.

Tuvimos 60 muertos, comprendido el almirante general Juan de Matos, y 86 heridos, quedando algunos bajeles bastante averiados, sin embargo de lo que, se estimaron los nuestros victoriosos por el hecho de haber desalojado á los contrarios. Hicieron gala además de haber resistido con pocos á muchos [1]; resabio quijotesco con que procuraban disimular la insigne torpeza del resultado, estando casi equilibrada la fuerza de las escuadras.

Los franceses por su parte se dieron aires de triunfo asimismo, ocultando las bajas que tuvieron, y no creyendo de necesidad explicar por qué de muchos á pocos no lograron una sola presa, ni hicieron valer aquella *soi-disant* superioridad incontestable en el abordaje [2] en esta su última acción marítima de la guerra, tan lánguida ya en Cataluña, que por

[1] Relación impresa. Barrionuevo refiere en sus avisos que sitiado Palamós por mar y tierra en Octubre de 1655, teniendo los franceses 26 navíos y 16 barcos longos, socorrió á la plaza el marqués de Bayona con 17 galeras, y seguidamente 26 navíos nuestros que venian de Nápoles, pusieron en huida á la Armada francesa.

[2] No hay que explanar las opiniones del historiador Mr. Léon Guérin, conocido su sistema; según él, el 29 de Septiembre combatieron cinco navíos franceses con toda la escuadra española, que huyó, sin embargo, perseguida hasta Barcelona. Reforzada allí con las galeras de España é Italia volvió la cara, y el 1.° de Octubre se batió hasta que la circunstancia de la calma la favoreció en segunda escapada sin que los bajeles franceses pudieran perseguirla y acabarla de destruir.

estar casi ocioso D. Juan de Austria fué designado por su padre, el Rey, para suceder en el gobierno de los Países Bajos al archiduque Leopoldo, pasando por amargo trance en el viaje [1].

A diferencia de las ordinarias expediciones reales que se hacen con aparato ostentoso, se procuró en la presente encubrir con la preparación de pocos buques la ausencia de galas y de gente en ellos, y aun la adopción de derrota desusada, lejos de la costa, el objeto reservado de la comisión. El Príncipe recibió órdenes para marchar sigilosamente de Barcelona, llevando consigo los pocos criados que pudieran seguirle corriendo incógnito la posta desde cualquier punto de Italia á que arribara.

Con esta prevención embarcó D. Juan, sin despedirse de nadie, al anochecer el 4 de Marzo de 1656, llevando no más de dos galeras de la escuadra de Nápoles, gobernadas por el cuatralbo D. Fernando Carrillo. En la nombrada *San Juan* entró con Su Alteza el marqués Sierra, gobernador de las Armas de Cataluña, que iba á ejercer el mismo cargo en el Estado de Milán; Luis Pedrico, maestre de campo general, y el barón de Amato, general de la Artillería; en la otra galera, *Santa Ágata*, tomaron pasaje las personas de menos cuenta, con los bultos de recámara.

Ambas juntas hicieron rumbo á la isla de Mallorca y tomaron puerto en Alcudia, sin accidente, el día 5, por presentarse el tiempo borrascoso. El 8 volvieron á la mar con propósito de entrar en Mahón, y á poco descubrieron en medio del canal tres velas sospechosas que acreditaban marcha veloz siguiendo el rumbo mismo de las galeras.

Dijérase que tenían los argelinos olfato especial para descubrir la pista de personajes, registradas las fechorías. El duque de Arcos estuvo á punto de caer en sus manos cuando iba á posesionarse del virreinato de Nápoles (1646). El conde de Oñate corrió mayor peligro, perseguida de cerca su galera

[1] Fué éste el atribuído por D. Martín Fernández de Navarrete al Cardenal infante, que por su relación incluí erróneamente como tal en mis *Viajes regios*, página 243.

por tres de las turcas, al ir á desempeñar la embajada de Roma, y cuenta que llevaba á bordo 1.200.000 ducados de genoveses, 70.000 suyos, más la ropa y casa, que componían buena suma (1646). El marqués de Castel-Rodrigo escapó milagrosamente haciendo la travesía contraria, de Italia á España, pero dejó en poder de los cazadores la nave conductora de sus cofres [1].

De presente, adquirida la certeza de ser piratas berberiscos de fuerza superior los cercanos, no pudiendo volver al puerto por quedar á barlovento, ni consintiendo el estado de la mar armar los remos, arribaron las galeras sobre la costa más próxima, rogando el Cuatralbo y los pasajeros de autoridad á Su Alteza, que por no exponer su persona en trance tan difícil, tomara la falúa y saltara en tierra.

En modo alguno quiso hacerlo D. Juan, aunque diera mayor razón á los ruegos que se le dirigían la aparición de un cuarto bajel enemigo que se unió á los otros, aminorando la probabilidad de poder resistirlos. Lo que se hizo entonces fué buscar la posición más ventajosa á la huída y alargar la caza que proseguían los corsarios, procurando desunirlos; intento vano, pues daban bien á entender ser cursados en el oficio. Cuando llegaron á ponerse á tiro de cañón, rompieron el fuego sin gran efecto; luego lo hicieron con los mosquetes, situándose por banda y banda de la galera *San Juan*. En poco tiempo cayeron muertos el marqués Sierra y el Cómitre real; heridos, el maestre de campo Pedrico, varios oficiales y el cuatralbo D. Fernando Carrillo, á quien vació un ojo un mosquetazo, siendo muchas las bajas en la marinería, y sobre todo en los forzados, que constituían el mayor bulto. Así se desmoralizaron ellos tratando de desherrarse y pidiendo libertad, animados de los berberiscos que les gritaban ofreciéndosela. Los que estaban sin cadenas aprovecharon la oportunidad arrojándose al mar; los otros se metían bajo los bancos, de donde ni á cuchilladas se lograba hacerlos salir; de manera que, navegando en popa hacia la costa de Africa,

[1] Relación del viaje, escrita por el Marqués, en la *Colección Salazar*, núm. 54, folio 86.

sufrían las descargas, algo amenguadas desde que los piratas supieron, por los tránsfugas, el personaje que iba allí, pensando cautivarlo vivo.

La resolución del Príncipe de ofrecer á los forzados la libertad si contribuían á la suya, les inclinó á empuñar otra vez los remos bogando toda la noche, que por ser de luna no daba ocasión á hurtar el rumbo. Por fortuna se obscureció á cosa de las diez con chubascos repetidos, favoreciendo á los débiles y reanimando esperanzas que en la mar menos que en otra parte deben perderse hasta el último trance.

El día 9, al amanecer, se encontró sola la galera *San Juan*, corriendo á árbol seco á razón de siete millas por hora, y así continuó más de 20, aproximándose á Berbería. Cambiando allí el viento al Sur, tomó la vuelta de Levante libre de enemigos, si bien fatigada de la mar gruesa de golfo, que destrozó el espolón y obras muertas. Con todo, llegó al puerto de Alguer, en Cerdeña, el día 13, harto necesitada la gente de agua y de descanso para curar á los heridos.

Costeando los días siguientes tocó en Puerto Conde y en Asinara; pasó á Sacer, en Córcega, donde fué necesario desembarcar á D. Fernando Carrillo por la gravedad de su estado, y repuestas las provisiones, pasando á vista de Ajacio el día 20, con proa al Continente, entró el 23 en Génova.

No era fácil que sospecharan en la ciudad la presencia de persona de la familia Real de España en una galera sencilla, sola, malparada, escasa de gente y desprovista de comodidades. Don Juan de Austria pudo desembarcar de noche, disponer la partida, tomando caballos en San Pedro de Arenas, y correr la posta acompañado del barón de Amato y de dos criados de confianza [1].

Algún tiempo se ignoró en España la suerte de la otra galera, *Santa Ágata*, suponiendo se hubiera sumergido en el temporal que corrieron; pero habiendo apresado una de las

[1] Contaron la travesía con alguna variedad de incidentes Miguel Parets, *Crónica de los sucesos de Barcelona, Memorial histórico español*, t. XXV, cap. LXIX, y Fray Antonio de Santa María, *Patrocinio de Nuestra Señora, Discursos historiales*. Madrid, por Diego Díaz de la Carrera, año de 1666, en 4.°

de España, sobre Cartagena, á cierto bergantín corsario, declararon los cautivos que, habiéndola partido los árboles y muerto mucha gente á cañonazos, fué rendida y llevada á Argel con júbilo, porque además de la recámara y equipaje del Príncipe había embarcado considerable suma de dinero de mercaderes para comprar sedas en Génova. Posteriormente vinieron á Madrid dos emisarios con salvoconducto del gobernador de Orán á proponer el canje ó rescate de los prisioneros, que no llegó á realizarse por incidente que así refiere un noticiero [1]:

«Dos bergantines mallorquines, punto menos de galeras, con cien hombres de guerra cada uno, guiados de un espía, llegaron á una caleta de Argel, y echando cada uno cincuenta en tierra, asaltaron la quinta, casa y huerta de recreación del moro que tenía cautivos la mayor parte de los esclavos y gente que se perdieron en la galera *Santa Águeda* al pasar á Flandes el Sr. D. Juan de Austria, y con sólo pérdida de seis hombres y un capitán, dieron libertad al hijo de Antonio Palavicino, sobrino del marqués Sierra, y al capitán genovés y á todos los demás cautivos cristianos que hallaron, y se trujeron al moro, mujeres é hijos, y cuanto consigo tenían. Resolución por cierto gallarda, valiente y dichosa.»

[1] *Avisos de D. Jerónimo de Barrionuevo* (1554-1558), publicados por D. Antonio Paz y Melia en la *Colección de escritores castellanos*. Madrid, 1893, t. III, pág. 320. En el mismo tomo, pág. 66, y en el II, pág. 369, se relata el viaje de las galeras.

# II.

## ENCUENTROS CON INGLESES.

### 1655-1658.

Negociaciones con el protector Cromwell.—Su mala fe.—Envía escuadra al Mediterráneo.—Es agasajada en nuestros puertos.—Ataca por sorpresa á la flota de Tierra Firme.—Júbilo en Londres al ver la plata.—Represalia en España.—Embargo en los bienes de súbditos ingleses.—Llega la flota de Nueva España á Canarias y desembarca el tesoro.—Destruye las naves el almirante Blake.—Su obra en la organización de la marina británica.—Estado de la nuestra.—Recúrrese al corso.—Efectos que produce.—Arruina al comercio inglés.—Alianza de Cromwell con Francia para combatirlo.—Piérdense los puertos de Flandes.

VANZANDO la revolución terrible que llevó al patíbulo al rey Carlos I de Inglaterra; constituído el pueblo en república, que aclamó protector, dictador en realidad, á Oliverio Cromwell, había ido deshaciendo y aniquilando á los partidarios de la realeza que en Flandes y Escocia prolongaban la resistencia; y aunque en un principio contaran los Stuardos con la devoción de la marina militar gobernada por el príncipe palatino Roberto de Baviera, excelente general, no teniendo sus navíos base de operaciones, rechazados en los puertos donde pretendían admisión, se fueron consumiendo, al paso que por la energía y otras condiciones singulares de Oliverio se fundaba y maravillosamente crecía la marina nueva.

El príncipe Roberto pretendió en España lo que no le habían acordado en Francia; cinco de sus navíos fueron detenidos en Cartagena por demandar con amenaza los derechos de beligerante, y porque otros habían cometido actos de

hostilidad contra ingleses en Málaga y Gibraltar; mas si fué obligado al respeto de nuestras aguas jurisdiccionales, también se rechazó la demanda arrogante de una escuadra del Parlamento, ó sea de Cromwell, que surgió en Santander reclamando la entrega de los bajeles que arbolaban la bandera real.

Así en todo procediera entero y digno el Gobierno en las negociaciones con el de la nación britána, sin imitar ni exceder al más vecino en la negociación que muchos hombres de conciencia y de entendimiento reprobaban; porque hubo de considerarse que dejando á un lado en la corte del Rey católico, ni más ni menos que en la del Rey cristianísimo, las ideas autoritarias de tradición, se disputara alianza con el regicida antipapista, que, halagado con la solicitud de los dos soberanos más poderosos en el concierto europeo, se hacía de rogar entreteniéndolos mientras abiertamente atacaba á la concurrencia mercantil y militar de la república de Holanda en las aguas y ensayaba en la balanza del interés á qué lado le convendría inclinarla.

A España pedía por precio de amistad el libre comercio en las Indias y el privilegio de compra de lanas, aparte de ciertas cláusulas relacionadas con asuntos de fe religiosa que por sí solas imposibilitaban la inteligencia; no pareció, sin embargo, que le mortificara la negativa, ni dejó de seguir las negociaciones mientras no acabó la guerra con Holanda (1653). Aun después significó la mejor disposición, brindando los servicios de la escuadra que iba á enviar al Mediterráneo en persecución de las naves del príncipe Roberto y castigo de los corsarios berberiscos, por si se creía de utilidad contra la algarada del duque de Guisa, ofrecimiento agradecido, por el que se dispensó á tal escuadra en Cádiz acogida más que amistosa [1].

Había salido de Inglaterra casi al mismo tiempo otra muy poderosa destinada á las Indias occidentales, que preocupaba; habíase firmado allí tratado reconociendo la indepen-

[1] Lingard, Campbell, Lediard, historiadores ingleses.

dencia y soberanía de Portugal á cambio de concesiones contrarias á España, por cuanto se juzgaban depresivas y perjudiciales á Portugal mismo [1]; no existían, sin embargo, razones positivas con que desautorizar las protestas y seguridades amistosas del Protector.

A todo evento se adoptaron algunas precauciones, sospechando que para algo más que el ejercicio de los equipajes se mantenía cruzando en las aguas de Cádiz y del cabo de San Vicente armada de 30 navíos con 1.040 cañones y 5.300 hombres [2], siendo principal la de acelerar el armamento de la escuadra de la guarda de Indias, echándola á la mar en el mes de Agosto (1655) con 35 velas, 28 de guerra y seis de fuego, á cargo del general D. Pablo Fernández de Contreras y de su almirante D. Juan Castaños; mas siendo medida de prevención, no teniendo facultad para otra cosa que la eterna defensiva, aunque con el ánimo mejor y harto provocativo, pasó una vez y otra á tiro de cañón de los bajeles ingleses, aguantándose en la costa de Portugal de Agosto á Octubre, no se dieron por entendidos los britanos, esperando pacientes la hora de su mandato [3]. Sonara desde luego si las flotas

[1] «En Inglaterra, escribía Barrionuevo en sus *Avisos* (t. I, pág. 54), han hecho concordia, liga y amistad con el Portugués. Ya está aquí (Septiembre de 1654) un tanto de ella. Es en esta forma: que el Portugués no pueda vender su especieria ni drogas á nadie si no es al Inglés, el cual se hace caja para repartirlas por su mano en toda Europa, y que pueda ir al Brasil y demás partes á cargar, pagando los precios y derechos en Lisboa, con que excusa el Portugués de convoyar sus navíos y otros riesgos de pérdidas y tormentas. Ayúdanse el uno al otro; en particular ingleses lo han de hacer de vituallas y municiones siempre que se les pidiere, y asimismo de navíos y gente, *con que me parece que Portugal se ha rematado para siempre jamás*. Estos tratados se concluyeron cuatro días después de haber degollado al hermano del Embajador de Portugal.»

El juicio formado en los primeros momentos no difiere del que en nuestros días ha emitido M. Martin (*Histoire de France*) consignando que Portugal se sometió á una especie de vasallaje comercial, á una dominación indirecta, á una explotación extranjera perdurable.

[2] El referido Barrionuevo recogió (t. I, pág. 168) estado de la composición y fuerza.

[3] Carta enviada de Sevilla á D. José Pardo de Figueroa con fecha 10 de Agosto de 1659, *Colección Navarrete*, t. VII, núm. 36. Carta del general D. Pablo Fernández de Contreras al duque de Medinaceli desde el cabo de San Vicente á 27 de Agosto. La misma colección. Diario de navegación de la armada del general D. Pablo Fer-

de Indias hubieran parecido por el horizonte; no siendo así, continuaron hasta que la noticia de agresiones cometidas por allá no les consintió prolongar el disimulo.

Dictó entonces la indignación orden severa de represalia contra las naves y los bienes de súbditos de la Gran Bretaña, con otras que rompían toda especie de relaciones [1], á que respondió, como sorprendido, el Protector con manifiesto público, por el que se decía cargado de razón, haciendo reseña histórica de agravios inferidos á los ingleses y á su religión desde los tiempos de Felipe II.

Los almirantes Blake y Montague bloquearon al punto con fuerzas pujantes á la escuadra de Cádiz, única á que habían reducido la Armada española el abandono y la penuria; corrieron el litoral, hicieron desembarcos de merodeo en las inmediaciones de Marbella, Cartagena, Motril, Ayamonte y Sanlúcar, no sin costarles sangre [2]; entraron en Málaga, indefensa, á estorbar la *vendeja*, ó sea extracción de pasa y vino por buques extranjeros, quemaron varios y cañonearon á la ciudad, causando daños en muchos edificios, singularmente en la Catedral [3], discurrieron planes para apoderarse de Gibraltar ó de Cádiz, hasta conseguir el objetivo de la campaña y aun de la guerra, la captura de una flota de Indias, que hicieron de esta manera:

En el mes de Septiembre de 1656 recaló sobre el cabo de San Vicente la flota de Tierra-Firme, reducida por varios accidentes á ocho velas; el galeón de D. Juan de Hoyos, que hacía cabeza eventualmente; otro en que regresaba con la familia el marqués de Baydes, gobernador de Chile [4]; dos

nández de Contreras, *Colección Vargas Ponce*, leg. 2, núm. 130. Prevenciones á Cádiz, *Colección Sans de Barutell*, art. 3.°, núm. 1.039.

[1] «Gran pérdida la del embargo, pero fué mayor la del comercio, que se abrió á los holandeses *por esta guerra inconsiderada.*» Thomas Lediard, *Histoire navale d'Angleterre*. Lyon, 1751. David Hume, *The History of Great Britain*. London, 1757.

[2] Barrionuevo, *Avisos*, t. II, págs. 440, 448, 468 y 494.

[3] Idem, id., t. III, pág. 93.—*Refiérese con puntualidad la hostilidad de invasión que cinco navios de ingleses hicieron en la ciudad de Málaga*. Ms. Academia de la Historia, *Colección Salazar*, K. 9, fol. 89.

[4] Don Francisco López de Zúñiga, marqués de Baydes, conde del Pedroso, go-

urcas armadas en guerra y tres naos mercantes de particulares. No tenían noticia del rompimiento de hostilidades, por lo que sin recelo alguno siguieron la derrota ordinaria á Cádiz, y cerca de la bahía fueron sorprendidos y atacados por la escuadra inglesa. Defendiéndose con toda desventaja más de seis horas, las urcas entraron en la bahía y embarrancaron en la costa; dos de los mercantes lograron refugiarse en Gibraltar; el galeón del Marqués se incendió; otro fué sumergido, y apresado el de D. Juan de Hoyos con la nave restante, proporcionando á los britanos suficiente botín todavía, pues pasó, según ellos, de dos millones de pesos.

Entre los actos tiránicos de Cromwell, ninguno como el de la entrada en Londres con aparato de música y banderas, á manera de triunfo, de los carros conductores de la plata; de éste, que esperaba para hacer la declaración oficial de guerra á España [1], le procuró entre el pueblo inglés tanta popularidad y entusiasmo. El Parlamento votó una fiesta á la Divinidad, en acción de gracias por tan gran beneficio; escribiéronle elogios en prosa y verso, relatando el suceso de forma que acallara á la conciencia de los timoratos; brindáronle con la corona, y no fué de los menores el obsequio de la parte de presa que le adjudicaron ó se tomó [2].

bernador en Chile, que rechazó la invasión de holandeses en 1641 é hizo la paz de Quillen con los araucanos.

[1] J. Campbell, *Lives of the British admirals.*

[2] El citado Dr. Campbell no disimula la mala impresión de los comienzos de la guerra que, una y otra vez dice, se emprendió rastreramente por Cromwell en provecho suyo, con idea de llenar los cofres. Mr. Waller le dedicó en cambio un poema ditirámbico. Entre las relaciones de actualidad aprovechadas á su tiempo en las historias generales, pareció que se distraería la atención del punto esencial en la forma del ataque á la flota, aseverando que si bien el almirante Stayner tenía á sus órdenes una escuadra, lo realizó con no más de tres *fragatas*, á saber: *the Speaker; the Bridwater* y *the Plymouth*, y que procedieron con humanidad salvando la vida á dos hijas del marqués de Badajoz, gobernador del Perú, ó Virrey de Méjico (*sic*), y á unas cien personas del galeón incendiado. He visto una de estas relaciones, titulada:

*Narration veritable du dernier svcces qu'il a plev o Dieu donner a vne partie de la Flotte de la Republique d'Angleterre sur la côte d'Espagne, contre la Flotte des Indies Occidentales du Roy d'Espagne retournant a Cadis. Traduite de la copie imprimée a Londres par ordre de son Altesse Mylord Protecteur et du Parlement d'Angleterre. Hen. Scobell Clerc du Parlement*, 4 hojas en 4.°

La impresión dolorosa en la corte de España se significó por contraste, haciendo cargos injustos y novelas injuriosas contra los que sufrieron la desdicha del combate, sin que el sacrificio de la vida pusiera á cubierto su honra[1].

A la flota de Nueva España se envió aviso oportuno del peligro, por el que hizo rumbo á las islas Canarias y fondeó sin accidente en Santa Cruz de Tenerife, corriendo el mes de Febrero de 1657. Tampoco venían en ella más que dos navíos de guerra, poca fuerza para tenerla por segura en rada abierta y mal defendida por las baterías de la ciudad, y así en ella se procedió al desembarco del tesoro, dando el general D. Diego de Egues y Beamont, á los maestres y capitanes de las naos mercantes, orden de hacerlo con todo el cargamento en plazo de dos meses, en razón de la falta de recursos del puerto; pero no lo necesitó tan largo el almirante inglés Roberto Blake para saber por conducto de oficiosos neutrales la arribada de la flota, cuyo registro se hacía ascender á diez millones y medio de pesos, y lanzarse en su busca.

El 25 de Abril, con noticia del fallecimiento de D. Pedro de Ursúa, conde de Gerena, general de galeones y cuñado de D. Diego[2], hizo la capitana honores fúnebres de funesto

[1] Según los *Avisos*, varios y contradictorios de Barrionuevo (t. III), como eco de la conversación en los corrillos, dijose al principio que se portó bizarramente el capitán Calderón, incendiando en último extremo su navío por que no cayera en manos de los ingleses, pero que D. Juan de Hoyos se rindió vilmente por traer su navío cargado hasta los topes, de manera que ni se pudieron jugar más de ocho piezas de artillería, ni revolver la gente en la cubierta. Á medida que llegaron los supervivientes, puestos en tierra en Lagos por los ingleses, se fueron reformando las apreciaciones, sabiendo que Hoyos murió de las heridas recibidas en el combate, y que las olas habían llevado á las playas de Rota los cadáveres del marqués y marquesa de Baydes. Uno de los postreros avisos de Madrid decía: «Ya está aquí el capitán Calderón, que se pegó fuego sin querer rendirse. Es un valiente hombre de hasta treinta y seis años, robusto, levantado, moreno, espaldudo y gigantesco. Refiere la desdicha de todos con harta modestia. Afirma murió Hoyos.» (Tomo III, pág. 85.) Las fuerzas de que este capitán disponía, y se perdieron, según documento de la Biblioteca Nacional, Ms. H. 86, fol. 360, eran:

| | | |
|---|---|---|
| Capitana, 26 cañones de bronce..... | 400 hombres, | apresada. |
| Capitanilla de Cartagena, 24 ídem íd..... | 200 » | quemada. |
| Urca de Juan Rodríguez, 30 piezas de bronce y hierro. | 200 » | » |
| Urca de Juan de la Torre, 26 ídem íd..... | | apresada. |
| Urca de D. José P. de Paredes..... | | varada. |

[2] *Relacion de los servicios de D. Miguel de Ursua y Arizmendi, Caballero de la Or-*

presagio, pues el 29 por la noche llegó un barco costero de Las Palmas con nueva de haber divisado en la mar treinta y seis velas, aviso cierto que no tardó en confirmar la aparición de la armada.

Las naves españolas se acoderaron en línea lo más cerca posible de las baterías; eran ocho mercantes, dos galeones y un patache[1]; á bordo acudieron presurosamente los pasajeros, y aun los enfermos, queriendo ocupar los puestos, en que estaban la mañana del 30, al aproximarse á favor de la brisa la escuadra enemiga. Veintiocho navíos fondearon á tiro de mosquete de los nuestros, en ventajosa posición, rompiendo fuego vivísimo, que fué respondido. A la vela quedó una división de reserva, y algo apartada de la línea, la capitana de Blake, que no tomó parte en la acción.

Resistieron las naos mercantes más de lo que podía esperarse de ellas; con todo, no tardaron en ser abandonadas de la gente propia y abordadas de lanchas inglesas, que por el daño de las baterías no consiguieron marinar, y las incendiaron. Desde entonces los cañones de la escuadra entera hicie-

*den de Calatrava, Conde de Xerena, Vizconde de Ursua, Baron de Otticuren, Señor de las Casas de Arizmendi, Gentania, Urtalcoa y Nas, y de las del Conde de Xerena, mi padre.* Impreso en 2 hojas folio. *Colección de Jesuitas*, t. XLIII, fol. 55. Dice que D. Pedro de Ursúa y Arizmendi, caballero de Santiago, del Consejo de Guerra, señor de las Casas referidas, sirvió treinta y ocho años con plazas de soldado, capitán, almirante y capitán general. Después de los combates con la escuadra holandesa sobre Cabañas, donde fué herido en el brazo derecho, recibió la merced de los títulos de conde de Xerena y vizconde de Ursúa.

[1] Á saber:

Capitana *Jesús María:* general, D. Diego de Egues; capitán, D. José Márquez.

Almiranta *Concepción:* almirante, D. José Centeno; capitán, D. Juan de Bobadilla.

MERCANTES.

Nao *Nuestra Señora de los Reyes:* capitán, Roque Galindo.
» *San Juan Colorado,* de Honduras: capitán, Sebastián Martínez.
» *Santo Cristo de Buen Viaje:* capitán, Pedro de Arana.
» *Campechano grande:* capitán, Pedro de Urguía.
» *Campechano chico:* capitán, Miguel de Elizondo.
» *Vizcaína:* capitán, Cristóbal de Aguilar.
» *Sacramento:* capitán, Francisco de Villegas.
» *Nuestra Señora de la Soledad:* capitán, Istueta.
» *Patache:* capitán, Pedro de Orihuela.

ron blanco de la capitana y almiranta, bizarramente sostenidas más de cuatro horas con el destrozo que es de pensar, y sin otro recurso, porque no quedaran al enemigo trofeos de la victoria, ordenó D. Diego minarlas, y volaron con muerte de algunos contrarios.

Cuenta Viera [1] que el almirante Blake intimó á D. Diego la rendición antes del ataque, y que, siéndole contestado por el general español «que venga acá, si quiere», Blake quiso y se arrojó á la batalla. El parte de Egues al Rey, escrito con concisión y modestia, no hace mérito de tal incidente [2]; se lamenta, sí, de la poca ayuda que el general D. Alonso Dávila, gobernador de la isla, le prestó, notando que con haber 60 cañones montados en los castillos, bien que fueran de pequeño calibre, no echaron á fondo ninguno de los navíos enemigos, ni desarbolaron más que á uno, prueba de estar mal manejados.

Personas señaladas murieron de nuestra parte: D. Pedro de Argos, D. Pedro de Medina, el piloto mayor Lázaro Beato, D. Pedro Navarrete y el capitán Elizondo. Algunos se ahogaron, y salió quemado y herido el almirante D. José Centeno, con otros muchos, refiriéndose como notable ocurrencia que el P. Fr. Andrés Valdecebro, naturalista, autor de una obra ornitológica, que venía á bordo, en medio de tantas desgracias lamentaba la pérdida de cuatro colibrís ó pájaros moscas de especie muy rara, que traía de las Indias esmeradamente conservados.

Tres lanchas inglesas trataron de abordar á la capitana después de incendiada, por la satisfacción de tomar el estandarte, y arrojándose los soldados españoles á impedirlo, apresaron á una de las lanchas, poniendo en huída á las demás. El fuego enemigo se dirigió entonces sobre los castillos, disparando sobre cinco mil proyectiles sin efecto, ni otro daño

[1] Viera y Clavijo, *Noticias de la historia general de las islas de Canarias*, t. III, página 258.

[2] Lo he dado á luz, con otros documentos comprobantes del suceso, en el *Bosquejo biográfico del almirante D. Diego de Egues y Beamont, y relación del combate naval que sostuvo con ingleses en Santa Cruz de Tenerife*. Sevilla, imprenta de *La Andalucía*, 1892.

que en cinco individuos, uno de ellos Fr. Francisco de Monsalve, religioso de San Agustín. Díjose, por noticia de holandeses, siempre sospechosa, que en la armada asaltante hubo más de quinientos muertos [1].

Cuando llegaron á Inglaterra las nuevas de la acción, calificada de heroica y prodigiosa, mandó Cromwell que se enviara al almirante Blake una sortija con brillante de valor de 500 libras esterlinas, y se diera otra de ciento, en albricias, al capitán que condujo los despachos á Londres. Fueron los últimos honores, como la hazaña del gran marinero que se hallaba ya, cuando acometió á Tenerife, atacado de hidropesía y escorbuto, y queriendo restituirse á la patria, al entrar en la bahía de Plymouth murió á bordo de su navío *San Jorge*, el 17 de Agosto.

Más que la acometida á una flota de mercantes, puesta por historiadores ingleses entre los hechos gloriosos y admirables de la marina británica, desfigurándolo y sentando que su escuadra «era apenas superior en fuerza nominal [2]», mucho más que la fiesta pública, ordenada por el Parlamento, y que la carta autógrafa del Protector, acompañando su retrato con cerco de brillantes, merecieron encomio y galardón los trabajos ignorados y verdaderamente admirables de Roberto Blake, el estudiante de Oxford, miliciano de ocasión, almirante improvisado, que sin otro específico secreto que la voluntad, transformó, ó dicho con más propiedad, creó la marina militar inglesa, cual después se ha conocido, cimentando su existencia en la disciplina inexorable de alto á bajo, en la fijación de principios del deber y de obligaciones del servicio que produjeron la actividad perpetua, la rapidez en las maniobras, en el manejo de la artillería, en toda acción colectiva, insuperables.

Volviendo á lo de Tenerife, el Rey de España dió gracias á los vecinos de Santa Cruz, donando á la ciudad las piezas de artillería de los navíos incendiados. A D. Diego de Egues,

[1] Según Campbell, fueron 48 muertos y 120 heridos.

[2] *Narrative of the late success, published by order of Parliament*, 28 May 1657.

con satisfactoria cédula en que se daba por bien servido, hizo merced de encomienda de indios, como también al almirante Centeno; y no encontrándose en disposición de hacer armamento que recogiera el Tesoro y afrontara en el camino á las escuadras inglesas, determinó que se diera en aquella isla por fenecido el viaje de la flota y se cancelasen los registros, cometiendo la ejecución con absoluta y libre facultad al mismo Egues; y lo hizo tan á satisfacción, que, hallando fraude en los registros, por derechos reales ganó la Hacienda más de lo perdido en el desastre. El resultado de la liquidación embarcó luego en dos barcuchos de cabotaje, llegando con él al Puerto de Santa María en Marzo de 1658 [1].

No estaba el Rey en disposición de hacer armamentos navales, he dicho; eran los ingleses dueños del mar, habiendo estacionado en el litoral de Andalucía hasta 60 bajeles de porte, artillería y organización reconocidamente superiores á los nuestros, encerrados en Cádiz, y no había que pensar en la oposición de las galeras, experimentada su flaqueza con escaramuza desde el puerto de Gibraltar, de la que salieron trabajosamente, deshechos los cascos á balazos y muerta mucha gente; mas no dejaron de buscarse recursos con que hacer frente á la necesidad: el Gobierno por sí apuró los extremos del crédito, ordenando la construcción de grandes vasos; estimuló el patriotismo en las provincias marítimas, pidiendo contribuyeran con un galeón, cuando menos; suscribió asientos con personas acaudaladas, otorgando ventajas y honores á la creación de escuadras, como se hizo con don Miguel de Oquendo, que puso en la mar, de su cuenta, una de seis galeones y un patache [2], y con D. Facundo Cabeza de Vaca, armador con títulos de gobernador y general, de otra de seis navíos y dos pataches [3]; se ajustó la compra de 30 va-

[1] Carta al Rey dando cuenta del viaje en salvamento. Academia de la Historia, *Colección Salazar*, C. 32.

[2] Firmóse la capitulación en 14 de Octubre de 1656. *Colección Vargas Ponce*, legajo 2.

[3] El mismo año de 1656. *Memorial de la calidad y servicios de D. Facundo Andrés Cabeza de Vaca*..... Impreso en Madrid, en la oficina de Melchor Álvarez; 29 hojas en folio. Academia de la Historia, *Colección Salazar*, E. 10.

sos en Holanda, á pagar una tercera parte en metálico y las otras dos en sal de las Indias [1]; por último, acudiendo á un medio que en todos tiempos fué repulsivo al Gobierno, según acreditan los hechos relatados desde la primera pragmática de D. Fernando *el Católico*, se abrió la mano á los *corsistas* [2], expidiendo patente á quien la quería é incitando á tomarlas á personas de viso, tales como el capitán Antonio de Veroiz, que armó ocho fragatas de á 30 cañones, ó el marqués de Villarubia, que sostuvo otras tantas, siendo muchas las que sostenían una ó dos [3].

Dióse además asilo y protección á los bajeles del príncipe Roberto, y de otros *corsistas* ingleses que arbolaban la bandera real de los Stuardos, así como autorización al maestre de campo D. Juan Patricio para usar de la española en 20 fragatas irlandesas, traer á nuestros puertos las presas y venderlas [4]; y como en los puertos de Flandes estaba el Almirantazgo autorizado para tomar á su servicio holandeses, tan lastimados y resentidos por la pasada guerra, fué considerable el número de los que se pusieron de nuestra parte.

Todavía, durante la prosecución de la guerra, se extendió el permiso á los armadores dinamarqueses, y no transcurrió mucho tiempo sin tocar los efectos de la medida general, porque, con acuerdo entre los directores de los *corsistas*, situaron bajeles en los estrechos y cabos de recalada; en el Mediterráneo, en Algeciras y Ceuta, por primera línea; en los extremos de Córcega y Cerdeña, la segunda, que tomaron á su cuidado los mallorquines; en el Océano, los cabos de San Vicente, Berlingas y Finisterre, así como las islas Canarias y Terceras eran las estaciones preferentes, exceptuando el Canal de la Mancha, en que por el Norte cruzaban los flamencos, y por el Sur los cántabros. Las escuadras inglesas

[1] Barrionuevo, *Avisos*, t. III, págs. 215, 295 y 306.

[2] Corsistas se nombran en los documentos firmados en esta época por D. Felipe IV.

[3] En el art. 2.º de la *Colección Sans de Barutell* hay muchas patentes, y algunas más en las de Vargas Ponce y Navarrete.

[4] Real cédula expedida en Madrid á 10 de Abril de 1656. *Colección Salazar*, K. 40, folio 94.

tuvieron que dividirse y distraerse en escoltar convoyes de mercantes, y aun así experimentaron éstos pérdidas de consideración, bastante á producir la quiebra de casas de banca y levantar en Inglaterra clamoreo contra los perjuicios de la guerra. La represalia de los españoles, consignó el historiador francés, Mr. Martín, fué más dura de lo que pensaba el Protector; causó aprehensión de navíos superior á la que los ingleses habían hecho á Holanda, apreciación conforme con la de D. Hume, según el cual quedó destruído el ventajoso comercio de Inglaterra, que perdió en poco tiempo más de mil quinientos bajeles.

El escozor incitó á Cromwell á la aceptación de alianza con Francia, llevando por objeto el reparo de los puertos de Flandes, por ser los que mayor daño le causaban á las puertas de casa; así, en las estipulaciones convenidas en Marzo de 1657, fijó la condición de ocupar y poseer las plazas de Mardick y Dunquerque, contribuyendo á la conquista con 6.000 hombres en tierra y 50 navíos en la mar; concierto que si bien trajo á nuestro campo á los hijos del infortunado rey Carlos I [1], con la nobleza de Inglaterra y de Escocia, refugiada hasta entonces en los dominios de Luis XIV, produjo la rendición definitiva de las citadas plazas, más la de Gravelinga [2].

[1] Dióse entonces al segundo Jorge Stuart, duque de York, el título puramente nominal y honorífico de Capitán general de la armada del mar Océano.

[2] Mardick capituló en Octubre de 1657; Dunquerque en Mayo, y Gravelinga en Agosto de 1658.

# III.

## INDIAS OCCIDENTALES.

### 1650-1665.

Se destinan las armadas de la guarda á otras atenciones.—Consecuencias.—Avance de los extranjeros.—Ocupan las islas de Barlovento y la Guayana.—Sus procedimientos.—Bucaneros.—Flibusteros.—Pechilingues.—Hacen nido en la isla Tortuga.—Expedición organizada en Santo Domingo contra ellos.—Se rinden.—Aparece escuadra inglesa.—Desembarca considerable ejército en la Española.—Lo derrotan los campesinos.—Pasa á Jamaica.—Se instala.—Convierte á la isla en cuartel general de piratas.—Ojea á las flotas.—Razonamiento de Cromwell.—Depredaciones.—Desaliento de los colonos.

SENTADO queda en los capítulos VIII y XVIII del tomo anterior á éste el avance insensible de holandeses, ingleses y franceses por los territorios dilatados al Norte de la Florida y por las islas que bordean el mar Caribe. La presencia de la armada de la guarda de Indias, y la pujanza con que en las expediciones de D. Fadrique de Toledo, del marqués de Cadereyta, de Ibarra, de Montano y de Pimienta fueron desalojados, contuvo el progreso invasor, contribuyendo no poco la institución de la armada especial de Barlovento (1643), compuesta de 12 bajeles y dos pataches, pagada por las colonias y destinada á sus necesidades [1]. Mientras cruzó las aguas tropicales rigiéndola los generales D. Pedro Vélez de Medrano, D. Juan de Urbina y el almirante D. Juan Pujades, algún

[1] Están reunidos los documentos respectivos, desde el origen, en la *Colección Navarrete*, t. x, núm. 40, y recopiladas las instrucciones para los generales de flotas en la Academia de la Historia, *Colección Salazar*, N. 57.

que otro ejemplar hecho en piratas les tuvo en respeto; mas no pasó mucho tiempo sin que el cúmulo de atenciones de la metrópoli obligara á distraerla de su cometido para escolta de las flotas primero, y para agregarla á la armada del Océano después; y como transcurrieran años sin verla y sin que fueran de España siquiera las expediciones ordinarias, volvieron á salir de las guaridas los espumadores de mar, multiplicándose, llamando al concurso y cooperación á otros de la misma laya, que corriendo de isla en isla consiguieron ocupar ó instalarse en parte de la Guadalupe, Martinica, Santos, Marigalante, Granada, Santa Lucía, Santa Cruz, Barbada, Antigua, Vírgenes....., en una palabra, en cuantas forman la cadena de las llamadas, en general, de Barlovento ó Antillas menores, desde las bocas del Orinoco hasta Puerto Rico, partiendo de las de San Cristóbal y San Martín, primeras pobladas en conjunto de individuos de las tres naciones desde 1627.

Abriendo más y más el apetito lo adquirido, adelantaron por un extremo al Continente, entrando por las bocas del Orinoco, mientras por el otro se introdujeron en la costa Norte de la Española, entonces deshabitada, é hicieron en cada puerto estación ó refugio á los mil barquichuelos con que infestaban la mar.

Esta expansión, que no se verificó sencilla ni pacíficamente, tiene historias particulares, entre las que, la referente á colonos franceses, escrita por un eclesiástico, literato, patriota y clérigo de manga ancha [1], es obra de mucha utilidad como medicación á la sensiblería de otras posteriores [2] reñi-

[1] *Histoire générale des Antilles habitées par les François*, par le R. P. du Tertre. Paris, 1667, 4 vol., 4°

[2] Preferentemente á la *Histoire philosophique des établissements et du commerce des Européens dans les Deux-Indes*, par G. T. Raynal, ex jesuíta, 1770, y á la *Histoire philosophique des Indes*, del mismo autor, quemada por mano del verdugo en virtud de sentencia del Parlamento.

Otro jesuíta la refutó cumplidamente escribiendo *Reflexiones imparciales sobre la humanidad de los españoles en las Indias, contra los pretendidos filósofos y políticos, para ilustrar las historias de MM. Raynal y Robertson, escritas en italiano por el abate Juan Nuix* (Venecia, 1780), *y traducidas con algunas notas por D. Pedro Va-*

das con la sana crítica, con la razón y el desapasionamiento que he tenido el gusto de elogiar al valerme de la del profesor Fernando Blumentritt, en punto á la colonización holandesa en las Molucas. La del P. du Tertre manifiesta, aunque entre velos lo insinúe, que si al llamamiento de los organizadores de expediciones á Ultramar, para las que se solicitaban voluntarios de buen ánimo y deseo de pronta fortuna, acudían caballeros y hombres de conciencia, no escaseaba gente temerosa de persecución por la justicia ó enemistada con la quietud, formando masa quebradiza de moldeo dificultoso [1], que una vez en la mar ó en playas donde les esperaban trabajos y miserias, resultaba compuesta de mandones despóticos y mandados levantiscos.

Al buscar asiento en las Antillas menores desarrollaron por consecuencia una serie de revueltas y disensiones, de luchas entre sí ó con los indígenas en que se significaron *Neroncillos* y Tisafernes embrionarios, con horrores inconcebibles.

Constituían el nervio de la dominación dos elementos distintos; el uno terrestre, de gente que se buscó la vida cazando en los bosques de la Española reses ajenas para vender las pieles y la grasa. Por el método de conservación de la carne en cecina ó tasajo, que llamaban *boucan*, se distinguieron con nombre de *boucaniers*; en español bucaneros. Esparcidos en la costa, sin vivienda fija, manchados con la sangre de los toros, repugnantes á los sentidos de la vista y el olfato, lo eran mucho más al sentimiento moral, concretando el ideal y las aspiraciones á la adquisición, por cualquier medio, del dinero español, que derrochaban en asquerosas orgías [2]. El

*rela y Ulloa, del Consejo de S. M., su Secretario con ejercicio de decretos en la Secretaria de Estado y del despacho universal de Marina.* Madrid, por D. Joaquín Ibarra, 1782, en 4.º

[1] «Venturieri di ogni fatta, disertori, facinerosi e tagliacantoni i quali si riunirono nella speranza di poter campare alle spalle del prossimo.» Vecchi, *Storia generale della marina militare.* Livorno, 1895.

[2] De la apreciación universal no los diferencia gran cosa el P. du Tertre, expresando eran criminales escapados á los tribunales de Francia; andaban por los bosques sin jefe ni habitación; feroces y repugnantes, no daban cuartel á los españo-

otro elemento, de gente de mar, negreros, contrabandistas, piratas de toda procedencia y nacionalidad, asociados para el golpe de mano con título de *hermanos de la costa*, se dividían y destrozaban al llegar al reparto del botín ó al de las tierras en que querían posar. Tomaron nombre de *flibusteros*, derivado de la expresión inglesa *flyboat*, ó de la holandesa *vlieboot*, embarcación ligera, en opinión de algunos autores; de la más apropiada *freebooter*, merodeador, según otros. Los españoles solían llamarlos también *pechilingues* ó pechelingues [1].

Una banda de éstos se había establecido en la isla pequeña de la Tortuga, seis millas al Norte de la Española, situación ventajosa desde la que sorprendían con lanchas á las poblaciones ó estancias de ésta, de Puerto Rico y de Cuba. El general D. Carlos Ibarra fué allá en 1638; pasó á cuchillo á los que le resistieron y destruyó las viviendas que habían fabricado. Otro tanto verificó el Gobernador de Puerto Rico en las islas de Santa Cruz y San Martín en 1650; mas siendo raros los castigos, apenas desaparecían de la vista los bajeles de guerra, volvían á ocupar los mismos puestos los hermanos de la costa, y andando á la greña los gobernadores con título oficial, que vendían ó traspasaban las islas con ó sin intervención de la Compañía residente en Francia, surgía en cada una caudillo con aires independientes, distinguiéndose entre el número un Mr. Levasseur, hugonote fanático que se hizo proclamar por bucaneros y flibusteros príncipe de la Tortuga, contentándolos con atrevidas algaradas en que llenaban bien las manos; una á Santiago de la Española (1650);

les; negociaban los cueros de las reses muertas, y lo que agenciaban en un mes despilfarraban en un día.

[1] Barrionuevo los define en sus *Avisos*, t. I, pág. 87, así: «Pichilingues, en buen romance cosarios, que no reconocen señor, patria, ni obediencia más que al mar, y menear las manos robando cuanto pueden, estando aquí hoy y mañana allí.»

En el romance que refiere la navegación de la flota de D. Lope de Hoces desde la Habana el año 1626, impreso en Sevilla por Simón Fajardo, se lee:

No hubo entre pechelingues
Ni en los destrozos navales
Tal saco como aquí dieron
Unos á otros.

otra á San Juan de los Remedios en Cuba (1652), de las más beneficiosas en el saco. Había construído fortaleza en regla, muy bien artillada, dominando el único fondeadero accesible, y en el interior vivienda aislada y asimismo fuerte, en que residía con las precauciones de que suelen rodearse los tiranos. Sin embargo, no bastaron para preservarle, no tanto del odio que se granjeó, como de la codicia despertada por la riqueza que iba depositando en aquel encierro; despojos de las iglesias españolas, vasos sagrados, lingotes de plata, moneda, lo mejorcito de las presas. Los capitanes en quienes tenía mayor confianza le asesinaron para repartirse la caja, y á éstos por fuerza de armas la arrebató el gobernador general Mr. de Poincy, que puso la isla, depósito del pillaje, en manos de persona de respeto, Mr. Timoleon Hotman de Fontenay, caballero de San Juan, coronel en los ejércitos de Francia, tan aprovechado en negocios ó más que su antecesor, por cuanto fundó en la costa de Santo Domingo hasta 22 rancherías ó núcleos de población de bucaneros, aplicó los negros esclavos tomados á los españoles á la plantación de tabaco, y extendió las correrías de los flibusteros á la Tierra-firme, por Cartagena y Portobelo, con unos 30 cruceros.

Resultaba ser para los de la Española vecino tan molesto, que más de una vez pensaron en desalojarlo, no haciéndolo desde luego por falta de elementos, que, como es sabido, no abundaban en ninguna de nuestras colonias. Con todo, en ocasión de haber fallecido el gobernador D. Andrés Pérez Franco, recayendo el mando en el oidor más antiguo de la Audiencia, Dr. D. Francisco de Montemayor, tuvo éste ánimo para la empresa, disponiéndola en cinco naves mercantes tripuladas por 500 hombres de mar y guerra, los primeros, con los navíos, al mando de D. Juan de Morfa Geraldino; los de desembarco á las órdenes del capitán D. Gabriel de Rojas.

Embarcados en Montecristi con instrucciones precisas, salieron á la mar en la noche del 4 de Diciembre de 1653, presentándose en la mañana siguiente á una legua del castillo, donde se hizo el desembarco de soldados y artillería. Avan-

zaron hacia el fuerte, que estaba en mejor disposición de lo esperado, no siendo fácil arrimarse á él sin trabajos de sitio formal, que tuvieron que emprender abriendo trincheras; pero reconociendo una montañuela escarpada que había á la espalda y se consideraba inaccesible, discurrieron medios para subir de noche algunas piezas con las que establecieron batería dominante y barrieron el interior del fuerte. Los flibusteros hicieron salida impetuosa, en que no les favoreció tampoco la fortuna; tuvieron que rendirse bajo capitulación, en que les fueron acordadas condiciones honrosas, como si fueran gente digna de merecerlas. Entregaron 86 cañones, tres navíos, 11 embarcaciones menores, y pasando de 500 las personas, se les dieron los dos bajeles más grandes bajo palabra de trasladarse á Francia, lo cual no hicieron. El gobernador Fontenay anduvo por las islas recogiendo gente, y con cinco navíos de piratas volvió á la Tortuga, acción que juzga natural el P. du Tertre. Creía hallar descuidados á los españoles que quedaron en el fuerte y sorprenderlos, dándose el placer de la venganza: se equivocó; rechazado al hacer el desembarco, se vió en la necesidad de escapar, dejando algunos rezagados que pagaron por todos, convencidos en juicio de haber faltado al pacto.

El capitán Thibault, asesino de Levasseur, que salió de la Tortuga después de la capitulación con el otro navío, abandonó en el islote Caimán, al Sur de Cuba, á un centenar de mujeres y niños, pensando, sin duda, hacer lo mismo que su jefe; esto es, tomar á bordo hermanos de la costa y volver al ataque. Es presumible que zozobrara entre las islas, porque no volvió á saberse de él [1].

[1] Publicáronse en Madrid relaciones especiales del suceso que refirieron, sin diferencia esencial, el P. du Tertre y D. Jacobo de la Pezuela, *Historia de la isla del Cuba*, t. II; pero mayor interés ofrece, por la inserción de documentos oficiales, la reseña escrita por el gobernador de la Española, Dr. D. Juan Francisco de Montemayor de Cuenca, en libro titulado *Discurso histórico-político-jurídico del derecho y repartimiento de presas y despojos aprendidos en justa guerra, y premios y castigos de los soldados. Añadido y aumentado en esta segunda impresión con algunas máximas, preceptos ó reglas militares al fin de él.* Segunda edición, en Amberes, 1688, en 4.° El Rey se dió por bien servido del Oidor en cédula dada en Madrid á 13 de Sep-

Duraba en Santo Domingo la satisfacción de la victoria, festejándola á la llegada del gobernador reciente D. Bernardo de Meneses, conde de Peñalva, cuando impensadamente pareció ante la ciudad escuadra de 30 navíos ingleses de guerra con séquito de 20 transportes bien cargados. Era armada que despachó sigilosamente el protector Cromwell, encargando al almirante W. Penn y al general de ejército Roberto Venables la conquista de las islas de Puerto Rico y Española, informándoles exactamente de la flaqueza de sus defensas, contra las cuales, á más de los regimientos organizados que embarcaban en Inglaterra, les facultaba para reclutar otra tanta gente de flibusteros prácticos en la Barbada, San Cristóbal, Santa Lucía y cualquiera otra de las antillas que ocupaban. Hiciéronlo, juntando el mayor ejército europeo que se hubiera visto nunca en Indias; más de diez mil hombres aguerridos [1], cuya vista asombró á los isleños estancieros y agricultores avenidos con la vida tranquila, el 23 de Abril de 1655.

Constaba la guarnición de la isla de 300 infantes, piqueros y arcabuceros mal proveídos, pero con vista del peligro todos los vecinos tomaron armas, dando ejemplo los oficiales reales y los oidores, con D. Juan de Montemayor, el de la Tortuga, á la cabeza. Corriéronse avisos á los pueblos de Azúa, Santiago de los Caballeros y á los de la Vega, á fin de que enviaran sus contingentes; formaron plataformas en el puerto; preparáronse, en una palabra, á la defensa en cuanto el tiempo daba lugar, observando que, sin entrar la escuadra en el río, desembarcaba infantería y caballería á sotavento del Jaina y en Punta de Nisao, á siete leguas de distancia, error que había de purgar teniendo que hacer marcha los invasores entre arcabucos, sin camino, cargados con las armas y las raciones bajo el sol abrasador, careciendo de agua y de guías.

Llegados á las tapias de la ciudad, bastaron los vecinos

tiembre de 1654, y ordenó desmantelar á la Tortuga, demoler las fortificaciones y cegar el puerto.

[1] Campbell.

para hacerles retroceder en busca de artillería y escalas de asalto, material con el que volvían el 5 de Mayo, y se entraron en emboscada, donde 300 lanceros del campo que los esperaban, sostenidos por 250 arcabuceros de tropa regular, los arrollaron, quedando muertos el Teniente general, dos coroneles, cinco capitanes, con unos 1.500 soldados, pronunciándose el resto en retirada á los barcos, con abandono de ocho banderas, cañones, armas, municiones y caballos, sin que hubiera de nuestra parte más de 30 muertos y otros tantos heridos[1].

Un tanto avergonzados los caudillos ingleses de la desventura que unos á otros se achacaban, decidieron buscar la compensación en Jamaica, isla de las descubiertas por Colón, señorío de sus descendientes, que por la pobreza de producción, comparada con las otras, siempre fué tenida en poco. Aun los flibusteros la desdeñaban, por lo que no constaba en sus registros más que un ataque del capitán inglés Antony Shirly en 1596, y otro del capitán Jackson, que desembarcó en 1635 con 500 hombres y puso á rescate las casas de Santiago de las Vegas. Júzguese de la oposición que podría hacer á los 10.000 hombres de tropa y á los 50 navíos de Penn y Venables, no habiendo guarnición, ni más de tres mil habitantes en la isla, la mitad negros y mulatos.

Los escritores ingleses refieren que el Gobernador entretuvo á sus jefes con diligencias de capitulación y rescate, dando tiempo á que los vecinos pusieran en salvo la hacienda, marchando al interior, en términos que al entrar en la ciudad de Santiago hallaron las casas vacías, y fué grande la indignación de los soldados, y más todavía la de sus auxiliares los pechelingues, encontrándose sin cosa que repartir entre tantos. Es falsedad inventada para cohonestar las violencias y excesos de los piratas que querían encontrar en toda pobla-

[1] Real cédula expedida en Madrid á 14 de Diciembre de 1565 é inserta en el libro citado del Dr. Montemayor. Publicáronse en España varias relaciones particulares de la invasión, que menciono en el Apéndice general. De ella trata Pezuela, *Historia de Cuba*, y los historiadores ingleses, sin disimular la derrota, en especial Campbell.

ción española montes de oro. Nuestros documentos narran las ocurrencias de otro modo, empezando por sentar que el aludido gobernador, D. Juan Ramírez de Arellano, resistió con algunos vecinos por honra de la bandera, y murió á los primeros tiros, siendo cierto que gran parte de la población utilizó su esfuerzo para huir hacia los montes del interior.

Deliberaron en Consejo los Generales de la expedición si les convendría conservar la conquista ó abandonarla, teniendo en cuenta que aunque pocos los jamaiquinos, encastillados en las asperezas de las sierra que les eran familiares, habían de hacerles una guerra que les tendría en continuo desasosiego con rebatos y sorpresas, y que era de suponer recibirían de Méjico, de Cuba y de la Española refuerzos y recursos con que prolongarla indefinidamente. Necesitarían, por tanto, sostener un cuerpo numeroso de ocupación, cuya subsistencia ofrecía dificultades.

El inglés es hombre esencialmente práctico: la idea de haber ido á Indias á mantenerse con guineas de la Gran Bretaña pesaba en la decisión con fuerza que la hubiera inclinado al abandono á no interponerse, en recuerdo, la severidad de Cromwell, dado que regresara la armada sin prenda[1].

Había mucha sensatez en los reparos; dos hacendados de la isla, Francisco Proenza y Cristóbal de Isasi, empezando por embarcar en canoas para la de Cuba á las mujeres, ancianos y objetos de valor, se habían hecho cabezas de los hombres de armas tomar, organizándolos y distribuyéndolos en lugares estratégicos, desde los que, con escaramuzas, sorpresas y asaltos de guerrilla, molestaban considerablemente á los ingleses, teniéndolos como bloqueados. Si hubieran sido auxiliados eficazmente, acaso su constancia y entereza, cooperando con el clima y las enfermedades, hubieran empu-

[1] Es de consultar en el particular *A New History of Jamaica from the Earliest Accounts to the Taking of Porto Bello by vice Admiral Vernon. In Thirteen Letters rom a Gentlemen to his Friend*, London, 1740, 8.° De nuestra parte ha referido con bastante extensión la jornada D. Jacobo de la Pezuela en la citada *Historia de la isla de Cuba*, con noticias procedentes del Archivo del Ayuntamiento de la Habana y del de Indias.

jado á la mala voluntad de los extraños á presidiar en tierra pobre; mas teniéndose por amenazadas las autoridades de las colonias vecinas, guardaba cada cual para sí los escasísimos recursos de guerra con que contaba, dejando extinguir el esfuerzo de los defensores de Jamaica.

Penn y Venables determinaron al fin dejar en Jamaica un cuerpo de 3.000 infantes, sostenido por 20 navíos de guerra, designando por gobernador general á Doyley y por almirante á Goodson, y fuéronse á dar tiento á las flotas, cruzando á vista de los canales y del puerto de la Habana, poniendo en gravísimo apuro á los Generales, principalmente al marqués de Montealegre, que por milagro (según él) pudo llevar los galeones de la plata desde Cartagena á Veracruz[1], y sacarlos por Bahama al empezar el año 1566, amenguando su suerte la desgracia de varar en el bajo de las Mimbres la almiranta de D. Matías de Orellana, capitán D. Francisco Solís, en que iban 650 personas, de las que sólo salvaron la vida 45, recogidas en el galeón de D. Juan de Hoyos, que varó también y rompió el timón, pero salió é hizo arribada á Cartagena[2]. Del tesoro de dos años que la flota traía, parte de consideración se perdió también, habiendo cargado en la almiranta muchas barras, si bien el capitan Juan Somovilla consiguió después, con fragatas de la Habana, bucear y extraer cerca de un millón de pesos.

Por esta escapada de las flotas hizo Cromwell cargos severos al almirante Penn, encerrándole en la torre de Londres, juntamente con Venables; corrección tolerable comparada con la de limpiar las letrinas del hospital, que impuso al ayudante general Jackson, condenando su comportamiento en Santo Domingo[3], por más que la opinión pública señalara

[1] Carta que escribió al Virrey de Méjico en 2 de Agosto de 1665. Academia de la Historia. Legajo de papeles regalados por D. Pascual de Gayangos.

[2] Carta de D. Juan de Hoyos, en que refiere la peligrosa navegación que hizo desde la Habana en el galeón *Jesús-María*, habiendo escapado sin timón del naufragio en que pereció la Almiranta. Año 1656. Academia de la Historia, *Colección Salazar*, N. 54, fol. 91.

[3] Campbell.

á su persona y avaricia como causas de todo lo ocurrido [1].

La situación de las Indias occidentales no mejoró con la venida del Almirante, pues que la escuadra que dejó en Jamaica bastaba para señorear el mar de las Antillas y Seno mejicano, no habiendo bajeles españoles de guerra que oponer, ni pudiendo emplear el recurso de que en Europa se sacaba tan buen partido, por la declaración oportuna de Su Majestad de «no convenir que fueran corsistas á las Indias, por los graves inconvenientes que se habían experimentado» [2]. Al Gobierno no ocurrieron otras medidas defensivas que la represalia de todas las haciendas y navíos de súbditos ingleses que hubiere en los puertos (que no había), y la disposición conveniente en los mismos puertos para ser socorridos prontamente, «haciendo los menos gastos que ser pudiera de la Real Hacienda, pues se tendría entendido lo mucho que por acá había que atender con ella» [3].

A favor del abandono crecieron los pechelingues asombrosamente, favorecidos por el gobernador de Jamaica, que discurrió, como procedimiento para cubrir los gastos de la ocupación y mejorar sus honorarios, la instalación en los puertos de la isla del cuartel general de la piratería, almacenes de armamento y depósito de presas. Él facilitaba navíos, cañones, pólvora, raciones, á cobrar en plazos; él fomentaba la afición á las empresas aventureras y el instinto rapaz de la gente que fué acudiendo á bandadas, atraída por la perspectiva de encontrar donde meter las manos; portugueses, criollos, brasileros, y aun españoles, mulatos, zambos, gran refuerzo á los antiguos «hermanos de la costa», antes dispersos por las Antillas menores. Con el botín pagaban primeramente los gastos de armamento y deudas contraídas; y como todo lo demás

[1] «The truth is, the fault lay in the Protector's scheme, which was not either more or lesse, than to have raised a large supply for his own empty coffers from this expedition.» Idem.

[2] Real cédula dada á 1.º de Enero de 1655. *Colección Sans de Barutell*, art. 3.º, números 1.033 y 1.034.

[3] Real cédula dada en Buen Retiro á 15 de Noviembre de 1655. *Memorias de la Academia de la Historia*, t. X, pág. 413.

derrochaban en un momento en borracheras y extravagancias, Santiago de las Vegas se pobló de especuladores y damas de la vida alegre, con movimiento y lujo que eclipsaron á las primeras capitales indianas [1].

Bien es verdad que dominaba en casi todas por entonces la tristeza y la preocupación pesimista, temiendo cada día ver de cerca aquellas bandas feroces, más salvajes, más crueles, más temibles que los caribes [2].

Expiación de nuestros pecados predicha por un puritano de autoridad. Explicando Cromwell las causas que justificaban á su juicio el envío secreto de la expedición de William Penn, decía [3]: «que por una mano ó por otra, en algún tiempo había de pedir Dios estrecha cuenta de la sangre derramada, tan bárbara y carniceramente, de tantos millones de indianos é inocentes, y del agravio é injusticia que se les ha hecho.....»; y él, que no reconocía que por título de donación de los papas, ni por ser los que descubrieron algunas partes de las tierras las ocuparan solos, no había de consentir que con quie-

[1] *A New History of Jamaica*, antes citada.

[2] Barrionuevo, eco de las impresiones que en la corte extendían los despachos de los gobernadores, en muchos párrafos de sus *Avisos* respira por la herida del sentimiento. «Todas nuestras dichas, escribe en una de las cartas, son á poder de milagros.» «Las Indias volaron, que ni las hemos de poder mantener, ni defendernos en nuestro rincón.» En otra acentúa más el pesimismo anunciando: «Del almiranta que se perdió en el canal de Bahama han sacado 350 barras de plata y otros muchos cajones de moneda, todo lo cual me parece que es juntar más que nos quite el inglés, y darle mayores fuerzas contra nosotros.» (Tomo III, pág. 119.) Para acabar, cuando los navíos de D. Juan de Hoyos fueron sorprendidos, se hicieron versos satíricos que copia, y acababan:

Por las Indias de Castilla
No daré una blanca ya,
Que el inglés, acá ni allá,
No deja pasar barquilla.
De la plata es la polilla,
De España la confusión,
Borrón de la religión,
Asombro del que navega,
Gallo que turba y que ciega
Hoy solamente al león.

[3] *Declaración de S. A. con el aviso de sus Consejeros, declarando en defensa del bien común la justificación de su causa contra España.* Londres. Impreso por Henrique Files y Juan Fielt, impresores de S. A. Año de 1655. Traducción manuscrita en la Academia de la Historia, *Colección Salazar*. K, 80, fol. 135.

tud y seguridad trajeran aquel inmenso tesoro de la India, y mediante la plata recuperaran sus quiebras y se pusieran en estado de renovar aquella intención del año 1588.....

De manera que los regeneradores de Jamaica iban á dar á los españoles lecciones de transigencia, cultura, humanidad y dulzura de costumbres, como lo hacían magistralmente.

Durante la enseñanza no había flota; no llegaban navíos de aviso; pasaban meses sin saber lo que ocurría en el mundo. Si por modo indirecto llegaban rumores de paz, no se tocaban sus beneficios. Los corsarios y bucaneros franceses volvieron á instalarse en la Tortuga y en la parte septentrional de Santo Domingo (1660); los ingleses acometieron á Santiago de Cuba y le pusieron fuego, mohinos por no hallar en las casas más que sacos de azúcar: ellos querían oro, el metal de que hacían sedientos á los conquistadores, y no hallándolo, gastaron su pólvora en volar el castillo del Morro, la catedral que con tanto trabajo habían erigido los vecinos, la casa del gobernador y el hospital. Dejaron montón de ruinas por memoria de la ciudad de Diego Velázquez y ejemplo de su gestión civilizadora (1662), llevándose las campanas y los cañones á falta de efectos de más valor. Campeche, Honduras, Nicaragua, Costa Rica y la costa de Cartagena recibieron lecciones parecidas, como también Veracruz, donde contestándola murió bizarramente el almirante Adrián Pulido, simpático marinero respetado por el hierro en tantas acciones [1].

Milagrosamente, como ellos repetían, verificaban de vez en cuando algún viaje los generales de flotas con pocos y malos barcos, pasando por lugares peligrosos sembrados de bajíos, remontando á latitudes altas, viniendo á la Coruña ó á Santander, donde no se esperara su llegada, aunque la de-

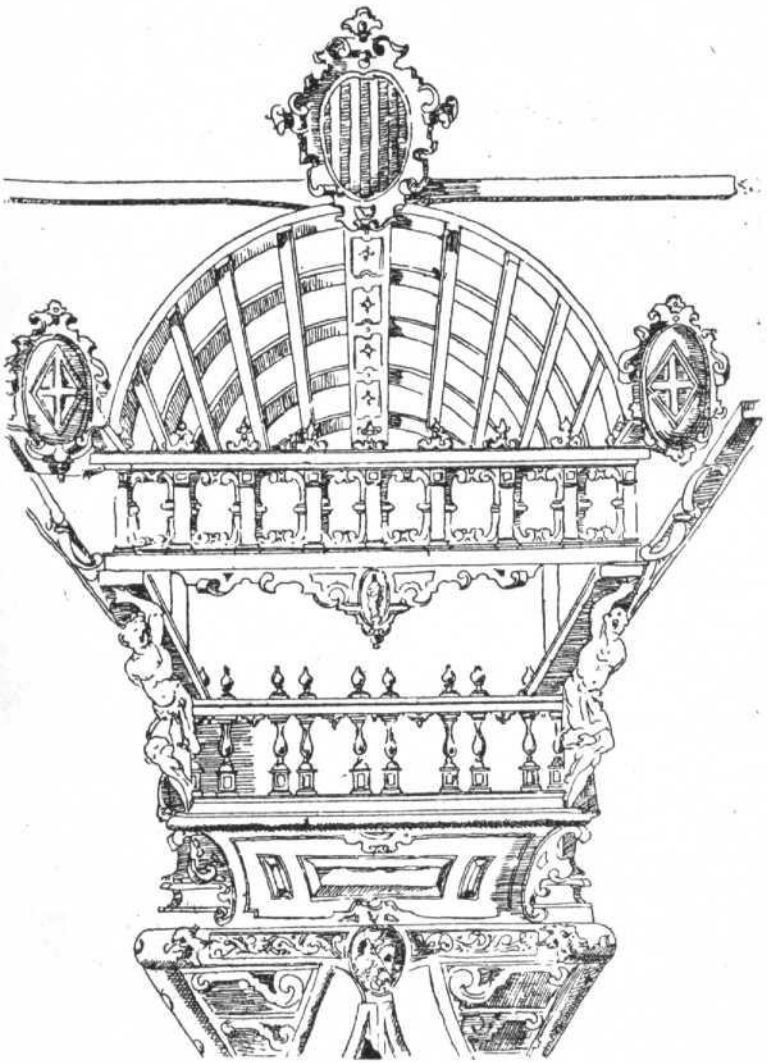
[1] Era hijo de Madrid, caballero de Santiago, galán, apuesto; en tierra hombre de sociedad, espadachín, bienquisto de las damas; en la mar el primero en las acciones arriesgadas. Se distinguió en el sitio de Fuenterrabía y en las armadas del Duque de Ciudad Real y de Gómez de Sandoval. Mandó flotas de Indias. Hízole el pintor Velázquez admirable retrato, reproducido en el tomo anterior á éste. Murió en 1661 ó 62.

mora y el transporte por tierra aumentara los gastos de Habería, pues que llegaban en salvo [1], y así lo hicieron de 1655 á 1665 D. Diego de Egues, el marqués de Montealegre don Juan de Echeverri [2], D. Pablo Fernández de Contreras, don Nicolás de Córdoba, D. Agustín Diustegui y D. Manuel de Bañuelos.

[1] La voz *Haberia*, repetida en los documentos, define el Dr. Solórzano Pereira en su *Política indiana*, lib. VI, cap. IX, diciendo: «Se ha introducido un derecho que llaman de la *Haberia*, á cuyo título se cobra de los mercaderes y demás navegantes, prorrata de las mercaderías y demás cosas que traen y llevan, todo aquello que se gasta en las armadas que se aprestan y envían para asegurar las flotas en que las cargan. Pienso que este nombre de *Haberia* se debió de originar de que, mediante este gasto, se les conservan sus bienes á los navegantes, los cuales bienes en nuestra lengua española se llaman *haberes*, de la palabra latina *habere*, que significa tener. También se suelen llamar *haberías* ó *averías* los descuentos que se hacen por el menos valor, ó pérdidas ó quebrazones ó echazones que tienen algunas cosas de las que se embarcaron ó registraron, por haber parecido justo que de éstas no se debía cobrar por entero el almojarifazgo, ni aun en parte, si de verdad constase haberse perdido, podrido ó alijado, como lo disponen Reales cédulas de 1539 y 1540. En ellas se dió la forma que se ha de tener en hacer las evaluaciones de dichas mercaderías y esclavos que se llevan á las Indias, y del mayor valor que tuviesen, para que se pueda saber cuánto se ha de repartir de almojarifazgo y habería.»

[2] Don Juan de Echeverri, conde de Villalcázar, marqués de Villarrubia, noble, patriota, ilustrado; sirvió treinta y cuatro años en la Armada, gobernó la de Indias, para la que redactó é imprimió instrucciones. Era natural de San Sebastián y persona de merecimientos. Vargas Ponce acopió muchas cartas particulares y papeles oficiales para escribir su biografía. Don Juan de Viedma y Carvajal apuntó noticia de su muerte, ocurrida en la mar en 1662, y la envió á D. Jacinto de Echeverri, hermano, acabándola con este soneto:

Cháverri ilustre, si el amigo es cierto
Que vive adonde estima, bien se advierte
Que en vuestra vida no cabiendo muerte,
Yo sólo vengo á ser en vos el muerto.
Obsequias á mi vida le concierto,
Pues sin vos, en tristeza se convierte,
Y elogios claros en dichosa suerte
Cantaré, si de vos la gloria acierto.
No, acaso no, que Thetis, envidiosa
De esos astros que os gozan luminosos,
Quiso entrar á la parte en tanta gloria:
Deuda á vuestra amistad era forzosa
Que eternicen sus hechos tan gloriosos
Esos cielos, la mar y mi memoria.



Popa de la galera capitana de la escuadra de Cataluña.

# IV.

## SUCESOS VARIOS.

### 1659-1665.

Paces con Francia é Inglaterra.—Viaje del Rey á Guipúzcoa.—Fiestas marítimas. —La capitana real y las gabarras de gala.—Ingleses toman posesión de Tánger. —Lo abandonan.—Corsarios berberiscos.—Combátenlos todas las marinas.— Proposiciones de Holanda para acción común.—Campaña contra Portugal.— Armamentos.—Declara el duque de Alburquerque el estado de la escuadra.— Naufragios sobre Cádiz.—Mal sesgo de la guerra.—Muere el rey Felipe IV.

RANDES novedades. El 8 de Mayo de 1659 se firmó un convenio de tregua y suspensión de hostilidades con Francia, sentando preliminares de paz definitiva, cuyas condiciones habían de arreglar los Ministros de ambas naciones, tratándolas en la frontera. Las arreglaron. El rey D. Felipe ratificó el acuerdo por el que España perdía el Rosellón y considerable parte de territorios más lejanos, y daba, en prenda de conciliación y buena inteligencia para el porvenir, la mano de la infanta D.ª María Teresa al rey Luis XIV.

En Inglaterra, muerto el dictador, la contrarrevolución restauró en el trono á Carlos II, acontecimiento que nos trajo también la paz con la nación (1660), reconociéndola la posesión definitiva de Dunquerque, en Flandes, y de Jamaica, en las Antillas.

Conseguíase el reposo á precio alzado. ¡Si al menos hubiera sido duradero!

Don Felipe acompañó á su hija hasta el Bidasoa, asistiendo á las fiestas de alegría y solemnidades de la entrega, en que

tomó parte la Marina con actos cuya relación interrumpe un momento la monotonía de las anteriores, por encuentro con enemigos. Esperaban en el puerto de Pasajes siete fragatas de Ostende, puerto á que se habían trasladado las del Almirantazgo de Dunquerque desde que la plaza se perdió. Hallábase también allí por gala uno de los galeones de la plata, nombrado *Roncesvalles*, y el que para capitana real se había construído en aquel astillero y estaba en vías de armamento; bajel de los mejores, en que se mostraban los progresos de la arquitectura naval [1]. Las banderas, pavesadas, alfombras, toldos y escalas correspondían á la honra de visita real, no menos que las falúas y gabarras aderezadas de carrozas y paramentos, vestida la marinería de encarnado, respetando la tradición. La capitana real arbolaba el estandarte, ricamente exornado [2].

«Cuidó el barón de Vatteville, dice el cronista de las fiestas [3], de que se fabricaran dos gabarras en aquel astillero para conducir á SS. MM. por el río arriba hasta la isla, desde la línea que toca el flujo del mar, que en su mayor altura se acerca mucho á la ciudad (de Fuenterrabía). Tenía la que sirvió á sus reales personas proporcionada y airosa capacidad, y si no fuera por algunas pinturas que la matizaban, creyeran los ojos que había caído la forma de embarcación sobre un pedazo de oro; tan dorada era. Llevaba á babor (*sic*) el estandarte real; en la punta de la popa el bulto airoso de un Cupido á caballo sobre un monstruo compuesto de las distintas formas de león y sierpe. En la popa,

[1] Sus medidas, 66 1/2 codos de quilla, 87 de eslora, 24 de manga, 22 de puntal 1.522 toneladas de arqueo. Tenía abiertas 105 portas para artillería y montadas 90 piezas.

[2] Por una parte se miraba un crucifijo y las imágenes de Nuestra Señora, San Juan y Santiago, y por la otra las armas reales.

[3] *Viaje del Rey nuestro señor Don Felipe Quarto el Grande á la frontera de Francia. Funciones reales del desposorio y entregas de la Srma. señora Infanta de España Doña Maria Teresa de Austria. Vistas de sus Magestades Católica y Cristianisima, señora Reina Cristianisima Madre y señor Duque de Anjou. Solemne juramento de la paz y sucesos de ida y vuelta de la jornada, en relacion diaria..... por D. Leonardo del Castillo, oficial de la Secretaria de Estado, etc.* Madrid, en la imprenta Real. Año 1667, en 4.°, con grabados.

pintado con valentía y viveza, el precipicio de Faetón; encima de esta pintura el fanal, y á los dos lados dos florones de oro, y en la parte de la gabarra, correspondiente á su tamaño, según el arte, iba el toldo ó cámara, formado en cuadro, á quien cubría un tejadillo de rayos dorados primorosamente, aforrado en brocado blanco con labores de oro, y cerrábanla todo alrededor vidrios hermosos que, al modo de los de carrozas ó estufas de tierra, se bajaban y subían con facilidad. Por de fuera, en la parte inferior que caía debajo de los vidrios, estaban figuradas de colores y matices diferentes fábulas, y por de dentro, hasta en la silla para el Rey nuestro señor y el asiento correspondiente para la majestad de su hija, no se veía sino el mismo brocado. La otra gabarra que había de ir siguiendo á ésta era en todo semejante á ella, y remolcaban á cada una tres barcos de remeros vestidos de damasco carmesí.....»

Entraba en los propósitos de D. Felipe dedicar todas las fuerzas disponibles á la sumisión de Portugal y al castigo de los berberiscos, harto tiempo desatendidos, juzgando empresa sencilla la de volver á la obediencia aquel reino pequeño, mientras no advirtió que dentro de él seguían haciéndole guerra obstinada su yerno y novísimo aliado y el Stuardo, que á poco se enlazó con D.ª Catalina, hija del duque de Braganza, recibiendo en dote á la ciudad de Bombay, en las Indias, y á la plaza de Tánger, en el estrecho de Gibraltar, situándose en vecindad incómoda, si bien duró poco, pues resultando en el cálculo hecho por el Gobierno inglés que el gasto necesario de fortificaciones y de sostenimiento de fuerte guarnición contra los moros no tenía compensación en las utilidades, la abandonaron, dejándola en manos de los naturales porque ni los portugueses ni los castellanos la tuvieran, que fué retroceso en el camino de la civilización de Mauritania.

Tanto se significaba la amistad en las Indias: los Ministros de Luis XIV contestaban invariablemente, á las reclamaciones de los Embajadores de España por la invasión continuada en Santo Domingo, con las frases de Catalina de Médi-

cis: «que el Gobierno no tenía intervención ni conocimiento de las empresas de los bucaneros, que no eran súbditos suyos, reconociendo el derecho de Su Majestad católica á reprimirlos y castigarlos»; frases parecidas á las que usaba la Cancillería inglesa, donde se recordaba sin duda que un filósofo de su nación, al considerar las teorías de los hombres, en que se comprenden el derecho, la justicia, la razón, decía: «¡Palabras, palabras, palabras [1]!»

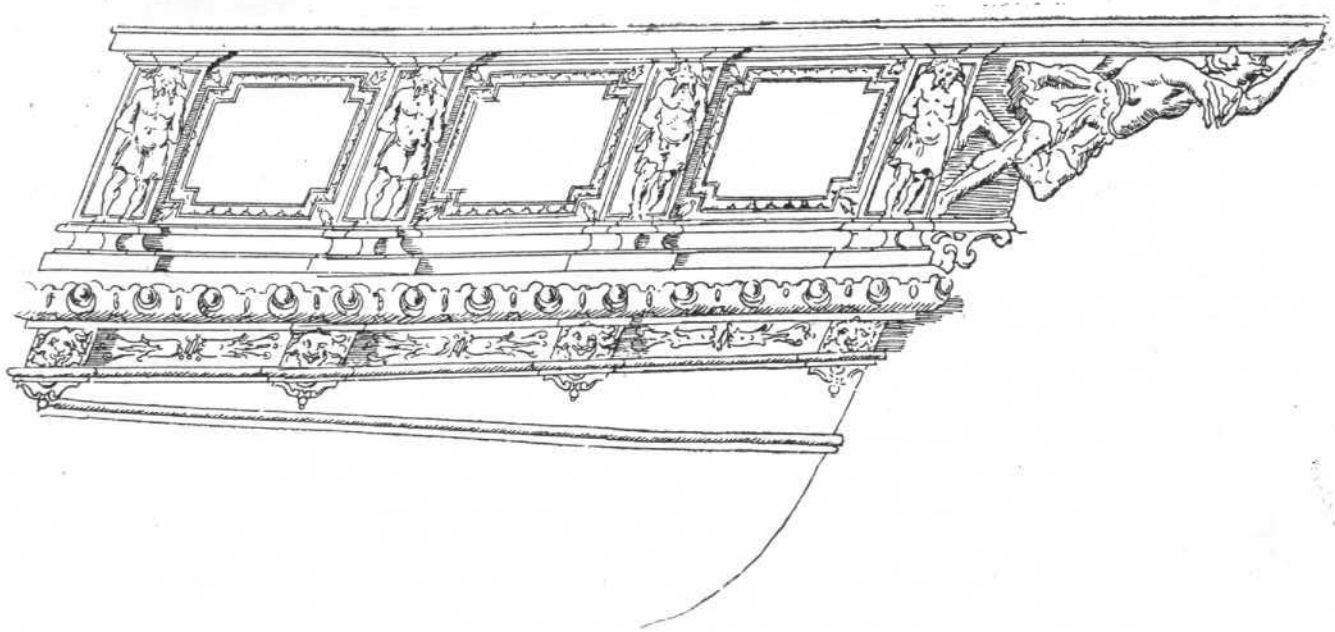
Los berberiscos se tenían y consideraban en último lugar; seguían, en verdad, causando daños en el comercio y en la ribera, pero se sufrían como lo hacen los individuos que se acostumbran á la excitación de parásitos en la epidermis. De vez en cuando se cazaban algunas de sus galeras ó navíos, se daba el espectáculo de ahorcar á los renegados y se entretenía á la plebe con la relación impresa de sus maldades, sin tanta diligencia en hacer saber que contaban ya con fragatas de 40 y 50 cañones, y que, por término medio, se armaban en Argel unas 40 al año, empleadas en hacer roncha á la cristiandad.

Hubo ocasión en que el duque de Tursi se encontró con ellos en trance serio, viéndose obligado á refugiarse en Denia; en que rindieron avisos de Indias y bajeles de guerra [2]; en que se entraron tierra adentro por Murcia, llevándose la gente campesina; en que la capitana de Argel fondeó en Cádiz con bandera holandesa; en que cinco navíos atacaron sobre cabo Espartel á dos muy fuertes de Honduras, destruyendo á uno de ellos y siguiendo á otro bajo los cañones de Tarifa. Díjose que, de concierto con el almirante inglés Blake, habían cruzado al aguardo de las flotas [3]; lo cierto es que antes que la paciencia de los españoles se fué acabando la de

[1] Shakspeare, *Hamlet.*

[2] *Colección Vargas Ponce*, legajo de Almirantes.

[3] «Envió el conde de Molina un barco longo á tomar lengua de la armada del inglés, á tiempo que hacia lo mismo él para saber de la nuestra. Encontráronse los dos en el camino, y el nuestro rindió al contrario, que, traído á la ciudad, confesaron la gente que venía, que estaban juntos turcos é ingleses, y que se habían convenido que la plata de la flota que se tomase había de ser para los ingleses, y la gente y bajeles para los turcos.»—Barrionuevo, *Avisos*, t. II, pág. 34.



Costado y proa de la galera capitana de la escuadra de Cataluña.

esta nación, como la de todas las otras, y que sucesivamente enviaron escuadras que cañonearon á Argel y persiguieron á sus bajeles, la misma Inglaterra, Holanda, Génova y Francia.

Ruyter, almirante renombrado de las Provincias Unidas, los combatió activamente, anticipándose á las negociaciones entabladas por su Gobierno con el nuestro para una acción común, con oferta de mantener por sí en el Mediterráneo escuadra de 18 navíos, «que trataría á los piratas con más severidad que el Santo Oficio de la Inquisición»; propuesta á que dió largas el Ministro, queriendo empezar por lo de Portugal con las fuerzas navales, no muchas en verdad.

Ordenóse, pues, que una escuadra de 12 navíos organizada en Nápoles á las órdenes del príncipe de Montesarchío, con agregación de siete galeras y tropa de alemanes y napolitanos, fuera sobre la costa, secundándola los corsistas [1]. Una parte de los transportes llegó adelantada á la boca de la bahía de Cádiz en los primeros de Noviembre (1659), cuando salían de la misma, engañados por las apariencias de serenidad del cielo, los galeones y flotas de D. Pablo Fernández de Contreras, conduciendo á D. Diego de Benavides, conde de Santisteban, nombrado Virrey del Perú, y séquito de funcionarios; un día después los dispersaba temporal espantoso que ha dejado memoria. Algunos de los bajeles arribaron; otros mar en través resistieron desarbolados; siete se hicieron pedazos en los bajos de *Las Puercas*, y cuatro de tropa dieron en la costa desde Santi Petri á Ayamonte; terrible siniestro que privó de la vida á más de 2.500 personas y obligó á reconstituir la armada deshecha [2], sin estar restaurados, ni mucho menos, los vacíos de la Hacienda.

De su estado ofrece triste idea un memorial presentado por D.ª Violante Lomelín, princesa Doria, como madre y tutora de Juan Andrea, nieto del Capitán general de la mar del mismo nombre, exponiendo que por sustento de las gale-

[1] Giannone, *Istoria civile. Colección Sans de Barutell*, art. 3.º, núm. 1.051.
[2] *Colección Vargas Ponce*, legs. 16 y 18.

ras de Cerdeña en doce años y nueve meses se le debían en Diciembre de 1659, 136.725.144 maravedís de plata, sin los intereses de 15.319.414 que montaba lo que hubo de haber por anticipación, más el sueldo de Capitán general de la escuadra señalado á su marido Andrea, que no percibió nunca [1].

Mejor todavía se entiende por la carta que el duque de Alburquerque (á quien se mandó pasar de las galeras de España á servir el cargo de Capitán general de la armada Real del mar Océano) escribió al conde de Rebolledo; no tiene desperdicio [2].

«De esta armada, sobre todo lo que dije á V. S., á Su Alteza y Ministros, antes de venir aquí y después de haber llegado, diré á V. S. el estado que tiene, obligándome á despachar correo yente y viniente para que S. M. tome última resolución, si ha de haber armada, porque se va perdiendo el tiempo, y el ahorro de cada día le ha de costar más, y que salga á navegar por verano, á donde se pueda obrar, ó lo crean los amigos y enemigos, y no que salga por invierno á malbaratar lo gastado, y de conocido á aventurarse á perder en lo riguroso dél. A 15 de Noviembre me escribió S. M. el número de bajeles de que se había de componer, que era de 30, y que ellos, municiones, infantería, bastimentos y todo estaría pronto para que saliera á navegar á primero de Abril. Conocí la imposibilidad de este efecto por ver los cómputos que el Rey hacía, el estado de las cosas y el paraje en que estaban los bajeles de que decía el Rey se había de componer, y es el que refiere, y sobre cada uno sin dificultad.

»Capitana real, almiranta y fragata *La Almudena*, son los tres bajeles que el Rey tiene aquí, y hasta ahora no se ha puesto la mano en sus obras y carena por no haber enviado el Rey un maravedí; ni en los almacenes hay ningún género para empezar las obras y carena.

[1] Impreso en dos hojas folio, año 1661. Academia de la Historia, *Colección Salazar*, E. 24, fol. 80.

[2] *Colección Vargas Ponce*. Publicada en las *Memorias de la Academia de la Historia*, t. X, pág. 443.

»Cuatro bajeles de Flandes que han estado en Galicia, hasta ahora no han llegado aquí, y ha un año que están en la mar, con que se juzga tendrán muchísima obra, y tampoco hay dineros ni géneros para ellos.

»Ocho bajeles de D. Facundo (Cabeza de Vaca), ha de comprar cuatro y un patache que le faltan; ni le cumplen su asiento ni le han dado un real.

»Dos bajeles que dice el Rey se han de comprar aquí con su Real Hacienda, no han enviado un maravedí para ello.

»Cuatro bajeles de D. Miguel de Oquendo, los dos, tengo noticia están botados al agua, y los otros dos no, y á todos cuatro les falta la jarcia.

»La escuadra del príncipe Montesarchío se compone de ocho y un patache, y apenas ha llegado á Nápoles y ha de comprar seis con el dinero que lleva librado con el Virrey de Nápoles.

»Vea V. S. cuándo y cómo le despachará el Virrey, y más con los recelos nuevos de guardar su casa y socorrer á Milán.

»Marinería necesita el Rey para sus cinco bajeles de 1.000 marineros y los asentistas de cerca de 2.000 para sus escuadras, y no hay en esta Andalucía uno que quiera servir en la armada.

»Infantería, que debe el Rey darla á todos 30 bajeles, conforme á dotación, son menester 5.000 hombres; no hay 500 en la armada y no se ha tocado una caja (de recluta) en ninguna parte.

»La artillería, de todo género de cosas le falta un todo, y 200 piezas de bronce; en hacer los moldes, en fundir y en remitir el dinero, se ve lo que pasará. El asiento de la factoría sin estar ajustado ni rematado; la capitana general sin un real, y estando estos Cuerpos que el Rey supone, en la distancia y en el estado que refiero, cuyas dificultades las conocí cuando recibí la orden del Rey, y receloso de que habían de dejar pasar el tiempo, veo que estamos casi en la primavera, que no se ha adelantado la materia nada, y asistiéndome, como siempre, el celo del servicio del Rey, el espíritu y voluntad

de obrar en ello, despacho este correo para que S. M. por Mayo me dé las asistencias para salir á navegar, y saldré por entonces con 20 bajeles, y que me busquen los demás. Esto es, si ha de haber armada, y si no que el Rey lo declare, ahorraré el gasto, y no aventurarlo á perder saliendo por el invierno, que sólo se va á ello, y por ser esta materia totalmente la que pende del estado que tiene la armada, así para lo pasado como para lo venidero, lo refiero por menor á V. S. —Cádiz 11 de Febrero de 1663.— El duque de Alburquerque.—Al conde de Rebolledo, mi señor.»

Cinco meses después, ó sea á 9 de Julio, entendiendo estar ya prestos ó casi prestos 19 bajeles, enviaba S. M. al Duque instrucciones refrendadas por Blasco de Loyola [1], ordenándole salir á la mar sin espera de los cuatro que traería el príncipe de Montesarchío y de los cinco de Oquendo, que se le incorporarían luego; encaminarse al paraje indicado en pliego secreto, que era por donde habían de venir los galeones de la plata y flotas de Indias; convoyarlas hasta lugar seguro, sin entrar en puerto; desde la boca del de Cádiz había de volver á situarse en las proximidades de Lisboa, hostilizar la costa, bloquear el río, impedir el comercio y el socorro exterior, entretener con amagos á la gente del litoral con el fin de que, por la necesidad de guardarlo, no engrosara los ejércitos de tierra en la frontera. Advertíale haber en Tanger 36 navíos y fragatas de ingleses y 18 más en la costa de Portugal, de cuya situación é intenciones convenía se informara, porque, de estar dispuestos á defender ó ayudar al rebelde y á juntarse con los navíos de que éste disponía, pudiera verse en crítica situación la armada del Océano de su cargo, y era necesario proceder con ella de modo que se excusara algún descalabro. Enviábale copia de los tratados existentes con Inglaterra, Francia y Holanda, á fin de que exigiera por sus textos la observancia de la neutralidad por los bajeles de cada una, en el concepto de que uniéndose los de la primera nación con los de Portugal, y teniendo ocasión

[1] Tomo dicho, pág. 445.

oportuna de llegar á las manos, había de hacerles toda hostilidad, como era razón.

«Entiéndese, expresaba al final, que corsistas tienen número considerable de bajeles en la costa de Galicia, de vizcaínos, guipuzcoanos, de las cuatro villas y flamencos; y porque éstos acrecentarán considerablemente la armada si se puede conseguir se incorporen con ella, he ordenado al Arzobispo de Santiago lo procure así, y á vos se os da esta noticia para que teniéndolo entendido os correspondáis con él en orden á que dé cumplimiento á esta mi resolución, pero con advertencia que ni ésta ni otra ninguna ha de ser causa de que dilatéis una hora vuestra salida para que se logre el efecto de encontrar dicha flota y galeones.»

El hombre propone.....

La empresa marítima contra Portugal, muy bien pensada, no surtió mejor efecto que la que por tierra guiaba D. Juan de Austria. Después de haber cruzado el duque de Alburquerque en las latitudes que se le indicaron sin que las flotas parecieran, consumidos los víveres y desarrollada en los bajeles enfermedad contagiosa al parecer, que comenzaba á cundir entre las personas de cuenta, determinó volverse á Cádiz [1].

Iba la capitana real, aquel arrogante navío de 90 cañones construído en Pasajes, navegando á la cabeza en dirección del puerto con tiempo chubascoso y cerrado, mucho viento y mar gruesa, la noche del 7 de Octubre. En la segunda guardia se avistó la tierra por la proa, tan próxima que hubo que orzar metiendo el timón á la banda para no estrellarse; y como en la capitana de Oquendo, que seguía detrás, no se esperara ni advirtiera el movimiento repentino, siguiendo el rumbo chocó con la real, le llevó el bauprés y el tajamar, le derribó el trinquete, y quedó ella misma desaparejada y con la proa deshecha. Dió fondo á las anclas inmediatamente; no resistieron los cables y fué á dar á la playa de Rota, donde se hizo pedazos en poco rato, batida por la mar.

[1] Relaciones y cartas insertas en los *Avisos* de Barrionuevo, t. IV, pág. 478.

Las tres naves de su escuadra, que seguían en orden de fila, dos de la de Cabeza de Vaca y una de la de Ostende, chocaron sucesivamente en los bajos, obra de un momento, antes que los cañonazos de la real hicieran conocer el peligro. Era la noche obscura y lluviosa, como va dicho, la resaca grande y el viento duro. La real estuvo en inminente peligro, porque de todas sus anclas sólo un cable aguantó hasta que vino la claridad del día, y con ella, atraídas por los cañonazos, salieron de bahía las galeras del duque de Tursi á tiempo de recoger más de 600 hombres que andaban bregando con la muerte, y de dar remolque á los bajeles empeñados. Siete de nueva construcción, y aun de primer viaje los de Oquendo, quedaron convertidos en astillas, sirviendo de ataúdes á la mayor parte de los tripulantes [1].

Por menor mal llegaron á Cádiz el 15 de Octubre los galeones esperados, trayendo su flota 43 naos, sin haber tenido otra contrariedad que la dilación de sesenta días en el viaje.

A la costa de Portugal acudió posteriormente el duque de Aveiro, portugués, nombrado Capitán general de la armada del mar Océano en sustitución del de Alburquerque, y sostuvo crucero de Junio á Septiembre de 1665 con poco resul-

[1] Don Miguel de Oquendo, general por asiento, fué recogido del agua, herido y magullado de las piedras. Bajo la impresión de la desgracia se retiró á Guipúzcoa, su patria, donde, según expresión suya, lo apacible del sitio y la lección de buenos libros, «compañeros que sin enfadar deleitan y enseñan», sirvieron de lenitivo al ánimo. Escribió entonces *El héroe cántabro. Vida del Sr. D. Antonio de Oquendo*, su padre, dedicándola á la provincia, y al acabar sus días en 1681, habiendo fundado, juntamente con su mujer, D.ª Teresa de San Millán, el convento de brígidas de Lasarte, dejó al cuidado de las religiosas, entre varios objetos, el estandarte de su capitana librado del naufragio, raro ejemplar de las insignias del tiempo, que posee actualmente el señor marqués de Valmediano, y mostró al público en la Exposición histórico-europea de Madrid con que se conmemoró en 1892 el centenario del descubrimiento de América. Es el estandarte cuadrangular, de damasco carmesí, formado con seis paños de unos cuatro metros de longitud. Alrededor tiene orla romana y fleco de seda roja y amarilla. Hacia el centro gran escudo de las armas reales; á un lado de éste Jesucristo crucificado entre las efigies de la Virgen María y del apóstol San Juan, y en el opuesto el patrón de España, Santiago, galopando en el caballo blanco y esgrimiendo el estoque contra los moros, de los que uno yace muerto á sus pies. Las figuras están pintadas al óleo sobre el damasco, y no por pincel adocenado.

tado [1]. La campaña tomaba un giro desfavorable á las armas de España.

Créese que los reveses sufridos uno tras otro por D. Juan de Austria, el duque de Osuna y el marqués de Caracena en la frontera, afectaron al espíritu de D. Felipe IV, acelerando el término de su reinado desastroso. Murió el 17 de Septiembre de 1665, habiendo conducido á España por espacio de cuarenta y cuatro años en progresión decrecente, ó sea «con razón negativa», si vale el símil algebraico; pero sin perder con la desgracia la estimación de los súbditos, alcanzada por algunas de las dotes personales, por las que un ilustre pensador ha dicho [2]:

«Razón tuvieron los españoles de su época para respetar y amar á Felipe IV, que, al fin y al cabo, fué un buen monarca civil, como tantos que la Historia aplaude, y su recuerdo, nadie lo ignora, tiene eternamente que vivir en nuestros museos, en nuestros teatros, donde quiera que se busquen glorias al genio español. Su buen entendimiento, su bien conocida cultura en letras y artes, su destreza en los ejercicios caballerescos, su magnanimidad, su dignidad y constancia, su corazón excelente, su vivo amor á España y á los españoles, le granjearon simpatías tan profundas, que la tradición las ha guardado hasta nuestra edad, no obstante las severidades de la historia seudofilosófica y vacía de noticias que, á saltos y como por acaso, se ha escrito hasta aquí de sus acciones. Hay que repetir, con todo, que es lástima que no se pueda alabar también su presencia en la guerra. No tenía por qué ser ningún temerario como Gustavo Adolfo; pero á lo menos debió llegar donde sus émulos Luis XIII y Luis XIV llegaron.....»

[1] Llamábase Raimundo de Alencastre, y encuéntranse en las menciones del título las variantes Abeiro, Aveiro, Avero. Dió instrucciones á la armada, y en la *Colección Navarrete*, t. VII, núm. 44, se conserva *Diario de lo que ha hecho el Sr. Duque de Abeiro con la armada de su cargo*. También hay documentos concernientes á su persona en la *Colección Sans de Barutell*, artículos 2.° y 3.°, y epítome en el *Estado general de la Armada* de 1847, Apéndice, pág. 26.

[2] Don Antonio Cánovas del Castillo.

Miguel de Oquendo.

# V.

## CONSIDERACIONES GENERALES.

### 1621-1665.

El bajel.—Su crecimiento.—Arquitectura.—Decoración.—Armamento.—Ordenanzas.—Navíos de fuego.—Barcos longos.—Fragatas.—Galeras.—Carena.—Embarcaciones reales de recreo.—Cañones.—Teoría y práctica.—Tratados de navegación.—Hidrografía.—Cartografía.—Obras diversas —Fruto que produjeron.—En la navegación.—En el combate.—Influencia de las medidas de gobierno.—Situación crítica de los Generales.

Sea el vaso náutico primer objeto de consideración en el resumen de este reinado, como en los anteriores, observando su crecimiento continuo por efecto de la emulación de las naciones y la tendencia á hacerse superiores en fuerza ó poder marítimo. Alonso de Chaves había señalado, en tiempos del Emperador, á la nave de 200 toneladas como tipo de la de guerra; Juan Escalante de Mendoza, en los de Felipe II se mostró partidario de la de 500 toneladas, juzgándola más apta que ninguna otra para navegaciones de golfo y desempeño de comisiones de cualquier especie, y medio siglo pasado prevalecía esta opinión entre marineros de experiencia y crédito; sin embargo, dilataban los constructores sus medidas llegando, según se ha visto, á dotar á las armadas de naves almirantas y capitanas de 1.500 á 2.000 toneladas.

Trajo consigo la ampliación del porte la necesidad de reforzar el grueso de las maderas, de ligarlas entre sí, de repartir el espacio, de cubrirlo, alterando necesariamente las reglas de fabricación y las teorías en que se fundaban, de todo

lo cual se ocupó el capitán Diego López de Guitián, que había servido más de veintisiete años en la armada del mar Océano y carrera de Indias, en memorial dirigido al Rey el año 1630, proponiendo reformas en el casco y aparejo de las naos.

Teniéndose por capaz y entendido, explicaba las modificaciones que debían introducirse en los astilleros para ligar las piezas principales, singularmente las que forman la popa y la proa; la aplicación de otras con que fortificar las cuadernas y los piques, entre ellas cuatro palmejares corridos de extremo á extremo, abrazando las cabezas de los planes y las puntas de las estamenaras y de varias curvas endentadas. También proponía modificaciones en la clavazón, para conseguir la seguridad sin aumentar el número, que siendo excesivo perjudica á la madera, sin contar lo que la debilitan los barrenos. Censuraba ciertas prácticas en la arboladura que debían corregirse, dejando holgadas las fogonaduras en la cubierta alta, desterrando los calceses de los palos, poniendo menos crespo el bauprés, con lo cual, y la proporción de medidas, de palos, vergas y jarcias, creía habían de disminuir los desarbolos, con muchos otros defectos que tenía experimentados.

Ofrecía fabricar en Indias seis galeones cada año, puestos á la vela, armados con artillería de bronce, *sin ninguna costa de la Real Hacienda* á favor de ciertos arbitrios, con otros particulares desarrollados en memoriales sucesivos. Este, relativo á construcción naval, imprimió en cuaderno de seis hojas en folio [1], y es el único de la materia que salió á luz en el reinado de Felipe IV, aunque varios más se escribieran, empezando por la *Ordenanza de fábricas*, redactada por D. Antonio Idiáquez, superintendente de ellas.

Don Juan Antonio Enríquez anotó en el Indice de su colección de papeles de marina, que poseía manuscrita la *Naografía ó perfiles para la construcción de bajeles*, obra del P. José de Zaragoza, de la Compañía de Jesús, preceptor del prín-

[1] Reproducido en mis *Disquisiciones náuticas*, t. VI. De los antecedentes y propuestas que hizo, trata el t. V, pág. 92.

cipe D. Carlos, que escribió el año 1644, así como un *Tratado sobre arqueamiento de galeones y orden que se debe tener en sus reglas*. Otra enseñanza igualmente manuscrita anduvo en manos de curiosos, con título de *Diálogo entre un vizcaíno y un montañés, sobre construcción de naves, su arboladura, aparejos, etc.*, en la que, imitando el plan de Juan Escalante de Mendoza y de Tomé Cano, se daban reglas y curiosas noticias históricas y facultativas[1].

«Claro está—dice el escritor anónimo—que salida á luz, habrá quien censure esta obra, y que los que le pondrán más defectos serán los ignorantes marineros de cartapacio destos tiempos, que estudian cuatro bachillerías y las dicen entre quien no las entiende, con que se acreditan, y llegados á obrarlas no saben cuál es su mano derecha; pero consuélome con que los capaces de las dos artes la apoyarán y defenderán, por ser tan en útil del prójimo. A mí me ha costado alcanzar las cosas tan al por menor muchos años de trabajo, y si mi caudal llegara al deseo, fabricara un galeón por las medidas referidas, para que la experiencia mostrara el desengaño, y si éste hubiera llegado cuando mi padre y yo fabricamos cinco galeones que anduvieron en servicio de S. M., de los cuales se perdieron dos en el real servicio, y no se me ha dado satisfacción, ni los sueldos de ellos, fácil fuera ponello en ejecución; pero hállome imposibilitado de lo poner por obra, remitiéndolo á la pluma, suplicando á S. M. y á los señores de su Real Consejo de Guerra y Junta de Armadas, manden ver este tratado y lo comuniquen con todos los generales y almirantes marineros que hubiere, y con los sobrestantes de las fábricas y maestros mayores dellas, para que digan lo que sienten, que espero aprobarán estas medidas, si se hubieren embarcado y navegado, con que habrán echado de ver el defecto que tienen las que se han fabricado hasta aquí; pero si no lo han hecho, no hay para qué preguntarles, pues es cierto lo ignoran. Y debían mandar hacer un galeón de 500 toneladas por estas medidas para verificar la bondad

[1] Impreso por primera vez en las referidas *Disquisiciones náuticas*, t. VI.

de ellas, que yo aseguro que saldría tan cabal en todo, que no hubiese que reformar, y en cosa que tanto importa se habrá de hacer toda instancia para que los navíos quedasen en toda perfección.»

Visto el libro por el Consejo y Junta de Armadas, es de creer no negaran su permiso para publicarlo, sino más bien que la situación del escritor y las circunstancias de la época no lo consintieran. Ello es que permaneció inédito.

El autor reseña la historia de la construcción en España, con explicación del resultado que dieron las *Ordenanzas de fábrica* de 1611, 1613 y 1618, mejorando considerablemente el material, pero dejando todavía algunas imperfecciones que corregir, lo que él procuraba. Proponía, en consecuencia, reforma en las medidas, señalando las mejores desde el proyecto de galeón, de 22 codos de manga, y de uno en uno hasta el de 14, y pataches de 13 á 10; el modo de ligar el vaso, fijando grueso y medida de los maderos principales, forros, cubiertas, disposición de las cámaras, arboladura y jarcia, razonando las diferencias con las referidas *Ordenanzas* de 1618 y con las embarcaciones que por entonces se hacían con más crédito en Flandes y la supresión de los castillos, que consideraba perjudiciales. Daba cuenta de los materiales de toda especie que entraban en un galeón de 500 toneladas, tipo que seguía siendo el preferido de los marineros, concluyendo con examen de los materiales que se hallan en España y los que se traían del Extranjero; sus precios, la conveniencia política de establecer y fomentar fábricas de jarcias, lonas, betunes y otras cosas, entrando en consideraciones de las más interesantes, á mi juicio, para el estudio de la época en que el tratado fué escrito.

En la práctica descollaron, entre los constructores hábiles, Felipe de Alzate, Francisco de Iturzaeta, Esteban de Arrillaga, Martín de Arana, Lorenzo de Urnieta, Lucas Guillén de Veas, Ignacio y Juan de Soroa, directores de los astilleros del Cantábrico en la época de mayor actividad[1], esto es,

[1] Insisto en la referencia de las *Disquisiciones náuticas*, tomos V y VI, en que he tratado esta materia.

desde el advenimiento de Felipe IV hasta 1635, año en que por vez primera se adquirieron en Flandes naves aparejadas y artilladas por no bastar la industria nacional á cubrir las exigencias del servicio, con ascender á 50 galeones los que llegaron á botarse al agua anualmente, construídos por administración y por asiento.

Mucho disminuyó la producción después de la entrada de los franceses é incendio de los astilleros, y mucho más cuando, por los apuros del Erario, cesaron las consignaciones, arruinándose los armadores y los asentistas á tiempo en que los desastres de Guetaria, Las Dunas y el Brasil requerían el reemplazo de más de cien naos de alto bordo.

Las Ordenanzas generales dictadas en 1633 prevenían se excusaran gastos extraordinarios en banderas, gallardetes, dorados y pinturas de las popas, beques, capillas y comedores, guardándose en todo ello la orden especial vigente, excepción hecha de la capitana, que «había de andar con la decencia y autoridad que conviene». Infiérese del texto que fué extremado el lujo de esculturas y adornos, dándolo igualmente á entender las circunstancias de haber constructores especiales de popas, como lo eran Gabriel de Arce y Andrés de Arzadun, y pintores con título real [1].

Novedad de la época, introducida por los franceses al organizar su primera armada en 1636, fué la agregación de na-

[1] Lo obtuvo en 7 de Marzo de 1640, Mateo Núñez de Sepúlveda, de maestro mayor de la pintura de las armadas del mar Océano, galeras de España, galeones de la plata y escuadras reales, en atención á su mérito y habilidad, con muchas prerrogativas, contada la de que él solo había de pintar las banderas, estandartes y otras obras delicadas que se ofrecieran en las naos, que se tasarían por dos profesores, uno por parte del Rey y otro por la suya, y en caso de discordia, que se nombrara un tercero, y que lo tasado se le pagara sin descuento alguno. Empezó á ejercer en Cádiz, en 1641, en banderas que pintó al aguazo para los navíos del Rey, con las figuras de Santiago y de la Concepción, y se le pagaron por ellas 1.350 reales en 5 de Abril del mismo año. Las figuras tenían correcto dibujo y muy buen colorido, y estaban pintadas con libertad é inteligencia por el método de pintar sargas usado en Andalucía desde muy antiguo. *(Colección Vargas Ponce.*—Ceán Bermúdez, *Diccionario histórico de los profesores de bellas artes.)* En 1665 era maestro dorador Jerónimo Rubio. La colección de lienzos de la jornada del Brasil, pintados por Juan de la Corte, da buena idea de la decoración de bajeles en escultura, pintura, banderas, fanales y pavesadas.

víos de fuego como parte componente de las escuadras. Ensayáronlos con éxito, á nuestra costa, en las islas de Lerín, y posteriormente, con tremendo efecto, en la catástrofe de Guetaria. Los holandeses no tardaron en adoptarlos, haciéndonoslo sentir en la batalla de Las Dunas (1639); pero pudo observarse entonces cuán peligroso era su manejo, al ver que quemaban amigos y enemigos, destruyendo sus propios bajeles.

Fuera por esta experiencia, ó por considerar *diabólica* la invención, á pesar de haber tenido que deplorarla otra vez en el combate de los galeones de la plata al salir de Cádiz (1640) y en el cabo de Gata (1642), no se dió prisa la Junta de Armadas en ordenar su preparación para las nuestras. Por primera vez figuraron en la del duque de Ciudad Real (1642), y dicho sea en verdad, ni en la campaña que hizo en el Mediterráneo este General, ni en las sucesivas, acreditaron nuestros marinos acierto ni habilidad en servirse de un arma que, aun siendo de más efecto moral que material, les había causado considerable daño.

En Cádiz se estableció escuela ó academia regida por Gerardo Coen, para enseñar especialmente la pirotecnia, la preparación y uso práctico de los navíos de fuego [1], habiendo hecho anteriormente estudios y diligencias de medios preservativos. Don Fernando Álvarez de Córdoba inventó un aparato que consistía en seis árboles ó arbotantes de hierro giratorios, fijos en el costado de la nave por debajo de las portas de la artillería; de uno á otro iba guarnición de plancha igualmente de hierro, y en la cabeza de los árboles cadenas con que se arrizaban al costado y se arriaban hasta la horizontal en caso necesario. El mecanismo era bastante parecido al que actualmente llevan los buques acorazados contra torpedos, salvo que las redes se sumergen, mientras que las planchas iban fuera del agua. Dado el objeto idéntico, recuerda la moderna red la frase de Terencio: *Nihil dictum quod prius non fuerit dictum.*

[1] Academia de la Historia. *Índice de la Colección de documentos de D. Juan Antonio Enríquez*, año 1646.

Con el aparato de Alvarez de Córdoba se hicieron experiencias ante una Junta compuesta del general Juan de Echaburu, su hermano el almirante Tomás, y el constructor Lucas Guillén de Veas, obteniendo buenos resultados; consideróse, no obstante, que el invento tenía más de teórico que de práctico, por el estorbo constante que causaba á prevención de un lance raro [1].

Igual opinión mereció la propuesta hecha por el capitán Nicolás Cardona, el explorador de California, hombre que tenía probado el ingenio con aparatos para extraer los objetos de valor de los galeones perdidos. Contra los navíos de fuego había ideado unas chalupas ligeras, cubiertas y, en cierto modo, incombustibles, que, remolcándolos con cadenas de hierro, los desviaran hacia sotavento [2].

Por mejor remedio se tuvo el de los barcos longos, tal como en su lugar se han definido, adquiriendo por ello predicamento bajo el cual se multiplicaron, aplicándolos á más servicios, incluso el de Indias, adonde fueron con falcas postizas. Construyéronse los primitivos en Cádiz, y por su modelo en Barcelona, utilizándose en el bloqueo de esta plaza, lo que no bastó á sostener su prestigio efímero.

La modificación realizada en algunas naves de la escuadra de Dunquerque, rebajando los castillos y corriendo la cubierta alta con su obra muerta, tuvo desde el principio favor, vistas las sobresalientes condiciones de ligereza que procuraba al nuevo tipo, y aplicándole por ello el nombre de *fragata*, con que de antiguo se designaban las embarcaciones de vela y remo, destinadas á la descubierta, fué universalmente adoptada y preferida por corsarios y piratas. La voz *nao* se anticuó en esta época, empezando á usarse en documentos oficiales la de *bajel* como genérica.

Otra innovación produjo el incremento del porte ó tonelaje en la reparación ó carena del vaso, no siendo ya posible *ponerlo á monte*, ó sea dejarlo en seco en las playas por me-

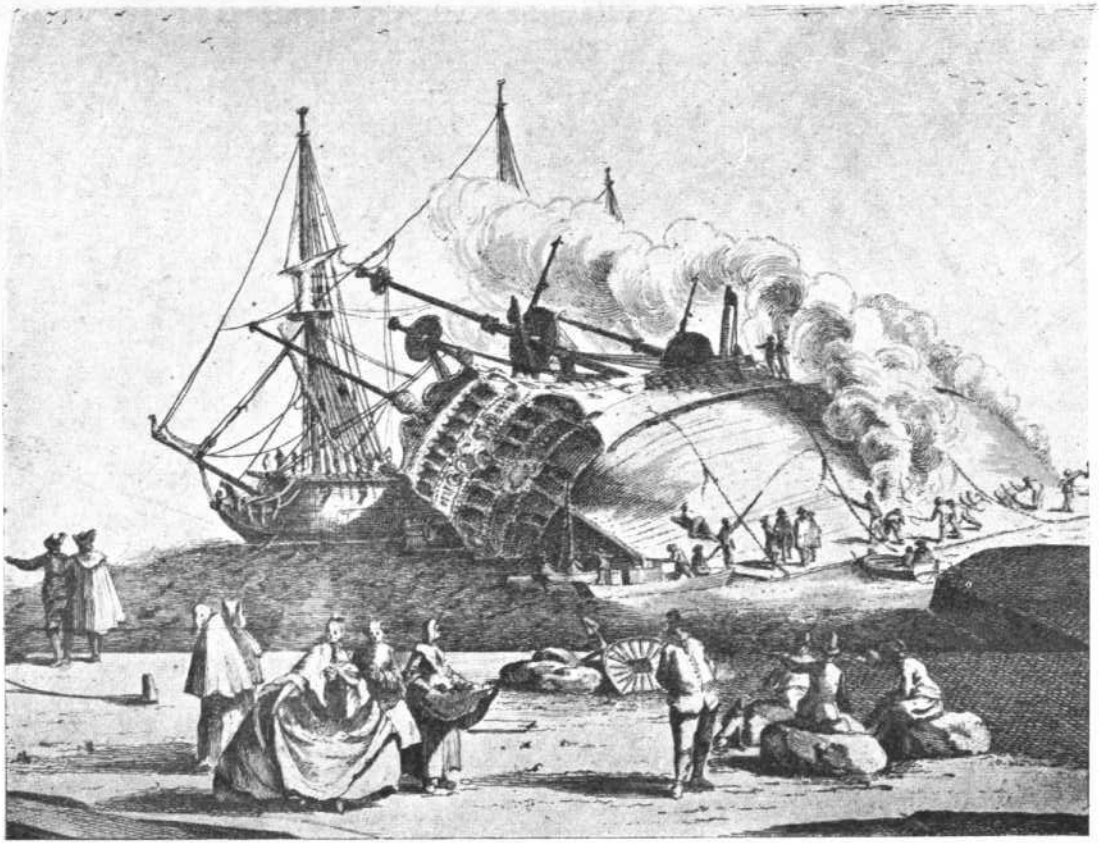
[1] Año 1640. *Colección Navarrete*, t. IX, núm. 28.
[2] Año 1643. *Colección Navarrete*, t. IX, núm. 30.

dios mecánicos. Se discurrió manera de tumbarlos, descubriendo uno y otro costado hasta la quilla, faena delicada que requería preparación especial de los palos y jarcias. Llamóse *dar á la banda*, ó *dar lado.*

Poca variación tuvieron los vasos de galeras en forma y dimensiones, limitado bastante su servicio con el desarrollo del navío velero; continuaron siendo vehículos en los viajes de costa mediterránea, de personas reales y altos funcionarios, y objeto de ostentación en ocasiones, como la de la conducción del cadáver del príncipe Filiberto (1624) ó la del traslado de la reina de Hungría (1631). He de añadir aún á las descripciones del adorno con que se decoraba la galera real, el que se dispuso al venir á España desde el Final D.ª María Ana de Austria, hija del emperador Fernando III, desposada con Felipe IV (1649), según relato de testigo [1].

«Toda la popa se labró curiosa y admirable de labores de medio relieve con vistosas molduras y lazos, dorada toda, y sustentada sobre dos ángeles que la sostenían; habían remate sobre tres escudos de armas reales, tres fanales en forma de dragones, que servían de basas á las imágenes de Nuestra Señora, precursor Bautista y San Vicente Ferrer. La popa, por la parte interior guarnecida y adornada de labores de plata y ébano, guardadas de cristales en marcos de oro y cortinas de damasco carmesí con guarniciones y alamares; en medio una cama de velillo blanco, de plata, para S. M., y con no menos adornos y pinturas las cámaras de popa y camarín. El real estandarte, riquísimamente bordado, con el casamiento de las armas del Rey nuestro señor por una parte y de la Reina nuestra señora por la otra. El timón, las dos escaleras y otra más á la banda derecha, por donde había de subir S. M., y los corredores, dorados, como también los de proa, rumbada y espolón, en cuya punta se vió una imagen de bulto del patrón de las Españas á caballo

[1] Academia de la Historia, *Colección de Jesuitas*, est. 16, gr. 5, núm. 99. Del particular también hice mención en las *Disquisiciones náuticas*, t. 1, y en los *Viajes regios*.



Navío á la banda.

y debajo dos ángeles de medio relieve con las armas del señor D. Juan de Austria y armas blancas de San Juan; los remos rojos, si bien dorada la parte que batía en el agua, y de la suerte misma las penas de las entenas, las gavias y el esquife; los árboles y demás maderas, rojos; los tendales y parasoles de brocado carmesí, y de damasco las flámulas, con las armas de S. M. á las plantas de la imagen de la inmaculada Concepción de la Virgen. La tienda, de media seda, carmesí y amarilla, y del primero de estos colores doce banderolas con las armas reales y labores de oro en la orla. Tenía esta galera 28 bancos por banda de á siete forzados desde la popa al árbol, y dél á proa seis, vestidos ellos, los marineros y proeles de damasco carmesí, y con el mismo traje 10 esclavos, grandes músicos de clarines, chirimías y sordelinas, y con vestido de brocado los cómitres. La góndola tenía diferentes figuras de monstruosos pescados, tritones y deidades marítimas; ocho remos, también dorados, cuatro por banda; los dos á popa y los dos á proa, y en el comedio se levantaba una tienda ó toldo de damasco carmesí con fluecos, guarniciones y alamares de oro.»

Se inauguraron en este reinado embarcaciones destinadas al recreo de la familia real en la corte, y debe constar la noticia, con la de construcción artificial en los famosos jardines del Buen Retiro, del lago ó estanque, del que por el ángulo superior derecho salía el llamado río grande, canal que iba hacia el sitio en que está actualmente emplazada la casa de fieras; de allí, en línea recta, se dirigía al baño de elefantes; torcía á la derecha hasta la plaza en que se alza ahora la estatua del Angel caído, donde se bifurcaba para formar una isla, y vueltos á juntar los brazos, por el olivar de Atocha, seguía á la iglesia de San Antonio, que también circundaba. El río era en todo este camino navegable.

Llegaron de Nápoles para surcarlo (1639) seis góndolas muy ricas y lucidas, obsequio del virrey duque de Medina de las Torres. Estaban guarnecidas de plata, cosa grandiosa,

estimadas en 80.000 ducados. SS. MM. las estimaron mucho, embarcando en ellas las más de las tardes [1], y haciéndolas figurar en las constantes diversiones de la Corte. Pellicer refiere [2], que estando hechas grandes prevenciones para la noche del primer día de Pascua, comedia dentro del estanque grande en teatro que navegase S. M. y señores de palacio todo alrededor oyendo la representación, y cena también dentro del agua, apenas empezó cuando se levantó tal aire, borrasca y torbellino, que muerta mucha parte..... de las luces y tiestos, desbaratadas las góndolas y á peligro de hundirse, asustado el Príncipe, fué fuerza retirarse y cesar la fiesta.

Simultáneamente con las ricas embarcaciones de Nápoles se construyó en el alcázar de Sevilla un galeoncete bautizado con el nombre de *El Santo rey Don Fernando*, poniendo la obra á cargo del capitán y maestro mayor de fábricas de S. M., Lucas Guillén de Veas, que la hizo á satisfacción, reduciendo la escala de los grandes bajeles de guerra en casco, arboladura y aparejo. Coronaba la popa del galeoncete un antepecho con balaustres dorados, cartelas con sus bichas, y pendiente un escudo de las armas reales esculpido en medio relieve, resaltando entre los ornatos la imagen del santo Rey de que tomaba nombre, y el fanal sostenido en arco. El forro interior era de caoba y cedro con cintas estriadas y doradas. Cerca del palo mesana estaba una silla de caoba con asiento y espalda de damasco carmesí, flecadura de seda y clavazón de metal dorado. Venían á la silla desde el timón cordones de seda carmesí para que S. M. gobernase, impulsándolo marineros con remos dorados. Los cañones, que eran seis, las anclas, motonería, velamen, podían considerarse obras primorosas de juguete; las banderas pintaron Francisco Zurbarán y Alonso de Llera; la talla fue de manos del escultor Gaspar Ginés. Hechas pruebas de estabilidad y marcha en el Guadalquivir, trájose

[1] *Memorial histórico español*, t. XV, pág. 261.
[2] *Avisos históricos*. Año 1639, pág. 33.

á Madrid en carruaje construído exprofeso (1639), acompañándolo el referido capitán constructor Veas, un carpintero calafate y marineros provistos de las tradicionales ropas de damasco carmesí [1].

Debió de traerse de otro astillero una galera á fin de que tuviera representación la marina del Mediterráneo; menciónala el malicioso noticiero de la Corte, Barrionuevo, en los términos que transcribo [2]:

«Se dice amanecieron la víspera de San Pedro (1657) cédulas en las iglesias, que decían: «Encomienden á Dios los »felices sucesos de S. M., que se embarca esta noche en la »armada que ha hecho en el Retiro contra Cromwell, y va á »verse con él y á descercar á España por mar.»

»La galera es cosa grande; andan en ella 60 personas, y aquella noche hizo el artillería de las suyas; los ministriles moros á la par atronando los aires, fuera de otras embarcaciones menores.

»También en el Retiro han hecho un bajel para compañía de la galera, pareciendo que sin él estaba sola, y ocho ó diez góndolas.

»Los Reyes se solazan en la galera el día que no le da la cuartana á Liche; van delante las góndolas y navío. Parece una armada, y en la popa, sentados en un tapete, el valido y su hijo á los reales pies. Fingen escaramuzas, juega el artillería y mosquetes, dan tres ó cuatro vueltas, llega la noche Á todo se acaba.»

Por término de este punto mandáronse venir 12 bateleras de Pasajes (1662) para divertir á S. M. la Reina [3].

Volviendo á los bajeles de armada, como la ampliación del casco obedeciera á la idea de más fuerza, se fué aumentando el número y el calibre de las piezas de artillería, regularizando la apertura de portas en los costados y uniéndolas

[1] Don José Gestoso y Pérez, *El navío «El Santo rey D. Fernando». Memorias históricas sevillanas del siglo XVII.* Sevilla, 1890. Opúsculo acompañado de cuentas y libranzas por la construcción y traslado del navío hasta el Retiro.

[2] *Avisos*, t. III, págs. 296 á 318.

[3] La orden en la *Colección Vargas Ponce*, leg. 4, núm. 93.

entre sí con perjuicio del manejo. En principios del reinado (1621) era tenida en concepto de grandeza la capitana de don Fadrique de Toledo, llamada *La Doncella*, que montaba 64 piezas; 30 por banda y cuatro en la popa. Hacia el fin (1664), con no arquear la capitana real más de 1.500 toneladas, estaba armada con 90 cañones, de bronce todos; los de hierro fundido merecían escaso aprecio, desdeñándose aun para los navíos de comercio, aunque en otras naciones, en Holanda principalmente, se usaban en grande escala. La villa de Cestona se opuso (1622) á que Juan Curcio, flamenco, estableciera en la provincia de Guipúzcoa hornos de fundición de esta especie de artillería [1].

Sobre teoría y práctica se escribieron y publicaron varios tratados de buena doctrina, siendo de señalar la recomendación hecha en los especiales de marina de reducir á un solo calibre los cañones montados en cada cubierta [2].

En las primeras instrucciones dadas por D. Juan de Aus-

[1] *Colección Vargas Ponce*, leg. 12, núm. 20.

[2] Por orden de fechas aparecieron éstos: *Tratado del exercicio y arte de Artilleria, el cual contiene reglas muy curiosas y avisos muy importantes, obra del capitan Martin Gaston de Issaba, difunto, teniente que fué del General del Artilleria destos Estados, y sacado nuevamente á luz por el alferez Juan Orejon, su yerno, como aficionado al estudio de este exercicio. Dirigido al Ilmo. señor D. Diego Mesia, del Consejo Supremo de Guerra de S. M. y su Capitan general del Artilleria destos Estados de Flandes.* En Amberes á 18 de Marzo de 1623. Manuscrito original en la Academia de la Historia, est. 13, gr. 5, núm. 631.

*Instrvccion y regimiento con que los Marineros sepan vsar del Artilleria con la seguridad que conviene. Compvesto por Andres Muños el Boeno, Artillero mayor por el Rey nuestro señor, de su Casa de la contratacion de las Indias y Armadas y Flotas que á ellos se despachan.* (Escudo de Armas.) Impreso con licencia. En este presente año.

En la *Biblioteca maritima* de Navarrete, t. 1, pág. 90, hay noticias de este tratadito y de su contenido, por referencias de otros autores, y dícese impreso en Lucena en 1642. El ejemplar que yo he visto, compuesto de diez folios en 4.° y una tabla de alcances, forma parte de la *Colección Salazar*, L. 21, fol. 160. Contiene declaración de las piezas y sus nombres, la pólvora que les toca, las causas por qué revientan y por qué no se acierta con los tiros; advertimientos para tirar, cómo se hace la pólvora, y cómo se enjuga y refina.

*Breut tractat de Artilleria recopilat de diversos autors, y treballat per Francesch Barra, y mestre de la Eschola de Artilleria de la insigne ciutat de Barcelona. Dedicat als moll illustres senyors y savi concell de Cent de dita ciutat.* Any 1642. En Barcelona, en casa de Jaume Mathevat. En 4.°

*Arte y policia militar de tierra y mar, Artilleria y máquinas de fuego con otras par-*

tria para la campaña de Cataluña, se hace indicación del empleo de *palanquetas* y *balas enramadas* para desarbolar á los navíos de fuego enemigos (1647), y en los acopios de armas portátiles se encuentra el encargo de *carabinas* para la armada hecho á la fábrica de Plasencia (1660), innovaciones también del reinado.

Como principios de organización son de observar las ordenanzas generales dictadas el año 1633, que comprenden la administración, servicio, justicia y orden en 402 artículos recopilados de las prevenciones anteriores [1]. Según ellos, habían de tripularse los bajeles con 16 marineros cada 100 toneladas en las capitanas, y 18 en los de 200 toneladas abajo. Prohibían en absoluto el embarco de mercancías; determinaban que los caballeros de hábito en las órdenes militares habían de navegar seis meses; que todas las personas á bordo fueran bien tratadas por los superiores: que siendo necesario embargar navíos, se hiciera sin vejación ni molestia; que los grumetes y los pajes acudieran á la limpieza «en el tiempo que les sobrase después de cumplir sus obligaciones». Habían de gozar los marineros sueldo á razón de cuatro escudos y cuatro reales al mes; los pajes, dos escudos y dos reales; el Capitán de la capitana, 40 escudos; los otros capitanes, 30; los de los pataches y galizabras, 15.

Otras ordenanzas complementarias para la escuadra de navíos de alto bordo destinada á limpiar de enemigos las costas de Cantabria, Galicia y Asturias, estimulaba el armamento de particulares con concesiones desusadas hasta entonces [2]. Declaráronse luego las circunstancias que debían tener los

*ticularidades de esta profesión*. Año 1644. Manuscrito anónimo. Academia de la Historia, est. 23, gr. 7, A., núm. 180. Contiene un capítulo de los artificios de fuego, y otro de cómo se ha de usar de la artillería y de las otras máquinas en las batallas de mar.

*El perfecto artillero, teórica y práctica*, por Julio César Firrufino, catedrático de matemáticas y artillería por el Consejo de la guerra. Madrid 1648. Ampliación de obra anterior titulada *Práctica manual y breve compendio de artillería*.

[1] Insertas en la *Colección de Tratados de Abreu y Bertodano*. Dadas en Madrid á 24 de Enero de 1633.

[2] Dadas en el Pardo á 24 de Enero de 1633, insertas en la misma *Colección*.

bajeles para ser considerados de naturales [1], fué reglamentándose al pormenor lo referente al servicio y á la provisión de pertrechos, municiones y víveres, con distinción que consintió al autor del *Diálogo entre un vizcaíno y un montañés*, antes citado, trazar el cuadro de los deberes del capitán de infantería, alférez, sargento, cabo de escuadra, capellán, atambores y pífanos, soldados, capitán de mar, maestre, piloto, contramaestre, guardián, despensero, alguacil de agua, escribano, cirujano, carpintero, calafate, buzo, trompeta, condestable, artilleros, marineros, grumetes, pajes, en este mismo orden [2], no sin hacer observaciones sobre los puntos necesitados de reforma, entre los cuales eran, á su juicio, de primordial interés la crianza y estímulo de marineros, y la elección de capitanes, «por haberla visto recaer en personas que le causaban lástima, pues siendo conocidos los súbditos, se echaba mano de personas que no conocían ni sabían qué cosa es navío, ni el manejo de los aparejos, dejando muy grandes marineros y de juicio, que habían sido pilotos y capitanes de mar, sin hacer caso de ellos».

No faltaron en este particular, como en todos, discursos, memorias y propuestas [3], que de algún modo se abrían camino, latente como estaba el espíritu de reforma implantado por el inolvidable D. Diego Brochero. A la de institución de los ayudantes de órdenes, que no es trivial, se refiere la siguiente noticia:

«Estando el duque de Maqueda en Cádiz, intentó una novedad que ha parecido muy mal, porque mandó que cada mañana asistiese en su antecámara un capitán para entrarle los recados, que es oficio de pajes [4].»

Halla el curioso en el examen de papeles del tiempo ante-

[1] La misma *Colección*, año 1647.

[2] *Disquisiciones náuticas*, t. VI.

[3] En el número las *Proposiciones de Juan Bautista Morato, pagador general de la Armada, á S. M. para mejora de la Armada en construcciones, armamento, tripulaciones, guarnición, pertrechos, jarcia, bastimentos*, etc. Año 1645. Indice de la *Colección de D. Juan Antonio Enríquez*.

[4] Don Antonio Rodríguez Villa, *La Corte y Monarquía de España en los años 1636 y 1637*, pág. 194.

cedentes por el estilo que importa registrar; ejemplos: la prohibición *de tomar á bordo tabaco de humo*, bajo pena de un mes de sueldo, expresa en la recopilación de bandos [1]; la continuación en los almirantes del uso de vajilla de plata en la mesa por decoro del cargo, sentada en la representación de D. Lope de Hoces á S. M., después del siniestro de Guetaria (1638); la salva de artillería al brindar por las personas reales, disparada en la escuadra del príncipe de Gales cuando obsequió en Santander con festín pantagruélico á los Ministros que le acompañaban (1623); la prevención real de cruzar poniendo á la gente á media ración con oferta de satisfacerla al volver á puerto (1622).

No estando en esta época determinado el traje uniforme en la milicia, salvo en casos determinados, vestía cada cual á su albedrío, pero continuaba el uso de prendas características impuestas por la costumbre, según indican las ceremonias de toma de posesión del cargo de Capitán general de mar por el infante Don Carlos (1632), para cuyo acto se quitó la capa y ferreruelo *vistiendo arreos y preseas de soldado*, cabos de plata, plumas blancas y banda roja. La certificación expedida por el veedor de Sevilla al formar asiento á los grumetes de Triana que vinieron á servir en las embarcaciones del Buen Retiro (1639), enseña, por otra parte, que, independientemente de los vestidos de gala de damasco carmesí, se les entregaron calzones y ropilla de borlón blanco *á uso de mar*, con alamares de seda rosada, medias blancas de hilo, ligas rosadas y bonetes colorados con que habían de servir, ganando cinco reales diarios, y por cierto había en el contrato condición poco favorable al crédito de la Real casa, á saber, que no pagándoles un mes pudieran volverse libremente á sus casas.

Nada he visto por estos tiempos que tenga relación con la

[1] Año 1663. *Disquisiciones náuticas*, t. II, pág. 126. Mucho debía haberse generalizado la costumbre ó vicio de fumar, pues entre las prevenciones puestas por Juan Gallo de Miranda en su *Arte de navegar* (1621), decía: «En esto del tabaco no sé qué diga contra el abuso común, sino que haya un estrenque enterrado en el fogón para los tocados desta seta.»

higiene, ni con la curación de las enfermedades epidémicas que se desarrollaban en navegaciones largas, aunque se entendía ya que las originaban la aglomeración de gente en poco espacio, la escasez y la mala calidad de los víveres. Descubrióse por casualidad ser los vegetales y las frutas ácidas el mejor remedio contra la terrible dolencia que agobiaba á las tripulaciones, afectando por principio á la dentadura.

Armado, tripulado, dispuesto el bajel, ocupó su marcha y situación por los mares á los ingenios náuticos menos de lo que hubieran hecho quizá en tiempos de serenidad no perturbada por tantas guerras y sobresaltos. Juan Gallo de Miranda inició los escritos con el *Arte de navegar*, dedicado al marqués de Guadalcázar, y suscrito en Méjico á 31 de Octubre de 1631. No se ha dado á la prensa; permanece inédito en la Biblioteca Nacional, aunque es de interés, porque, distando un siglo del de Alonso de Chaves, ofrece testimonio del progreso científico en período cabal. Como aquél, empieza por los lugares comunes de la astronomía, tablas de la luna, de latitudes y longitudes, de correspondencia de leguas y de mareas. En lo relativo á instrumentos poco avanza, si bien tratando de la aguja de marear, «confuso laberinto ó espantoso golfo desta profesión donde tantos han dado al través», condena las teorías de Luis de Fonseca, de Ayanz y de los que pretendieron deducir la longitud en la mar por la variación, en la creencia de que sólo por los eclipses de sol y luna, sabida la hora precisamente, se podía averiguar la diferencia, sin fiar en los relojes mecánicos, cuyos errores señala. Pone, como era de costumbre, los pronósticos y señales para discernir los cambios de tiempo, la noción de fábrica de navíos, su gente, oficios y obligaciones, maniobras y vocabulario técnico.

A pesar de su criterio, bien que no podía ser público, se presentó en 1634 un tal Jusepe Malahombra ofreciendo al Consejo de Indias el descubrimiento de la manera de navegar á beneficio de instrumento que había inventado, con el que se investigaba la posición geográfica de cualquier lugar.

Tres años después insistió José de Moura Lobo con memorial en que ofrecía el verdadero descubrimiento de la aguja fija [1], fantasías á que respondió el cosmógrafo van Langren con dos escritos [2]; sin embargo, todavía optó en 1648 al premio ofrecido el ingeniero Domingo Acosta, exhibiendo proyecto que fué examinado por el Consejo de Guerra [3].

Con más generalidad se publicaron libros de astronomía náutica y navegación comprendidos en las bibliografías [4], á las que algo hay que añadir, inédito, si bien no de importancia [5]. Mayor fué la vulgarización de las ciencias auxiliares, Cosmografía, Geografía, Hidrografía [6], de la última sobre

[1] *Colección Navarrete*, t. IX, núm. 21.

[2] El primero se imprimió en Madrid en 4 hojas, año 1634, con título de *Advertencias á todos los profesores y armadores de la Matemática, tocantes á la proposición de la longitud por mar y tierra que ha hecho á su Majestad Católica.* El segundo permanece inédito en la Biblioteca particular de S. M. el Rey, S. 2.—E. H.—P. 9, rezando la portada, *La verdadera longitud por mar y tierra demostrada y dedicada á S. M. C. Philippo IV por Miguel Florencio van Langren, Cosmógrafo matemático de S. M. en Flandes.—Con las censuras y pareceres de algunos renombrados y famosos matemáticos de este siglo, que van puestos en el orden de los fechos de sus dichas aprobaciones. MDCXLIV.* La *Biblioteca marítima*, de Navarrete, t. II, pág. 486, menciona un tercer trabajo del autor con título de *Tratado de la verdadera longitud en la tierra y en el mar por la observación de las manchas de la luna cuando se obscurecen ó aclaran, aprobado por varones doctos*, extractando los juicios que mereció á Bailly, La-Lande, Weidler y Riccioli, y el informe de la Junta de guerra de Indias.

Inédito existe en el Archivo de Indias.

*Descripción y discurso del eclipse de sol de 13 de Noviembre de 1640 en Santa Fe de Bogotá, con figuras explicativas, por el P. Jesuita Juan Bautista Coluchini*, remitido á S. M. por el presidente de aquella Audiencia D. Martín de Saavedra y Guzmán, con carta de 28 de Diciembre del mismo año.

(Cartas y expedientes, 72-3-29.)

[3] Cédula dada á 27 de Julio de 1648. *Archivo de Simancas*, Guerra, leg. 1.683.

[4] La de Navarrete describe los de Antonio de Nájera, 1628 y 1632; Cristóbal Borro, 1631; Juan Bautista Garcés de Marcilla, 1643; Lorenzo Ferrer Maldonado, 1626; Pedro Manuel, 1661; Pedro Mercader, 1651; Pedro Porter y Casanate, 1634; Sebastián Condina, 1651.

[5] De varias hice relación en mi opúsculo *De algunas obras desconocidas de Cosmografía y de Navegación, y singularmente de la que escribió Alonso de Chaves á principios del siglo XVI. Revista de Navegación y Comercio.* Madrid, 1895.

[6] Pueden consultarse en la *Biblioteca Marítima* citada, á Francisco Velázquez Minaya, 1626; Juan Díez de la Calle, 1646; Lorenzo Ferrer Maldonado, 1626; Lorenzo Vanderhammen, 1633; Luis Tribaldos de Toledo, 1642; Pedro Juan Núñez, 1652; Rodrigo Méndez Silva, 1645.

En la Academia de la Historia, est. 13, gr. 5, núm. 638, hay manuscrito un *Tractatus de Arte navigandi*, con figuras, y en el mismo estante y grada, núm. 639,

todo, aunque pocas muestras se conservan, por no permitirse la publicación de las descripciones ni de los derroteros de Ultramar, siendo preciso que los pilotos se proveyeran de copias manuscritas sacadas del padrón real continuamente reformado en la Casa de la Contratación de Sevilla [1].

Para la Cartografía habían pasado los buenos tiempos del lucimiento artístico; solamente por lujo caprichoso se pintaban sobre pergamino algunas, como la que legó á D. Juan de Austria el general Jerónimo Gómez de Sandoval.

Sin embargo, figuran aún en los catálogos cartas de marear miniadas por Blas Oliva, Francisco Oliva, Plácido Calorio y Oliva, residentes en Mesina, en los años 1622 á 1659, de Sebastián de Ruesta, natural de Zaragoza, cosmógrafo de la Casa de Contratación de Sevilla, autor asimismo de un dis-

*Tratado de las teorias de los planetas, de la fábrica y uso del Astrolabio, de la fábrica y uso del anteojo de larga vista, de la refracción y sus propiedades.*

[1] No constan en dicha Biblioteca éstos: *Derrotero de las Indias Occidentales y Compendio de todas sus costas de la parte del Norte, islas, bajos, sondas, puertos, anclajes, distancias, alturas, aguadas y señas, con algunas advertencias muy necesarias á los pilotos modernos, por Benito Alonso Barroso, capitán de mar y guerra por S. M., piloto examinado en la carrera de las Indias, natural de la ciudad de Ayamonte.* Ms. en el Museo Británico.

*Descripciones geográficas é hidrográficas de muchas tierras y mares, en especial del descubrimiento de la California, hecho por el capitán y cabo Nicolás de Cardona, con orden del Rey. Madrid 24 de Junio de* 1632. Ms. original, con cartas iluminadas, en la Biblioteca Nacional.

*Relación del viaje á Manila, con un puntual-indice de todas las islas que se comprenden con el nombre de Filipinas, que puede servir de derrotero, por Francisco Samaniego, año* 1640. Ms.

*Apuntamientos de todo lo que está por descubrir, por el capitán D. Andrés de Vila y Heredia.* Ms. *Colección Navarrete*, t. II, núm. 18.

Está, sí, mencionado en la Biblioteca el *Derrotero Universal* del capitán de galeones Frey Alonso de Contreras, más que por el mérito de la obra, por las circunstancias del autor, que explanó D. J. Álvarez Baena en sus *Hijos ilustres de Madrid*, t. I, pág. 41, y enalteció Lope de Vega en las dedicatorias de las dos tragicomedias *El rey sin reino* y *El mejor mozo de España*, escribiendo entre otras cosas:

Puso el valor natural
Pleito al valor heredado
Por más noble, más honrado,
Más justo y más principal.
Siendo la Verdad fiscal,
Probó el natural valor
La fama, laurel y honor
De Contreras en España,
Y por la menor hazaña
Tuvo sentencia en favor.

curso no registrado en las bibliografías [1], y de Marcos Lucio, que presentó á la Junta de guerra de Indias colección de mapas de Nueva España y de Filipinas, servicio por el que se le dieron gracias en 1648.

Las obras de varia ilustración relacionadas con la marina que salieron á luz en el reinado fueron muchas, no escaseando las buenas; por algo se llamó el XVII siglo de oro de la literatura española. Siendo tantas, ha escapado á la diligencia de los bibliógrafos alguna que otra merecedora de consideración y de cita en este lugar, como éstas:

Antonio de León Pinelo, autor de la primera *Biblioteca náutica*, impresa en Madrid en 1629, dejó muchas otras obras inéditas; el *Registro del Consejo de Indias* existente en la Academia de la Historia, repertorio inmenso de noticias de que me he servido; la *Historia del Real Consejo de las Indias*, citada por él mismo en la *Vida del ilustrísimo y reverendísimo D. Toribio Alfonso de Mogrovejo, Arzobispo de la Ciudad de los Reyes*, impresa en 1653, y en el *Aparato político de las Indias Occidentales*, dado á la estampa el mismo año. A ella se refiere también la *Política de las grandezas y gobierno del Supremo y Real Consejo de las Indias, dirigida al Rey nuestro Señor en el mismo Real Consejo*, manuscrito de 15 hojas en 4.°, conservado en la *Colección Vargas Ponce*, leg. 12, explicando que para la grande obra que se proponía publicar había registrado 450 libros de reales provisiones, cédulas y ordenanzas despachadas en el transcurso de ciento treinta años, y además las relaciones de virreyes, audiencias y gobernadores y otras cosas de los archivos. Expresaba que la obra se compondría de dos partes, secular y eclesiástica, ésta subdividida en tres libros menores, la otra en

[1] *Discurso de las partes de que el buen marinero debe estar adornado para conducir de piloto una embarcacion. Escribialo el capitan Francisco Ruesta, Piloto mayor de la Carrera de las Indias y Cathedrático de Mathemáticas Militares por su Majestad en la Casa de Contratacion de la ciudad de Sevilla.* Impreso s. a. n. l., en cuatro hojas folio. Academia de la Historia, est. 26, gr. 3. D. núm. 52. Hay certificación suya, expedida á 1.° de Marzo de 1638 (Biblioteca Nacional, s. 52), en que se dice: «Licenciado, filósofo, matemático y piloto mayor de la carrera de Indias, catedrático de artillería, fortificación, escuadrones y navegación.»

cuatro mayores, que cada una haría un tomo. El primero, del origen y fundación del Supremo Consejo de las Indias con las vidas de los que lo gobernaron. El segundo, de la fundación de la Casa de Contratación de Sevilla y de todos sus ministros, armadas y flotas, navegaciones, generales, almirantes, etc. El tercero, descripción hidrográfica y geográfica de todas las Indias, no sólo de las provincias con sus límites y contornos, sino de las ciudades, villas, etc., su gobierno y costumbres. El cuarto, miscelánea de varias materias, descubrimientos, poblaciones, indios, servicios, tributos, repartimientos, minas, oficios, etc. En la segunda parte, el libro primero, otra miscelánea de materias eclesiásticas, patronazgo, iglesias, religiones, diezmos, tribunales, universidades y concilios, y los otros dos libros, patriarcado, arzobispados y obispados, sus distritos, prelados, dignidades, etc. Al final ofrecía al Rey el intento de acabar la obra con lo que tenía trabajado. El cuaderno lleva su firma sin fecha.

Parte de la obra debieron ser las *Tablas Cronológicas de los Reales Consejos Supremo y de la Cámara de las Indias Occidentales, D. O. C. Al Rey nuestro Señor en sus dos Reales Consejos de las Indias*, opúsculo impreso, que por ser rarísimo reimprimieron los Sres. D. José Sancho Rayón y D. Cristóbal Pérez Pastor en 1892. Madrid. Tip. de Manuel Ginés Hernández, 8.°, 55 páginas.

De sucesos marítimos ilustrados parcialmente en las obras conocidas de Luis de Belmonte Bermúdez, 1622; Marcelo Mastrili, 1648; Pedro Enríquez, 1641; Juan Francisco Contreras, 1624; Lorenzo Vander Hammen, 1627, etc., trataron:

Fray Andrés Aponte, *Relación de las victorias que la escuadra de Malta ha conseguido contra los turcos*. Año 1634. Ms. en la Biblioteca Nacional.

Bernardo Cobo, jesuíta, *Historia del Nuevo Mundo*. Manuscrito en dos volúmenes folio en la Biblioteca de S. M. el Rey, recientemente impresa por la Sociedad de Bibliófilos Andaluces, con notas é ilustraciones de D. Marcos Jiménez de la Espada.

Anónimo. *Compendio histórico de los más principales su-*

*cesos de la conquista y guerras del reino de Chile hasta el año de* 1656, *sacado fielmente de los manuscritos del maestre de campo D. Jerónimo de Quiroga.* Ms. en la misma Biblioteca. Otro ha salido á luz en la *Colección de documentos inéditos para la Historia de España.*

Anónimo. *Historia del reino de Chile desde su descubrimiento hasta el año de* 1624. Ms. en la Academia de la Historia, *Colección Mata Linares*, t. XXVI.

Anónimo. *Historia de Tánger.* Ms. de la Biblioteca Nacional.

Anónimo. *Relación de lo sucedido en Cartagena desde el año* 1656 *en tiempo del Marqués de los Vélez.* Ms. de la Biblioteca Nacional.

Impresas:

Antonio Durán, *Cercos de Mozambique defendidos por D. Esteban de Ataide.* Madrid, por Alonso Martín, 1633, en 4.°

Francisco Vico, *Historia general del reino de Sardeña.* Barcelona, 1639-1647. Tres tomos, folio.

*Guerra de Chile; causas de su duración; medios para su fin, exemplificado en el gobierno de D. Francisco Lasso de la Vega. Por el maestro de campo Santiago de Tesillo, Corregidor de la ciudad de la Concepción, plaza de armas del ejército, y lugarteniente de Capitán general de su frontera.* Madrid, 1647, en 4.°

*Letras anuas de la Compañía de Jesús de la provincia del Nuevo Reino de Granada. Desde el año de* 1638 *hasta el año de* 1643. En Zaragoza, año de 1645, en 4.°

Materias varias:

*Discurso del capitán Pascual de Bohorques, Teniente general de la Artillería del ejército de Extremadura, de todo lo que es necesario así por la mar como por la tierra para la conquista del reino de Portugal, y lo que se debe obrar y órdenes que se han de guardar. Año* 1660. Ms. original en la Academia de la Historia, *Colección Salazar*, K. 20, fol. 174.

*Memoria sobre la Broma de los navíos y gusanos que la causan.* Ms. en la *Colección Vargas Ponce*, leg. 3, núm. 192.

*Memorial de apuntamientos de cosas que se deben advertir sobre el descubrimiento de la navegación y contratación de la China, que Domingo de Idiáquez pretende hacer por el estrecho ó paso del NO., saliendo de España por el mes de Mayo, y de las ventajas que resultarían de su hallazgo y fortificación antes que otra nación lo hiciese.* Ms. de la *Colección Navarrete*, t. XVIII, núm. 45.

*Defensa sobre las galeras hecha por D. Melchor Fernández de la Cueva y Enríquez.* Ms. Academia de la Historia, legajo 128, gr. 2.

*Representación que hizo al almirantazgo Francisco Vázquez de Párraga en 22 de Octubre de* 1656, *sobre la defensa de los reinos y señaladamente de las costas de Andalucía y navegación de la carrera de Indias.* Ms. en la Biblioteca Nacional.

*Comercio impedido. Si es útil á la monarquía de España el comercio con Francia y Holanda y sus aliadas, así en tiempo de guerra como en el de paz. Si conviene castigar conforme á los bandos y leyes de estos reinos á los que hubieren incurrido en ellos, ó indultarlos. Autor D. Joseph Pellicer de Ossau y Tovar.* Año 1640. Ms. *Colección Navarrete*, tomo XXIX, núm. 4.

*Discurso en que se procura examinar lo que dijeron de las islas Baleares y Pituisas algunos escritores, por D. Juan López.* Ms. Academia de la Historia, est. 27, gr. 6.ª, E. 178.

*Relación de los tormentos y aflicciones que pasó Fr. Pedro de Zúñiga, religioso agustino, desde que, entregado por los ingleses á los holandeses, éstos le llevaron al Japón para ser martirizado, escrita por él mismo la víspera de su martirio. Año* 1622. Ms. en el Archivo de San Agustín de Manila, según noticia de D. Vicente Barrantes.

Impresos:

*Compendio de lo más sustancial que ha escrito el Dr. Juan Antonio Calderón en los treinta libros que intitula* «Imperio de la monarquía de España en las cuatro partes del mundo». Madrid, por Diego Díaz de la Carrera, 1651.

*Discursos políticos y cesáreos á la Majestad católica de*

*D. Felipe IV nuestro Señor y Rey de las Españas, por Andrés Martínez de Amileta. En la ciudad de los Reyes del Pirú*, 1632. En folio.

*Tratado sobre el contrabando*, compuesto por D. Pedro González de Salzedo. Madrid, 1654.

*Tratado de la antigüedad, procedencia y jurisdicción del Magistrado de la Lonja del mar*. Barcelona, 1655.

*Notas breves, las cuales son muy provechosas para cualquiera que ha de usar el oficio de Escribano de Nao. Año de* 1664. Con licencia, en Madrid, por Julián Paredes. En 4.°

Poesías no citadas en el texto de este tomo:

*Poema heroico. Nápoles recuperada por el rey D. Alonso, que dedica á la Majestad del Rey Nuestro Señor Don Felipe Quarto el Grande, Don Francisco de Borja, Príncipe de Esquilache, Conde de Mayalde, etc.* En Zaragoza, en el Hospital de Nuestra Señora de Gracia. Año MDCLI. En 4.°

*Nave trágica de la India de Portugal por Francisco de Contreras, natural de Argamasilla de Alba, á Lope Félix de Vega Carpio*. Con licencia. En Madrid, por Luis Sánchez. Año 1624. Poema en 8.°

Es, según la Biblioteca de León Pinelo y la de Nicolás Antonio, extractadas por Navarrete, aun en el título, traducción del poema portugués de Jerónimo Corte Real al naufragio de Manuel de Sousa de Sepúlveda.

*Tabla del naufragio que hizo una fragata, año de* 1650, *en el bajo del Alacrán. Padecióle con treinta compañeros, y salió libre con veintidós Fr. Antonio de Jesús María, natural de Madrid, carmelita descalzo, y dibujado con rudas líneas le suspende en nombre de todos como pública gratitud votiva, reconocido á la Providencia, en el amplísimo templo del orbe por la docta mano del Rvmo. P. Maestro Fr. Juan de Echevarría, Prior del insigne convento de San Pablo de Córdoba.*

Ms. en la Academia de la Historia. *Colección Muñoz*, t. LXVI, en 90 hojas folio, y otro en la Biblioteca particular de S. M. el Rey en un tomo en 4.°, VIII.-H-1. En la portada está dibujada la fragata, de 25 toneladas, que salió de la Habana para Ve-

racruz el 5 de Julio. Perdida en el Alacrán hicieron jangadas y una embarcación que el autor dibujó asimismo. Pasaron con gran trabajo y necesidad á los Cayos de las Arcas, donde encontraron al capitán Pedro López de Miranda y á una mulata, únicos vivientes de 24 que también habían naufragado. Cuenta de qué modo se mantuvieron veintitrés meses y lograron al fin el salvamento. La relación, correspondiendo al título, es ampulosa y llena de citas, textos sagrados, meditaciones, amén del exordio y dedicatoria; pero hay entre el fárrago noticias útiles de peces, tortugas, pájaros, mosquitos y cacimbas de agua. Acaba con un cántico, dividido en diez *cuerdas*. Muestra:

Á ti que habitas luz inaccesible,
Luz candor de la luz eterna y pura,
Piélago de hermosura
Sólo á tu conocer comprehensible,
Á ti fuente de el ser, del ser abismo.
No causa del ser solo de ti mismo.....

*El viaje de Cerdeña hecho por el Excmo. Sr. D. Pedro de Leyva de la Cerda, capitán general de las galeras de aquel reino, siendo Teniente general de las de España, convoyando en ellas al Excmo. Sr. Marqués de los Vélez, pasando á ser Virrey de dicho reino de Cerdeña y volviendo á conducir á Barcelona al Excmo. Sr. Duque de San Germán, Virrey y Capitán General del Principado de Cataluña, por D. Manuel Freire de Andrade, Caballero de la Orden de Cristo.* Impreso s. a. n. l. en 12 hojas, 4.°, y 38 octavas.

*Viaje del Marqués de Villena por mar y tierra á Méjico, en verso castellano, por Fr. Matías Bocanegra.* Impreso en Méjico, año 1640, en 4.°

No faltan referencias de marinos que cultivaron la poesía; Gaspar de Barrionuevo, natural de Toledo, contador de la armada del marqués de Santa Cruz, buen amigo de Lope de Vega, fué alabado también por Cervantes en el *Viaje al Parnaso*, como poeta de agudo y feliz ingenio. Murió en Sicilia por los años de 1627[1]. Juan Serrano Brochero, administrador

[1] Don Cayetano de la Barrera, *Catálogo del teatro antiguo español*, pág. 24.

de la Armada Real; era autor de unas *espinelas* en elogio de Jacinto de Espinel Adorno, que se imprimieron en Madrid por la Viuda de Alonso Martín, año 1620, en 8.° De muchos hay piezas sueltas en las colecciones, siendo la cultura general en la milicia de mar y tierra. Basta para acreditarla este libro, hoy muy raro.

*Espeio poetico en que se miran las heroycas hazañas y gloriosas vitorias executadas y conseguidas por el Excelentisimo Sr. D. Francisco Fernandez de la Cueva, duque de Alburquerque, etc., general de las galeras de España. Refiere la verdad historica con la dulzura poetica, las felices memorias de sus gloriosos progenitores y origen de su casa. Celebradas por los ingenios granadinos en su ilustre Academia que presidió D. Iuan Trillo y Figueroa, y en que fué secretario D. Gaspar Afan de Ribera, caballero del abito de Santiago, con ocasion de darle la enorabuena de su venida á España, bolviendo de ser Virrey y Capitan General de Mexico. A instancia de D. Pedro Alfonso de la Cueva y Benavides, en cuya casa se celebró en Granada á 29 dias del mes de Enero del año de* 1662. Con licencia. Impreso en Granada; 60 hojas en 4.°

Tomaron parte 29 ingenios, siendo de notar el de D. Pedro de Córdoba y Valencia, en unas quintillas burlescas, figurando la enhorabuena que daban los forzados á su General, refiriéndole las causas por que estaban en el banco[1]. Acaban diciendo:

Vuestra altiva frente el sol
Ciña de laurel supremo,
Para que con más extremo,
Pues sois Rómulo español,
Nos libréis, señor, de *remo*.

No hay que preguntar si esta familia pasaba la vista por ciertos tratadillos escritos para ella, como eran los de Jerónimo Jiménez de Urrea, *Diálogo de la verdadera honra militar*, Zaragoza, 1642; de José Pizarro, *Prendas del soldado*,

[1] Di extensa noticia de este libro en las *Memorias de la Academia de la Historia*, tomo x, pág. 420.

Toledo, 1649; de Juan Bautista Gil de Velasco, *Católico y marcial modelo de soldados*, Madrid, 1650; conocido el concepto del insigne Calderón de la Barca:

«Aquí la más principal
Hazaña es obedecer,
Y el modo como ha de ser
Es ni pedir, ni rehusar;
Aquí, en fin, la cortesía,
El buen trato, la verdad,
La fineza, la lealtad,
El honor, la bizarría,
El crédito, la opinión,
La constancia, la paciencia,
La humildad y la obediencia,
Fama, honor y vida, son
Caudal de pobres soldados,
Que en buena ó mala fortuna,
La milicia no es más que una
Religión de hombres honrados.»

Justo es hacer memoria también de Enrique Jácome y Breca, pintor notable nacido en Cádiz en 1621, que, al decir de Palomino en las *Vidas de pintores eminentes españoles*, perdió el apellido de sus padres, designándole el público por *Enrique el de las Marinas*, por la fama de sus obras en este género.

Dedúcese de las ocurrencias el fruto producido por la enseñanza, con buena sazón, en el curso ordinario de las travesías, en las exploraciones continuadas por California y Polinesia, y en la navegación peligrosa de las flotas, con menos madurez en operaciones de guerra, que si bien son de admirar la destreza, el cálculo y la acción desplegadas por el marqués de Santa Cruz y el duque de Fernandina, en el manejo de las galeras, embarazando con ellas las empresas de la armada de Francia, forzando bloqueos, dando á los bajeles el auxilio de su impulsión al constituir las escuadras mixtas que no comprendieron los Dorias ni los otros generales de tiempos pasados, y asaltando bizarramente á navíos de incomparable fuerza, antes descenso que progresión señalan en las batallas de poder á poder repetidas en la mitad del siglo.

En las instrucciones dadas por D. Fadrique de Toledo á la escuadra de su mando, decía (1622): «Se ha visto por experiencia que escaramuzando desde fuera con el artillería, el enemigo nos tiene la misma ventaja que nosotros le tenemos llegando á las manos.» Recomendaba por ello no dar las cargas hasta estar á tiro de mosquete, y en dando la primera, abordar sin aguardar á otra [1].

¿Cómo se explica que, conocida en el contrario una ventaja, no se procurara anularla dando á la artillería la misma ó superior aplicación?

¿A qué atribuir el desdén en que se tenía el empleo de esta arma?

El mismo precepto de D. Fadrique se encuentra en las instrucciones de Oquendo, del duque de Ciudad Real, de Pimienta, de todos los generales apegados al sistema de decidir los combates por el esfuerzo individual, retrocediendo en punto á las lecciones de Lepanto y de las Terceras; porque si en estas ocasiones se mezclaron y asieron los vasos, acabó la contienda el empleo de las masas que constituían las reservas. Bien se advirtió que los holandeses, lo mismo en el canal de la Mancha que en las batallas del Brasil, habían adoptado la formación en línea de bolina, unidos los navíos hasta tocar proa con popa, y que con disparos rápidos y certeros de cañón causaban graves daños.

Vióse que los franceses, encariñados con la invención de los navíos de fuego, hasta el punto de componer con ellos una cuarta y aun tercera parte de las naves de sus escuadras, evitaban no menos que los otros el abordar, y maniobraban por divisiones sin aproximarse más que en el caso de conseguir posición ventajosa á barlovento que les permitiera emplear su medio favorito, y llegó á experimentarse que los ingleses imitaban y excedían á los vecinos de Holanda en la táctica y en las maniobras. Sin embargo, continuó en nuestra armada la formación en media luna, el desorden de acometida, la prevención de abordar, reservando el disparo de los cañones

[1] *Colección Navarrete*, t. XXXVIII.

hasta llegar á tiro de mosquete, si llegar les dejaba el enemigo.

En 1662 escribía al Rey el duque de Alburquerque que con montar su capitana 92 cañones de bronce, tenían la falta de ser de poco calibre y de cuatro distintos. Artilleros no había, ni por lo general los tuvieron los bajeles con instrucción mediana. Continuaba, pues, el arma en poco aprecio.

Empero las causas que disminuyeron los triunfos y ocasionaron los desastres eran complejas, y en mucha parte ajenas á los que regían las escuadras. Los contemporáneos ponían con razón entre las principales la eterna defensiva, erigida en sistema por el Gobierno; la meticulosidad, el escrúpulo, la timidez de ciertas doctrinas suyas, por las cuales recibían agasajo en nuestros puertos las naves de Cromwell, habiendo presunción y aun casi certeza de que se preparaban en ellos á sorprender y capturar á las flotas en plena paz; por las que repugnaba el corso, que al fin vino á ser recurso de valer, aunque tardío; por las que prevalecían las intrigas de Richelieu y de Mazarino. Influyó también la práctica de armamentos con aquella lentitud tradicional ocasionada por falta de acopios; la formación de escuadras por asiento; el complemento de bajeles extranjeros con capitanes y gente mercenaria; el aparato de armadas *de bulto* con que se obligaba á los generales á salir á la mar y hacer por las enemigas, á reserva de someterlos á procedimientos de dudosa eficacia que no ocurrieron nunca á la severidad de Felipe II, y llevaron en estos tiempos al encierro de los castillos á los almirantes de más prestigio: á Oquendo, Ibarra, los marqueses de Cadereyta, Linares, Santa Cruz, Bayona, los duques de Maqueda y de Fernandina, D. Fadrique de Toledo, Pimienta, Ursúa [1], Contreras, Bañuelos, creando en todos ellos la convicción de ser preferible servir á D. Felipe IV *el Grande* con una pica de soldado que con el bastón de capitán general.

[1] De este General hay exposición dirigida al Rey en 1651, pidiendo desagravio de la prisión que sufrió en el castillo de San Torcaz sin notificarle las causas. Impreso en siete hojas folio. *Colección de Jesuitas*, t. XLIII, fol. 41.

# APÉNDICE AL CAPÍTULO V.

**Relación de los gastos que se han causado en la composición de la Armada del mar Océano, en que se incluye la de Flandes, escuadras del general Masebradi y marqués de Falces, asientos de factorías de D. Duarte de Acosta, Ventura Denis y Fernando Montesinos, y del que asimismo han causado las escuadras de galeras de España y Génova desde principios del año de 649 hasta fin del de 654.**

Año de 1649.—La armada que el dicho año se aprestó en Italia se compuso de 34 bajeles, y en la compra de pertrechos que para este efecto se remitieron de España, y para satisfacer los que se compraron en Italia, se gastaron 940.156 ducados de plata, y en el sustento, pagas y municiones de las galeras de España que este año se aprestaron, 242.800 ducados de dicha moneda, que ambas partidas importan 1.182.950 ducados; y las operaciones que este año tuvo la armada, fueron ganar á Onella, asistir á la expugnación de Siches y socorro de Lérida.

1650.—Aprestóse en Nápoles y Mesina el mismo número de bajeles, en cuyo apresto se gastaron (demás de lo que el Sr. D. Juan y el conde de Oñate suplieron) 136.610 ducados de plata. Y habiendo vuelto á España, por Septiembre de este año, en número de 28ba jeles, y pasado D. Manuel de Bañuelos á Poniente con 18, y quedado en Cádiz 10, se gastó en el apresto de unos y otros, pagas y asiento que se tomó con Fernando Montesinos, 809.532 ducados de plata, y en el de las galeras de España 242.800 ducados de dicha moneda, que todas tres partidas suman 1.188.942 ducados de plata, y este año se ocupó la armada y su infantería en los sitios de Puerto Longón y Pomblín.

1651.—Este año se compuso la armada que asistió sobre Barcelona, de 17 bajeles, seis saetias y 12 barcos luengos y otras embarcaciones, y al mismo tiempo se previno otra en el puerto de los Pasajes, con que se ocupó la ría de Burdeos, y en una y otra se gastó 1.069.312 ducados de plata, y en las galeras de España que asistieron sobre Barcelona, 242.800 escudos de dicha moneda. Y este año se ocuparon las dos armadas, la una y las galeras sobre Barcelona, y la otra en Burdeos, y ésta peleó sobre la Rochela con la de Francia, que gobernaba el duque de Bandoma, y ambas partidas suman 1.213.112 ducados de plata.

1652.—Persistió este año sobre Barcelona la armada en número de los 17 bajeles referidos, saetias, barcos luengos y otras embarcaciones, y para las operaciones de Burdeos se previno en el puerto de los Pasajes otra de 29 bajeles, y en ambas se gastó 1.094.703 ducados de plata, y en las galeras de España que asistieron sobre Barcelona 242.800 ducados de dicha moneda, que ambas partidas importan 1.337.503 ducados, y habiéndose recuperado este año á Barcelona, pasó la armada á Cádiz, de donde se encaminó parte de ella á juntarse con la que se hallaba en Poniente, quedando el resto en aquella ciudad.

1653.—Aprestóse la armada este año en los Pasajes, que se compuso de 30 bajeles, en cuyo apresto y pagas se gastó 1.093.868 ducados de plata, y en las galeras de España que asistieron sobre Barcelona, 242.000 ducados de dicha moneda, y este año se ocupó la armada en la ría de Burdeos, y ambas partidas suman 1.336.668 ducados.

1654.—Este año se aprestó la armada en el puerto de los Pasajes en número de 13 navíos que llevaron á su cargo á las costas de Cataluña el duque de Veragua y D. Melchor de la Cueva, y en este apresto y pagas, y en el mantener en el Pasaje, socorrer la infantería que quedó alojada en Guipúzcoa, se gastaron 692.673 ducados de plata, y en las galeras de España que asistieron sobre Barcelona, 242.800 ducados de dicha moneda, que ambas partidas suman 935.463 ducados, y este año asistieron la armada y galeras sobre Barcelona y su infantería á todas las ocasiones que se ofrecieron en aquella costa.

En seis galeras de la escuadra de Génova se han gastado cada un año 90.000 ducados de plata, á razón de 15.000 cada una, y en los seis años referidos, 540.000.

Por manera que el dinero que S. M. ha gastado en la dicha armada y escuadras de galeras de España y Génova, en los seis años referidos, importa 7.734.654 ducados de plata, que, reducidos á vellón, hacen 11.601.981 ducados.

Madrid 11 de Marzo de 1655.—Don Luis de Oyanguren.

*Boletín de la Academia de la Historia*, t. XII, pág. 43.

# VI.

## REINADO DE CARLOS II.

### 1665-1674.

Comienzo.—Estado precario de la Marina.—Prácticas censurables.—Viaje de la infanta D.ª Margarita desde Denia al Final.—Campaña de Portugal.—Bloqueo de Lisboa.—Toma del puerto de Berlingas.—Guerra con Francia.—Actitud de D. Juan de Austria.—Reconocimiento de la independencia de Portugal.—Paz de Aquisgrán.—Huracán en Cádiz.—Segunda guerra con Francia.—Combate naval en Málaga.—Viene una escuadra holandesa.—Pasa la nuestra á Cataluña.—Su composición.

CUALQUIERA podría vaticinar, sin pretender el dón de profecía, que reinado en comienzos de monarca enteco, bajo tutela femenina que un ministro extranjero de escasa capacidad guiaba, no había de detener á la nación en la pendiente del desquiciamiento en que Felipe IV la dejó, despoblada la tierra, la producción perdida, exhausto el Tesoro, el crédito acabado, decaído el espíritu militar.

Si, al parecer, sólo tenía que esgrimir las armas contra Portugal, desde que el tratado de los Pirineos se firmó, en puridad la guerra sin declaración de Inglaterra y de Francia subsistía en Portugal mismo y en las Indias, tendiendo á impedir la reunión de las provincias disgregadas de la Corona española y á debilitar cada vez más el poderío que la había hecho antaño prepotente, para lo que la diplomacia de Luis XIV trabajaba en especial, formando el vacío en su

alrededor y disponiendo medios hostiles frente de los cuales hubiera convenido se fijara la atención del Gobierno nuevo, concentrada en el reparo á la contienda interior de cortesanos que se disputaban el valimiento.

Tanto bueno fuera, para refrenar las ambiciones dentro como la codicia en la vecindad, la reorganización de la milicia de tierra y mar, desatendida y desprestigiada en los últimos años, al extremo de dictar á un observador extraño estas reflexiones[1]:

«En cuanto á las fuerzas navales, ya dije que en aquellas aguas (del Mediterráneo) no hay más que seis galeras de mala construcción. Las de Nápoles, Sicilia y Cerdeña, y las de la escuadra del duque de Tursi, no son más que dieciocho entre todas. Seis se perdieron, unas idas á pique, otras tristemente apresadas por los corsarios durante los tres años de mi permanencia en España, no habiéndose vuelto á pensar en reemplazarlas. Cómo se encuentran armadas y provistas, sábelo Dios, y también lo saben VV. EE., desde que yo, humildemente, lo participé al resolver no visitar al Rey por Levante, á causa de la increíble inutilidad de aquéllas. Felipe IV ha disminuído tanto la escuadra de Nápoles, que lo que queda puede ser contado por quien nunca haya aprendido la numeración..... De modo que, en cuanto á naves, sábese ya cómo se encuentra actualmente el Rey de España..... Los galeones armados este año para las Indias son casi todos holandeses..... De estas fuerzas marítimas no diré más sino que los españoles, ó no conocen su importancia, y por eso no las estiman, ó conociendo su importancia no se esfuerzan en remediar el daño. Esta nación poseyó tantas tierras porque no desatendía sus fuerzas de mar; y en este caso, siendo también esta ley lo mismo para los contrarios, excuso añadir más.»

Que en teoría se desconociera el valer de la Marina, no puede sostenerse con verdad; justamente entre las primeras providencias del Gobierno de regencia de Carlos II aparece la recomendación hecha á la Junta de Armadas, centro im-

[1] *Relaciones de los Embajadores de Venecia*, Zeno, pág. 286.

pulsivo, de poner particular atención en aumentarlas «con el mayor número de bajeles que fuese posible, por lo que importaba que fueran muy poderosas para seguridad y conservación de la Monarquía» [1]. Ahora, en la práctica, mil dificultades se oponían á la obediencia del precepto, repetido año tras año, empezando por la carencia de los fondos indispensables.

Los armamentos navales de este período, es cierto, Dios sabe cómo se hacían y se proveían; pero no es misterio que bajo la presión abrumadora de las circunstancias se prefirieran en bajeles los muchos á los buenos. De aquí—lo tengo dicho [2]—la precipitación con que se lanzaban al mar, sin elementos para resistir su embate; de aquí las levas de gente refractaria á un servicio tan opuesto á sus hábitos, en reemplazo de marineros que la costa despoblada no proveía; de aquí también que, sin conocimiento de aptitudes, se otorgara como merced á pretendientes ó andantes en corte el mando conseguido por favor, y de todo ello el conjunto más lastimoso que haya tenido nunca el nombre de Marina. Así fué rueda en la máquina descompuesta del Estado que rotaba al compás de las otras: de las que representaban á la Administración en caos, á la Hacienda en bancarrota, al Ejército indisciplinado, dentro del marco de la corrupción de las costumbres.

La primera jornada marítima se estimó de fiesta y lucimiento, por haber llevado á cabo satisfactoriamente la reina regente D.ª María Ana las negociaciones que en vida de Felipe IV se iniciaron para casar á su hija, la infanta D.ª Margarita, con Leopoldo, rey de Hungría, después emperador de Alemania. Con destino al viaje por la vía de Italia se reunió en el puerto de Denia la escuadra de galeras, adornando á la Real con la suntuosidad de costumbre [3]. No probaron bien á la comitiva los aires de la costa; en Denia adoleció la Empera-

[1] Hállase el decreto en la *Colección Sans de Barutell*, art. 3.º, núm. 1.154, año 1666.

[2] Mateo de Laya, *Discurso leído ante la Real Academia de la Historia*. Madrid, 1881

[3] *Viajes regios*, pág. 261.—*Disquisiciones náuticas*, t. I.

triz de tercianas; murió de esta enfermedad la condesa de Benavente, camarera mayor, y la sufrió también el duque de Alburquerque, teniente general de la mar, que llevaba el cargo de entrega de la señora, por lo que se demoró su embarque, trasladándose á la ciudad de Gandía á convalecer.

Volvió, sin embargo, á buscar las galeras en Denia, saliendo del puerto con escuadra de 27 en dirección de Cartagena, y de éste á Barcelona, adonde llegó el domingo 18 de Julio. Allí desembarcó la Emperatriz por un puente ó muelle de madera, de 200 varas, expresamente construído y decorado, y fué objeto de agasajos.

El 3 de Agosto llegaron siete galeras de Malta con muchos caballeros, para unirse al cortejo; las revistó la Emperatriz, dando motivo al consumo de pólvora en salvas en aquel día y los siguientes hasta el de la salida á la mar el 10 del mismo mes, sin esperar á la Armada del Océano y á la de Barlovento que en un principio se mandaron incorporar [1], acaso en razón á la guerra existente entre Inglaterra y las provincias de los Países Bajos.

Hicieron escalas en Rosas, Cadaqués y Marsella, donde se agregaron las galeras del Estado de la Iglesia, gobernadas por Mario Chisi, hermano del papa Alejandro VII, y cinco de la República de Génova. Siguieron todas juntas sin accidente hasta el puerto de Final, donde se verificó el desembarco. Disolvióse entonces la escuadra, regresando el duque de Alburquerque con la de España [2].

Á las naves se dió otro destino: sabiendo había en Portugal escasez de cereales, fué despachada con urgencia la escuadra de Flandes, regida por el almirante Mateo Maes, con objeto de bloquear la entrada de los ríos Duero y Tajo, impidiendo la llegada de granos de fuera, sin perjuicio de cualquiera otra hostilidad, apoyando las que se hicieran por la parte de Galicia. En las instrucciones se recomendaba cortar el camino á los bajeles en que iba á emprender viaje *Made-*

[1] *Colección Sans de Barutell*, art. 3.°, núms. 1.129 y 1.130.
[2] Parte del marqués del Viso. *Colección Sans de Barutell*, art. 3.°, núm. 1.150.

*moiselle de Humala para casar con el Duque de Berganza*[1], empresa que, á tener fortuna, lejos de dañar al reino disidente, le hubiera librado de una buena alhaja, impidiendo los escándalos con que la dinastía se daba á conocer[2].

En pos de las fragatas de Ostende salió de Cádiz, en Junio, la Armada del mar Océano, gobernándola el almirante don Diego de Ibarra, y se mantuvo en crucero hasta fines de Septiembre, estrechando más el bloqueo, aunque el duque de Beaufort, presente con la escuadra francesa, como aseguró el pasaje de la Reina, indirectamente procuraba entorpecer cualquiera operación perjudicial á los portugueses. Nuestros bajeles apresaron hasta 18, de los que conducían trigo y otras provisiones á la capital; destruyeron las almadrabas del Algarbe; cañonearon á Lagos, á Sagres y á Cascaes, sacando las embarcaciones menores abrigadas en sus puertos; por último, haciendo desembarco en la mayor de las islas Berlingas, sitiaron y rindieron el castillo, tomando en él diez cañones de bronce de á 24 y 12 libras de bala; minaron la fortificación y el muelle, destruyéndolos, sin pasar la costa de once muertos y treinta heridos, entre los últimos el conde de la Monclova, y en todo el tiempo de la expedición estuvo la costa en alarma, ocupadas las tropas de caballería é infantería, sin poder atender á la frontera de castilla[3].

Continuada la ejecución del plan, como ya se había prevenido al duque de Veragua, capitán general efectivo de la Armada por reciente nombramiento, mal le fuera á Portugal, trabajado como estaba en su interior con las banderías políticas, sin el poderoso arrimo del Rey de Francia, á cuyos fines en modo alguno cuadraba que volviera el reino á la dependencia. Hizo, pues, pacto con él, obligándose á facilitarle recursos abundantes; entretuvo á Inglaterra con ofertas de

[1] La misma *Colección*, art. 3.°, núms. 1.139, 1.140 y 1.147.

[2] María Isabel Francisca de Saboya, hija del duque de Nemours y de Isabel de Vendôme, embarcó en la Rochela en escuadra francesa el 4 de Julio de 1666; llegó á Lisboa el 2 de Agosto, y dió principio á su carrera desarreglada. Fonseca Benevides, *Rainhas de Portugal*.

[3] *Diario de la campaña. Colección Navarrete*, t. VII, núm. 46.

cesión en las Antillas, adormeció al Emperador de Alemania con perspectivas halagüeñas, y sin dejar de ofrecer á España seguridades amistosas hasta el último momento, entró resueltamente por la senda que le condujera al despojo, alegando motivos comparables con los del apólogo del lobo y el cordero [1], á tiempo que invadía los estados de Flandes (Mayo de 1667).

En la comunicación circular pasada por el Gobierno á los jefes de escuadra en 12 de Julio, con manifiesto del proceder de Francia [2], decíase «haber atendido por nuestra parte á no faltar en cosa alguna á las estipulaciones; que se habían tolerado y disimulado los continuos socorros de gente y dinero que entraban en Portugal desde el mismo día de la conclusión de las paces, pasando en esto Francia tan adelante, que mientras daba su Embajador grandes seguridades amistosas, con la vana expresión de derecho en la Reina Cristianísima á algunas provincias de los Países Bajos, los había invadido violentamente sin previa declaración, á pesar de habérsele significado que se nombrarían personas de ambas partes para examinar la razón de las pretensiones, y rota la paz hacía guerra tan intempestiva como injusta».

Buen documento, considerado como desahogo de la indignación; los franceses harían seguramente más caso del que simultáneamente ordenó el embargo y represalia en bienes suyos que radicaban en España, y del que autorizaba á los corsistas para perseguir y apresar las naves de comercio [3], lo que no dejaron de cumplir, distinguiéndose, como en anteriores ocasiones, los de Ostende.

En lo demás hizo el Gobierno lo posible para resistir á la provocación, concentrando las escuadras de galeras en Mahón en expectativa de operaciones en el Mediterráneo, y ensa-

[1] «Considerar el tratado de los Pirineos como punto de partida de engrandecimiento ulterior á expensas de la Monarquía española fué pensamiento concebido por Luis, que vino á ser base de su política exterior.» H. Martín, *Histoire de France*, t. XIII, pág. 275.

[2] Copia en la *Colección Sans de Barutell*, art. 3.°

[3] Abreu y Bertodano, *Colección de Tratados.—Colección Sans de Barutell*, art. 3.°, número 1.168.

yando esfuerzos para reforzar en Cádiz la Armada del Océano, sabido que los portugueses prevenían una de 10 á 12 bajeles, no inferiores á los nuestros, y que el duque de Beaufort se disponía para salir con 30 de Francia á interceptar las flotas de Indias.

Asimismo procuró proveer al ejército de Flandes con el prestigio de D. Juan de Austria, nombrado para dirigir la campaña. En Vigo y la Coruña juntó el almirante D. Fernando Carrillo una escuadra destinada á conducirle decorosamente, debiendo embarcar en su compañía el Tercio de Valladares y algún dinero con que levantar coronelía de alemanes ó walones; mas hubo en esto decepción, por cambio en las disposiciones del Príncipe, bien distintas de las que en la juventud le conquistaban general simpatía y estimación, lo mismo al afrontar en Nápoles y Sicilia á la revolución social, que al contender en la mar y en Cataluña con enemigos más francos y aguerridos. Agriado su carácter después de las campañas de Flandes y de Portugal, en que no le fué amiga la fortuna, y ambicionando puesto más alto que los de la milicia, ocurrido el fallecimiento de su padre, se significó en oposición á la Reina Regente y en aborrecimiento del confesor, arzobispo, inquisidor, ministro universal, P. Juan Everardo Nithard, creyéndose único piloto capaz de mantener á flote la nave del Estado en medio de la borrasca fiera que la combatía. Pensó, y acaso no se equivocaba, que más que á la conveniencia de las empresas militares, más también que á fundada razón política, obedecía la designación de su persona al deseo de alejarla de España, bastando la idea para afirmar su resolución contraria, sostenida sin llegar al extremo de la inobediencia que bajo el punto de vista material fuera preferible, pues acudiendo al recurso vulgar de la dolencia simulada, se estuvo en la Coruña, demorando la partida de las naves considerablemente, y obligando al fin á que salieran á la deshilada cuando le pareció llegado el tiempo de declinar oficialmente la honra del cargo, forzado, al decir, por la recomendación de profesores en la ciencia de curar el cuerpo.

Por dicha hicieron la travesía los bajeles sin accidente, y no ocurrió en la mar acción que de contar sea, durante el período de la hostilidad, breve por el recelo que la actitud de Luis XIV despertó en las demás naciones, llevando á Inglaterra, Holanda y Suecia al acuerdo de liga anunciada para procurar el restablecimiento de la paz después de convenida España con Inglaterra (Mayo de 1667). Sirvió inmediatamente esta potencia de mediadora para poner fin á la prolongada lucha con Portugal, que cesó, en efecto, en 13 de Febrero de 1668, reconocida su independencia y pactada la devolución de las recíprocas conquistas ó adquisiciones, aparte la plaza de Ceuta, que quedó por el dominio del Rey Católico.

Si bien se hizo la negociación á espaldas de Francia, cumplía en lo esencial con los propósitos de su Rey, que eran los de evitar á toda costa la reconstitución de la unidad de la Península. Con ello, y la conservación de las ciudades belgas, de que rápidamente se había apoderado, no se mostró refractario á la insinuación de los coligados del Norte de aceptar condiciones de paz, que se firmaron en Aquisgrán el 2 de Mayo de 1668. Todos ganaban con ellas, sacrificada España y puesta en condiciones contrarias al aforismo de Franklin, de no haber guerra buena ni mala paz. Habían de seguirle costando cada guerra un jirón sangriento, cada concordia una humillación.

Después de la de Aquisgrán, no la consintieron disfrutar de tranquilidad los bandos políticos, más ensañados en la contienda interna desde que el miramiento hipócrita hacia la de fuera no los contenía. Desatendidos por consecuencia los intereses y los servicios, estúvolo más que todos el de la marina, y en absoluto se olvidara si el cuidado de las flotas de Indias, perpetuamente amagadas, no demandara el armamento anual de escuadra custodia en garantía del principal ingreso del Tesoro. Los generales Ibarra, Laya, Carrillo, Montesarchio y Papachín sacaron al crucero bajeles dispuestos siempre con apresuramiento y escasez de lo más preciso, lidiando con entorpecimientos para cuya resolución fué necesario alguna vez que el marqués de Trocifal, miembro de

la Junta de Armadas, se trasladara á Cádiz conduciendo dinero y haciendo sentir el peso de la autoridad superior.

Consiguiéronse algunos vasos, formalizando asientos con Pedro de Agüero, Juan Francisco Roco de Castilla, el marques de Valdecorzana, Juan Enríquez de Mesa, gracias á la concesión hecha á los armadores, de títulos de almirantes y facultad de elegir ó designar por sí los capitanes, sin la cual ninguno se quería obligar á condiciones de desembolso y responsabilidad, sabiendo no había de cumplir el Gobierno las que le correspondían. Por esto mismo resultaban onerosísimas las capitulaciones hechas al efecto con extranjeros, y las de provisión de arboladura, jarcias, lonas, víveres y ropas, que solamente de negociantes de Holanda y de Génova se conseguían con las contras que son de presumir.

Un huracán se desató sobre Cádiz el 15 de Marzo de 1671, que empeoró las condiciones de armamento por destrucción y pérdida de los almacenes. En los pocos minutos de su paso levantó las cubiertas de las casas, arrancó las rejas, derribó muros de mucho espesor, asolando cuanto encontraba en la marcha; y siendo desastrosa á través de la ciudad, donde perecieron 600 personas, lo pareció más en la bahía, por no quedar nave que resistiera á su embate, embarrancadas casi todas, y sin árboles las que menos sufrieron [1].

Otro siniestro ocurrió el año siguiente (1672), no menos sensible, cruzando la Armada del mar Océano á cargo del duque de Veragua [2] sobre el cabo de Santa María. Sufriendo un ramalazo de equinoccio, estuvieron en grave peligro los bajeles desaparejados, y uno de ellos se sumergió con los 400 hombres que componían la tripulación [3].

Las mermas extraordinarias contribuyeron á la reducción de fuerzas navales disponibles cuando más iban á ser necesarias, descubierta la tendencia de Luis XIV á señorear en la totalidad de los Países Bajos por la declaración de guerra á

[1] *Relaciones impresas.*—Don Adolfo de Castro, *Historia de Cádiz.*

[2] Don Pedro Colón de Portugal, nombrado capitán general en 19 de Febrero de 1666.

[3] *Relaciones impresas.*

las Provincias Unidas que hizo, confederado con Inglaterra. España tuvo que entenderse con el Emperador y con aquellas Provincias para defender las propias, tomando parte en la campaña, de improviso [1], sin consecuencias sensibles en la mar, gracias al vigor con que el almirante holandés Ruyter hizo frente á la considerable armada anglo-francesa, castigándola, si no venciéndola, en las batallas de Solebay y de Texel, consiguiendo tenerla en jaque dos campañas por aquellos mares ó sus puertos [2].

Nuestro Gobierno instó á la Junta de Armadas á los esfuerzos que produjeran el mayor aumento de la del Océano, haciendo simultáneamente llamamiento á los corsistas, y estimulando el patriotismo de los armadores, sin perjuicio de su interés, alentado con mayores concesiones y privilegios de los que tan buen resultado habían producido en el reinado anterior [3].

Tocó la primera acción naval al almirante Jacinto López Jijón, que con tres fragatas y un patache de la escuadra de Flandes peleó tres horas contra cuatro bajeles de guerra franceses de la escuadra de Mr. de Almeras, obligándolas á retirarse de Málaga, aunque eran de mayor porte y tripulación [4]. El rey Carlos II de Inglaterra se persuadió en este tiempo del papel poco airoso que representaba ante Europa como satélite remunerado de la ambición de Luis XIV, y

[1] Las declaraciones de guerra, por parte de Francia el 19 de Octubre de 1673, y de España en Diciembre del mismo año, constan en la *Colección de Abreu*.

[2] *Relaciones impresas*.

[3] *Colección Sans de Barutell*, art. 3.°, núm. 1.256.

[4] Así se expresa en Real cédula concediendo premio al Almirante por su comportamiento en el combate, que fué el 10 de Noviembre de 1673 (*Colección Sans de Barutell*, art. 2.°, núm. 251); pero, según Mr. Léon Guérin, sucedió que d'Almeras, cuya escuadra estaba en Tolón, supo haber llegado á Málaga cuatro naves de guerra holandesas, y destacó otras tantas de las suyas á batirlas, lo cual hicieron el 10 de Noviembre; sólo que, habiéndolos encontrado bajo la protección de la fortaleza de la plaza, después de seis horas de combate encarnizado hubieron de volverse á su puerto sin haber conseguido el objeto de rendirlos ó quemarlos. Agrega, como consuelo, que por estos días encontró el *Vigilante*, de 28 cañones, á un español de 30, con el que se batió cuatro horas. Desde el principio murieron el comandante Gabaret des Marais y su segundo, pero un oficial mantuvo el choque con tanto valor y habilidad que echó á fondo al enemigo.

apartó sus escuadras, dando lugar á que una de Holanda de 60 velas, gobernada por el almirante Tromp, trayendo al conde de Horn por jefe de la gente de guerra, viniera á San Sebastián y pasara á Barcelona muy agasajada, después de llegarse á Madrid los dos caudillos á besar la mano del Rey [1], con oportunidad para alejar de la costa á una armada de 20 bajeles y 22 galeras que había recalado sobre Cádiz, con intento de forzar el puerto, y después en el golfo de Rosas, á fin de secundar las operaciones del ejército francés por las fronteras del Rosellón.

Al mismo objeto acudió desde Cádiz la Armada del Océano, llevando el primer trozo de nueve bajeles el almirante D. José Centeno, y el segundo el capitán general D. Melchor de la Cueva y Enríquez [2], componiendo entre ambos fuerza de 21 naves con total de 11.819 toneladas, 874 cañones y 6.461 hombres de mar y guerra. La capitana real era bajel de 1.250 toneladas, armada con 70 piezas de artillería y 892 tripulantes, contándose entre los componentes á la escuadra de Flandes, de cinco fragatas de 450 á 550 toneladas y 40 á 50 cañones. ¡Así hubieran correspondido á las cifras y á la apariencia exterior la bondad del armamento, de la organización y de la disciplina!

[1] *Colección Sans de Barutell*, arts. 3.° y 6.°—*Colección Vargas Ponce*, leg. 2, número 177. Llegaron á la corte en Agosto de 1674; fueron obsequiados con joyas de valor.

[2] Hermano y sucesor en el título del duque de Alburquerque. Se le expidió el título de capitán general en 20 de Febrero de 1674. *Apéndice al Estado general de la Armada para* 1847, pág. 27.

# VII.

## REBELIÓN DE MESINA.

### 1674-1675.

Álzanse en armas los vecinos.—Se ofrecen al Rey de Francia.—Contemplaciones inútiles.—Llega escuadra francesa en su apoyo.—Acude tardíamente la de España.—Bloquea.—Pone en situación desesperada á la plaza.—Segundo socorro de los franceses.—Refuérzalo su armada.—Batalla con la de España.—Derrotada ésta, se retira á Nápoles.—Sus jefes calumniados por los enemigos.—Orden para someterlos á proceso.—Justifican su proceder.

«No se conoce la fidelidad del vasallo en los buenos sucesos de los príncipes: siguen aún los malos la feliz fortuna de quien los gobierna; las tribulaciones de los reyes son la piedra parangón de la fidelidad.»

Pensamiento de un historiador que, si peca quizá de sentencioso y de prolijo al relatar los sucesos de la conmoción ocurrida en Mesina en 1674, justifica con documentos la información obtenida sobre el terreno sirviendo el cargo de superintendente de las materias de Estado en Calabria, y en las consideraciones se muestra imparcial y benévolo, procurando, al parecer, apartarse del escollo de la exageración no menos que del de la lisonja. Por todo ello aprovecho los datos de su libro [1] en lo que al objeto del presente importan,

[1] *Historia de las rebolvciones del Senado de Messina, por D. Jvan Alfonso de Lancina.* En Madrid, por Julián Paredes, 1692, folio.

una vez compulsados con los demás que he tenido á la vista [1], dejando para el curioso la descripción del lugar, que él hace, así como el estudio de las causas que transformaron á ciudad tan populosa y floreciente en teatro de miserias lamentables.

Alzados en armas los vecinos contra su *stratico* ó gobernador, rompieron el fuego el día 7 de Junio, sitiándole en el palacio, atacando á la vez, conjurados, á la escasa guarnición de españoles esparcidos en los baluartes, y haciéndose dueños de éstos, uno á uno, á excepción del castillo de San Salvador, situado sobre el puerto, no sin ruina y sangre vertida en cuarenta días que duró la expugnación.

Tiempo era suficiente para ser socorridos á no hallarse Sicilia confiada al afecto de sus habitantes, sin bajeles y sin soldados. Ni aun virrey tenía por entonces la isla, habiendo pasado á Milán el príncipe de Ligny, último que sirvió el cargo, dejándolo *in interim*, hasta resolución de la Corte, al marqués de Bayona, capitán general, también cesante, de las galeras del reino destacadas en Cataluña [2].

[1] *Storia cronologica de Vicere*, scritta da D. Gio. Evangelista di Blazi. Palermo, 1791.

*Teatro eroico e politico de' goberni de' Vicere*, Parrino. Napoli, 1692.

*La vie et les actions mèmorables du Sr. Michel de Ruyter, Duc, Chevalier et Lt. Amiral Gènèral des Provinces-Unies.* A Amsterdam, 1677, 8.°

*Histoire de la Marine Française*, par Eugène Sue. Troisième édition. Paris, 1845.

*Histoire du grand Du Quesne.* Edition d'après Richer, revue par H. du Maureix, ancien officier de Marine. Limoges, s. d.

*Abraham Du Quesne et la marine de son temps*, par A. Jal. Paris, 1873.

*Histoire maritime de France*, par Léon Guérin. Nouvelle édition. Paris, 1851.

*Storia generale della marina militare*, par Augusto Vittorio Vecchi. Seconda edizione. Livorno, 1895.

*Mèmoires du Marquis de Villette*, publiés pour la Société de l'Histoire de France, par M. Monmerqué. Paris, 1844.

*Relation gènèrale de ce qui s'est passé sur les Mers de Sicile, au sujet des Flottes de France contre celles d'Espagne et des Estats generaux des Provinces-Unies.* A. Geneve, chez François dv Bois, s. d.

*Racconto in ottava rima dell'allegrezza et abondanza fatta in Napoli per lo riacquisto della città di Messina*, fatto da me Andrea Carola. In Napoli, per Antonino Gramignani, 1678, 8.°

*Histoire des Provinces-Unies des Pays-Bas*, par M. Le Clerc. Amsterdam, 1723.

*Mateo de Laya. Discurso leido ante la Real Academia de la Historia* por Cesáreo Fernández-Duro. Madrid, 1881, 4.°

[2] Don Francisco Diego Bazán y Benavides, marqués de Bayona, joven de veintiseis años á la sazón, habia servido como teniente general en las galeras de Ná-

Creía éste que fuera bastante todavía su presencia para apagar el incendio de los ánimos, usando prudentemente del prestigio de la autoridad; y, si no lo creyó, quiso ensayarlo entrando por el puerto de Mesina en una góndola, sin acompañamiento. Aunque le recibieron los rebeldes á cañonazos, persistió en la vía de conciliación desde *Milazzo* ó Melazo, ciudad poco distante, agotando cuantos recursos le sugirió la imaginación antes de acudir al que la situación de la isla y la general de la Monarquía aconsejaban evitar.

Todo inútil; ensoberbecidos los cabezas de la sedición y desconfiados de indemnidad tras los excesos de la venganza á que se habían dejado llevar, si bien aparentaron no desoir los mensajes, sirviéronse de la negociación para ganar tiempo en que surtiera efecto el ofrecimiento al rey de Francia de ponerse en sus manos, abriéndole la puerta de Sicilia, y el engaño á la opinión del mundo con manifiestos llenos de falsedades y calumnias en abono de su insurrección [1].

Al Marqués acudieron primeramente las galeras de Malta, y su general, Rafael Spínola, ofreció aún oficios de mediador; llegaron las de la escuadra de la República de Génova; dos más de la de Nápoles; cuatro bajeles, con 700 soldados, de Milán; fuéronse reuniendo las milicias insulares alrededor de Mesina, bloqueándola; cubrieron los puntos fuertes de la costa, y, como por la parte del mar cerrara el puerto el castillo de San Salvador, empezaron los rebeldes á sentirse afligidos del hambre, al extremo de determinar la sumisión, para la que entraron en nuevos tratos, sin perjuicio de despachar otros emisarios al rey de Francia instando al socorro en plazo fijo.

Casi desesperados de tenerlo, estrechados cada vez más por la parte de tierra y batiéndolos por la del mar el castillo [2],

poles; ascendió á capitán general de las de Sicilia, y en este año de 1674 fué promovido al mando de la escuadra de las de España por dejación del cargo que hizo su padre el marqués del Viso.

[1] Alguno insertó Abreu y Bertodano en su *Colección de Tratados*.

[2] Anota Lancina que una de las balas disparadas desde San Salvador pasó de parte á parte por el pecho á la estatua de D. Juan de Austria, el de Lepanto, causando impresión el suceso entre la gente supersticiosa y agorera.

vieron acercarse, el 29 de Septiembre, escuadra francesa de seis navíos de guerra y tres de fuego convoyando dos transportes de víveres, que entraron en la rada con inmenso júbilo de la población. El comendador Mr. de Valbelle, comandante, manifestó que su Rey, Luis XIV, aceptaba las ofertas de la ciudad, declarándose desde luego protector suyo, dispuesto á enviarles cuanto necesitaran para realizar los patrióticos designios. Por su parte, les estimuló á deshacer el obstáculo del castillo de San Salvador como necesidad urgente, facilitándoles oficiales y soldados de la escuadra diestros en la apertura de trincheras y disposición de baterías, que tuvieron efecto por muchas coincidencias afortunadas. Las embarcaciones apresaron una barca que llevaba al castillo, desde Nápoles, municiones de toda especie. Las galeras de Malta y de Génova, pudiendo convoyarla, se alejaron del Estrecho declarando que, con la presencia é intervención de los navíos franceses, dejaba de ser aquella guerra del rey de España contra súbditos suyos, cambiándose en pugna de dos potencias ante la que debían mantenerse neutrales. Por otro lado, herido gravemente en la cabeza el gobernador del fuerte, D. Francisco Araujo Pimentel, que con bizarría se había sostenido cinco meses, desmayó la gente, dándose á partido el 8 de Octubre con honrosas condiciones desatendidas, cayendo la mengua, no sobre los insurrectos, reñidos con toda intención honrada, sino sobre los franceses, cómplices en el engaño.

Mientras iban sucediéndose las ocurrencias, habiendo llegado á Madrid noticias del alzamiento, se trató de poner remedio despachando á la armada reunida en Barcelona, como en el capítulo anterior se dice, contando la del Océano 21 bajeles, al mando de D. Beltrán de la Cueva; las de galeras, el mayor número que podía concentrarse, pues estaban las de España gobernadas por el marqués del Viso, las de Nápoles por el príncipe de Pomblín; las de Sicilia por el príncipe de Montesarchio, y las de Génova por Felipe Doria. El mando superior correspondía al marqués del Viso por hacerse la campaña en el Mediterráneo, y por acuerdo tomado en consejo de guerra se disponían todos á sitiar á Colibre,

auxiliando al ejército que iba consiguiendo ventajas en el Rosellón.

En el puerto de Cadaqués les alcanzó correo con órdenes urgentes de embarcar infantería y partir sin dilación para Sicilia, debiendo hacerlo primeramente las galeras, sin resignar el mando el marqués del Viso, anteriormente relevado á petición suya [1]; mas no siendo cosa igual mandar que obedecer, hallándose las galeras sin víveres ni dinero con que adquirirlos, tratando en el consejo de guerra los generales lo que más conviniera, con diversidad de pareceres, transcurrieron los días desde el 3 de Agosto hasta el 8 de Septiembre en que salieron á la mar, obligados por nuevos despachos en que se les intimaba hacerlo sin excusa.

Las galeras tuvieron que arribar á Barcelona desde el golfo de León, adonde las detuvo una de las frecuentes tramontanas insuperables; las naves dispersas corrieron hacia las Baleares, llegando á reunirse en Cerdeña, donde se detuvieron ocho días más, con parecer de los pilotos, aunque allí se sabía estaba el castillo de San Salvador para perderse. El 10 de Octubre, día en que D. Beltrán de la Cueva se determinó á penetrar por el estrecho del Faro de Mesina, lugar temeroso de violentas y encontradas corrientes, reputado desde la antigüedad remota como contraste del marinero necesariamente puesto entre los escollos de *Scylla* y *Charybdis*, la fortaleza estaba rendida, y una vez más podía decirse conducía el socorro proverbial de España.

Fondeó la armada fuera del puerto con mucho peligro, y descargó la artillería sobre la ciudad, no consintiendo la dirección opuesta del viento hacer uso de los navíos de fuego contra la escuadra francesa, abrigada en el interior: tal fué, al menos, el dictamen de los jefes, por el cual se dirigieron á Melazo, levando las anclas. Cuatro días después, viendo

[1] Don Enrique de Bazán y Benavides, marqués del Viso, hijo del de Santacruz, tenía servidos cuarenta y seis años, de ellos treinta y cuatro como general de las galeras de Sicilia, de Nápoles y de España, habiendo sucedido en el mando de las últimas al duque de Alburquerque en 1662. *Colecc. Sans de Barutell*, art. 2.º—*Disquisiciones náuticas*, t. II.

franco el Estrecho, salió Mr. de Valbelle, volviendo á Francia con petición de reemplazo á las provisiones consumidas.

Una población de 120.000 almas, como Mesina, necesita muchas, aunque se reduzca la distribución metódica de raciones á lo indispensable para la subsistencia, como los jurados de la ciudad hacían. Por tierra no les entraba un grano; por mar lo impedía D. Beltrán, situado en los puertos de Calabria, á la vista y manteniendo á la vela bajeles de guardia que detenían cuanta embarcación se aproximaba, sin perjuicio de hacer blanco de cañón en las casas á fin de mantener la alarma. Á veces desembarcaban compañías de infantes protegidas por las fragatas, llegando á entrar en el monasterio de San Plácido y á poner en fuga á los mesineses que estaban sobre la Escaleta con abandono de dos piezas de artillería. Se vió, por tanto, otra vez Mesina en apuro, cercenada la ración á tres onzas de pan por cabeza después de haberse comido caballos y mulas, y eso que en la alternativa de ocurrencias le favoreció una epidemia desarrollada en la armada española, por la que murieron 400 hombres, y muchos más quedaron postrados ó dolientes, subsistiendo la causa, que era la de mala calidad de los víveres, y no menos la demora de las galeras, detenidas en la costa de Cataluña por cuestiones de etiqueta con la escuadra holandesa de Tromp, que, al fin, poco satisfecho se volvió á su país.

Varias causas de índole compleja contribuían á la dilación del viaje, no siendo insignificante la del nombramiento de D. Fadrique de Toledo, marqués de Villafranca, virrey de Sicilia, por creer el del Viso que había de privar á su hijo de la gloria del vencimiento en el momento de logrado. Entretenía, por consecuencia, la marcha prolongando las escalas, especialmente la que hizo en Caller de Cerdeña, justificada en cierto modo por enfermedad infecciosa causante de muchas bajas, contada la muy sensible del gobernador de las galeras de Génova, Felipe Doria [1], siendo un hecho que apareció en Melazo el 24 de Diciembre, pasados casi seis meses desde el

[1] Fadrique se nombra en algunas relaciones.

grito de rebelión, en estado que obligó á desarmar algunos vasos para cubrir con la gente la escasez de los demás.

Villafranca se propuso rendir á la ciudad por hambre, estrechándola más de lo que estaba, á lo que contribuyó el marqués del Viso, hecho cargo otra vez del mando general de las fuerzas navales, atacando y rindiendo á la torre del Faro y á la de la Linterna de Mesina, ambas artilladas por iniciativa de D. Beltrán de la Cueva [1]. Seguidamente con naves y galeras se fueron apoderando del Paraíso, Salvador de los Griegos, el monasterio que domina á la ciudad, el puesto de San Francisco de Paula y el convento de Santa María de Jesús, poniendo en ellos artillería gruesa de los bajeles, con lo que no quedó á los mesineses más defensa que la muralla y el foso.

En este estado estaban las cosas el 31 de Diciembre, esperando por instantes la sumisión de los cercados, pendientes ya tan sólo de alguna mejora en la capitulación, excusado el saco.

¡Cuántas veces por un día y aun por una hora ha cambiado la suerte de los pueblos! Por fuera del estrecho de Mesina, desde Melazo á las islas de Lipari, cruzaba el almirante de la escuadra de Flandes, Jacinto López Gijón, con cinco bajeles, guardando el paso. Por el otro extremo lo vigilaba D. Melchor de la Cueva, con 19 que estaban fondeados en Reggio ó Rijoles; las galeras se mantenían entre ambas escuadras, hostigando el puerto. Queriendo el marqués del Viso acelerar el término del negocio antes que llegasen auxilios, que sabía haber salido de Tolón, escribió el 30 de Diciembre á López Gijón y á D. Melchor ordenándoles entrar, cada uno por su lado, en el Faro, á fin de que el 31 al amanecer acometieran todos juntos á Mesina. El primero obedeció al punto, pero soplando viento muy fresco del NO., no pudo aguantarse en el canal: las corrientes arrastraron á los bajeles á la costa de Calabria. El segundo dió la vela proejando

[1] Carta dirigida al marqués de Villafranca en 25 de Diciembre proponiéndole la empresa.

contra el viento contrario, sin avanzar un paso, por causa de las corrientes mismas; aun las galeras se aguantaban con tanto trabajo, que dos vararon en tierra. En este tiempo recibió el marqués del Viso recado del Gobernador de Scylla, de haberse descubierto por el Norte 21 velas, de ella siete navíos de guerra, tres de fuego y once embarcaciones latinas; habiéndose acercado al Faro y visto no contestaban á las señales de humazos que hicieron, habían retrocedido tomando la vuelta de las islas de Lipari.

Fué el Marqués con las galeras á la Fosa de San Juan el 1.° de Enero (1675), para dar remolque, como lo hicieron, tirando dos de cada navío, sin lograr llevarlos adelante; el viento continuaba muy fuerte por la proa, esterilizando la fatiga de la gente.

Mr. de Valbelle, comandante de la escuadra francesa, como la vez anterior, despachó una faluca á Mesina noticiando su proximidad y propósito de esperar al duque de Vivonne, que con mayores fuerzas llegaría en pos. No podían conformarse con ello los de la ciudad; comisionaron al punto á dos de los principales para que en una embarcación ligera salieran al encuentro representándole los aprietos de la población tan al extremo, que sin el socorro inmediato la acabarían, no pudiendo ya refrenarse al pueblo hambiento. Agregaron que la empresa no tendría peligro en aquel momento, pues hacía tres días que los españoles luchaban con el viento fuerte sin poder entrar en el canal, y el viento mismo conduciría á ellos en popa hasta el puerto.

Hagamos justicia al enemigo: la idea de la apurada situación de la plaza, que no la de avanzar sin oposición, fué, probablemente, la que los determinó á embocar gallardamente el Faro, consiguiendo la dicha que esperaban, mientras las naves españolas, espectadoras á sotavento, rompían vergas y masteleros forzando la vela, sin poder con todo ello aproximarse. La constancia del temporal en los días siguientes les impidió lo mismo intentar el ataque del enemigo dentro de Mesina, valiéndose de la fuerza superior que por el momento tenían.

«A Dios sólo obedecen los vientos y las aguas, y estos elementos, por altos fines de su divina Providencia, se pusieron por parte del injusto [1].»

La versión francesa varía en no poco, habiendo Mr. de Valbelle de justificar la frase con que la comunicaba al Rey, de que «jamás se emprenderá en la mar acción más atrevida que la suya, ni con orden de marcha y de batalla mejor guardado» [2].

Supo que la torre del Faro, la Linterna y las alturas de Mesina estaban en poder de los españoles y que éstos tenían 22 navíos, 19 galeras y 16 tartanas armadas: «temía á la rapidez de las corrientes mucho más que al enemigo»; al fin se decidió á penetrar en el Faro cañoneando á la torre, y á la buena estrella del Rey atribuía el resultado. «Los españoles procedieron prudentemente: le dejaron pasar. Las galeras, habiendo hecho al principio ademán de esperar, se retiraron á la costa de Calabria, y los navíos, habiendo podido barloventear más de veinticuatro horas, se contentaron con la apariencia, no queriendo pelear.»

Reconocía, sin embargo, ser el marqués del Viso valiente y marinero, y soldado D. Melchor de la Cueva aunque no experto en náutica, expresando estaban ambos desconsolados

[1] Carta del marqués del Viso á Su Majestad. *Colección Navarrete*, t. VII, núm. 48. En esta y en la obra de Lancina se insertan las que cambiaron los generales de la Armada. El mismo Marqués escribió al de Villafranca, virrey: «Fué servido Dios de castigarnos favoreciendo la Armada francesa con viento fresco para poder introducir su socorro á los rebeldes, que lo lograron con diez bajeles y siete saetías, sin poderlo embarazar la nuestra ni las galeras por no haber permitido el tiempo que granjease 10 millas desde la Fosa de San Juan desde antes de anoche, que fuí con estas galeras á disponer se levase, ni que pudiese ayudar con remolco, por lo recio del tiempo.»

El príncipe de Montesarchio, escribiendo al Marqués, su jefe, decía: «Presupongo que en estas ocasiones es menester juzgar las cosas á la vista y primeramente, si nuestra Armada hubiera tenido tiempo á propósito para llegar á dar fondo junto á Piedegruta, fuera imposible poderse socorrer la ciudad de Mesina como se ha hecho, pues há dos días y medio que bordeando en el Faro no ha podido granjear la mitad del camino; con que esto se ha de atribuir absolutamente á que Dios nos ha querido castigar, permitiendo que entrase la Armada de Francia á nuestra vista sin poderlo estorbar de ningún modo.»

[2] Despacho de Mr. de Valbelle, fecho á 12 de Enero de 1675; publicado por Mr. E. Sue, *Histoire de la Marine*, t. II, pág. 460.

y elogiando la acción de los franceses. Después de la entrada en Mesina no se apartaron las galeras de la proximidad más que cuando el viento las obligaba; los bajeles cruzaban á la vista en el paso del Sur.

Esto relativamente á la mar. De tierra informaba les hicieron fuego desde Capuchinos, matándoles cinco hombres en el tiempo que dispusieron los españoles de tres piezas, pronto desmontadas. La Linterna voló su misma guarnición durante la primera noche, retirándose á Calabria.

Oportunidad vendrá de advertir, con respecto al relato de Mr. de Valbelle, cuánto necesita ejercitar la memoria el que se acostumbra á vestir ó engalanar á la verdad.

Ahora importa referir que, conduciendo la escuadra al general marqués de Vallavoire con poderes de lugartenencia por Luis XIV, oficiales de todas armas y un cuerpo de infantería reforzado con tropa de los navíos, cambió el aspecto de la plaza, guarnecidos por franceses los castillos y organizadas bajo su mando las milicias ciudadanas. Emprendieron salidas al campo, recuperando casi todos los puestos avanzados de los españoles, entre ellos el de Salvador de los Griegos, defendido con 40 piezas de artillería, con lo que mejoraron bastante la situación, consiguiendo alejar la línea de bloqueo.

Por mar lo sostenían nuestros bajeles á costa de desvelos, siéndoles contrarias las condiciones del Estrecho peligroso y los temporales del invierno. Uno de los cruceros se estrelló en la costa arrastrado por la corriente; los demás trataron de destruir á la escuadra enemiga con dos navíos de fuego lanzados á la luz del día con banderas francesas, para que parecieran del número de los que burlaban la vigilancia conduciendo víveres; pero conocido el engaño, salieron falucas del puerto y los apartaron hacia la Linterna, donde se consumieron sin hacer daño.

Lo que se lo produjo fué la captura de un transporte conductor de 3.000 fanegas de trigo, pues empezó á faltarles el pan el 29 de Enero y se reprodujeron con el hambre las enfermedades y disgustos, graves algunos de éstos por la dife-

rencia que los jefes franceses hicieron de su gente reservándoles raciones, con lo cual, llegados de nuevo á las murallas los españoles sitiadores, se introdujeron algunos en la ciudad y la pusieron en grandísimo temor y desconfianza.

Vino á librarles de la desesperación la actividad con que se dispuso en Francia el tercer socorro, llevándolo el duque de Vivonne en muchas tartanas escoltadas por 22 navíos de guerra. Los cabos españoles apenas daban crédito á la noticia de hallarse á la vista de las islas de Strómboli; tanto les parecía sorprendente la presteza del alistamiento: no podían, sin embargo, negar la evidencia, y empezaron al momento las galeras á remolcar los navíos fuera del Estrecho á la parte del Norte, con precipitación desordenada.

Hallándose en mar abierto D. Melchor de la Cueva con la capitana y cinco bajeles más, se atravesó en el camino del de Vivonne, acelerando la batalla por impedir que embocara el Faro con el viento que le favorecía, y se sostuvo más de tres horas dando tiempo á que se le unieran hasta 14 navíos, que sucesivamente conducían las galeras y que al entrar en fuego se impusieron, obligando al enemigo á replegarse.

Ocurría el combate á buena hora del 11 de Febrero; y habiendo calmado el viento á mediodía por la conmoción del cañoneo en la atmósfera, estuvieron algún rato inmóviles fuera de tiro. Don Melchor hizo señal á las galeras para remolcar y aproximarle, lo que comenzaron á practicar por breve espacio, pues el viento saltó del lado opuesto con bastante fuerza, oportunidad que aprovechó inmediatamente Mr. de Valbelle para salir de Mesina con su escuadra y poner á la de España entre dos fuegos con gran superioridad. La batalla continuó, no obstante, indecisa, hasta el anochecer, hora en que se apartaron, tomando los franceses el camino de Mesina, adonde entraron con poca pérdida, mientras que de nuestra parte se tuvo la del navío *Madonna del Popolo*, apresado, contando entre los heridos al general D. Melchor de la Cueva.

Como sucede cuando las batallas tienen mala fortuna, echábase la culpa á los generales «desdicha de los que man-

dan, que están sujetos á los juicios de los que obedecen». Murmurábase que por su emulación no se habían sacado pronto del Faro los navíos; que si al tiempo de la calma se hubieran hallado vecinas las galeras, pudieran destruir á la armada enemiga, que no tenía embarcaciones de esta especie, y en particular á cuatro navíos que quedaron separados é inmóviles, consiguiendo victoria antes que saliese Mr. de Valbelle de Mesina. Lo de siempre.

El día siguiente se reunió la Junta de Generales para tomar resolución de lo que había de hacerse, acordando retirar la armada á Nápoles con objeto de reparar las averías, y distribuir las galeras entre Melazo y Palermo. Por secuela se abandonó la fortificación de la torre del Faro, dejándolo á merced de los franceses.

Raro fuera que sus escritores coincidieran con los nuestros en la apreciación de la batalla estando ellos mismos en discordancia, salvo el empeño común de menospreciar al enemigo, sin darse cuenta de que tanto menos mérito había de tener el vencimiento cuanto más despreciable pinten la resistencia.

Monsieur Léon Guérin [1], sin mención de autoridades, consigna la salida del puerto de Tolón, el 29 de Enero, de escuadra compuesta de ocho navíos de guerra; uno de 80 cañones; tres de 60; tres de 56 y uno de 32, escoltando al convoy de provisiones. La mandaba en jefe el duque de Vivonne, capitán general de las galeras de Francia, nombrado virrey de Sicilia, llevando á las órdenes al teniente general Duquesne y al jefe de escuadra Preully d'Humieres.

Se advierte por el comienzo que no le pareció necesario poner en cuenta las fragatas ni los navíos de fuego, al paso que englobaba en el bulto de los españoles hasta las tartanas; de modo que figura ocho velas contra 37, navíos y galeras, mientras que en nuestras relaciones se cuentan navíos, 14 españoles y 22 franceses, antes de que llegaran los de Mr. de Valbelle.

[1] *Histoire maritime*, t. III, pág. 258.

Monsieur Guérin continúa sentando que resueltos los nuestros á reparar las faltas anteriormente cometidas, fiando en el número incomparablemente superior de sus vasos, salieron al encuentro de Vivonne y presentaron batalla. Los franceses formaron en tres divisiones con objeto de no ser envueltos, sufriendo Duquesne con la de vanguardia ataque vigoroso, que por un instante le puso en peligro grave; sostúvose, no obstante, hasta llegar el centro en su ayuda y la retaguardia luego, flotando indecisa la victoria entre el número y la habilidad, hasta que, atraído Valbelle por el tronar de los cañones, acudió viento en popa con seis navíos; colocó al enemigo entre dos fuegos, apretándole de forma que hubo de huir. «Diéronle caza hasta Nápoles», entrando después triunfalmente en Mesina.

Con esta narración no se aviene M. E. Sue, habiendo tenido á la vista el despacho enviado al Ministro de Marina por Valbelle, con fecha 30 de Marzo, en que hacía petición modesta de ascenso á teniente general por los méritos que á él solo tocaban en la ocurrencia. El 11 de Febrero, decía, salió del Faro pugnando contra la marea, arrostró con fiereza el fuego de 20 navíos españoles, púsolos en derrota con cuatro de los suyos y dió la victoria al duque de Vivonne, que se hallaba alejado á sotavento.

Pero tal hazaña no satisface todavía al historiador francés; informado de que Vivonne dejó de enviar á su Gobierno parte de la acción, la comenta, convencido de que no hubo en realidad batalla [1]; bastó la presencia de la bandera de Francia para que, practicando los españoles «la maniobra de la liebre ante los galgos», escaparan á todo trapo, sin más que soltar por fórmula alguna bala perdida. La fuga parecería increíble sin la clave del enigma contenida en otro despacho posterior de Valbelle.

«Don Melchor de la Cueva y D. Joseph *Sentine* (sic), informaba en 6 de Mayo [2], están presos en el castillo de Baya;

[1] *Histoire de la Marine*, t. II, pág. 467-479.
[2] Ídem, t. II, pág. 419.

se les acusa de haber recibido tres mil pistolas del Rey nuestro señor en precio de dejarle socorrer á Mesina y no oponerse á la entrada de Mr. Vivonne en el Faro, y aun se dice que yo les he enviado el dinero. ¡Qué impostura; qué calumnia [1]!»

La frase se encuentra subrayada en el despacho, indicio seguro, á juicio de M. Sue, de ser irónica y de que se debe considerar como afirmación del hecho, admitido el cual, sin tomarse la pena de investigar qué clase de gentes eran ni qué fortuna pudieran tener los Alburquerques, presenta á don Melchor de la Cueva apasionado jugador, con atenuación en la sentencia de conducir el vicio á la vileza. Con esto y añadir un cero á la cifra de Valbelle deja servido al General español, aunque, mirándolo bien, no es mucho el favor que hace al Rey Sol suponiéndole comprador del paso de sus escuadras por la mar, ni al despreocupado informante, ya le adjudique simplemente el papel de corredor, ya le estime en la iniciativa discípulo del reverendo Arzobispo-Almirante de Burdeos.

Verdad es que la *Historia* de M. Sue, inapreciable por la colección de documentos inserta, no merece igual estimación en otros conceptos distintos; se propuso, sin duda, hacerla amena novelándola; mezcló lo serio y lo humorístico, dejándose llevar en lo segundo á conversaciones de dudoso gusto, por no decir de clara inconveniencia, y modificó á su placer lo asignado, haciéndolo notorio sus compatriotas MM. Jal [2] y Bouillet [3]. No debe causar sorpresa, por tanto, encontrar entre sus narraciones históricas pasajes apropiados á *Le Juif errant* ó á *La Coucaratcha*, ni que se produzca relativamente á personas de nación enemiga con desconsideración, no me-

[1] «On les accuse d'avoir reçu trois mille pistoles du Roi nostre maître, à la charge de le laisser secourir Messine et ne s'opposer point à la entrée de M. de Vivonne dans le Phare, et on publie que je leur ai envoyé cet argent..... *Bon Dieu! quelle imposture et quelle calomnie!*»

[2] *Abraham du Quesne et la Marine de son temps.*

[3] *Dictionnaire universel d'Histoire et de Géographie.* «On regrette qu'il ait trop souvent mis son talent au service de la passion politique ou antireligieuse et se soit attaché à denigrer la société.»

reciéndosela los almirantes de su patria que pone en escena, contradiciéndose y despellejándose sin piedad. Entre el bosquejo que hace del duque de Vivonne, virrey de Sicilia, indolente, epulón, hombre de la más cínica inmoralidad, medrando á beneficio del libertinaje de su hermana, la Montespan, y el concepto digno, respetuoso que merece á Lancina, no habrá francés que no opte por el cuadro de nuestro autor. A pesar de todo, la impostura, verdadera impostura con que Sue manchó la memoria de D. Melchor de la Cueva, ha echado raíces en su tierra; el referido M. Jal la repite sin perjuicio de enmendar la extravagante relación, asegurando que en el combate del 11 de Febrero tuvo la escuadra de Luis XIV 200 muertos y heridos; M. Henry Martín la acoge [1] como rumor propalado.....

«La calunnia è un venticelo;
Un'auretta assai gentile.....»

Hay de exacto entre la palabrería la desagradable impresión producida en Madrid por las nuevas de la derrota de la Armada y socorro de Mesina, bajo la cual estimó el Gobierno que resultaban cargos contra los generales presentes en las operaciones de Mesina y motivos para *visitarlos*, es decir, para someterlos á procedimiento judicial, disponiendo en consecuencia se pusieran desde luego presos en diferentes castillos del reino de Nápoles al marqués del Viso, general en jefe, por serlo de las galeras de España; á D. Beltrán de la Cueva, que lo era de la armada del Océano, y á D. José Centeno, almirante general de la misma, debiendo retirarse de Sicilia y esperar las resultas en Nápoles el marqués de Bayona, comprendido en la responsabilidad de los sucesos. Encargaríase del mando de la armada con título de gobernador, el príncipe de Montesarchio, secundándole como almirante general D. Francisco Pereira Freire de la Cerda [2].

[1] *Histoire de France.*

[2] Copias de las órdenes en la *Colección Sans de Barutell*, art. 2.º, núm. 265, y artículo 3.º, núm. 1.278. D. Andrés Dávalos, príncipe de Montesarchio, general de la escuadra de Nápoles primeramente, lo fué de flotas de Indias desde 1666 á 1671, y de las galeras de Sicilia por título expedido en 1674.

Se les acusó de demora, omisión y negligencia, formulando cargos á que contestaron con alegatos de defensa en contrario, sin reserva ni misterio [1], que debieron satisfacer á la justicia, toda vez que tras de tres años de investigación no recayó pena más que sobre el almirante D. Jacinto López Jijón, sentenciado á servir dos años en la armada del Océano sin sueldo ni empleo.

Si ante el tribunal se presentó la carta escrita por D. Beltrán de la Cueva al marqués del Viso, teniendo noticia de estarse aprestando en Tolón la expedición de Valbelle é informándole del estado en que estaba la armada, falta de todo lo necesario [2], no sería menester más para satisfacerse de lo que

[1] He visto los siguientes:

*Por D. Henrique de Benavides y Bazán, conde de Chinchón, marqués del Viso, general de las galeras de España, en satisfacción de los cargos hechos sobre la asistencia á la reducción de Mesina.* Impreso en 56 hojas folio, s. a. Academia de la Historia. *Colección de Jesuitas*, t. LV, núm. 2.

*Representación que hizo á S. M. el marqués del Viso en 15 de Septiembre de 1675, justificando su conducta después del socorro que dieron los franceses en Mesina.* Ms. *Colección Navarrete*, t. VII, núm. 48.

*Representación hecha á S. M. por el marqués de Bayona en 20 de Julio de 1675 con extensa cuenta de los sucesos de Mesina desde 1672.* Ms. *Colección Navarrete*, t. VII, número 50.

[2] Toda la carta es importante y digna, pero basta el párrafo que copio para juzgar del espíritu:

«Por esta parte de Poniente están unos navíos á la vela y otros por la de Levante, y el resto aquí, á la vista de Mesina, guardando todas las dos entradas de aquel puerto; es necesario considerar si se han de mantener así al mismo fin, para que no queden desamparadas, ó si conviene juntarlos, lo cual ha menester tiempo; los demás bajeles de la armada se hallan también muy faltos de gente de mar y infantería, porque sobre los soldados que se sacaron de ellos en Barcelona para las galeras, tienen menos los que saltaron en tierra para el socorro de la Escaleta, que tampoco me se han restituído; y á esto se añade haber un gran número de enfermos en todos, teniendo 80 la Capitana, y en la misma proporción en los demás navíos; y con esta noticia me prometo de vuestra amistad, y favores, se me restituirá la gente que dí para las galeras, así para que no pierda el Rey de conocido esta pequeña armada, encontrando á la de Francia, tan superior como dicen las noticias, como porque tampoco pierda yo el crédito. En medio de esto, de cualquier modo que se hallen, perderé hasta la última gota de sangre, á fin que se logre el servicio del Rey nuestro señor, que es á lo que todos debemos atender con vuestras direcciones, estando unas y otras fuerzas á vuestro cargo, esperando os deberá Su Majestad los buenos sucesos que le solicita vuestro gran celo.» (Lancina, págs. 272-274.)

De los navíos de la armada se había sacado artillería de la más gruesa para forti-

hizo, llegada la hora de la pelea. El historiador Sue ha corroborado lo esencial, haciendo saber que en el navío apresado, la *Madonna del Popolo*, no había municiones.

ficar la torre del Faro y la del Caballo en Calabria, más 10 piezas de á 12 para Piedegruta.

# VIII.

## BATALLA DE STROMBOLI.

### 1675-1676.

Ofensiva de los franceses en Sicilia.—Intento en Melazo.—Ostentación en Nápoles.—Servicio de corsarios mallorquines.—Abordan y rinden las galeras á una fragata enemiga.—Se vuela en Reggio.—Cómo lo refieren los historiadores franceses.—Toma el duque de Vivona á Agosta.—Escuadra del príncipe de Montesarchio deshecha por temporal.—Don Juan de Austria nombrado Vicario general en Italia.—Su proceder.—Funestos resultados que produce.—Sucesos de Berbería.—Los presidios sitiados.—Se distraen las fuerzas navales en el socorro.—Tratado especial con Holanda.—Viene Ruyter con escuadra.—Detiénela D. Juan de Austria.—Pasa á Sicilia.—Combate con la de Francia.—Auxilian las galeras.

IENTRAS que nuestra armada del Océano desarmaba en Nápoles, disponiéndose á carenar con la lentitud de costumbre, rigiéndola ya el príncipe de Montesarchio, seguían entrando en Mesina convoyes y refuerzos de tropa de infantería y caballería. El 25 de Mayo (1675) habían llegado al puerto 16 navíos de guerra y varios de fuego, que por este tiempo empezaban á denominarse *burlotes* en los documentos oficiales, adoptada por más breve, aunque no de un modo absoluto todavía, la expresión francesa *brûlots*. El 2 de Junio se unieron 24 galeras, en que muchos caballeros voluntarios iban á correr aventuras. Fondeadas en el interior, al alcance de la batería de San Plácido, dispararon los españoles del puesto, haciéndolas daño [1].

[1] *Colección Navarrete*, t. XXIX, núm. 33.

Vióse el duque de Vivonne con fuerzas y recursos suficientes para tomar la ofensiva, y maduró el plan de ir dilatando la ocupación de la isla, siendo comienzo la plaza de Melazo, en razón á considerarla punto de considerable importancia, que le abriría la campiña y con ella los almacenes de manutención, ahorrando la de Francia á más de alejar al enemigo, que desde allí le tenía en jaque. Con tal objeto salió de Mesina, por la parte de tierra, un cuerpo de 5.000 infantes y 400 caballos, al mando del marqués de Vallavoire, debiendo concurrir por mar las galeras y la división de bajeles de Valbelle.

El primero avanzó hasta la muralla, poniendo en confusión á los defensores, pocos y mal proveídos, de modo que los cabos instaban al virrey, marqués de Villafranca, dejase la plaza, que al parecer no podría resistir, y pasara á Palermo en dos galeras surtas en el puerto; mas dispúsolo mejor la fortuna, porque la escuadra francesa no pareció, y el ejército, desconfiado, aunque en las escaramuzas apenas se le hizo frente, pronunció la retirada, hostigado por la caballería que se reunió á su espalda.

Acabada la empresa, se personó Vivonne en el golfo de Nápoles con 36 navíos de guerra, 24 galeras y embarcaciones menores, haciendo ostentación de fuerza con intento de incendiar la armada española, según dijo, si bien su expedición se redujo á un paseo ridiculizado, no tan sólo por los de la ciudad, sino también por los jefes de su escuadra, al ver que no llegó á ponerse á tiro de cañón de los fuertes [1].

[1] Consigna Lancina que el ingenioso D. Antonio Muzetula hizo objeto de broma la aparición en sus epístolas poéticas, y M. E. Sue que la criticó el jefe de escuadra Tourville en carta al Ministro de Marina, diciendo con el desenfado de que solían usar sus compañeros: «Il serait fâcheux à toute la marine que les Officiers généraux ne fussent en droit de rejeter sur M. de Vivonne le ridicule de la retraite de Melazzo, et il était de notre honneur à tous qu'on ne tint pas plus longtemps les vaisseaux dans le port. C'est pour cela que l'on me détacha du côté du golfe, et qui ensuite, M. de Almeras étant arrivé avec six gros navires, l'on forma l'entreprise d'aller brûler les vaisseaux espagnols jusque dans le port de Naples. M. de Vivonne alla à ce grand dessein avec une confiance admirable, et les difficultés ne lui parurent considérables que sur le point de l'exécution. Il exclut tous les capitaines du Conseil, où l'on prit la resolution de ne pas exposer les vaisseaux du roi, et de retourner a Messine comme on en était venu.» (T. III, pág. 18.)

Todo no resulta á pedir de boca en la guerra: tampoco tuvo éxito el crucero que estableció en el golfo de Venecia con objeto de impedir la salida de soldados alemanes; los corsarios mallorquines, que prestaban excelente servicio en esta guerra, embarcaron en Trieste 2.000 hombres y los pusieron en salvo en Calabria. Parece que posteriormente tomó ó incendió en la Barletta dos de estas naves M. de Tourville al volver de su comisión, sufriendo el contratiempo de quedar encalmado en el Faro. En esta disposición, don Beltrán de Guevara, teniente general de las galeras de Nápoles, que pasaba en dirección de Agosta, atacó con nueve á la fragata *Gracieuse*, de 24 cañones, un tanto separada de su jefe; la tomó al abordaje con no escasa resistencia y la dejó marinada en Reggio, continuando el camino.

El accidente causó pena en Mesina, habiendo ocurrido á su vista; la tuvo mayor, naturalmente, M. de Tourville, como de cosa que tenía á cargo, y porque no se gozaran con el trofeo los españoles, en día de viento favorable fué sobre el puerto con dos navíos y un *burlote*, logrando abrasar la fragata con daño de la población, tan diferentemente referido, que es de conveniencia dejar el juicio al lector presentándole los textos:

«Estaba aún el bajel en la marina de la ciudad, á la parte que no había artillería, y parece que Dios ató á todos las manos, pues llegándose el bajel francés convoyando al *burlote*, se le puso tan vecino, que el capitán, con presteza, atacó una camisa de fuego con que luego se incendiaron ambos, aunque tuvo desgraciada muerte de la violencia de las llamas. La gente de la ciudad y los soldados estaban mirando el suceso, y todos en grande confusión, esparcidos por las marinas y la muralla, pero llegando á este tiempo el fuego á la cámara de Santa Bárbara, fué tanto el estruendo que hizo y la ruina, que mató más de cien personas, dejando á unos sin brazos, á otros sin pies, y muchos maltratados; y como con este accidente se pegó fuego y volaron las astillas del bajel, se encendió en vivas llamas toda la ciudad, que á ser de noche se hubiera destruído; pero pudo mucho el celo de

su arzobispo, los síndicos y cabos militares, que repararon la ruina. Con este mal suceso empezaron á ser más advertidos, haciendo una trinchera á la marina y dos medias lunas, guarneciéndolas de artillería, y después se puso la ciudad en alguna fortificación en tiempo que la gobernaba el marqués de Santa Cristina [1].»

«Aunque la habían amarrado (la presa) bajo la fortaleza de Reggio y puesto de manera que la ampararan todos los cañones de la plaza, reputada la más imponente de Calabria, decidieron irla á quemar en pleno día. Avanzaron, en consecuencia, con sus navíos y un *brûlot* á tiro de mosquete de los baluartes y fuertes, y después de haberlos cañoneado vivamente algún tiempo, lanzaron el *brûlot*, que no sólo incendió á la fragata, sino también á 14 navíos que estaban próximos; voló la mitad de un baluarte y comunicó las llamas á más de 50 casas de la ciudad [2].»

Tratemos de ocurrencias más serias. Pensó el duque de Vivonne expugnar á Agosta, ciudad importante situada en la costa oriental de Sicilia, centro de exportación de granos. Tiene puerto espacioso de boca ancha y accesible, con castillo pequeño y de poca defensa por la situación dominada. Lo atacaron á mediados de Agosto 29 navíos de 50 cañones arriba, 24 galeras y 12 *burlotes*, rindiéndolo con poca dificultad, lo mismo que á la torre de Avalos, guardada por un alférez, y la ciudad, que se entregó en menos de dos horas, no por buenas artes, según se susurraba [3]. De cualquier modo, era pérdida grande, que puso en mayor cuidado al Virrey, obligándole á emplear sus pocas tropas en guarnecer á Siracusa y puntos vecinos, aunque las galeras y 12 de los bajeles enemigos se volvieron á Francia.

Por esta razón se instaba al príncipe de Montesarchio,

[1] Lancina, pág. 330.

[2] Guérin, t. III, pág. 261; Sue, t, II, pág. 550. — La relación conforma con el parte enviado por M. de Tourville al Ministro de Marina, si bien en éste se agrega *que recibió el fuego de más de sesenta cañones y de la mosquetería*, y que á orillas del agua se incendiaron más de 25 casas almacenes de seda.

[3] El pueblo, indignado, mató al gobernador; el alférez de la torre de Avalos sufrió muerte infamante por sentencia.

rehacio en salir de Nápoles, por no contar con más de 15 navíos de todas clases, que tenía por inferiores á los que quedaban en Sicilia, como en realidad lo eran. Así, habiendo fondeado en las marinas de Calabria, se llegó á presentarle batalla M. de Almeras, llevando 10 bajeles y seis *burlotes*, y anduvo maniobrando algunos días contra corriente sin poder aproximarse. Montesarchio aprovechó el primer viento favorable para embocar el Faro sin aceptar la provocación, yendo á Melazo á unirse con las galeras, y le siguieron los franceses, con tanta precipitación, que su Capitana varó en el Estrecho, y hubo de arrojar al agua la artillería y pesos de consideración para volver á flote, accidente que aprovecharon, divulgando que 15 navíos del Rey de España habían huído de 10 solos de Francia, sin que por nada pararan los pies.

Tuvieron otro suceso peor tratando de cumplir órdenes del marqués de Villafranca de atacar á la torre del Faro en conserva de las galeras. El 6 de Noviembre descargó tormenta inaguantable que arrastró por el Estrecho á los bajeles en dispersión: los más pudieron dar vuelta á la isla por el Sur y entrar en Siracusa; siete se estrellaron en la costa de Calabria, incapaces de resistir á la violencia del viento y la corriente, ahogándose mucha gente en los escollos y en las galeras, que con trabajo volvieron á Melazo; un rayo abrasó á la Capitana de Sicilia, escapando muy pocas personas. Las naves salvadas se trasladaron á Palermo á reparar las averías, poseído el ánimo de los tripulantes de tristeza con la idea de estar dejados de la mano de Dios.

Fuerza es retroceder desde este punto habiendo de traer á cuenta las ocurrencias de España en el tiempo en que las de Sicilia se desarrollaban y la campaña de Cataluña, retiradas las tropas y los navíos, tomaba mal aspecto.

Desde principios de año (1675) se había encargado á don Gonzalo Fernández de Córdoba, presidente de la Casa de la Contratación de las Indias, que fletando navíos holandeses con destino á la guarda de las flotas, dispusiera seis de los mejores que tenía armados el comercio de Sevilla con este

objeto y fueran á incorporarse á la armada en Italia, conduciendo municiones y pertrechos de que estaba necesitada [1]. Pusiéronse á cargo de D. Francisco de Abaria, jefe de crédito en la navegación de Ultramar hecha en barcos propios ó del Estado [2].

Casi al mismo tiempo había decidido el Gobierno confiar á D. Juan de Austria la dirección de la guerra en Italia, expidiéndole título muy honroso de *Vicario general del Rey* con todo el poder y facultad residentes en la persona real [3], y esto por su representación, experiencia y grandes obligaciones, en primer lugar, teniendo además en cuenta la popularidad y afecto granjeados en el tiempo que gobernó á Sicilia, que aun en la ciudad de Mesina rebelada subsistían. Ninguno parecía más indicado para volverla al buen camino y desconcertar los trabajos de Luis XIV que con mensajes públicos y agentes secretos incitaba á los napolitanos á seguir el ejemplo de rebelión contra España, poniéndose bajo su benigno amparo.

Don Juan acariciaba siempre más ambiciosos proyectos: andaba mezclado en las intrigas y escándalos de revuelta en la corte; pero no le pareció prudente negarse al servicio de la guerra extraña y lo aceptó publicando el viaje y haciendo todas aquellas prevenciones exteriores que extendieran la creencia, al punto de mandar aprestar las galeras en Barcelona [4], sin perjuicio de los recursos empleados para eludir la comisión anterior de Flandes, la dilación, la dolencia, la necesidad de tomar baños medicinales indicados en Castilla y en Navarra.

El jefe de los navíos de Cádiz alegaba también cada día

[1] Mateo de Laya, *Discurso*, págs. 44-46.—*Colección Vargas Ponce*, letra A; *Colección Sans de Barutell*, art. 3.°, núm. 1.308.

[2] Obtuvo patente de capitán en 1655, y fué objeto de elogios y recomendaciones. El rey Carlos II mandó se le ofreciera en su nombre una estatua de alabastro de Nuestra Señora de la Merced, que era el nombre de su Capitana, estatua que posteriormente sirvió de cabeza al mayorazgo que instituyó. (*Colección Vargas Ponce*, leg. 14.)

[3] Lancina.—Abreu y Bertodano, *Colección de Tratados*.

[4] En el mes de Marzo. *Colección Sans de Barutell*, art. 3.°, núm. 1.279.

alguna razón justificada de demora, no siéndole dable ponerse á la vela hasta el mes de Junio en que llegó por primera escala á Cartagena, y allí recibió contraorden [1], cuya inteligencia requiere nueva digresión.

Desde que empezó á reinar Carlos II se notaban en Berbería novedades alarmantes, nacidas del estado en que estaban nuestros presidios. Un Sidi Gaylan había llegado á dominar en la parte septentrional, favorecido de España, y creciéndole la ambición con la prosperidad vino á dar muestra de la gratitud política, preparando con el mayor secreto una algarada contra Larache, en que poco le faltó para salir con la intención, asaltando en la noche del 1.º de Marzo de 1666, pues llegó á tomar los rebellines del Campo y de Santa María, y á coronar la muralla con su gente.

Pasado un año, cercó á la plaza de Orán el Virrey de Argel, bien informado de la cortedad de su guarnición, la cual atribuyó á milagro que los moros no persistieran en el asedio, retirándose sin causa aparente. Volvió á sitiarla en 1672 con mayor ejército, cooperando la escuadra corsaria por mar hasta la llegada de D. Juan González Salamanqués, el 5 de Julio, con ocho bajeles, á cuya vista desaparecieron los argelinos, no tardando en seguirles los alárabes del Campo [2].

Rompieron al mismo tiempo las hostilidades contra los fuertes de Ceuta y del Peñón de los Vélez; multiplicaron los piratas sus empresas, haciendo desembarco en la costa de Valencia y en la de Galicia por la ría de Arosa. Por la de Portugal andaban á la espera de las flotas, haciendo ostentación de la nave capitana de 70 cañones.

Muchas contrariedades había que vencer para socorrer á todas las plazas con dinero, víveres y aun agua algunas veces; hacíase con intermitencia y escasez, aunque con buen deseo de la escuadra de galeras, que en una de las expediciones ocupó á viva fuerza el Peñón de Alhucemas (1673) por quitar el estorbo que desde él hacían.

[1] La misma *Colección*, art. 3.º, núm. 1.281.

[2] *Diario de ocurrencias de Orán*. Ms. Biblioteca Nacional. H. 99.

En 1674 entraron de sorpresa en el Campo de Ceuta más de 10.000 moros, y muchos más pusieron en aprieto á Orán el año sucesivo, asediándola por tierra y mar. Ésta era la causa que instó á decidir fuera allá D. Francisco de Abaria, llevando los seis bajeles con que iba á Italia, cargados de bastimentos, municiones y tropa con buena oportunidad, toda vez que desalojaron á la fuerza superior de 16 navíos y dos galeras, encerrándola en el puerto de Arceo, y contribuyeron al levantamiento del Campo [1], si bien con dejación de la primera empresa ó refuerzo á la Armada de Sicilia.

A este fin entabló la Corte de Madrid negociaciones en las Provincias Unidas, hasta conseguir, con sacrificio de alguna concesión en el comercio de Indias, el concurso de Armada holandesa para la recuperación de Mesina con estas condiciones [2]:

Constaría de 18 navíos de guerra; seis de ellos de 70 á 80 cañones; seis de 60 á 70; seis de 44 á 54. Item, de seis pataches, de 10 á 16; de dos fragatas transportes, de 26 á 28, y de seis *burlotes*, sumando entre todos 1.300 piezas de artillería y 6.000 tripulantes con provisiones para ocho meses, término del tratado. Había de abonar el Rey de España 62.000 florines por principio de armamento y 88.000 patacones al mes, equivalentes á 220.000 florines. En caso de pérdida de alguno de los navíos, sufragarían el valor por mitad las dos partes; las presas se dividirían por mitad asimismo. Las condiciones del pago, suministro de raciones, servicio, combinación, eran objeto de cláusulas sucesivas.

El Gobierno de las Provincias confió el mando de sus naves á Miguel de Ruyter, almirante ilustre, vencedor en cien combates, reverenciado en el mundo como uno de los más grandes marineros de su siglo, dándole instrucciones precisas de ponerse á las órdenes del Capitán general de la Armada española, concertar con él las operaciones de guerra, ejecutar con celo lo acordado, y procurar la sumisión de Mesina,

[1] Mateo de Laya, *Discurso*, pág. 46.
[2] Abreu y Bertodano, *Colección de Tratados*.

objeto principal de la expedición. Observó que la fuerza de que iba á disponer era escasa, pensadas las contingencias probables y el concurso que debería esperar de los bajeles de España, sin demorar por ello un día la salida á la mar, ni menos pretender alteración en las condiciones del tratado. El 29 de Julio (1675) levó las anclas; el 26 de Septiembre las dejaba caer en la bahía de Cádiz, conferenciando en el acto con el Gobernador de la plaza, que le entregó despachos de la Reina Regente con aviso de que se le unirían sobre los Alfaques seis navíos esperados por momentos de Orán, y con ellos el príncipe D. Juan de Austria, vicario general del Rey en Italia, con supremacía de los virreyes, capitanes generales y gobernadores.

Esperó algunos días, agasajado como pudiera suponer y merecía, mas no llegaron ni el Príncipe ni los navíos, sustituyéndolos carta de D. Juan, atenta, en que expresaba no serle posible, con gran sentimiento, tomar parte activa en la campaña, que prometía ser gloriosa, porque el Rey su hermano le llamaba á la corte á la dirección de los negocios. En consecuencia prevenía al Almirante que desde Barcelona, donde encontraría al marqués del Carpio con los dichos seis bajeles, se encaminara sin demora á Sicilia, y verificada la incorporación con las fuerzas que allí estaban á las órdenes del príncipe de Montesarchio atacara á los franceses en Mesina [1].

[1] Ha publicado la carta, con otras, M. Sue, copiándolas de la *Vie de Ruyter;* la de Gerard Brandt, quizá, distinta de la que yo he tenido á la vista. La vuelvo al castellano por su importancia, aunque no poco perderá de estilo en las dos versiones.

«Señor Ruyter.—El 18 de este mes os he escrito para haceros conocer la impaciencia en que estaba hasta veros llegar con felicidad á la costa de Valencia, creyendo, con el favor de Dios, juntarme con vos y tener la satisfacción de ofreceros testimonio del aprecio en que siempre he tenido vuestros méritos, y de mi afecto por vuestra persona y por vuestros valerosos compatriotas. Ahora ésta os dirá que he recibido orden de S. M. para ir á Madrid, habiendo tomado, según creo, esta resolución porque yo había escrito que importaba mucho á los intereses del reino y á la consecución de la paz que se diera calor á la guerra de Mesina, enviando pronto considerables refuerzos, no solamente á Italia, sino también á vuestro país, cumpliendo fielmente el Tratado, en virtud del cual ha venido la Armada de vuestro cargo. Me atrevo á asegurar que S. M. me hace merced considerando que mi presencia y disposición contribuirán á que una y otra cosa se ejecuten en menos tiempo del que se ha empleado hasta ahora, y por consiguiente, que serán de más

Hubieron de engañar á D. Juan los deseos: la llamada á la corte tenía por objeto único la asistencia de su persona á la solemnidad del acto de declaración de mayoría de edad de D. Carlos, su hermano, dándolo á entender la cédula despachada el día en que se verificó, una de las primeras que firmaría el Rey, antes de hacerlo en las que notició á los Generales de la Armada que, habiendo cumplido catorce años de edad, entraba en el gobierno de los reinos, cumpliendo lo ordenado en el testamento de su padre [1]. Decía esta cédula [2]:

«El Rey.—General Miguel de Ruyter, á cuyo cargo está

provecho que mi viaje á Italia, reconociendo S. M. con razón que donde vos estéis nada ha de faltar en punto al celo, valor y firmeza que se requieren en la presente coyuntura. En esta persuasión me ordena S. M. os diga que será muy servido de que sin dilación continuéis el viaje con los navíos de vuestra Armada y los de Su Majestad, que no tardarán en llegar, si no están ya á vista de la costa, y me encarga os informe al mismo tiempo de todo lo que yo crea que debéis saber. Pero antes de cumplir esta última parte del mandato de S. M. os aseguro que solamente por el deber en que estoy de obedecer ciegamente sus órdenes, se mitiga el pesar que tengo de no encontrarme en una ocasión en que creo y espero que habéis de alcanzar mucha gloria para las armas de los Estados aliados y para vuestra persona. Esta consideración, y la esperanza de que mi viaje á la corte no ha de ser de escasa utilidad para la ejecución de la empresa, hace que me someta gustoso á la voluntad del Rey. No es necesario advertiros que ante todo procuréis la unión con la escuadra del príncipe de Montesarchio; y como por el último correo que salió de Nápoles el 20 de Septiembre se sabe que el dicho Príncipe había hecho rumbo hacia Sicilia con 17 bajeles y tres *burlotes*, parece que lo mejor será vayáis directamente á Palermo, recalando en Cagliari y Trápana para saber noticias más recientes de nuestra Armada y de la enemiga; pues aunque tuvierais necesidad de proveeros de alguna cosa en Nápoles, será mejor expediente, visto que nuestra Armada está ya sobre Sicilia, que os juntéis con ella á fin de entrar unidas en el Faro de Mesina y atacar al enemigo. Envío esta misma orden al marqués del Carpio, que está á bordo de los navíos de Barcelona, con objeto de que se apresure y os ayude á ejecutar este plan, que lo hará con toda diligencia. También os remito pliegos destinados á los Virreyes de Cerdeña, de Nápoles y de Sicilia, con conocimiento de vuestro viaje y encargo de prestaros auxilio en cuanto necesitareis. Su Majestad me ha enviado una cadena de oro para presentárosla en su nombre como señal de su real aprecio y de la estimación en que os tiene. Me prometía entregárosla por mi propia mano, y como no es posible, he elegido al marqués del Carpio en mi lugar, asegurándoos lo mucho que deseo contribuir á complaceros. Os ruego me aviséis el día que será la salida, que he de participar á S. M. Esta noticia espero con impaciencia, y con la respuesta de esta carta podéis enviarla por el marqués del Carpio. Ruego á Dios que os tenga en su santa guarda.—Zaragoza á 31 de Octubre de 1675.—Don Juan.»

[1] En Madrid á 11 de Noviembre. *Colección Sans de Barutell*, art. 3.°, núm. 1.287.

[2] *Vie de Ruyter.*

la Armada de los Estados generales destinada á Mesina. En prueba de la mucha consideración en que tenemos á nuestros estados de Italia, y de nuestras intenciones para conseguir la paz y la tranquilidad de nuestros buenos súbditos de aquellos reinos, así que hemos visto á nuestro hermano D. Juan de Austria, hemos resuelto su partida para que tenga el cargo de la dirección y ejecución de las órdenes que le hemos dado, anulando todas las que os hayan sido comunicadas antes de esta fecha, por ser ésta nuestra voluntad, de que hemos querido advertiros por un correo despachado para ello. De Madrid á 9 de Noviembre de 1675.—Yo el Rey.»

Todo esto revela que en la lucha de influencias que trabajaba al ánimo vacilante de D. Carlos, se sobrepuso todavía la de la Reina madre; mas D. Juan no se dió por vencido; continuó sirviéndole el pretexto de mala salud para no salir de España en tanto redoblaba el esfuerzo de la intriga. Él logró su objeto; ¡pero á qué costa para la nación! Cuando escribió á Ruyter otra vez, avisando que la dolencia no le consentía embarcar, teniendo que resignarse con pena á desearle buen viaje [1], habían transcurrido más de dos meses, tiempo en que lo menos importante era el costo enorme de la escuadra detenida. Dos meses bien empleados en la guerra pueden influir en la diferencia que va de la victoria á la derrota ó de destruir á ser destruído. Dos meses trabajando noche y día en Tolón, consintieron el armamento de una escuadra francesa, cuya unión, con la de Mesina, era lo primero que se debía impedir. Sin ella, Ruyter hubiera debelado al enemigo, por escasa que fuera la ayuda de nuestras fuerzas; con ella, hemos de ver cuán otro resultado se obtuvo.

El Almirante holandés partió de Barcelona el 29 de Noviembre, sin que de los seis navíos españoles tantas veces anunciados se le uniera más que uno: el nombrado *Nuestra Señora del Rosario*, de 50 cañones y 300 hombres, al mando de Mateo de Laya; los demás continuaban ocupados en la costa de Berbería, y de los del comercio de Sevilla, á que se

[1] *Vie de Ruyter.*

acudió segunda vez, sólo se pudo alistar el *Santa Cruz*, para que se hiciera á la vela en Diciembre con el general D. Pedro Corbete [1].

Hizo Ruyter escala en Cerdeña; tuvo malos tiempos; no llegó á Melazo hasta el 23 de Diciembre con parte de su escuadra, habiendo fondeado otra parte en Palermo, donde continuaba el príncipe de Montesarchio, reponiéndose de los desperfectos causados en los bajeles por la borrasca del Faro. En Melazo estaban nueve galeras del cargo de D. Beltrán de Guevara. Tratóse ante el Virrey de dar principio á las operaciones, enviando á Montesarchio orden de acudir en unión del vicealmirante Haen, que se puso á la vela en seguida, escribiendo el Príncipe que lo haría también con mucho gusto «así que tuviera jarcia y velas con que salir del puerto» [2].

El 6 de Enero de 1676 cruzaba la escuadra holandesa á la boca del Faro de Mesina, acompañada del navío español *Rosario* y de las galeras. Con su resguardo por la espalda, asaltó D. Gaspar de Borja por tierra al fuerte de Ibiso, que se rindió en tres horas, é iban de concierto á continuar la ofensiva, cuando llegaron avisos de descubrirse desde las islas de Lipari muchas velas. Ruyter tomó aquella vuelta, en mar abierto, y al alba del 7 contó treinta bajeles, comprendidos dos *burlotes*, una polacra, una saetia, más las barcas de convoy por la popa, navegando con viento favorable.

En los papeles franceses se compone su escuadra con 26 navíos; uno, de 80 cañones; cuatro, de 72 á 74; cinco, de 60 á 64; siete, de 54 á 56; tres de 50 y seis *brûlots*. Estaba al mando del almirante Duquesne, distribuída en tres cuerpos: vanguardia, guiada por el jefe de escuadra Preully d'Humières; centro ó batalla, que regía el mismo Duquesne; retaguardia, á cargo del jefe de escuadra Gabaret.

Ruyter tenía establecida igual división, adoptada generalmente por entonces, mandando la vanguardia el contraalmirante Verschoor, y la retaguardia el vicealmirante de Haen.

[1] *Colección Sans de Barutell*, art. 3.°, núm. 1.288.
[2] *Vie de Ruyter.*

Mateo de Laya.

Tan luego se pusieron á la vista, formaron una y otra Armada en línea de bolina, bordeando sobre la isla Stromboli, la más septentrional de las de Lipari. El viento soplaba del SSO. y arreció por la noche, obligando á las galeras á buscar el abrigo de las islas, por no poderlo resistir.

Amaneció el día 8 la francesa á barlovento, y á cosa de las nueve de la mañana arribó sobre la adversaria en buen orden, reducido su velamen á las gavias y cebadera, empezando una hora después el cañoneo por los navíos de vanguardia y siguiendo los otros á medida que se acercaban, lo que tardó mucho en verificar la retaguardia. A las tres horas de batalla obstinada por ambas partes, á favor del humo, lanzaron los franceses un navío de fuego sobre la capitana de Ruyter; pero siendo descubierto y desarbolado de la gavia por los disparos, lo incendió su capitán aislado. Lo mismo aconteció al segundo y tercero que intentaban abordar. Cuando iba á ponerse el sol, habiendo calmado el viento, salieron las galeras de su abrigo y se agregaron á la escuadra holandesa, ejercitando los cañones de crujía. Fueron de mucho servicio en el remolque de los navíos maltratados, estándolo casi todos en la arboladura y velas; uno que se iba á fondo, por no lograrse agotar el agua que entraba por agujeros bajo la línea de flotación, condujeron á Palermo.

Tal es la esencia de la relación enviada por Ruyter á su Gobierno. No conociendo todavía las bajas ocurridas en cada navío, ofrecía remitir la noticia, consignando de momento la muerte del contraalmirante Verschoor, y la afirmación de haber combatido con gran valor todos sus subordinados. Del adversario únicamente decía haberle informado que se había sumergido uno de sus navíos al anochecer, y que algunos creían haber visto desaparecer á otro.

Los despachos de Duquesne no lo confirman, ni tampoco los oficiosos de M. de Valbelle, que en el estilo petulante propio, se jactaba de haber dirigido la función y obligado á retroceder al Almirante de Holanda [1].

[1] «M. Ruyter, qui ne se voulait pas commetre, s'élognait doucement de nous, et pliait toujours avec ordre: sa conduite nous mettait à bout.»

En puridad, sufrieron bastante ambas Armadas, pero sin ceder una á la otra, ocupándose cada cual en reparar los desperfectos durante la noche seguida á la pelea, con ánimo y disposición de renovarla, lo que de buena gana hiciera Duquesne en los días siguientes, habiéndosele incorporado M. de Almeras con la escuadra que estaba en Mesina, compuesta de 12 navíos de guerra y algunos de fuego [1], si no observara que también la enemiga juntaba el refuerzo de los nueve bajeles del príncipe de Montesarchio. La variación y crecimiento hicieron á los jefes cruzar indecisos á la vista, deliberando en Consejo lo que les conviniera en esta forma.

En la Capitana real de España, juntos los cabos superiores con los holandeses, decidieron no buscar al enemigo, por ser su Armada superior en el número y en el porte de los navíos, y porque, dado que venciéndolos se ganaría mucho para la reducción de Mesina, en caso de perder la batalla se aventuraba, no sólo el reino de Sicilia, sino también el de Nápoles. Que lo prudente era dejarle embocar el Canal y picar entonces la retaguardia, esperando cualquiera ocurrencia favorable, teniendo en cuenta que ciudad tan populosa y guarnecida como Mesina, había de agotar pronto los socorros, obligando á que parte de la Armada francesa marchara en demanda de otros, dividiéndose, y ésta sería la oportunidad de volver al Faro y apretar [2].

En la Capitana de Francia al propio tiempo pensaron los Generales que estando los enemigos sobre la boca del Estrecho, no había medio de pasarlo sin batalla, y que de ésta se seguirían graves inconvenientes, pues tenían que entrar en fila los navíos dejando comprometida la retaguardia. Que no quedaban pólvora y municiones más que para un combate de seis horas, y en caso de consumirlas se verían en la necesidad de marchar á Tolón en busca de reemplazo. Por último, que no estando la Armada á vista de Mesina, la pondrían en

[1] Por la *Vie de Ruyter*, pág. 235, eran: seis navíos de 60 cañones, dos de 50, seis ó siete fragatas y los *brúlots*.

[2] *Carta del príncipe de Montesarchio al marqués de Villafranca*. Lancina, página 352.

riesgo de perderse por revolución de los vecinos descontentos, y lo que debía hacerse, por tanto, era contornear la isla, entrar en el Estrecho por el Sur y surgir en el puerto [1].

Innecesario es, vistos los documentos, insistir en que no volvieron á sonar por entonces los cañones; manteniéndose la Armada de los aliados sobre el Faro, la francesa arribó hasta doblar el cabo Passaro, subiendo desde allí á Mesina sin oposición. Frente á Siracusa tuvo ligero contratiempo por salir del puerto detrás de la retaguardia nueve galeras del reino, gobernadas por el marqués de Orani [2]. Como quedara algo atrasado y en calma, uno de los navíos, aunque era de mucho porte, arrostrando el peligro le abordaron, subiendo primero por la entena el capitán de infantería D. Antonio Samaniego, y siguiéndole muchos que lo rindieron con satisfacción doble, por ser el nombrado *Madonna del Popolo*, que apresaron los franceses en el combate del 11 de Febrero del año anterior á D. Melchor de la Cueva [3], y por azar y arrojo volvía á su natural escuadra [4].

[1] *Carta de M. de Vivonne al Rey*. Guérin, t. III, pág. 496.

[2] Don Isidro de Silva y Mendoza servía en ellas de atrás con plazas de capitán y cuatralbo, y obtuvo el mando en jefe en sustitución del príncipe de Montesarchio en 1675, siendo á la sazón teniente general de las de España.

[3] Véase cap. II.

[4] *Colección Sans de Barutell*, arts. 3.° y 4.°. Lancina, pág. 354.

# IX.

## AGOSTA Y PALERMO.

### 1676.

Estado de los bajeles españoles.—Declaración oficial reconociéndolo.—Ataque sin éxito á Mesina.—La escuadra aliada va al encuentro de la de Francia.—Batallan á la vista del Mongibelo.—Nuestros navíos lo hacen flojamente.—Las galeras con bizarría.—Relación enviada por el almirante Ruyter.—Muere de resultas de las heridas.—Distinción con que honra el Rey su memoria.—Mal carácter del sucesor.—Entran las escuadras en Palermo.—Se presenta la enemiga.—Obstinación del Almirante holandés en el propósito de combatir al ancla.—Desastre que origina.—Efecto de los navíos de fuego.—Juicios.

Había llegado el término de la estipulación con Holanda, relativamente al servicio de su Armada en Sicilia. Por más que el marqués de Villafranca razonó, instando al almirante Ruyter á esperar nuevas órdenes, fiel ejecutor de las instrucciones recibidas de su Gobierno en un principio, se manifestó obligado á retirarse, y lo hizo desde Melazo á Nápoles con demostración de sentimiento, no ciertamente por perder de vista al faro de Mesina, del que decía: «que habiendo gobernado escuadras muchos años, nunca se había visto en parte más peligrosa»; por deseo de servir á España, honrado como había sido del Rey, y por afecto á los jefes, constantemente respetuosos y deferentes con su persona. Á su vez se había mostrado en la campaña comedido, presto á las indicaciones, afable, sincero en los consejos, conquistando la general estimación de los marinos españoles, propensos á tributarla al

mérito y á la ancianidad digna. Así le despidieron emocionados, y él correspondió, confiándoles que desde Nápoles se dirigiría á Liorna con objeto de reunir y escoltar el convoy de naves nacionales que anduvieran por el fondo del Mediterráneo, y no había de hacer mucha diligencia por si acaso expedía contraorden el príncipe de Orange.

Quedando sin su ayuda los bajeles españoles, se creyó el príncipe de Montesarchio en el deber de recordar al Gobierno cuál era su estado, insistiendo en manifestación de la imposibilidad en que estaban de hacer frente á los del enemigo. Solicitaba fueran á Italia, con brevedad, otros 18 aparejados y con buena artillería, porque de llevarla como el navío *Rosario*, de Mateo de Laya, de á 18, 6, 3 y 2, libras, habría número de velas y no bajeles de servicio. Los que están en Italia, expresaba, «traen artillería más para espantar que para ofender», sabiéndose que los franceses la tienen de á 36. De las galeras informaba haberse desarmado una de la escuadra de España por falta de chusma; que las de Nápoles se habían reducido á cinco, y las de Génova se encontraban todas destrozadas, sin remeros ni guarnición [1].

Acto continuo se repitieron á la Junta de Armadas las órdenes de satisfacer las necesidades y acrecentar las escuadras, echando mano de cualquier recurso, incluso el de despachar los galeones de Indias en el instante que llegaran [2]; mas no hubo de parecer bien que el Príncipe se descargara de responsabilidad, juzgando por la determinación adoptada de llamarle á Madrid, haciéndole entre otros cargos el de las pérdidas ocurridas por causa del temporal en el Faro, y el de la deficiencia de los bajeles, desprovistos de cables, de raciones y aun pólvora, como si de él dependiera la adquisición [3].

[1] *Colección Sans de Barutell*, art. 3.º, núm. 1.293.

[2] Idem íd., núm. 1.296.

[3] El decreto expedido por efecto de su representación, era del tenor siguiente: «Con ocasión de haber entendido S. M. el miserable estado en q.e se hallan los bajeles de la Armada real que están en la recuperación de Mesina, y las abandonadas máximas de los oficiales que los mandan, faltando en algunos buena dirección, á otros gente, á muchos cables y cordaje, y, en caso de refriega con el enemigo, hasta pólvora, y que el equipaje, provisión de raciones y cuanto depende de esto

Poco trabajo le costó justificarse y obtener declaración honrosa de inculpabilidad; sin embargo, confirmado en su destino efectivo de capitán general de las galeras de Sicilia, el gobierno de la armada del Océano, que accidentalmente había servido por la suspensión de D. Melchor de la Cueva, se confirió á D. Diego de Ibarra que en la costa de Portugal la había guiado anteriormente con tan buena fortuna como siempre tuvo en las flotas de Indias, encargándole marchara con urgencia á tomar posesión del cargo, servido á la sazón interinamente por el almirante D. Francisco Pereira Freire.

En el transcurso de estas providencias, habiendo llegado á Nápoles aviso de estar prorrogado por seis meses el concierto de Holanda, se despacharon falucas que alcanzaron en Liorna al almirante Ruyter, y á los pocos días se le vió arribar con aplauso y salvas de alegría. El 20 de Marzo estaba otra vez en Melazo con toda su escuadra acreditando el buen empleo del tiempo.

Se reunió el Consejo de guerra el día siguiente á bordo de la Capitana real de España, *Nuestra Señora del Pilar*, asistiendo con los cabos holandeses los españoles, bajo la presidencia del marqués de Bayona, posesionado de la Capitanía general de las galeras en España y del mando de jefe de todas las fuerzas navales desde que concluyó la investigación de sus actos. Discutido el plan de campaña, significándose la opinión de hostilizar á Mesina por mar, se levantó acta con la conformidad de todos los asistentes [1], procediendo en seguida á la ejecución del acuerdo.

Influyó más que nada, al adoptarlo, la situación de la ciu-

se hará con toda flojedad y poco celo al servicio de S. M., ha sido servido de resolver, en consulta del Consejo de Estado de 7 del corriente, que se den órdenes muy precisas para que se aplique el gran remedio que pide lo notorio del daño tan excesivo y digno de una gran demostración, haciendo un castigo ejemplar en los que resultaren culpados, de que aviso á V. S. para que se sirva de mandar se den las órdenes necesarias á la Junta de Armadas para que por aquélla se tenga presente y ejecute lo resuelto por S. M. Dios guarde á V. S. muchos años, como deseo. Madrid 22 de Mayo de 1676.—Don Pedro Coloma.—Señor Marqués de Mejorada.»—La dicha *Colección*, art. 3.°

[1] Copia en la *Colección Navarrete*, t. VII, núm. 50.

dad, revuelta, sumergida en el mar de las pasiones, vejada, pesarosa la gran masa del pueblo de haberse dejado conducir de unas cuantas cabezas amigas del medro personal á costa del común, y dispuesta á enmendar el yerro lanzando á los franceses por donde habían llegado, é iba á emprenderse, por tanto, ataque simultáneo por mar y tierra, verificándolo D. Gaspar de Borja y el general de alemanes, conde de Buquay, con 3.000 infantes y 600 caballos en el momento en que la armada pasara el Faro.

La función empezó muy bien, entrando el ejército, con amparo de la artillería de las galeras, en San Salvador de los Griegos, y apoderándose por otro lado del puesto de Capuchinos y de un fortín que dominaba á la ciudad; mas no pudiendo mantenerse en los puestos, se retiraron desordenadamente con pérdida del bagaje y de 300 hombres muertos ó prisioneros, contándose entre los primeros el referido Conde, joven de grandes esperanzas.

Con el fracaso hubo necesidad de cambiar el plan de acometida de las escuadras, retirándolas también de aquella rada peligrosa hacia el Sur con idea de atraer y provocar á batalla á las de Francia, simulando ataque á la plaza inmediata de Agosta, como lo hicieron, entrando en el puerto, batiendo la torre de la boca, é incendiando con dos burlotes algunas tartanas y barcas refugiadas en el fondo [1].

Suspendióse la operación al recibir aviso de los pataches descubridores, de haberse hecho á la vela la armada francesa, y pasado cerca del cabo Spartivento en número de 30 navíos gruesos y ocho de fuego, sin contar los menores. El Consejo de guerra determinó salir á su encuentro en cuanto el viento terral lo consintiera, que fué á las nueve de la noche, guardando el orden de antemano convenido.

Amaneció el 22 de Abril, habiendo avanzado cosa de nueve millas al Norte de Agosta. Las velas enemigas se veían á larga distancia, siendo, según el informe, 30 los bajeles gruesos, ocho más de los que reunía la escuadra combinada, y de más

[1] *Vie de Ruyter.*

porte, si bien á la nuestra acompañaban nueve galeras. En la francesa guiaba la vanguardia Mr. de Almeras; regía el centro Duquesne, y la retaguardia Gabaret; en la confederada tenía ésta el vicealmirante de Haen, la batalla Pereira Freire, y la cabeza Ruyter, quedando la armada española junta entre dos escuadras holandesas. Sea el veterano General de mar quien refiera lo que pasó entre Agosta y Catana, á vista del Mongibelo [1].

«Señores: Después de la última que dirigí á vuestras grandezas desde la bahía de San Juan el 9 del presente mes, llegó una de las seis galeras de Palermo, que se esperaba, y con esto, habiendo dado velas la armada hacia Augusta, recibimos varios avisos de haber salido la escuadra enemiga de Mesina y estar sobre el cabo Spartivento, lo que nos hizo resolver la marcha inmediata á su encuentro, como lo verificamos sin perder tiempo. Al amanecer el día siguiente, estando unas tres leguas de Augusta, vimos á los enemigos tan lejos como la vista podía alcanzar, pero hacia el mediodía se hallaban á distancia razonable. Poco después calmó el viento por completo, de suerte que creí no llegaríamos á las manos este día; mas algo después volvió á soplar con poca fuerza, suficiente para que marcháramos directamente hacia los enemigos, que eran en número de 37 navíos de guerra, comprendidos siete *brulotes*, sin contar embarcaciones pequeñas.

»Nos y los otros oficiales principales de la Armada hicimos la señal convenida para que cada cual ocupara su puesto, lo que se ejecutó de la manera que pudiéramos desear. Nos teníamos la vanguardia con nuestra escuadra; el estandarte y navíos de S. M. Católica el cuerpo de batalla, y el Sr. de Haen la retaguardia.

»Así formados y puestos en buen orden, fuimos valerosamente sobre los enemigos, que asimismo estaban muy bien formados, y empezamos la pelea hacia las cuatro de la tarde.

»Por estar en la vanguardia fuimos los primeros en el ata-

[1] *La vie et les actions mémorables de Ruyter*, pág. 238. Traducción literal.

que, aunque el cuerpo de batalla estuviera todavía bastante lejos, sin embargo de lo que el Sr. Francisco Pereira Freire de la Cerda, vicealmirante general de la escuadra española, cañoneó vivamente al enemigo, pero con poco fruto.

»A la media hora de combate, quiso mi desgracia que perdiera la mayor parte delantera del pie izquierdo, rompiéndose al mismo tiempo los dos huesos de la pierna derecha, unos cuatro dedos por encima del empeine, por lo que caí de alto abajo desde el sitio en que estaba, y me hice una herida ligera en la cabeza. Dichas heridas y la fractura están, gracias á Dios, en bastante buen estado, y espero del mismo Dios completa curación.

»En lo más fuerte del combate, al capitán Gilles Schey, comandante del navío nombrado *Le Miroir*, se rompió el mastelero de gavia y la verga de trinquete, de forma que, por no caer entre los enemigos, tuvo que hacerle sacar de la línea, y seguidamente fué remolcado por una galera á Siracusa, y lo propio ocurrió al navío *Damiate*, mandado por el capitán Isacq van Uytterwiik, que tenía también grandes averías.

»Si hubiéramos descuidado la reputación de Vuestras Grandezas, no perseverando contra los enemigos, que tenían ocho navíos más que nosotros, entre ellos dos contraalmirantes, siendo los demás de 60 cañones cada uno, cuando menos; si no hubiéramos estado de continuo cerca del navío *Leeuwen*, mandado por el conde de Stirum, que había recibido grave daño, hubiéramos corrido gran riesgo de perder lo ganado, antes de anochecer. Pero nos y los que nos segundaban apuramos tanto á los enemigos, que al poco tiempo tuvieron que ponerse en fuga, y los perseguimos activamente de siete á ocho de la noche, por alumbrar luna clara, dejándolos por recelo de tempestad, que nos hubiera hecho perder la ventaja conseguida, como, en efecto, se presentó. En mayor parte, nuestros navíos están tan maltratados, que de refrescar el viento no podrían aguantar las velas, teniendo casi toda la cabullería cortada.

»Mi primer capitán, Gerrit Callenburg, mantuvo el orden

en todo después de ocurrirme la desgracia, y exhortó particularmente al cumplimiento del deber, alentando con su presencia y ejemplo á combatir, de manera que ni amigos ni enemigos pudieran notar mi falta. En fin, del menor al mayor, todo el mundo se ha portado con mucho vigor hasta acabar la pelea, de suerte que, á Dios gracias, ha salido á maravilla.

»Toda la noche nos conservamos de esta manera, y al día siguiente estaban los enemigos tan alejados, que apenas se les distinguía desde lo alto de los palos. Comenzando el viento á refrescar, determiné hacer rumbo á Siracusa, adonde llegamos felizmente por la tarde. A poco, convoqué á bordo á todos los oficiales por medio de la señal acostumbrada, y ordené al secretario de la escuadra tomara nota de los daños de cada navío y de lo que necesitaban, hecho lo cual, y con vista de ser imposible hacer en este puerto las reparaciones necesarias, resolvimos la traslación á Palermo lo más pronto posible, donde será forzoso que yo reemplace el palo mayor.

»El capitán Juan Noirot, herido gravemente en una pierna, ha muerto el 25 del corriente.—Firmado:—M. Ad. de Ruyter.»

Como es de presumir, las relaciones de los jefes franceses no conforman con las de sus enemigos: el que huyó al anochecer, al tenor de la que escribía el duque de Vivonne, fué Ruyter, y así lo consignó también la del marqués de Vallavoire, con indicación de haber apagado los fanales. Duquesne reunió sus navíos al día siguiente á la batalla, mas el temporal le impidió acercarse al sitio del combate hasta el día 29, en que vió al enemigo encerrado en Siracusa, sin que su aparición lo moviera. El parte de Duquesne, más circunstanciado que los otros, encierra pormenores interesantes y que en alguna parte contradicen á los de sus compatriotas. Cuenta que empezó la pelea estando en línea de bolina con las gavias, y que Ruyter se aproximó á tiro de mosquete por barlovento. Para conservar la formación tenían necesidad sus navíos de poner en facha la gavia de vez en cuando, é iban abatiendo, llegándose á tiro de pistola, distancia en la que la artillería causaba grandes destrozos. Cuatro de los

bajeles holandeses quedaron desarbolados, y cayeran en manos francesas ó fueran destruídos sin el auxilio de las galeras españolas que á remolque los sacaron del fuego, no sin recibir ellas varias descargas. Los navíos de España dispararon de lejos al principio, y se pusieron luego á buen alcance, secundando á su Vicealmirante y al Almirante de Holanda.

Nuestras propias relaciones dan á entender que no todos se condujeron como fuera de desear, ni en la conservación de sus puestos en línea, ni en el manejo de los cañones. La Capitana real estuvo en su sitio, distinguiéndose el almirante Papachin, que hacía oficios de capitán de bandera, con envidia de Pereira Freire. El almirante general D. Pedro Corbete, con el navío *Santiago*, y D. Agustín Guzmán con el *San Bernardo*, se mantuvieron á la altura de su reputación, en lo más encendido de la pelea, con la particularidad de que, desarbolado el segundo de un mastelero, habiéndolo sacado la galera patrona de España, remedió con prontitud la avería y volvió al fuego. Pero otros bajeles se descompusieron, formando grupos ó pelotones en que se embarazaban unos á otros. Díjose, y no es sorprendente, conocido el decreto inserto antes, que en algunos de ellos no había más de tres quintales de pólvora, falta que no dejó de utilizar la malquerencia para el insulto [1].

En lo que amigos y enemigos convienen, es en el buen servicio prestado por las galeras, entrándose por la línea enemiga y dando remolque á los navíos necesitados bajo el fuego de los de tres baterías, con gran serenidad [2].

Gran pena afligió á los de la escuadra aliada á poco. El 29 de Abril falleció de resultas de las heridas el ilustre Ruyter, de todos respetado y querido; de los españoles reverenciado,

[1] Los navíos españoles no tenían pólvora (escribió Le Clerc), aunque podría suceder que algunos la ocultaran para disimular la cobardía.

[2] «Les vaisseaux espagnoles firent très-mal en cette occasion; mais leurs galères y firent des merveilles, et l'on peut dire que, sans elles, les bâtiments qui ne furent que démâtés et mis hors de combat auraient été brûlés ou coulés à fond.» Despacho del marqués de Vallavoire, de Mesina, á 30 de Abril de 1676.—Sue, t. III, página 126.

Adriano Miguel de Ruyter.

por las condiciones, los méritos y los servicios, que le hicieron digno de alta significación nacional [1].

Sintiérase la pérdida del Almirante holandés aunque no hubiera otros motivos que el contraste con su persona de la que sucedía en el mando; el Sr. de Haen, era áspero, soberbio, dificultoso para todo, como empezó á insinuarse en el primer Consejo mixto celebrado en Siracusa, con motivo del cambio, y de la llegada de D. Diego de Ibarra con las galeras de Nápoles á posesionarse del mando de la escuadra del Océano, hablando con descompostura tal, que únicamente por consideraciones al servicio lo toleraron los jefes españoles, augurando mal [2].

Acordaron trasladarse todos juntos á Palermo, según él deseaba, con objeto de reemplazar palos y vergas deteriorados en el combate, con lo que el Estrecho quedó á merced de los franceses, abierta la puerta de provisión á Mesina con todas sus consecuencias; á saber: la de ser batido sobre la costa de Calabria un navío de los de Flandes, de 30 cañones, por otro enemigo de 54, que le obligó á embarrancar tras bizarra pelea, en que murió su comandante [3]; la entrada por el Faro de 25 galeras procedentes de Marsella, escoltando cuatro transportes con 1.500 infantes y 500 dragones.

Con este nuevo refuerzo aseguraron la fortificación de la ciudad y decidió el duque de Vivonne proseguir la ofensiva, tomando la dirección de la armada y encaminándose á Palermo, sabido lo cual, deliberaron los jefes de la escuadra aliada lo que mejor estuviera á la defensa.

[1] El embajador de España en La Haya, D. Manuel Francisco de Lira, entregó á los Altos Poderes nota fechada el 5 de Agosto, haciéndoles saber, por orden de S. M. Católica, que habiendo honrado al almirante Ruyter, antes de su muerte, con título de duque y renta de 2.000 ducados sobre tierras que se reconquistaran en Italia, transfería la concesión al Sr. Engel de Ruyter, hijo del gran caudillo de mar, y á su posterioridad después de él. *La Vie de Ruyter*, pág. 245. En Holanda se grabó medalla alusiva, que presenta de frente el busto de Ruyter con la inscripción MICHAEL DE RUITER PROVINCIARUM CONFOEDERAT: BELGIC.—ARCHITHALASSUS DUX ET EQVES. En el reverso el combate con la sola inscripción, PVGNANDO.

[2] Carta del marqués de Bayona al de Villafranca, de Palermo á 16 de Mayo.—*Colección Navarrete*, t. VII, núm. 50.

[3] Carta del duque de Vivonne, de Mesina á 3 de Junio.—Sue, t. III, pág. 120.

Hallábanse, dicho está, en Palermo, puerto artificial, formado por un muelle largo, en ángulo recto, y en opinión del marqués de Bayona y de D. Diego de Ibarra, con el que estaban conformes los otros cabos españoles, artillando convenientemente la escollera y el paseo de la Marina, dominante, nada tenían que temer los bajeles. El Almirante holandés de Haen pensaba de modo distinto, dominado por el espíritu de oposición, que le hubiera hecho estimar inconveniente cualquiera otro pensamiento no nacido de su iniciativa. Este hombre funesto, enemigo de Ruyter, á quien produjo no pocos disgustos con la inobediencia, se había propuesto observar conducta enteramente opuesta, empezando por desconocer la armonía y dependencia del General de España, que recomendaban las instrucciones de su Gobierno. Sostuvo, contra el parecer unánime de los demás jefes, que se contrarrestaría el ataque del enemigo acoderando á los navíos en línea fuera del puerto, sin que las objeciones ni la demostración de ser preferible cualquiera otro proceder, incluso el de combatir á la vela, moderaran su obstinación, sostenida con la amenaza de retirarse con la escuadra de su mando; y preciso fué ceder á la exigencia, pues que regía la mayor fuerza de la Armada.

Se emplearon los días 30 y 31 de Mayo en la faena de sacarla á la rada y acoderar los bajeles, apoyando la cabeza en la extremidad del muelle. Eran 17 holandeses, que se distribuyeron en dos cuerpos, de vanguardia y retaguardia; 10 españoles, colocados en el centro; 19 galeras, situadas en los intervalos, y cuatro *burlotes* en segunda línea.

Estando en disposición, llegó carta del gobernador de Taormina avisando que los franceses batían á la ciudad y desembarcaban tropa, por lo que se puso en marcha el príncipe de Pomblín con cuatro de sus galeras de Nápoles, llevando 200 españoles de socorro, que puso en tierra, á vista de la escuadra enemiga, y se incorporó á la propia [1].

[1] *Relación de lo sucedido en esta Marina de Palermo desde el día 29 de Mayo, que se tuvo noticia que la Armada del enemigo se descubría de las atalayas desta costa, y de*

El 1.º de Junio contaron los vigías 42 naves y 25 galeras que hacían rumbo al puerto [1], y llegaron á fondear á alguna distancia, destacando galeras á sondar y reconocer. Traía la empresa el duque de Vivonne, acompañándole MM. Duquesne, Tourville, Gabaret, Preuilly, Valvelle; no faltaba entre los jefes de concepto más que el teniente general de Almeras, muerto en la batalla de Agosta.

Reinando el día 2 viento del NE., normal á la costa, levaron todos, avanzando una división al ataque de la cabeza de la línea más distante del muelle, concentrando los fuegos sobre los navíos holandeses, á distancia de un cable, y, como el humo daba á éstos en la cara, cegándolos, lanzaron los enemigos tres *burlotes*, que hicieron efecto, aunque por evitarlo cortaron los cables los primeros y fueron á varar en la playa, revueltos con algunos de los españoles.

Con este principio favorable generalizaron la batalla por toda la línea, apretando al centro, donde la Capitana real de España descollaba. De tres navíos de fuego consiguió desembarazarse, echándolos á fondo; el cuarto la abordó por la popa, prendiendo en los corredores, y en un momento se vió envuelta en llamas, siendo ineficaces los esfuerzos del marqués de Bayona para remolcarla con su galera capitana, después de picar los cables bajo el fuego de los enemigos.

También destruyó el galeón *Santiago* á dos navíos de fuego, y los generales D. Juan Roco y D. Agustín de Guzmán apartaron los que contra sus bajeles iban, de modo que sólo una mitad de los que los franceses despachaban causaron daño directo; pero en la confusión que se produjo, yendo al garete en pelotones ó varados en la playa, los primeramente incendiados comunicaron las llamas, bien por contacto, bien por caída de fragmentos inflamados al producirse la explosión de los pañoles de pólvora, resultando totalmente destruídos la

*lo demás que sucedió hasta el 2 de Junio, que se dió la batalla.* Manuscrito importante. Academia de la Historia, *Colección Salazar*, t. LIV, fol. 148.

[1] Casi todos los historiadores franceses componen su Armada con 28 navíos, nueve *brûlots*, 25 galeras, sin contar los bajeles pequeños. Monsieur Jal, por excepción, anota 32 navíos.

capitana real, *Nuestra Señora del Pilar;* navíos *San Carlos*, *San Antonio* y *San Felipe;* tres de Holanda; la galera *Patrona* de España, y la *San José* de Nápoles.

En aquella horrorosa escena, parecida á la de Guetaria, en que las naves prendidas, como otros tantos volcanes, lanzaban á gran distancia materiales destructores y cuerpos humanos despedazados, entre el humo, la explosión, el cañoneo y vocerío, los mismos franceses abordaban unos con otros, embarazándose, temerosos de participar algo en la ruina que habían causado; que algunas de sus galeras habían dado en la costa, y de los navíos no pocos tenían cerca restos flotantes amenazadores.

Duró la obra poco más de cuatro horas, alcanzando los franceses, sobre la victoria, el venturoso azar de cambio de viento, que, soplando de tierra, les consintió separarse y fondear lejos de la hoguera y el destrozo.

Lo mismo que en la batalla de Agosta, causó admiración el proceder de las galeras acudiendo en auxilio de los navíos, sacando de la línea á los incomodados ó llevando dentro del puerto á los que podían [1]. Las dos incendiadas por socorrer á los navíos, sufrieron esta suerte, no porque á ellas abordaran los *burlotes*. Se vió cómo la Capitana del marqués de Bayona, con grandísimo riesgo, trató de remolcar á la Real cuando ya ardía, arrimándose, enviándole calabrote, primero con el ayudante D. Francisco de Miranda, y después con dos remeros á nado. Se vió pasar de su misma galera á la nave almiranta á un arrojado oficial, D. Manuel Caso, noble asturiano que, subiendo á la gavia por en medio de las llamas, espada en mano, echó abajo la vela inflamada y salvó al bajel [2]. ¡Cuántas acciones meritorias, cual éstas, quedarían obscurecidas por el grande infortunio!

Á punto fijo no se conoce la extensión de la pérdida personal, variando bastante la cifra en las relaciones del tiempo. Las más altas son de 1.200 muertos, los 200 holandeses, com-

[1] Parrino.
[2] Lancina.

prendiendo á muchas personas de distinción. Una bala de cañón dió en la cabeza al Almirante de Haen, causante de la desdicha [1], y por fallecido se cuenta, en algunas referencias, al contraalmirante Pieter Middellant con siete oficiales y 250 marineros.

Nuestro general D. Diego de Ibarra, natural de Elgueta, herido también de bala de cañón en un muslo, se hizo curar y continuó mandando, llevado en una silla. Iniciado el incendio, le embarcaron en esquife el maestre de campo D. Francisco de Zúñiga y su hermano D. Juan, hijos del conde de Miranda; pero otra bala echó la embarcación á fondo, pereciendo todos [2]. Murió á poco el almirante Pereira Freire, el veedor Antonio de Araujo, otro Almirante, D. Juan de Villarroel, el teniente de maestre de campo general D. Antonio Serrano, D. Pedro Ceballos, los capitanes D. Francisco de Almangor, Juan de Oronsoro, Lorenzo de Alencastre, hijo del duque de Aveiro.....

Refirieron los enemigos el suceso á su manera, adornándolo con aquellas galas literarias que pudieran hacerlo más grato, y así, Mr. Colbert de Terron, encargado de redactar la relación oficial de Mr. de Vivonne, puso defendiendo á la ciudad y muelle de Palermo castillos, baluartes y baterías á su placer [3]; aplicó al mismo tenor los elogios [4], y en el destrozo causado por los cañones y *brûlots* se le escurrió la pluma, creciendo los navíos quemados á 16 y seis galeras, y los muertos á 3 ó 4.000, exageración que corrigió el ministro Colbert en la margen del despacho, sin pensar que había de parecer corta á los comentadores, alguno de los cuales la subió á 5.000 difuntos, poniendo en su escuadra, por com-

[1] Cartas del marqués de Bayona al Rey, de Palermo á 7 de Junio. Archivo de Simancas, leg. 1.238.

[2] Escribió Lancina que era D. Diego digno de mejor fortuna, caballero que procedió siempre con aprobado valor y prudencia, muy amado de las milicias por su agradable cortesía.

[3] Messieurs H. Martín y Sue convienen en que ni en el castillo, ni en las murallas, ni en el muelle había artillería por desidia de los españoles.

[4] «Il distribua les louanges selon sa passion ou son caprice.» *Mémoires du marquis de Villette*, pág. 44.

pensación, no más de *dos tenientes y algunos soldados* [1].

Una tendencia de escuela, no alabada por la crítica, ha influído en los historiadores modernos, haciéndoles amable la hipérbole, con olvido de los sentimientos generosos, sin lo que no agravaran con el insulto la pena del vencimiento, despojando á los soldados de Palermo de una condición que la historia les reconoce. Á mano tenían las *Memorias* del marqués de Villette, testigo de excepción, como comandante de uno de los navíos de Mr. de Vivonne, que por cierto no es roñoso al apuntar que «los españoles, por confesión suya, perdieron más de 4.000 hombres, y los franceses 200», sin embargo de lo que le parecía, que sus compatriotas pudieron y debieron hacer en Palermo algo más de lo realizado. Los enemigos le merecieron este concepto [2]:

«Yo estaba á tiro de mosquete del Almirante de España cuando voló, y admiré la firmeza extraordinaria de los 200 oficiales reformados, que no abandonaron un solo punto el navío, y dieron á la tripulación el ejemplo de morir batiéndose, sin que se viera tirar al agua un solo hombre, entre 1.000 ó 1.100 que eran, pudiendo salvarse á nado, ya que tenían la tierra á tiro de fusil y les ayudaban las corrientes.»

[1] *Histoire du grand Du Quesne.*—Nuestro historiador D. Modesto Lafuente y algunos más se han servido de estos datos franceses erróneos.

[2] *Mémoires*, pág. 43.

# X.

## FIN DE LA GUERRA DE SICILIA.

### 1676-1679.

Se retira la escuadra holandesa á su país.—Corta fuerza con que queda la española. —La disminuye más un naufragio.—Reemplazo de los generales.—Concepto del marqués de Villafiel.—Guerra defensiva.—Son rechazados los franceses en Melazo y Siracusa.—Evacuan á Mesina y Agosta.—Efectos de la decisión.—Sitian otra vez á Orán los moros.—Combate en Barcelona.—Tratado de paz de Nimega.—Temporal.—Muere D. Juan de Austria.

AN pronto como los franceses se alejaron de Palermo, empezó la reparación de los bajeles y el salvamento de lo no destruído, extrayendo la artillería, anclas y demás objetos remanentes en el fondo de la rada. En el transcurso del mes de Agosto marchó la escuadra de Holanda, cumplido el segundo término ó prórroga del tratado, y en poco estuvo que no regresara á su país, porque saliendo del golfo de Nápoles tropezó con escuadra superior enemiga, la de Duquesne, que volvía á Mesina desde Tolón con 22 navíos. Gerrit Callenburg, el capitán de bandera de Ruyter, en quien había recaído el mando por muerte de todos los generales, no llevaba más de 14 bajeles, resto de la Armada, y no creyó poder resistir, hallándose, como estaba, á sotavento: tenía, por tanto, deliberado embarrancar en Castellamare en último extremo, salvar la gente é incendiar los buques; mas con sorpresa vió

que Duquesne tomaba de otra vuelta, consintiéndole continuar el viaje[1].

Reducida la escuadra española, con la marcha, á cifra insignificante; en la imposilidad de disputar á los franceses el dominio del mar, ni aun de ponerse á su vista sin peligro, decidieron los jefes emplear los recursos en la defensa de la capital de la isla, montando baterías, haciendo cadena fuerte de perchas en la boca del puerto y guareciendo detrás las naves en tanto eran reforzadas[2]. La guerra iba á ser esencialmente terrestre en la resistencia.

Poco tardó Mr. de Vivonne en enviar sus galeras á la costa de Calabria, distrayendo por allá y por otros lugares la atención, mientras acababa los preparativos de la mayor de sus empresas, el ataque de Siracusa, para el que reunió la imponente fuerza de 40 navíos, 25 galeras, considerable número de tartanas y polacras, en que embarcaron 18.000 hombres de ejército, infantería y caballería, á los que se unieron, llegando de Francia á última hora, 14 bajeles más con 2.600 infantes y 600 jinetes.

Una escuadra hizo diversión, presentándose ante Melazo, por dar á entender que allí se destinaba el aparato, y así que á sus inmediaciones acudieron las milicias españolas, rápidamente se dirigió toda la expedición á su objetivo real, mediado el mes de Septiembre; pero cambiando el viento, una parte de la flota que no había desembocado el Faro, tuvo que tomar el puerto de Agosta; otra arribó á Mesina: se descubrió el secreto y quedó malogrado el intento, teniendo que contentarse por entonces con asaltar y saquear el Casal de Melili ó Meriti, próximo á Agosta, donde había un fortín guarnecido de españoles y alemanes; poca cosa para tanta gente.

Tampoco tuvieron ventura los enemigos en Catana, donde se les impidió el desembarco, ni en la primera acometida que hicieron á la Scaletta, pretendiendo tomarla á la ligera, te-

[1] *Mémoires du marquis de Villette.*

[2] Cartas del marqués de Bayona. *Colección Sans de Barutell*, art. 3.°, núm. 1.306 y siguientes.

niendo que volver con material de sitio y establecer asedio formal por mar y tierra durante treinta días para que capitulase.

Padecían más, como es de presumir, los pueblos y torres de la costa, hostilizados por los navíos y galeras, de hecho pensado ó al paso de sus comisiones, y por una de ellas, originada de la defección de cierto clérigo, tomaron la plaza de Taormina, que á manera de nido de aguiluchos se alza en la montaña; sólo que, por aquello de que «la traición aplace, pero no quien la hace», trataron los franceses al presbítero con tamaña consideración, que arrepentido de su obra la deshizo, volviendo á dar entrada á los españoles en una noche de tempestad.

Acabó el año de 1676 con alternativas de adelanto ó retroceso, sin que los invasores extendieran el campo de ocupación proporcionalmente á los medios y recursos de que disponían, antes bien se enajenaban la simpatía de los naturales con los humos de conquista.

En punto á nuestra marina, ocurrió alteración que no debe pasar inadvertida. Relevado en el cargo de virrey el marqués de Villafranca, el sucesor, D. A. de Guzmán, marqués de Castelrodrigo, recibió poderes más extensos, con orden general para que las operaciones de mar, lo mismo que las de tierra, se ejecutaran bajo su mandato y dirección, «teniendo en cuenta las dificultades originadas por la diferencia de dictámenes independientes»[1]. Representó el marqués de Bayona contra la medida que rebajaba su autoridad, alegando con todo respeto las razones que le parecían convincentes, apoyadas como iban en ejemplares históricos[2]; mas no alcanzó otra cosa que la seguridad de que la providencia no serviría de perjuicio ni precedente, habiendo de durar lo que la guerra de Mesina, y no más. Lo que para no herir la susceptibilidad se hizo, fué conferir al Virrey el título anexo de teniente general de la mar, que se dió igualmente al cardenal Porto-

[1] Real despacho, dado á 11 de Diciembre de 1676. *Colección Navarrete*, t. VII, número 49.

[2] De Nápoles á 19 de Marzo de 1677. La misma *Colección* y número.

carrero[1], cuando Castelrodrigo murió, y después de él á don Vicente Gonzaga[2].

Algunos bajeles se despacharon desde Cádiz; tres galeones del Estado, cuatro naves y dos fragatillas fletadas por el comercio[3], con las que, reforzada la escuadra de Palermo, se formó división de siete navíos de guerra y uno de fuego, llevándola el general D. Juan Roco de Castilla para la costa del Final, en el mes de Diciembre, á fin de embarcar tropa[4]. Los franceses, informados de sus espías, acrecentaron la Armada de Mesina con cinco navíos de 120, de 84, 70 y 64 cañones, poniéndola toda en movimiento á las órdenes de Duquesne para interceptar el transporte, sin conseguirlo: la división había tomado el canal de Piombino, y regresara incólume si en la noche del 1.° de Febrero (1677), con mucho viento y mar, no dieran dos naves en las rocas de la isla Pianosa, haciéndose pedazos, con lastimosa pérdida de 600 hombres[5].

La Junta de Armadas recibía incesantes órdenes del Gobierno, enderezadas á procurar que la escuadra de Italia respondiera á las necesidades, aprovechando la oferta patriótica de la provincia de Guipúzcoa, de contribuir con cinco bajeles y un patache[6]: en cuanto al personal, habiendo de reemplazarse los jefes muertos en la batalla de Palermo, se dió título de almirantes al conde de la Monclova, á D. Agustín Durán y á D. Pedro Corbete, y de gobernador de la Armada á

[1] Se acuñó, y poseo ejemplar, una medalla en que este personaje, que tanto influyó en la suerte de España, está representado en traje eclesiástico, mirando á su derecha, con leyenda: LUD. CARD. PORTOCARRERO. PROT. HISP. ARCH. TOLET. HISP. PRIMAS. A. CONS. STAT. PRO REX ET CAP. GEN. SICIL. TEN. GEN. MARIS. ORATOR EXTR. AD INNOC. XI.—Exergo: *Io Hameranus f.* A. MDCLXXLVIII.—Reverso. Una columna á orillas del mar, con las cuatro virtudes en el pedestal, y sobre ellas la estatua de la Victoria. Á la izquierda una fortaleza con las armas del Cardenal, una galera empavesada á su lado y dos cañones en la playa. Á la derecha, en la parte superior, vuelan genios llevando el birrete y el báculo.

[2] En 28 de Noviembre de 1677. *Colección Vargas Ponce*, leg. 13, núm. 40.

[3] *Colección Sans de Barutell*, art. 4.°

[4] Idem, íd.

[5] Eran las naves *Santa Ana*, capitana del general Roco, y *San Gabriel*.—Parte á S. M. en la *Colección Sans de Barutell*, art. 4.°, núm. 1 504.—Certificación de Mateo de Laya, *Discurso*, pág. 50.

[6] *Colección Vargas Ponce*, leg. 2, núm. 182.

D. Fernando Carrillo, al presente marqués de Villafiel, confiando mucho en la actividad y otras buenas condiciones de su brillante carrera, condensadas por excepción en el Real despacho expedido á 30 de Marzo, en términos que valen la pena de transcribirlos.

«Atendiendo á las prendas que concurren en vos, D. Fernando Carrillo y Manuel, marqués de Villafiel, de mi Consejo de Guerra y Juntas de armadas y galeras, y al acierto con que habéis servido por espacio de veintisiete años en guerra viva en las galeras, armada, ejércitos de Italia, Cataluña y Extremadura con los puestos de gobernador de una escuadra de bajeles del Océano, cuatralbo de las galeras de Sicilia y de Nápoles, maestre de campo de un tercio de infantería que se os formó de la gente dellas para el sitio de Solsona, gobernador de la escuadra de Nápoles, entretenido en el ejército de Extremadura cerca de la persona de D. Juan de Austria, mi hermano, Almirante general de mi Armada del mar Océano, y gobernador de Málaga, y á que os habéis hallado en la batalla sobre las Horcas de Lérida, donde recibisteis un mosquetazo en la pierna izquierda; en la rendición de un bajel de Portugal; con la Real, en las inquietudes de Nápoles hasta su rendición, donde tomasteis tres bajeles que infestaban las costas de Sicilia, y el navío francés *el León coronado*, y también la Capitana de Ferrer en la playa de Mataró, y entrasteis con otra galera y los cabos del ejército á reconocer el puerto de Barcelona, y en la ocasión que se tuvo con las saetías de Francia, debajo del cañón de Blanes, os dieron un astillazo en el costado derecho, de que estuvisteis con gran riesgo, y en la rendición de las 40 saetías que se cogieron debajo de San Feliu, recibisteis cinco mosquetazos, el uno en los pechos, y viniendo la Armada de Francia á socorrer á Barcelona, salistes en la Capitana real del Océano á reconocerla, y cogisteis cuatro embarcaciones que traían bastimentos á la plaza, y las quemasteis para estar desembarazado, dando aviso de su venida, con que se pudo estorbar socorro, y todo el tiempo que duró el sitio asististeis á guardar la costa y puerto hasta que se rindió á mis reales armas, y rendisteis dos bajeles, y después pasasteis á Nápoles, y habiendo sitiado la Armada de Francia á Castelamar, la socorristeis, y habiéndoos ordenado fueseis con tres galeras á reconocer la isla de Ras y entrar en Tolón, lo ejecutasteis con gran riesgo y disteis aviso cómo la Armada de Francia estaba sobre Palamós, donde se encaminó la nuestra y se tuvo batalla de poder á poder, y hallándoos en el sitio de Solsona de maestre de campo, os acometió el enemigo una noche tan reciamente que sólo os quedaron dos oficiales y salisteis con espada en mano alentando vuestra

gente, que necesitasteis de muchos socorros y redujisteis al enemigo á que se retirase á sus puestos y al siguiente día se rindiese la plaza, y en el pasaje que hizo D. Juan de Austria, mi hermano, á Italia, en dos galeras habiendo embestídolas cuatro bajeles de moros, y peleando con ellos recibisteis un mosquetazo en la cara de que perdisteis el ojo izquierdo, y viniendo á España gobernando las galeras de Nápoles, defendisteis el puerto de Cartagena de la Armada de Inglaterra combatiendo con ella, y en el ejército de Extremadura os hallasteis en demoler á Arronches, y habiéndoos nombrado por Almirante general de mi Armada del Océano, la gobernasteis en diferentes ocasiones y hicisteis muchos viajes con ella á los cabos y en las costas de Galicia, habiendo defendido el trozo de Armada con que os hallabais, de la de Francia, y mantenido el punto de mis armas, pasasteis á los estados de Flandes con gente y dinero para aquel ejército, y á la vuelta, habiendo ejecutado este tan estimado y difícil servicio con grande dispendio de vuestra hacienda y mucho trabajo, lo continuasteis en el gobierno de Málaga con gran satisfacción y acierto, montando la artillería, reedificando sus murallas, puerto y muelle, en el cual, habiéndose ofrecido el combate de cuatro bajeles de la Armada con otros de la de Francia, gobernasteis aquella facción con gran acierto y dirección, debiéndose á vuestras asistencias el suceso que se tuvo. Y esperando lo continuaréis así, he resuelto encargaros del gobierno de la dicha mi Armada del mar Océano, etc.»

Siguiendo al vuelo las ocurrencias de la corte, es de conjeturar que D. Juan de Austria, logradas sus aspiraciones, teniendo por entonces la mano en el timón del Estado, no fué ajeno al nombramamiento del marqués de Villafiel ni á la redacción de la patente en que se manifiesta el reconocimiento á la persona que tanto le ayudó en las campañas de mar y tierra. Si así es, merece elogio, tanto por no olvidar en la prosperidad las deudas de abnegación, como por haber puesto la vista en una de las personas más aptas de la marina, que no tardó en justificar la designación, llevando á Palermo tres navíos con 1.500 soldados de desembarco y cantidad de pertrechos navales, estando advertido de que podría encontrar á tres escuadras francesas que en diferentes parajes cruzaban esperándole [1].

[1] *Colección Sans de Barutell*, art. 3.º, núm. 1.341.

Algo reanimó su presencia á la escuadra, empleándola en las operaciones defensivas del ejército de Sicilia, poco á poco reforzado con tercios de calabreses, napolitanos y albaneses, en cuyo transporte anduvo ocupándose, é hiciera más, poco conforme como estaba con la parsimonia del cardenal Portocarrero, á no irle á la mano, mostradas las instrucciones de la superioridad ordenando evitar encuentro con las fuerzas tan superiores del enemigo, preservando las nuestras. Las tuvo, por consiguiente, limitadas al acecho en lugares de retirada segura, contentándose con alguna que otra presa de embarcaciones de víveres, con inquietar á los puestos avanzados de los franceses y socorrer á los nuestros.

Hízolo con éxito en Melazo, empresa definitiva del duque de Vivonne, intentada con 15.000 infantes y 1.200 caballos por tierra, y por mar con las galeras, que entraron en la bahía derechas al desembarco en la ciudad. Por una y otra parte se les maltrató, obligándoles á retirarse; hubieron de hacerlo luego los enemigos ante Siracusa, amagada por 20 navíos y las galeras; experimentaron considerable merma de gentes en Catana, estando nuestros infantes parapetados entre las que se llaman Jarras del Mongibelo, que son piedras trastornadas por las erupciones del volcán; repitiéronse en este tiempo las conspiraciones de los mesineses, colmando todo junto la medida, no muy ancha, de la paciencia del Gran Rey, que se había prometido mejor fruto del cuantioso envío de soldados y dinero, consumidos en aquella guerra interminable.

Su virrey solicitó prudentemente relevo al empezar el año 1678, y se lo acordó, nombrando al duque de la Feuillade, mariscal de Francia, no más afortunado en los comienzos de la gestión dificultosa. Fué derrotado en el ataque de la Mola; estuvo en poco que no quedara prisionero de los españoles, amargando la nueva del contratiempo otra de peligro mayor en que se vió la escuadra de 15 navíos de Mr. Gabaret, en las Bocas de Bonifacio, aunque sólo uno, el *Magnifique*, de 72 cañones, naufragó [1].

[1] *Mémoires du marquis de Villette.*

Pero es de presumir que Luis XIV perseverara de todos modos en la idea de afirmarse en Italia, á no contrarrestarla el acuerdo entre Holanda é Inglaterra, afirmado con la unión matrimonial del príncipe Guillermo de Orange y la hija del duque de York, sanción del plan de paz europea que se proponían y convinieron [1], obtenido, al efecto, del Parlamento inglés crédito suficiente para poner 90 navíos en la mar. Negarse á la demanda hubiera sido decisión con la que arriesgara el de Francia lo conseguido durante la campaña, al paso que cediendo en una parte podía alegar el sacrificio como razón para resarcirse con la mejor, ó con la que más le convenía entonces, que es lo que hizo.

Paréceme explicación verosímil de las providencias repentinamente adoptadas para el abandono de Mesina, que las historias francesas refieren confusamente, por asunto penoso entremezclado con los que satisfacían á las aspiraciones nacionales.

Alguna asegura haber salido de Francia Mr. de la Feuillade llevando terminante prevención de representar una comedia «que produjo el degüello de los mesineses, cobardemente entregados á los españoles por el Gran Rey; comedia cuyo desenlace divertido fué *la decisión de la ciudad de entregarse á los turcos*» [2].

Las instrucciones le recomendaban proceder con la mayor urgencia, por ser de recelar que se reunieran en Mallorca con la escuadra de España una holandesa de 18 navíos, ya en marcha; la inglesa, de 21, que estaba sobre Argel, más las que se preparaban en el Canal de la Mancha, y que con su vista renovaran los *merli*, de Mesina [3], las *Vísperas sicilianas*. No se dice qué fecha tenían los despachos, pero sí que pareciendo al Embajador de Francia en Roma inexplicable la ejecu-

[1] Está inserto el Tratado en la *Colección* Abreu y Bertodano, y mucho sirve á su historia la pintura de la Corte de Inglaterra y la revelación de los manejos inmorales de Luis XIV, sus ministros y embajadores, hecha por Mr. H. Forneron en el libro titulado *Louise de Kèroualle, duchesse de Portsmouth*. Paris, 1886.

[2] Mr. Eugène Sue, t. III, pág. 257.

[3] *Merli*, mirlos, nombre con que se designaba al partido popular afecto á España.

ción cuando recibió la primer noticia de estar realizado, poniéndola en duda argumentaba que no valía la pena de relevar á Mr. de Vivonne y de sustituirle con persona que, como él, tenía la más alta dignidad de la milicia, para hacer un papel nada envidiable [1].

En punto á la desesperada decisión de los mesineses, no puede caber duda; nada menos que S. M. Cristianísima la certificó en carta dirigida al cardenal duque de Estrées, su embajador, expresando que, instado por su ardiente celo en bien de la fe, despachaba correo extraordinario con el único objeto de comunicarle que los de Mesina habían enviado emisarios á Constantinopla, *no pidiendo asistencia, sino queriendo entregarse de un modo absoluto á los turcos.* La pena con que lo había sabido y el peligro que á Sicilia amagaba, le habían hecho reflexionar sobre los medios de evitarlo, sin discurrir otro más eficaz..... que el de hacer partícipe del secreto al Papa [2].

No deja de instar también á la reflexión ahora la razón que tuvieran los mesineses para dejar transcurrir un plazo de tres meses, en el que los españoles habían asegurado la posesión de la ciudad, antes de ofrecerla al Gran Señor. Dentro de ella nada se advirtió que confirmara los temores del Monarca celoso del bien de la cristiandad; acaso nacieran fuera, procediendo de los expatriados, que habiéndose puesto en los brazos de S. M., constreñidos á dispersarse, sin consentirles llegar á la capital, errantes y aborrecidos, perecieron casi todos en mísera vida [3].

Llegado el momento de la evacuación de Mesina, calificada de dolorosa por Mr. H. Martín [4]; inconveniente por el marqués de Villette, vergonzosa por M. Guérin, más tuvo de trágica que de cómica la declaración del duque de la Feuilla-

[1] Mr. Sue, t. III, pág. 276.

[2] El mismo Mr. Sue insertó íntegro el despacho, que tiene fecha 17 de Junio de 1678, t. III, pág. 281.

[3] Relación escrita por uno de ellos. Mr. Sue, t. III, pág 273. *Proclamación al Rey Christianisimo en voces vnidas de Mesineses separados, fugitivos de su patria.* Impreso en folleto anónimo.

[4] «Douloureuse histoire que celle de cette évacuation!»

de, concediendo término de veinticuatro horas á las familias que quisieran embarcar personas y bienes en la escuadra que iba á darse á la vela el 16 de Marzo (1678), y no obstante, ¡cuánto distaba la realidad de la pintura hecha por los escritores franceses de la venganza, del degüello, de la represión espantosa de los españoles!

Don Gabriel Andrés de Carvajal, de los primeros en dar cuenta del abandono de los ocupantes de Mesina y de haberse ido con ellos 17 familias de las más comprometidas en la rebelión, escribía: «Es circunstancia para la felicidad del suceso, pues S. M. excusa el castigo que se les debía hacer, que en su real clemencia, aunque justo, sería de mortificación [1].»

Estas familias eran, sin duda, de los jurados y senadores; de los que dirigieron la revuelta, haciéndose los amos y ensangrentando las calles con ejecuciones á los *merli;* en relaciones del tiempo se añaden otras ciento de actores menos culpables, y hasta 600 eleva Lancina las que por acusación de la conciencia emigraron. A las demás, á la gran mayoría que obligó la fuerza, nada ocurrió. Que hubo represión, no se niega; ¿habrá quien la considere injusta? Lo que necesita rectificarse es la exageración con que se supone impuesta, y el nombramiento de virrey italiano, la publicación inmediata de indulto general, comprendiendo cuerpos y bienes, hacen más peso que las declamaciones huecas. Podrán los autores franceses de nuestros días creer y escribir, influyendo en la opinión [2], que se lamentó por alguien el alejamiento de sus soldados de Sicilia, ocultando la voz de los interesados, que decía:

«Ma tu, Francese, sei troppo tiranno,
Honor e pietà in te non può regnare [3].»

Platicó el arzobispo de Reggio que D. Carlos II debía estar muy reconocido á Luis XIV, pues habiendo con tan poca razón faltado Mesina á la obediencia, tomó por su

[1] *Colección Sans de Barutell*, art. 4.°

[2] Nuestro historiador Lafuente se sirvió en este particular, como en otros, de datos inexactos de los enemigos.

[3] Andrea Carola, *Racconto in ottava rima.*

cuenta castigarla y se la había devuelto corregida: habíanla dado los franceses penitencia de la culpa, y los españoles absolución [1]. El que no admita por suficiente el testimonio, puede acudir al de los vecinos de Agosta, donde Mr. de la Feuillade voló la torre de Avalos y el castillo, llevándose hasta las campanas de las iglesias, para que conservaran memoria de la fugaz dominación.

Con el primer rumor de la ocurrencia se presentó en el Faro el marqués de Villafiel, y destacó navíos y galeras tras de la retaguardia del convoy de 120 velas, con oportunidad para apresar cuatro bajeles de provisiones. Otros se fueron tomando posteriormente en Mesina, porque sin conocimiento de la mutación se entraban en el puerto [2].

De la guerra de Sicilia resultó ganar la partida perdiendo las batallas en aquel terreno, que en otros mucho daño produjo, distrayendo las fuerzas que hubieran tenido ocupación en Cataluña y en Flandes. Por su causa volvieron á sitiar los argelinos á la plaza de Orán, estando afligida de la peste, sin médicos ni vitualla (1677), al mismo tiempo que los de Melilla y Vélez apretaban al Peñón [3], y gracias al ánimo de los soldados hubo tiempo para que los almirantes Nicolás Fernández de Córdoba y Juan de Peredo juntaran naves con que socorrerlos [4].

Una nombrada *San Pedro* sucumbió en combate desigual con dos francesas, en la costa del Rosellón; otra de las escapadas al desastre de Palermo, la *Anunciación*, estando al ancla en Barcelona, al amparo de los baluartes, se vió precisada á resistir el fuego de 12 navíos de la escuadra de Duquesne durante cuatro horas y media, en las que tuvo 150 muertos, no sin causarlos á los enemigos [5] que, desesperan-

[1] Lancina, pág. 521.

[2] Constan pormenores de los servicios de la campaña en la *Colección Sans de Barutell*, arts. 2.°, 3.° y 4.°

[3] Relación impresa. Existe también un romance, del tiempo, refiriendo los horrores de la epidemia.

[4] *Colección Sans de Barutell*, art. 3.°, núm. 1.344.

[5] En el número el capitán D'Hailly, del navío *Sans-Pareil*. Mr. Guérin, t. III, página 293.

zados de rendirle, lo abrasaron con *burlote*. El capitán Antonio Carlos Salmón recibió felicitación y recompensa por el proceder [1].

Poco después se convino con Francia suspensión de hostilidades, preliminar de la paz á que se llegó en el Congreso de Nimega, á costa del territorio de Borgoña, ó Franco Condado, de que se hizo definitiva renuncia [2]. La escuadra desarmó, pasando á los puertos del Norte en el invierno, con despedida de campaña que la puso á prueba sobre la costa de Portugal con fiera tormenta. Todos los navíos sufrieron en la arboladura y más la Capitana del marqués de Villafiel, que portentosamente fondeó en la boca del Duero en bandolas; esto es, con velas improvisadas. El General, al dar cuenta en 20 de Enero de 1679 del temporal, como de lance no común, escribía: «Todos acudieron á Dios, y yo los acompañé, esforzándolos á la diligencia de cortar cabos..... Suplico á Vuestra Majestad se den á Dios y á su Madre Santísima las debidas gracias por tanta misericordia como ha derramado sobre esta Capitana, y sobre los que han padecido en el servicio de Vuestra Majestad un subceso tan inmediato al evidente peligro de la vida [3].»

El 17 de Septiembre, aniversario primero de la paz con Francia, agitaba á los noticieros de la corte ocurrencia de harto mayor sensación. Don Juan de Austria, doliente del cuerpo y del espíritu, había fallecido en buena edad, sin causar sentimiento ni dejar vacío, porque su influencia con el Rey declinaba y su popularidad estaba eclipsada totalmente. Los que fueron sus partidarios ardientes, los que contribuyeron á su elevación, eran los que con más vehemencia desataban la lengua en improperios ó la pluma en *papelones*, sátiras y epigramas, por ser cosa sabida que le mortificaban

[1] *Colección Sans de Barutell*, art. 2.°, núms. 281, 305, 306, y art. 4.°, núm. 1.517.

[2] Se firmó el tratado el 17 de Septiembre de 1678. Está incluído en la *Colección* de Abreu y Bertodano.

[3] El parte en la *Colección Sans de Barutell*. Hay además relación impresa en que se refiere que durante el viaje batió á seis carabelas argelinas, represando dos de Mallorca que se llevaban.—*Disquisiciones náuticas*, t. III, pág. 166.

mucho. Acusábasele de haber acabado de desorganizar la máquina gubernamental y de no haberla encontrado compostura; de romper, por antagonismo con la Reina madre, los planes matrimoniales de D. Carlos con hija del Emperador, que hubiera estrechado los lazos de alianza y amistad de siempre; por negociar, contemporizando, el casamiento con María Luisa de Orleans, que convertiría al enemigo declarado en enemigo doméstico, de los enemigos el peor. De la multitud de males le hacían causa; á los escasos bienes le declaraban ajeno; tratábanle mejor los que se satisfacían diciendo

«Vino Su Alteza,
Sacó la espada,
Y no hizo nada.»

El juicio de sus condiciones en el exterior distaba mucho de este apasionamiento: favorable por extremo aparece en los informes reservados de los embajadores de Venecia, donde se elogia su alta capacidad para el gobierno, su probada virtud y altas dotes; sobre todo, sus excelentes deseos en favor de la monarquía, demostrados en todos sus actos, y confirmados por la asiduidad en el despacho de los negocios, en que empleaba trece horas al día. Esto querría decir, á no saberse: *Nemo propheta in patria sua.*

No faltó, con todo, quien se atreviera á defender su memoria [1], ni quien le retratara con mesura, al parecer, asentando [2]:

[1] Entre los muchos escritos de que fué objeto, son de recordar en este sentido: *Breve bosquejo del Señor Don Juan de Austria por Jaime de Cortada,* Barcelona, por Rafael Figuero, 1677, 4.°—*Defensa de Don Juan de Austria.* Impreso sin nombre de autor, ni año, ni lugar, 4.° mayor.

[2] *Menor de edad de Carlos II.* Biblioteca particular de S. M. el Rey. S. 25 estante B. P. 4, t. LXVII, pág. 51.—Mateo de Laya, *Discurso,* pág. 79.

Escribí este tomo IV de la ARMADA ESPAÑOLA á principios del año 1896; en los momentos de estarse imprimiendo ha salido á luz el último trabajo del eminente hombre de Estado D. Antonio Cánovas del Castillo: la introducción á las *Memorias militares del Marqués de la Mina,* que tenía entre manos al morir, y que no pudo acabar ni pulir. Sin embargo, tal como lo dejó y ha aparecido, con membrete: *De la desmembración y repartición de la antigua monarquía española,* constituye un es-

«Fué de mediana proporción, rostro bueno y agradable; en la música y matemáticas, pintura, lenguas, historia, discreto uso de la elocuencia natural, singular y próspero estilo de la pluma, fué único y admirable; hizo algunas coplas, y hasta la letra era excelente; en los juegos de pelota, trucos y manejo de arcabuz, y en la caza, consumado. Sólo ir á caballo lo poseía con desaliño francés, más que con fortaleza napolitana y gala española; fué sumamente discreto en la conversación, atractivo en el agrado, y valeroso por sí; pero gobernando armas, fatal y desgraciado; fué gran príncipe, y fuéralo mucho mayor si á este cúmulo de prendas hubiera agregado la liberalidad en los premios, la magnanimidad en las quejas, y la lisura y sinceridad en el trato.»

tudio profundo y contiene cuadro del reinado de Carlos II, de necesaria lectura para el conocimiento de su historia. Transcribió párrafos de la instrucción enviada en Diciembre de 1669 por el Rey de Francia á su embajador en Madrid, Bosny, obispo de Béziers, diciendo:

«Con D. Juan no quiere S. M. ningún trato, por ser el partido de la Reina más legítimo y por el particular afecto que profesa al Emperador, con el cual le sería más fácil entenderse amigablemente al fallecimiento del rey Carlos; porque, encontrándose muy lejos, poco potente de por sí y con la nación alemana muy aborrecida en España, tendría más necesidad del apoyo de Francia que el dicho don Juan, quien si por impetuoso torrente de opinión de los pueblos que juntase en uno á los españoles fuese proclamado rey, como hombre belicoso y osado podría pretender la conservación de la Monarquía toda entera, sin consentir en la menor desmembración.»

«Importa dejar consignado (dice por su parte el comentador) que las indudables esperanzas que entre algunos españoles hubo de sustituir con aquel bastardo á Carlos II, caso de que éste falleciere antes de contraer matrimonio, no debían de ser muy quiméricas cuando tamaña importancia atribuía al proyecto el desdeñoso Rey de Francia. No era D. Juan un gran talento, á la verdad; mas sí un soldado digno de sucumbir peleando, y por eso, á falta de otros más capaces, en el heroico vencido de Estremoz se fijaron las miradas de los que todavía conservaban el calor de la antigua sangre española.»

Don Juan José de Austria.

(Retrato de Carreño.)

# XI.

## JORNADAS DE FLIBUSTEROS.

### 1665-1678.

Estado militar de las Indias.—Crecimiento de los piratas.—Los protegen y alientan los Reyes de Inglaterra y Francia.—Sus jefes principales.—Sus cronistas.—Incursiones en Cuba.—Se apoderan de la isla de Santa Catalina, que se recobra.—Ataques en Nicaragua, Portobelo, Florida y Honduras.—Doble asolación de Maracaibo.—Destruyen á la armadilla española.—Tratado especial con Inglaterra.—No cesan, sin embargo, los robos.—Expedición de los flibusteros á través del Istmo.—Incendian á Panamá.—Horrores.—Se retiran con el botín.—Socorro tardío.

ONTINUABAN las Indias españolas de Occidente, al poco más ó menos, en aquel estado militar que diseñó con tanta gracia el R. Fr. Pedro Simón, con motivo de la tiranía de Lope de Aguirre [1], teniendo las plazas artillería sin artilleros, compañías nominales sin soldados, vecinos más amigos de la comodidad que de las armas, al decir de testigo, si no fraile como el anterior, que los juzgaba harto más severamente [2].

Por mar estaban aquellas lejanas posesiones como nunca descuidadas, no existiendo ya las galeras que prestaban servicio en Santo Domingo y Cartagena, ni galeotas en la Habana, ni bergantines en Puerto Rico, ni guardacostas de vela ó remo en parte alguna. La armada de Barlovento había sido

[1] *Vide* tomo II de esta obra, pág. 200.

[2] *Hidrografía americana.* Códice ms. de la Biblioteca Nacional, J. 39, sin título atribuido al marqués de Barinas.

destinada á reforzar la del litoral de la Península; la de las flotas se circunscribía á escoltarlas, y estando como estaba el corso desautorizado en la extensión de aquellas aguas, no las surcaba nave que hiciera flotar nuestra bandera, en contradicción del aforismo conocido de Estrabón: *Navalis potentiæ et apparatus signum est multitudo et magnitudo coloniarum*. Con decir que transcurrieron siete meses sin que el fallecimiento del rey Felipe IV se supiera por allá, habrá idea de la frecuencia de comunicaciones.

Grandemente cuadraba la ausencia de bajeles de guerra á los flibusteros acuartelados en Jamaica y en la parte Norte de la isla Española, siendo la certeza de no encontrar ninguno, equivalente á cédula de indemnidad, valedera para cuantas incursiones imaginaran, alargando el radio de las primitivas al mismo tiempo que la ambición con que se habían satisfecho de apropiarse algún barco cabotero, ó el ganado y frutos de las estancias ribereñas. Dice el apólogo que la gran aspiración de los gatos se cifra en encontrar «puertas abiertas, mujeres descuidadas, cosas mal puestas», y todo ello se ofrecía á la acometividad de los pechelingues, los gatos de la plata de Lope de Vega, felinos de superior instinto.

Multiplicado el número, con el apoyo de los lugartenientes puestos en estaciones avanzadas por los Soberanos de Inglaterra y Francia, se proveyeron de embarcaciones suficientes á la travesía y de armas de más efecto que las picas, aplicadas á la caza y á la guerra por los descendientes de los conquistadores españoles, con algún que otro arcabuz roñoso ó descompuesto, colgado en las perchas, que conservaban más por apariencia que por uso. Ellos tenían y manejaban con habilidad, especialmente los bucaneros ejercitados, *fusiles* y *pistolas* de reciente invención[1], y sables de filo agudo, dando á las manos y á los pies el cargo de hacerlos valer.

Después que esta gente anteriormente definida, escoria de

[1] Fusil, de *focile*, italiano, derivado del *focus* latino. Pistola, de *Pistoia*, ciudad de Toscana, donde se fabricaba. En un principio se dió el nombre á un arcabuz, ligero y corto, aplicado al uso de los jinetes; en este tiempo se había modificado de forma que se pudiera usar con una sola mano, llevándola pendiente de la cintura.

la sociedad de todo el mundo, se dió á empresas ruidosas por la magnitud con que se diferenciaron de las de *el Brasileño*, Bartolomé *el Escocés*, y tantos ladronzuelos de corta cuantía, sacaron de su seno historiadores y aun comentaristas filósofos [1] que, sin negar fuera el robo único móvil de la acción común, sin atenuación de la barbarie de los hechos, confesando haber agotado la imaginación en el invento de los tormentos más atroces para hacer declarar á las víctimas el sitio en que hubieran ocultado las riquezas [2], y no existir en sus creencias cosa que les mereciera respeto ó consideración [3]; consignando que una vez obtenido el botín lo distribuían á dentelladas como lobos, se esforzaban todavía en buscar asomos de justificación, retorciendo los argumentos aducidos por los piratas de todos los tiempos, á partir de los de Isabel Tudor; los mismos de que se había servido Cromwell, los que continuaron formando el repertorio de los seudo-humanitarios, á saber, la crueldad y la sed de oro de los españoles durante la conquista del Nuevo Mundo, castigadas por la Providencia.

Que los escritores flibusteros presentaran á tales foragidos como «personas de mérito y distinción»; que se permitieran adulterar el significado de las voces, honor, gloria, heroísmo, acomodándolas á sus fechorías, no es tanto de extrañar, que al fin hablaban de sí mismos, como que haya en nuestras horas quien conceda plena fe á la relación por ellos compuesta, y aun quien, emulando con Virgilio, gratifique con laureles á los cacos, monstruos sopladores del incendio en las tragedias de sorpresa y rapiña, que únicamente execración deben inspirar á la conciencia pura.

Al empezar el reinado de Carlos II figuraban como cabe-

[1] *A New History of Jamaica*, de autor anónimo, citada en el tomo anterior.—*Histoire des aventuriers flibustiers qui se sont signalès dans les Indes*, par Alexandre Oliver Oexmelin. A Trevoux, 1775.—*Journal de voyage fait avec les flibustiers*, par Raveneau de Lussan. Complemento de la obra anterior.

[2] «Un d'entr'eux souffrit tous les tourments imaginables sans vouloir rien dire, jusque-là qu'il se fit hacher en pièces tout vif sans rien confesser.» Oexmelin.

[3] «Pour les belles femmes il ne leur demanda rien, parce qu'elles avoient de quoi payer sans rien diminuer de leurs richesses.» Idem.

zas más visibles de los piratas antillanos Mansfeld, Morgan, Davis, Legrand, *el Olonés* (*Nau dit l'Olonnais*), nombres que no apunto por que los repita el clarín de la fama, ni por dar á entender que rigieran grupos homogéneos en nacionalidad ó doctrina. Habían impuesto su jefatura con demostración de las condiciones personales que subyugan á las masas sin freno: osadía, dureza, inteligencia y suerte, y componían la tropa de cada uno gentes á las que no exigían títulos de origen ni de procedencia, bastándoles la oferta de obediencia ciega y desprecio de la vida para el alistamiento, que no había de durar más tiempo del necesario á la campaña, emprendida sin declaración y sin bandera, por supuesto.

Según la entidad y riesgo de la empresa, se unían antes de acometerla, ó separados, con reserva de unos para otros, iban á las que tenían de por sí proyectadas, descargando muchas veces golpes simultáneos, y siempre donde menos se pudieran presumir. Es por ello difícil relatar ordenadamente los que dieron, aun limitando el número á los de mayor dolor y resonancia.

Cuba, por la situación intermedia y próxima á Jamaica y Santo Domingo, tanto como por ser abundante en ganado y viandas, fué considerada entre la *hermandad de la costa* como el lugar más á propósito para la provisión de *casabe* y *tasajo*, necesario en las jornadas, y á la que, por otro lado, convidaban tantos puertos seguros y sin población cercana. Conocíanlos, pues, y frecuentaban, y empezando por ellos, bueno es tomar del maestre de campo D. Francisco Dávila Orejón, gobernador de la Habana, la cuenta de la incursión hecha por Pedro Legrand en Sancti-Spíritus el segundo día de Pascua de Natividad, año 1665 [1], ya que puede servir de pauta á la referencia de lances sucesivos:

«Les quemaron 33 casas, con todas las demás hostilidades y sacrilegios de semejantes accidentes; y aunque desde que llegué á esta ciudad tenía muy prevenido al teniente y veci-

[1] Carta al Rey, fecha á 30 de Enero de 1666. Archivo de Indias. Transcrita por D. Jacobo de la Pezuela, *Historia de la isla de Cuba*, t. II.

nos de aquellos lugares que nunca dejasen los puertos y entradas de la tierra sin vigías, y tuviesen sus armas con la misma prevención que si hubiera declarada guerra, paresce por las circunstancias del subceso, que lo omitieron. Pasaron los enemigos doce leguas tierra adentro, y en su retirada ocho, sin que les costase una gota de sangre, habiéndose ocupado con día natural en el saqueo, y teniendo aquella población más de 250 hombres de armas y muchos esclavos capaces de llevarlas. Parece que Dios, por justos juicios, les cegó el entendimiento y la razón para que, olvidados de su obligación y del amor á su patria, la desamparasen y se refugiasen como alarbes á los montes, sin hacer ninguna demostración para su crédito. Señor, es grandísimo desconsuelo saber que en Europa tenga V. M. asentadas paces con los Príncipes del Norte, y que en América anden ejecutando por mar y tierra estas hostilidades, sirviéndose de los pretextos que más favorecen á sus intentos sin ninguna justificación, pues por parte de los vasallos de V. M. se cumple en todo con los tratados de paz, sujetándoles la obediencia á no excederse en cosa alguna.»

Nau, *el Olonés*, hizo otra sorpresa en San Juan de los Remedios (1667) más sangrienta, por haberle hecho resistencia una galeota fondeada en el río; y siguió la de Henry Morgan, pirata que á todos los otros excedía en audacia y fortuna, juntando en la isla de Pinos 12 embarcaciones con 700 hombres de desembarco (1668). Se proponía tomar tierra en Batabanó, atravesar la isla por aquella parte estrecha y caer sobre la Habana, no fortificada ni prevenida por la parte de tierra; pero recogió informes que le hicieron variar de dictamen, conocidas las condiciones del gobernador Dávila Orejón y las providencias que tenía adoptadas para organización del vecindario y atrincheramiento provisional de la ciudad. Enderezó el rumbo á la caleta de Santa María, y emprendió la marcha por el interior hacia Puerto Príncipe. El alcalde, hombre de más ánimo que el de Sancti-Spíritus, distribuyó las pocas armas de fuego de que disponía, y salió al encuentro del enemigo con unos 700 hombres de todas clases y ra-

zas, blancos y negros, provistos los más de picas ó lanzas, cerrando con él en la llanada en que se asienta la población, con más coraje que orden, de donde resultó que muerto el dicho alcalde, con no pocos de los acompañantes, por el fuego de los flibusteros, se dispersaron los defensores con pérdida de 100 hombres, y aunque algo resistieron en las casas, viéronlas en poco tiempo allanadas, sin que cosa de valor escapara á la rapacidad de los invasores, no satisfecha hasta que por los procedimientos ordinarios de tortura obtuvieron rescate y obligaron á los campesinos á salar y conducir á sus barcos 500 reses vacunas.

Las expediciones menores habían devastado en este tiempo más de 200 haciendas en la costa con daño incalculable, porque no satisfaciéndose los foragidos con quemar las casas y robar muebles y esclavos, mataban los animales, cortaban los árboles frutales, destruían la maquinaria, pasando como langosta por los campos. Dávila Orejón volvía á escribir á la Corte [1]:

«Cuantos golpes dieron estos desalmados, los emprendió la codicia, los ejecutó la osadía y los coronaron el descuido, la desunión y el desprecio que se hizo de este género de piratas.»

Y cuenta que no era persona que se concretara á lamentaciones, habiendo conseguido vencer la inercia de los pudientes, estimular la defensa de las grandes poblaciones y hacerse temer, ahorcando más de 300 piratas aprehendidos.

Antes de pasar adelante en esta región, es de considerar lo que por la de América central hicieron Mansfeld, Morgan, Le Maire y Davis, con 15 navíos y 1.200 filibusteros (1666), tratando de explorar el terreno y tantear los medios de trasladarse al mar del Sur, donde se prometían más amplio escenario. Pusieron primeramente la vista en la isla de Santa Catalina, que ya habían ocupado ingleses en 1629, nombrándola *Providencia* hasta que los arrojó el general Francisco Díaz Pimienta [2]. No sólo constituía para su obje-

[1] Archivo de Indias.—Pezuela, *Historia de la isla de Cuba.*

[2] *Vide* tomo IV de esta obra, pág. 338.

tivo punto excelente de escala; podía también proporcionarles elementos de gran utilidad, porque en ella estaba establecido el presidio correccional, al que iban los criminales sentenciados por la Audiencia de Panamá, y esperaban aumentar con ellos la tropa y tener prácticos de los ríos, caminos y veredas del istmo. La guarnición era muy reducida; no les costó gran esfuerzo rendirla y posesionarse del establecimiento que fortificaron muy bien, estrechando el recinto.

El Gobernador de Jamaica, á quien despacharon aviso inmediato pidiendo soldados y material de guerra para consolidar la conquista, los desengañó pretextando hipócritamente no serle permitido tomar cartas en el asunto estando en paz España con Inglaterra; en puridad no lo hizo, por la poderosa razón de que, teniendo los flibusteros cuartel y puerto propios, dejarían de llevar las riquezas robadas con que Jamaica vivía prósperamente [1]. Tuvieron, por tanto, que dejar guardianes antes de proseguir, como lo hicieron por Costa-Rica y Nicaragua, remontando por el río San Juan, verificando desembarcos en Portete, Matina y Punta del Toro, internándose hasta Turrialba, cerca de Cartago.

En la provincia había 36 soldados y pocas más armas de fuego; no obstante, hizo el gobernador, D. Juan López de la Flor, lo que podía, convocando á los vecinos y á los indios, interceptando los caminos, poniendo emboscadas con insistencia que les hizo recelar y detenerse después de saquear á Granada, con el extremo ordinario de quemar las cruces é imágenes de las iglesias y desjarretar á los animales [2].

Pasaron sin tardar mucho á Veragua é isla del Naranjo, y con asombro general entraron en la ciudad de Portobelo, asaltando al castillo de Santiago [3], dispuesto para detener á más serios enemigos, tras lo cual menos podía extrañar el

[1] *A New History of Jamaica*, anteriormente citada.

[2] Documentos del Archivo de Indias.—*Costa Rica y Colombia*, por D. Manuel M. de Peralta. Madrid, 1886.—*Historia de Costa Rica*, por D. León Fernández. Madrid, 1889.

[3] El 18 de Mayo de 1666. Idem, ídem.

rebató dado á San Agustín de la Florida y los de la ribera de Campeche con atroz carnicería.

En este particular excedió á todo lo visto el Olonés, al entrar por la laguna de Maracaibo, porque habiendo acudido el gobernador de Mérida D. Gabriel Guerrero de Sandoval y dirigido enérgica defensa, matándole más de 100 hombres, desatado su furor dejó pocos vecinos con vida, pasando á cuchillo á los que con el valeroso jefe le resistieron [1], sin que se saciara durante la estancia de mes y medio empleada en asolar las dos ciudades del lago y el término de sus jurisdicciones [2].

Honduras sufrió luego su visita, perdiendo la nao anual cargada para Europa, con la que Nau logró ganancia infausta. Era el botín aumentado muy cuantioso, y al hacer el reparto surgió el descontento y la riña, como solía ocurrir siempre que los objetos de gran valor no se prestaban á la fracción. Dividiéronse ofendidos los ladrones, tirando cada cual por su lado. Algunas de las naves tocaron en Veragua, donde los escarmentados habitantes degollaron á casi todos los que desembarcaban; otros en la misma costa de Honduras abrieron fosas á más de 30, muertos en emboscada. El navío del feroz Olonés chocó en los arrecifes de Nicaragua, y él tuvo que tomar tierra y vagar con su gente por los bosques ojeado por los indios, que iban dando cuenta de los náufragos hambrientos y sin armas. Al caudillo asaron vivo á fuego lento, y aun hay quien dice que se lo comieron [3].

Por donde se advierte que no dejaban de experimentar tal cual contratiempo los hijos de la Fortuna, independientemente del de la impresión de la cuerda en la garganta, que por regla general dejó de aplicárseles en virtud de mandato

[1] *Relación de los servicios de D. Miguel de Ursua y Arizmendi, conde de Xerena.* Impresa en dos hojas folio. *Colección de Jesuitas*, t. XLIII, folio 55. Asistió á la función y cayó en poder de los piratas. *Declaración que prestó en Veracruz el maestre de nao Manuel Suárez Maldonado, refiriendo el desembarco de enemigos en Maracaibo con fuerza de* 800 *hombres; rendición de la fuerza, muerte del Gobernador de Mérida, saqueo, tropelías, etc., año* 1666. Ms.—*Colección Vargas Ponce*, leg. 17.

[2] Oexmelin.

[3] Oexmelin.

Real, Dios sabe por qué y cómo expedido [1]. Tuvo algo de cómico lo acontecido á Franquesnay, queriendo sorprender de noche á Santiago de Cuba. Desembarcó en una caleta 800 flibusteros escogidos, y encontrando dormido al vigía de la playa, le obligó con la pistola al pecho á guiar á la tropa. El práctico lo hizo por veredas estrechas é intrincadas en las que tenían que avanzar á la deshilada, con poca satisfacción del jefe, que por precaución hizo marchar á la tropa en dos columnas paralelas, y habiendo encontrado una de ellas cierto obstáculo que fué necesario rodear, salió por el frente de la otra impensadamente. Ocurrió entonces al guía dar el grito de guerra ¡Santiago!, oído el cual, se tirotearon las dos, pensando que aquéllos á quienes iban á sorprender les sorprendían. Pronto reconocieron el error, pero suponiendo que la población se habría puesto en alarma al ruido de la fusilería, retrocedieron, juzgando lo más prudente reembarcarse [2].

Al ocurrir los primeros escandalosos atentados, con vista de la situación en que la Armada Real estaba y de las necesidades que no podía cubrir, ofreció el Consejo de Almirantazgo de Flandes, al Gobierno, el envío de sus fragatas á las Indias con determinadas condiciones, beneficiosas al servicio más que á la Compañía, pues que habían de refrenar á los piratas. Los armadores de corso vizcaínos presentaron distinta proposición en los términos, aunque igual en la esencia, comprometiéndose á perseguir y castigar á los corredores de las costas, con guarda de éstas, obteniendo por igual, negativa absoluta: á las razones que alegaban los solicitantes y al deseo natural de velar por la vida é intereses de los súbditos americanos, oponía la suspicacia, el temor de abuso comercial contrario al monopolio [3]. No por otra causa se había

[1] Real cédula, fecha á 1.º de Febrero de 1675, ordenando al Virrey de Nueva España, Capitán general de la Armada y Generales de galeones y flotas, que los prisioneros hechos á los corsarios, contrabandistas y enemigos extranjeros fueran destinados á trabajos en clase de forzados, respetando las vidas.—Pezuela, *Historia de la isla de Cuba*, t. II, pág. 186.

[2] Pezuela, año 1678.

[3] *Norte de la Contratación de las Indias Occidentales, por D. Joseph de Veitia Li-*

opuesto y seguía oponiéndose el Consejo á la concesión de patentes de corso para las Indias, y se molestaba constantemente á los generales de flotas, desconocido el inmenso servicio que prestaban por la suspicacia misma, alimentada por los señores jueces de la Casa de Contratación. Júzguese por estos ejemplos.

Don José Centeno llegó con la flota de su cargo á vista de Sanlúcar, y embarcado el práctico manifestó que con el calado en que venía la Capitana no podía pasar la barra. Se disponía á alijar para verificarlo, cuando recibió cartas del duque de Medinaceli avisando la presencia de enemigos en el Estrecho de Gibraltar y la autorización del Rey para que en caso de peligro pudiera dirigirse á cualquier puerto de Galicia ó Cantabria. Centeno reunió la Junta de jefes, y pareciendo á todos más sencillo tomar el fondeadero que tenían á la mano, hallándose en él la armada del marqués de Montesarchio, surgió en Cádiz. Acusáronle los mencionados jueces por desobediencia de una cédula circulada en 1664, que prohibía entraran las flotas en aquel puerto, y preso en Ecija, lo mismo que los demás jefes firmantes del acuerdo, fué sentenciado á seis años de presidio en Orán y pago de 6.000 ducados de plata [1].

Todavía es más de notar el caso de D. Jacinto de Echeverri, castigado por seguir con el galeón de su mando las aguas de la Capitana hasta la bahía, detestada como rival, por los comerciantes de sevilla [2].

*nage*. Sevilla, 1672, folio. La proposición del Consejo de Almirantazgo se hizo en 1666; la de los armadores vizcaínos, en 1669.

[1] *Por D. Joseph Centeno y Ordóñez, caballero de la orden de Santiago, capitán general de la flota que vino de Nueva España en el año de* 1671, *con el señor fiscal del Consejo Real de las Indias*. Alegato impreso en 22 hojas, folio. *Colección de Jesuitas*, t. LV, núm. 2.

[2] *Memorial de D. Jacinto de Echeverri, preso en la cárcel por haber entrado con su galeón en Cádiz y no en Sanlúcar, año* 1671. Impreso en 2 hojas, folio. *Colección Vargas Ponce*, leg. 13. Era su general D. Francisco Martínez de Granada.

Posteriormente, en 1686, ocurrió un caso muy semejante al de Centeno, discutido en otro alegato así encabezado:

*Por D. Gonzalo Chacón Medina y Salazar, caballero del orden de Calatrava, del Consejo de S. M. y Juntas de Armadas, capitán general que fué de la armada de ga-*

Tal vez siguiera la Junta de Armadas como el Consejo de Indias dando largas á las representaciones de los gobernadores, á no causar en el público malísimo efecto la entrada de los flibusteros en la isla de Santa Catalina, que sonaba á desmembración de territorio, pues ésta era la causa que sirvió de fundamento á la determinación de reconstituir la armada de Barlovento, mandando se compusiera de tres fragatas bien pertrechadas que regiría el general D. Agustín Diustegui y había de emplear de modo «que las costas de Indias estuvieran resguardadas de la hostilidad de los ingleses», contando con ciertos *barcones* que mandaría construir el Virrey de Nueva España [1]. Sin embargo, fuera porque la isla se recuperó prontamente, según se dirá, ó bien por tropezar con dificultades para tan exiguo armamento, habiéndolas tan grandes en todos, pasaron cerca de dos años antes de dar la vela, y llegando á su destino parecieron muchas y muy grandes, no por el porte, por la cédula que condujeron con prevención de no mantenerlas con fondos de las cajas Reales, sino del subsidio de particulares creado antaño.

El Virrey juzgó, con vista del papel, no ser á propósito bajeles de 500 á 600 toneladas para navegar por los cayos y canalizos en que solían ocultarse los piratas; que habían de hacerlo mejor fragatillas de 200 toneladas abajo, bastando tres y dos barcones con 150 hombres de tripulación total á cubrir el servicio, sin necesidad de las plazas de general y de oficiales Reales con que se dota una escuadra. Despachó, pues, de vuelta á España á Diustegui, encargando al almirante Alonso de Campos la organización de la fuerza cual la

*leones de la guarda de las Indias, y últimamente llegó de la provincia de Tierra firme á la bahia de Cádiz y preso en la ciudad de Sanlúcar de Barrameda. En la causa criminal en que está procediendo el Sr. D. Antonio de Argüelles y Valdés, del Consejo de Su Majestad en el Real de las Indias, en virtud de Real despacho expedido por la via reservada, y se prosigue por el Abogado fiscal nombrado contra el dicho general, sobre no haber ido al puerto de Santander, como se mandaba por S. M., por sus Reales órdenes, y haber entrado con la armada de su cargo en la bahia de Cádiz.* Impreso en 15 hojas, folio. *Colección de Jesuitas*, t. I, núm. 22.

[1] Ordenes circuladas en 23 de Octubre de 1666. *Colección Vargas Ponce*, leg. 2, núm. 166.—*Colección Sans de Barutell*, art. 3, núm. 1.152.

concebía; mejor dicho, con arreglo al costo mínimo que había de repartir entre los contribuyentes por subsidio especial, fijando el puerto de Santo Domingo como estación céntrica.

Si parecieran ociosos estos pormenores en materia que se llama economía, desmenuzada en el continente minero de que el mundo se maravillaba, suspéndase un momento el juicio hasta conocer las consecuencias.

Muy poco tiempo pasado desde que los flibusteros hicieron instalación en la isla de Santa Catalina, dispuso el maestre de campo D. Juan Pérez de Guzmán, presidente de Panamá, que en Cartagena se preparara fuerza para desalojarlos, dando el encargo al sargento mayor José Sánchez Jiménez que al punto cumplió las órdenes, embargando el navío propio del asentista de negros para embarcar 130 hombres de Portobelo; una fragatilla de ocho cañones, una balandra de dos y tres barcas sin ninguno, en que tuvieron acomodo 60 soldados de Cartagena, más otros tantos negros voluntarios, y con armadilla tal, nada aparente para acreditar de recursos navales á la Capitanía general por donde pasaban los tesoros del Perú y se celebraba anualmente la gran feria de Tierra firme, dió velas el 3 de Agosto de 1666. Hasta el 15 tardó en la travesía, entorpecida por naufragio de una de las barcas en los bajos de Quitasueños, que en lo demás no perdió tiempo. El mismo día 15 de la llegada desembarcó la gente á cubierto de los tiros del fuerte, y á las nueve de la noche lo asaltó por tierra y mar, admitiendo en el acto la capitulación que los sitiados propusieron, aunque sin acordarles otra cosa que las vidas, y esto condicionalmente, de modo que dos españoles criollos que les servían de prácticos, no fueron comprendidos en el beneficio [1].

Murieron en el ataque seis ingleses, y de nuestra parte un mulato, quedando tres soldados heridos; dato que con los anteriores indica no ser los flibusteros en la defensa tan dia-

[1] *Restauración de la isla de Santa Catalina.* Relación manuscrita en la *Colección Vargas Ponce*, legajo de Almirantes, letra G, núm. 45. Existe otra relación distinta, impresa en Sevilla en 1667, concediendo importancia al suceso.

blos como nos los han representado sus cronistas y admiradores, pues que no se asemejaba en gran cosa al de Jerjes el ejército que los rindió.

Eran, sin duda, más duchos en adquirir que en conservar, acreditándolo la expedición dirigida por Morgan contra Maraicabo á los tres años de haber esquilmado la laguna el Olonés. Encontró el britano desiertas las poblaciones (1669), abandonadas las fincas de campo, la gente recogida en los montes, sin desesperar por ello de hacerla pagar la honra de la visita, no urgiéndole el tiempo. Puestas sus bandas á la caza de prisioneros en un radio de 15 leguas, con diligencia preferente para echar mano á clérigos y frailes; con el empleo de medios persuasivos que no imaginara el ingenio atribuído á los verdugos de la Inquisición, hacíanles descubrir los escondites de alhajas ó caudales y conducirlos al montón.

Estando al final de la colecta apareció en la barra don Alonso de Campos con la armada de Barlovento en la disposición que el Virrey de Nueva España la había compuesto, á saber: fragata capitana *Magdalena*, de 38 cañones; *San Luis*, de 26, y *Marquesa*, de 14 [1]. Fondeadas en la boca, y habiendo armado el reducto que desde tierra la dominaba, el Almirante envió intimación á Morgan, aunque supiera bien cuán superior era la escuadra del pirata en buques y combatientes. Este no ignoraba tampoco la diferencia; mas como pudiera equilibrarla la situación de las naves españolas, simulando intención de forzar el paso, puesto á la vela, destacó á vanguardia un navío de fuego disimulado con las apariencias de los de guerra, prendió en la capitana que con la almiranta se abrasó, por estar varadas en sitio tan estrecho, y no le fué difícil rendir á la más pequeña, destruyendo en un instante á la salvaguardia de las Indias; á la garantía basada en el pensamiento económico del Virrey de Méjico, que no dejó de hacer cargos al desgraciado Almirante, remitiéndole preso á Sevilla; pero tan opuesto al suyo fué el criterio

[1] Datos de Oexmelin, nada sospechosos en el particular.

del Consejo de guerra al juzgarle, que se estimó había procedido con temeridad, pecado que tuvo absolución para él y para D. Mateo Alonso Huidobro, comandante de la fragatilla *San Luis* [1].

Quitado el estorbo, continuó Morgan pausadamente la tarea de exprimir en los alrededores de San Antonio de Gibraltar y Maracaibo ó Nueva Zamora, acabándola con rara satisfacción de sus secuaces, por haberles repartido á razón de 2.500 pesos por parte de marinero.

No dejarían de consolarse en la Corte creyendo fuera última la algarada de la Laguna, toda vez que, atendidas, al parecer, las reclamaciones á que daba motivo el proceder del Gobernador de Jamaica [2], habíase llegado á convenir con Inglaterra un tratado especial restableciendo la amistad y buena correspondencia en América y consignando expresamente que por ambas partes cesaran las hostilidades, presas y robos, así por tierra como por mar, reconociendo España á la Gran Bretaña la posesión de los territorios que ocupaba [3].

Resultado inmediato. En Diciembre del mismo año [4] salía otra vez Morgan á la mar, concebida la más grande de sus empresas, grande en todos conceptos, sin olvidar el fracaso que á Drake costó la vida. Disponía el émulo de 37 bajeles y 2.000 hombres de guerra bien pertrechados, con los que se

[1] Veitia Linage, *Norte de la Contratación*, lib. II, cap. v, pág. 91.—*Colección Vargas Ponce*, leg. 2, núm. 174.—Pezuela, en la *Historia de la isla de Cuba*, consigna que el almirante Campos, nombrado posteriormente gobernador de la Habana, desapareció con el bajel que le conducía.

[2] A más de autorizar y proveer á los piratas para la expedición de Maracaibo, regaló á Morgan un navío nuevo armado con 36 cañones; y celebrando el obsequio con gran borrachera á bordo, al hacer salvas se incendió la santabárbara, volando 200 hombres. Acudieron con mucha diligencia los *hermanos de la costa* á pescar los cadáveres de los compañeros. ¿Para darles sepultura en tierra? No; con objeto de despojarlos de los anillos y cadenas de precio con que casi todos se cargaban.—*A New History of Jamaica.*—Oexmelin.

[3] Se firmó el tratado el 18 de Julio de 1670. *Colección* de Abreu y Bertodano.

[4] Pone Oexmelin la salida de la expedición en 16 de Diciembre de 1670; el autor anónimo de la *Historia de Jamaica* la anticipa al mes de Julio; D. Dionisio de Alsedo, con hacer mención en su *Aviso histórico* de la carta en que dió cuenta el Presidente de Panamá, omitió este dato importante, que tampoco han investigado D. Justo Zaragoza en las *Piraterías y agresiones de los ingleses*, ni el R. P. D. Ricardo Cappa en los *Estudios críticos acerca de la dominación española en América*, t. XI.

dirigió, como la vez que acompañaba á Mansfeld y con idéntico fin, á la isla de Santa Catalina. Apoderado asimismo de ella, mientras interrogaba á los criminales presidiarios y formaba itinerario, destacó una parte de la escuadra á expugnar el castillo de San Lorenzo en la boca del río Chagre. Dióselo la suerte más bien que las armas, por haberse incendiado el almacén de pólvora, esterilizando el esfuerzo bizarro de los defensores, para cuyo elogio basta sentar que, siendo 314, quedaron con vida 30, y de ellos únicamente 10 ilesos.

Morgan dejó allí 500 hombres en guarda de la fortaleza y de las naves, y con el resto remontó por el río en canoas y lanchas artilladas, durante siete días, sufriendo mucho del hambre en los últimos. Había creído que no le faltara finca ó ranchería donde proveerse, y todo lo encontraba estragado intencionalmente. El octavo día comenzó la jornada por tierra con mucha mayor dificultad y trabajo, contada la hostilidad que desde la arboleda hacían los indios, no en verdad de consideración que le detuviera.

Cuando llegaron á las proximidades de la ciudad, aleccionados por los guías de Santa Catalina, rodearon por el sitio más difícil del bosque, desconcertando el plan defensivo de los vecinos, que consistía en atraer á los invasores al terreno en que pudiera cargarles una buena masa de caballería. Los infantes, indisciplinados, no supieron resistir el ataque, experimentado el efecto de los fusiles flibusteros, y acabaron por desbandarse á las dos horas de refriega, en que tuvieron unos 600 muertos.

Todavía hicieron defensa desde las casas, pero sin unidad ni concierto, ocupados los más en poner en cobro la hacienda, que fué tanto como contribuir á perderla.

Pienso con el citado Alsedo, una vez empezado el saqueo y seguido el incendio completo, que «no se deben repetir las atrocidades cometidas, porque son manchas de la historia los horrores de la crueldad y de la torpeza de aquellas fieras con figura de racionales».

La plata del Rey, ornamentos ricos de las iglesias, cajas de los mercaderes, habían sido embarcadas anticipadamente en

un galeón surto en el puerto, que se les fué de las manos llevando á las monjas y á muchas personas de las principales; sin embargo, en la ciudad destruída, en el puerto y alrededores hicieron botín muy superior al cálculo y esperanzas con que llegaban, amontonando el oro y plata en barras, moneda, joyas, perlas, mercancías, y hecha cuenta de los esclavos y animales, botín inmenso bastante para saciar los apetitos, si el de la codicia tuviera límite.

Cargado que fué todo en recuas, dispuso Morgan el regreso á Chagre, partiendo el 24 de Febrero de 1671 con más de 600 prisioneros, hombres, mujeres y niños, proponiéndose martirizarlos durante la marcha y obtener rescates de la riqueza oculta. A orillas del mar del Norte hizo registrar escrupulosamente uno por uno á sus satélites; arrasó las fortificaciones españolas; embarcó los efectos, dejando para el final de los preparativos de navegación el reparto de ganancias, hecho á razón de 200 reales de á ocho por persona, con escándalo é indignación de todos, que pasara á motín á no eclipsarse el buen inglés caudillo, marchando con la mejor parte de la presa y desprecio de los que se la proporcionaron [1], abandonados en sitio en que no pocos acabaron la carrera de las aventuras á manos de españoles estimulados por el soplo de la venganza, ó de los indios bravos del Darien perseguidores de las pieles blancas.

Morgan se despedía lógicamente del ejercicio de pirata, allegados los medios para transformarse en caballero, en propietario, en vecino de Jamaica, donde no se investigaba el origen de las fortunas, obtenidas, en general, por modos igualmente legítimos, que en la distancia de la metrópoli sólo se distinguían por el brillo; y así el capitán de pechelingues, honrado por el Rey de Inglaterra con título de teniente general, gobernó la isla en interinidades.

En cambio los pacientes tenían que sufrir encima del despojo el desconcepto ó la difamación, calificados de apáticos, viciosos y cobardes, merecedores de desdicha más grande

[1] Se apropió 400.000 pesos, según el autor de la *Historia de Jamaica*.

todavía por no ocurrir á los contemporáneos la reflexión que ha hecho un comentarista ahora [1]: «El aislamiento á que condenaron nuestros antepasados aquellos territorios, pudo en los principios defenderse con la brillante aureola de enérgico, inteligente y afortunado con que el pueblo español se había dado á conocer; mas cuando la energía fué á menos, y la inteligencia se manifestó igual si no superior en los extraños, y la fortuna tomó otros rumbos, la fortaleza moral, debilitándose á la par que el prestigio de la nación, hubo de reducirse al nombre únicamente y á un mero recuerdo de la grandeza que nos mantuvo por sí sola aún mucho tiempo el dominio de las Indias. La emulación y la curiosidad, al prever nuestra decadencia, quisieron penetrar en el secreto, y al imponerse de lo cierto por españoles ingenuos ó exploradores audaces, y al darse cuenta del engaño y de un poderío fantástico, se nos atrevieron á todo, y aun todos, hasta los piratas salidos de la escoria social. Lección severa que no deben olvidar las naciones.....»

Falta decir que, corrida la noticia del saqueo de Panamá, hizo diligencias de socorro el Presidente de Quito, y en mayor escala el Virrey del Perú, que lo era D. Pedro Fernández de Castro, conde de Lemos, enviando la armada de la mar del Sur que, ya que no sirviera contra el enemigo, remedió necesidades apremiantes [2]. Desatóse entonces la crítica, síntoma del malestar, en censuras recogidas en ciertas *Noticias*, ó más bien memorias dictadas quizá por la aspiración no satisfecha, pues tratan de autoridad que muchos públicamente elogiaron; pero, sea como quiera, son de atender, en cuanto á la manifestación de diferencias de doctrina *económica* en este virreinato y el de Nueva España, y porque contribuyen á la idea de cosas y personas del tiempo.

«En llegando á querer pasar de aquí (escribía el autor) para dar cuenta de lo demás que pasó en esta jornada, me lo im-

[1] Zaragoza, *Piraterías*.

[2] Hay relación impresa en Madrid en 1672 con nota de recursos llevados por la armada.

piden tres cosas que hacen mucho al intento de estas *Noticias.*

»La primera, que pagando S. M. 500 plazas en cinco compañías formadas para navegar, que de ordinario hay siete, como en esta ocasión las había, no se hallaron 200 hombres, y las compañías se quedaron en tierra y se crearon otras de nuevo, y aun fueron las cinco dichas del batallón de Lima, que se pagaron para la ocasión, y esto mismo se notará adelante en otros gobiernos y otras jornadas.

»La segunda, que habiendo teniente de capitán general de mar y tierra, que se creó para estas jornadas con sueldos muy crecidos, y general de la Armada, á quienes de derecho toca embarcarse, se quedaron en tierra y se nombraron otros que se embarcasen, á costa de crecidos sueldos que nuevamente se crearon.....

»La tercera, que teniendo S. M. galeones de guerra, que le cuestan tantas sumas de Hacienda, no sirven en estas ocasiones, y se fletan bajeles particulares.

»Por la muerte del marqués de Navalcuende, nombró el señor Virrey por su teniente de capitán general á su hijo primogénito el marqués de Sarria, niño de siete años.»

Aquí descubre el censor la malicia, porque no por medro embarcaba el conde de Lemos á su primogénito, exponiéndolo niño tierno á las molestias y peligros de la navegación y de la guerra, sino por ejemplo á los nobles y caballeros de Lima, rehacios en acudir al llamamiento de la obligación y de la autoridad para pelear con piratas. El R. P. Cappa observa [1] que lejos de ser censurable la acción del Virrey es de las comparables con la famosa de Guzmán *el Bueno*, teniendo evidencia de la *verdadera poesía* con que canta la estrofa del poema *Lima fundada*,

«Aprestará el socorro el grande Lemos;
Toda se ofrece pronta la nobleza.»

[1] Obra citada, t. XI, pág. 162.

# XII.

## SIGUEN LOS FLIBUSTEROS

### 1673-1680.

Falta de respeto á los Tratados.—Un pirata criollo de malas entrañas.—Contratiempos de sus camaradas.—Autorización al corso.—Ordenanzas especiales.—Embarcaciones.—Naufragio del almirante d'Estrées.—Pasan los flibusteros al mar del Sur.—Sus proezas.—Las flotas.—Colonia del Sacramento.—Cuestiones que suscita con Portugal.

La historia verdadera de los flibusteros, penetrando en las causas y efectos, sería muy larga de contar: el capítulo anterior apenas indica las manifestaciones exteriores de más bulto, suficientes á la evidencia de haber surgido en Indias la plaga de facinerosos marineros por hálito de los soberanos de Inglaterra y de Francia, interesados en cegar el manantial de donde España sacaba recursos con que resistirles y poco escrupulosos en servirse de medios contrarios á la cultura de que alardeaban. Se ha visto que ni la paz solemne de Aquisgram (1668), ni el especial concierto de Londres (1670), influyeron en el cambio de conducta de los gobernadores de Jamaica, Tortuga y Antillas menores, continuando las agresiones y robos de los *hermanos de la costa*, dando á entender que los capítulos firmados eran de letra muerta. Aunque cambiaran las circunstancias, no había alteración en los procedimientos; protestas de la enmienda no faltaban, salvo la buena fe con que se hacían.

A Mansfeld, al Olonés y Morgan, capitanes de banda muertos ó desaparecidos, sucedían otros, emulando por la reputación de más osados y feroces, y ambas se granjeó por breve espacio de tiempo un criollo habanero nombrado Diego Grillo, engendro diabólico, que hacía distinción entre españoles europeos y americanos, complaciéndose en torturar y dar fin á cuantos de los primeros caían en sus manos. Creeríase fenómeno psicológico el del odio intenso que sentía hacia los allegados de sus ascendientes y la preferencia y atracción que le rebajaban al comercio social con individuos de razas inferiores, si casos muy repetidos desde entonces no abrieran á los filósofos campo de estudio.

Grillo mandaba un bajel pirata de 15 cañones, con el que tomó al abordaje á otro mercante, de la navegación de la Habana á Campeche: batió sucesivamente en el canal de Bahama á tres, que armados habían salido en su busca, y en todos degolló sin excepción á los españoles nacidos al otro lado del Atlántico. Rendido á los pocos meses (1673), sufrió igual suerte, acabando la breve carrera de Caín.

Por este tiempo vivían algo más prevenidos en los pueblos, tomado el escarmiento de cabeza ajena. A falta de naves de guerra tenían artilladas las de travesía y cabotaje, aplicándolas á la represalia en ocasiones, especialmente las de la isla de Cuba, á las que las ofrecía la vecindad de Jamaica [1], y se habían alistado milicias en tierra. Las precauciones contribuyeron al fracaso de una expedición de 18 navíos preparada por M. d'Ogeron contra Puerto Rico y Santo Domingo y al castigo de algunas más en Nicaragua y Costa Rica, aunque no de una manera completamente satisfactoria. Ayudaron, con todo, á las constantes peticiones de los gobernadores á que en la corte se acabara con los escrúpulos y decidiera el recurso más eficaz contra los enemigos, sin reñir con los de

[1] En documento del Archivo de Indias se nombran 26 buques ingleses apresados, á saber: *Peter*, *Increase*, *Susanne*, *Anne*, *Mary and Rose*, *Biginning*, *Lennox*, *Virgine*, *Greysound*, *Freeship*, *Sea Flower*, *Sewell*, *William*, *Catron*, *Flyship*, *Rebecca*, *Openwell*, *Corinne*, *Walker*, *Fox*, *Normand*, *Dillon*, *Clarke*, *Browne*, *Parke*, *Coffin*. Pezuela, t. II, pág. 170.

la economía, el corso, que iba á proporcionar á las Indias naves de combate sin sostenerlas el Estado, sin que se distrajera un peso de las arcas reales. Se firmó la ordenanza especial á 22 de Febrero de 1674, con 19 artículos, cuya esencia era [1]:

Las presas se habían de repartir conforme al tercio vizcaíno. Los piratas aprehendidos serían castigados como tales. Hacíase merced del quinto, así como del casco, artillería, armas y derechos de cualquier especie pertenecientes á la Corona. Serían entregados los prisioneros para hacer justicia. Ninguna autoridad percibiría parte ni joya de las presas. Éstas se podrían vender en cualquier puerto sin pago de alcabalas ni de ningún otro tributo. Se reputarían los servicios en los navíos corsarios como hechos en la Armada real. Gozaría la gente de las preeminencias de la milicia. Podría usar pistoletes á bordo.

Los efectos de esta ley, la más liberal de las que en el particular han regido, señala el cronista de los flibusteros, Oexmelin, refiriendo el daño que causó á sus camaradas por aquellos que se lanzaban á la mar decididos á despojar al ladrón con la seguridad de repartirse en el acto lo ganado, sin procesos, diligencias, liquidadores oficiales, dilaciones ni filtraciones, y por cierto dice que no les dieron tanto que sentir los cruceros de 30 y 40 cañones como ciertas embarcaciones construídas expresamente para buscarlos en sus guaridas, embarcaciones de tablazón delgada de caoba, velocísimas, á modo de media galera.

Llamábanlas *piraguas:* tenían 90 pies de longitud, 16 á 18 de anchura en el centro, estrechando hacia las extremidades, y no tanto como á proa á popa; de puntal, cuatro á cinco pies. Montaban en la proa un cañón de nueve pies de largo y calibre de cuatro á seis libras de bala y en la popa cuatro pedreros. Navegaban á vela y remo, arbolando para lo primero dos palos, que se podían abatir sobre candeleros en el centro. Para lo segundo armaban de 36 á 44 remos, conduciendo

[1] Abreu y Bertodano, *Colección de Tratados.*

ordinariamente unos 120 hombres, y con toda la carga no calaban más de pie y medio.

En el año 1676 se hicieron notar los campesinos con la aparición en la costa de Nicaragua, tantas veces visitada, de banda flibustera de consideración que, subiendo por el río San Juan 180 leguas, sorprendió á la ciudad de Segovia y la saqueó, quemando la iglesia. Los expedicionarios remontaron después el Matina, encontrándose con el gobernador, D. Juan Francisco Sáenz, que había reunido 500 españoles y 200 indios y ocupado buenas posiciones. Desde ellas, aunque muy inferiores en número, derrotaron á los invasores, y persiguiéndoles en la retirada, antes que llegaran á la mar les tomaron tres piraguas, causándoles 200 muertos [1].

Cosa parecida ocurrió al francés Grammont, que habiendo corrido algunas poblaciones indefensas de Venezuela, desembarcó en la Guanaja de Cuba (1679) con 600 piratas, presumiendo sacar mejor partido que Morgan de Puerto Príncipe. Los vecinos, avisados con tiempo, abandonaron la población, levantando los comestibles, con lo que, sin permanecer más tiempo del necesario para registrarla, se retiraron faltos de qué comer, seguidos de la gente que esto esperaba para hostigarlos por los flancos y retaguardia, de modo que no dieran un paso sin sangre. La serenidad y disciplina les preservó de perecer todos; pero tuvieron que improvisar trinchera, defendida por una parte, mientras la mayor reembarcaba, sacrificando á 70 de los últimos en hacerlo.

Con estos precedentes de respeto y observancia del Tratado de paz de Nimega, se presentó ante el puerto de la Habana el vicealmirante conde Juan d'Estrées, gobernando escuadra de ocho navíos gruesos y varios de transporte de tropa, con apariencias amistosas é intención de reponerse de aguada y refrescos. El Gobernador le negó obstinadamente la entrada, lo cual hubo de mortificar á d'Estrées, que surgió en Matanzas [2].

[1] Carta del Gobernador al Rey, dando cuenta.—Peralta-Fernández.

[2] Pezuela, *Historia de la isla de Cuba*. Dice fué la aparición de la escuadra el 18 de Octubre de 1679.

Había llegado á las Indias esta armada en 1677 por vez primera á disputar á los holandeses las colonias de Guayana y de Tabago, isla en que estaban fortificados y donde riñeron combate sangriento, sin resultas decisivas. Volvió el mismo año reforzada en Brest y conduciendo tropas de desembarco á renovar el ataque de Tabago, que esta vez tuvo éxito, por haber volado con el almacén de pólvora el Goberdor de la plaza, el almirante Brinken y más de 300 soldados. La dicha animó al conde d'Estrées á repetir la expugnación en la isla de Curazao, hacia la que iba navegando con no bastante precaución, á juzgar por lo ocurrido, que fué encallar de noche y á la vez toda la escuadra en los arrecifes de Aves, haciéndose pedazos, sin que salieran á flote más que uno de los navíos, dos transportes y dos *brûlots*, que formaban la cola [1].

Decididamente era otro el aspecto de las Indias occidentales. El Presidente de Panamá había restablecido en Cartagena la armada de barlovento con un bajel de 250 toneladas, apresado á los enemigos; otro algo mayor, comprado al comercio en Portobelo, y un tercero, construído en Campeche; armada, aunque pobre, sostén y núcleo de las naves corsarias. El Rey de Inglaterra, en un período de contemplación á España por desavenencia con su rival más fuerte, había ordenado la cesación y aun persecución de la piratería, con lo que ofreció al mundo el espectáculo curioso del antiguo capitán

[1] Mr. Sue publicó relación del naufragio, escrita por el capitán de bandera del conde d'Estrées con fecha 2 de Junio de 1678 (t. III, pág. 238); las noticias posteriores de MM. Guérin y Martín proceden, al parecer, del mismo origen. Ninguno de estos autores menciona el viaje de la escuadra á la Habana, siendo de notar que el primero sienta haber permanecido el Conde en las Antillas hasta la paz, sin acometer ninguna otra empresa, «contentándose con el cumplimiento de las instrucciones de Colbert, que ordenaban se procurase los datos posibles acerca de los medios de atacar las posesiones españolas de América». Mr. Guérin escribe que después del naufragio se vino el Almirante á Francia, dejando el salvamento de los restos á cargo de flibusteros; mas la contradicción aparente desaparece consultando las *Mèmoires du marquis de Villette*, ilustradas con documentos relativos á una tercera campaña del conde d'Estrées en las Indias, y que por muchos conceptos ofrecen suficiente interés para darlos á conocer en el Apéndice á este capítulo.

de los ladrones, de Morgan, gobernador de Jamaica, ahorcando á sus camaradas ó entregándolos á los gobernadores españoles, que era la misma cosa [1].

Debieron los pechelingues persuadirse del mayor peligro de la profesión en parajes que, además, estaban excesivamente explotados, y volver al primitivo pensamiento de cambiar la mina, pasando al mar del Sur, que les brindaba con el sobrenombre de *Pacífico*. Al tanto se entendieron con los indios belicosos del Darien, no sometidos á los españoles, negociando el tránsito y guía por su territorio, que consiguieron en 1679, entrando la primera partida de 150 hombres, procedentes de Jamaica, por el golfo de aquel nombre al correspondiente en la costa opuesta, por la parte de Chepo. Hacía cabeza un Bartolomé Sharp, que por iniciación los dirigió al asalto de un fuertecillo construído con objeto de reprimir las correrías de los salvajes, pero no suficiente á contrarrestar el empuje de europeos endurecidos y desesperados como ellos.

Llegados á la playa, corriéronla en canoas de indios hasta el puerto de Perico, donde al ancla, descuidadas y con casi toda la gente en tierra, había dos naves cargadas de harina, pertrechos y pólvora con destino á Panamá, amén de 50.000 pesos en moneda. Hallaron, pues, cuanto pudieran desear para el principio de las agresiones que habían de verificar, siguiendo la escuela de las bandas del Norte, no solos, reforzados de los grupos que les siguieron por el mismo camino y por los que franquearon el estrecho de Magallanes con navíos fuertes .

A los últimos sirvieron de avanzada exploradora dos expediciones dispuestas por el rey Carlos II, desde Inglaterra, con objeto ostensible de dirigirse á China; la una, mandada por M. Juan Narborough, pasó el Estrecho en 1670 con un navío de 36 cañones y un pingue de cuatro; la otra condujo

[1] *A New History of Jamaica.* El autor agrega á la noticia con sentimiento: «Desde entonces empezó á declinar la Isla, quedando suprimida la riqueza que aportaban los filibusteros.»

[2] Alsedo, *Aviso histórico.*

el capitán Wood el año siguiente con otros dos bajeles semejantes. Ambas tantearon la costa de Chile, y habiéndoles hecho algunos prisioneros repasaron el Canal, volviéndose sin hacer daño. Sin embargo, pasada la voz por la costa cundió la alarma, recelando tratasen de hacer pie en alguna isla ó en el Estrecho mismo, por lo que el virrey del Perú, don Baltasar de la Cueva, conde de Castellar, mandó disponer dos navíos á cargo del almirante D. Antonio de Vea y del capitán Pascual de Iriarte para reconocer, como lo hicieron, la isla de Juan Fernández, el archipiélago de Chonos, la laguna de la Candelaria, siguiendo el uno al Magallanes, mientras el otro se detenía en los escondrijos contiguos á Chile; de modo que, el temor de males problemáticos, produjo bien positivo en adelanto de la Hidrografía, aunque no sin costo de entidad, porque el bajel *Rosario* varó al entrar en el puerto de Chacao, á 30 leguas de Valdivia, inutilizándose, y en la boca del Estrecho, corriendo con temporal furioso á palo seco, desapareció un bote en que iba á reconocer un hijo de Iriarte y 18 oficiales reformados, más la gente de boga, suceso que defraudó mucha parte de la satisfacción de no haber tales enemigos, y de haber fijado en la isla de San Esteban una lámina de bronce que sirviera de padrón ó anuncio posesorio [1].

[1] De estas comisiones, más útiles á la ciencia que á la guerra, trataron concisamente, el referido Alsedo en el *Aviso histórico*, y Vargas Ponce en la *Relación del último viaje al Magallanes*. Se conservan inéditos los diarios en la *Colección Navarrete*, tomo XX, con estos títulos:

*Relación diaria del viaje que ha hecho á las costas del estrecho de Magallanes, en el recelo de enemigos de Europa, D. Antonio de Vea. Al Excmo. Sr. D. Pedro Portocarrero, conde de Medellín, presidente del Consejo Superior de las Indias.* Salieron del Callao el 20 de Septiembre de 1675. Regresaron en Abril de 1676.

*Relación diaria del viaje marítimo y descubrimiento de las costas del Sur que hizo el capitán de mar y guerra Pascoal de Iriarte en el navío* NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO, *que continuó en el de la* SANTÍSIMA TRINIDAD, *desde la provincia de Chiloe hasta el estrecho de Magallanes y Tierra del Fuego, por el recelo de las poblaciones que se suponían hechas por el inglès en aquellas costas, siendo piloto mayor el capitán Guillermo de Echevarría. Año de* 1675.

Iriarte, natural del valle de Oyarzun, escribió á la provincia de Guipúzcoa carta concisa noticiando que el Virrey del Perú le había encomendado el reconocimiento del estrecho de Magallanes, creyendo haber poblado el inglés; ejecutó la empresa;

Si por este procedimiento salió fallida la investigación de lo intentado por los enemigos, no se sacó más en claro de las declaraciones de los prisioneros hechos en la costa de Valdivia, enredándolas Carlos Enrique Clerk con mil cuentos contradictorios, en los que blasonaba de católico, afirmando estar ordenado de sacerdote. El se dió maña para entretener doce años á los tribunales de Lima antes que pudieran probarle que había sido enviado por el gobernador y ministros de Jamaica para reconocer las costas [1].

Mucha confusión hay en los nombres, en el número y en las acciones, siempre temerarias y las más veces felices, de los foragidos en el Pacífico, que consiguieron vivir á costa del país, saquear é incendiar haciendas y pueblos, impedir la navegación y hacer veinte veces más daño de lo que robado utilizaban, sin que hubiera cosa segura de ellos desde California al Cabo de Hornos. Alsedo, con evidente error en la ortografía, nombra como cabecillas del principio á *Charps*, *Guarlen* y *Bolmen;* el R. P. Cappa, habiendo consultado á los modernos historiadores de Chile, á Coxon, Harris, Bournano, Sawkins, Sharp, Kook, Alleston, Bowe, Watling y Macket, á los que deben agregarse por conspicuos William Dampier y Cowley, hábiles cincumnavegantes [2], y Swan Waffer, cirujano y escritor.

Contar que asaltaban ciudades, rompían ejércitos, y con la vista sola señoreaban barcos ó castillos, es pura novela: en el mar del Sur, lo mismo que en el otro, la táctica era igual: so-

vió ser falso; perdió un hijo; regresó, y el Virrey, satisfecho, le otorgó recompensa. Copia en la *Colección Vargas Ponce*, leg. II, núm. 178.

[1] Alsedo noticia haber entrado por el Magallanes con una fragata de 40 cañones el año 1670, y haber desembarcado en Valdivia, donde el Gobernador desbarató á su gente y le prendió, remitiéndole á Lima. Fenecida la causa sin requisito que le excusase del último suplicio, justificado ser efugios las exenciones con que quiso librar la vida, se le impuso la pena ordinaria de garrote en Diciembre de 1682. A pesar de las afirmaciones repetidas en las reseñas de los virreinados del conde de Lemos y del duque de la Palata, leídas las *Noticias del viaje que hizo desde Inglaterra á la mar del Sur Carlos Enrique Clerk* (colección de cartas copiadas en la general de Navarrete, t. II, núm. 22), me inclino á creer que no era comandante de expedición, sino oficial de la de John Narborough.

[2] *A New Voyage Round the World by William Dampier.* London, 1697.

lían ayudarse de la sorpresa como verdaderos salteadores, que no iban por oficio á buscar balazos, sin dejar de recibirlos y de devolverlos con destreza y corazón, en casos de necesidad ó de presa que valiera la contingencia; con lo que dicho se está no estaban exentos de contrariedades, por las que su tanto por ciento dejaba los huesos en abono de la madre tierra. En Arica, por ejemplo, perdió Watling la mitad de su gente; en Paita no halló más agradable recibimiento. Bolmen, que por haber residido en Lima fingiéndose irlandés, conocía los puntos endebles, murió en Tumaco; Guarlen acabó en otra refriega; Sawkins no gozó lo garbeado.

En cambio, estragaron fincas sinnúmero en el litoral; fueron azote de los pueblos; apresaron muchos buques del comercio, deparándoles la suerte uno de Guayaquil con riqueza; saquearon el puerto importante de Coquimbo y la villa de la Serena, llenando muchos la mochila lo bastante para pensar en retirarla. A dos navíos armados que despachó tras ellos D. Melchor de Liñán, arzobispo-virrey, no hicieron cara; mientras una parte de la banda, hurtando el rumbo desde las islas de Juan Fernández, se dirigía de nuevo al Perú, otra, la satisfecha, se largaba por el estrecho de Maire, y del número era, según parece, la de Sharp, que llegó con felicidad á Londres sin que nadie inquiriera la procedencia.

Por efecto de la intranquilidad que los flibusteros producían, se interrumpió el reconocimiento de las costas de California que había continuado el capitán Francisco de Luzenilla y Torres [1]; en lo que no se hizo novedad fué en la navegación periódica por ambos mares de las flotas y galeones, á que los piratas no se atrevían, y que, desde el principio del reinado, condujeron á la metrópoli considerable tesoro sin desgracia ni merma, por diligencia de los generales príncipe de Montesarchio, Manuel de Bañuelos, ya marqués de Ontiveros; Diego de Ibarra, Nicolás de Córdova, Enrique Enríquez, José Centeno, Francisco Martínez

[1] En el catálogo de biblioteca de D. José Fernando Ramírez, en Méjico, se menciona *Relación del viaje á California hecho por el capitán Francisco de Luzenilla y Torres, año* 1666. Ms. No la conozco.

de Granada, Pedro Corbete y Diego de Córdova, si molestados no obstante con frecuencia y vejados á las veces por formalismos de los jueces de la Casa de la Contratación, recompensados con gobiernos y capitanías generales de las colonias, ó con títulos de Castilla [1].

La palabra última evoca el recuerdo de ocurrencia que no estará dislocada en el capítulo compuesto con hechos de los que se apropiaban lo ajeno contra la voluntad de su dueño.

En el tiempo que Portugal estuvo unido á la corona de España, se habían borrado los límites del Brasil y de las posesiones contiguas, extendiéndose por las del Paraguay aquellos colonos, activos y emprendedores. Llegó á reconocerse la independencia del reino lusitano sin que los linderos se repusieran en el antiguo estado, y de aquí se originaron conflictos, causándolo grave el gobernador de Río Janeiro, Manuel Lobo, por entrarse en la villa de los Santos en Octubre de 1679, y desde ella avanzar hasta las aguas del Río de la Plata, donde eligió sitio de buenas condiciones y erigió fortaleza con nombre de *Colonia del Sacramento*. El Gobernador del Paraguay reclamó contra la intrusión, haciendo diligencias amistosas que resultaron ineficaces, visto lo cual decidió emplear la razón última el jefe de la Plata, D. José Garro, tomando la ciudadela por asalto el 7 de Agosto de 1680 y haciendo prisionero á Lobo, que murió de pesar [2]. Llegada la nueva á Madrid y á Lisboa, se procuró no extremar la cuestión, tratándola diplomáticamente con harta flojedad de nuestra parte, y llevando la consideración y con-

[1] Hacen referencia á los viajes documentos ms. de la Academia de la Historia, *Colección Salazar*, N. 57, folios 62 y 80 con título de *Breve compendio de lo que contienen las veinte relaciones que con carta de 25 de Octubre de* 1678 *remitió la Casa de la Contratación, que comprenden los gastos de ida de los galeones del cargo del general D. Enrique Enriquez y flota de Nueva España del cargo del general D. Diego de Córdova.*

[2] *Relación de lo subcedido desde el mes de Noviembre del año pasado de* 1679 *hasta el mes de Octubre del presente año de* 1680 *con los portugueses del estado del Brasil que vinieron á poblar siete leguas del puerto de Buenos Aires hacia el NE. en las islas y tierra firme de San Gabriel, de la otra banda del Rio de la Plata.* Ms. Academia de la Historia, est. 13, gr. 7, núm. 696-2. Contiene la correspondencia de los gobernadores portugués y castellano.

descendencia por amor de la paz [1], á desaprobar el proceder del Gobernador de Buenos Aires, reintegrar á los portugueses en la colonia nueva del Sacramento, con devolución de la artillería, armas y pertrechos tomados, consignando las condiciones en un tratado que se llamó provisional y que, á más de éstas, sentaba la de que los ocupantes no podrían aumentar las fortificaciones ni hacer reparos de otro material que tierra, entendiéndose el acuerdo sin perjuicio de los derechos de posesión y propiedad de una y otra Corona, derechos que examinaría una comisión de plenipotenciarios, pronunciando sentencia, y en caso de discordia se sometería la decisión al arbitraje de Su Santidad el Sumo Pontífice [2].

El Congreso se reunió en Badajoz, haciendo patente la divergencia de opiniones y el propósito en los comisarios de Portugal de sustentar las doctrinas expuestas desde la época del Emperador en las Juntas análogas, en que se trató de decidir cuestiones relacionadas con la famosa línea de demarcación, por más que fueran muchas y muy luminosas las informaciones que se hicieron [3]. Al fin se separaron

[1] *Razones que ha tenido castilla para restituir á Portugal la isla de San Gabriel y su adyacente de tierra firme.* Ms. en el mismo legajo.

[2] Se firmó el tratado en 7 de Mayo de 1681. Está comprendido en la *Colección* de Abreu y Bertodano.

[3] Contiene el referido legajo de la Academia de la Historia éstos:

*Descripción de la demarcación de los Reyes de Castilla.* Ms.

*Discurso hecho por el capitán José Gómez Jurado, natural de la ciudad de Gibraltar, sobre la línea de demarcación. Año* 1680. Ms.

*Memorial y manifiesto hidrográfico en que se demuestra que todo el Rio de la Plata y su isla de San Gabriel, y todas las demás islas y tierras que baña este caudaloso rio, son y pertenecen á las conquistas y dominio de la corona de Castilla. Dirigido al Duque de Medinaceli, primer Ministro, por el maestro en Teología Fray Ignacio Muñoz, del orden de predicadores.* Ms. original.

*Parecer dado por D. Juan de Andosilla en Madrid á 28 de Noviembre de* 1680. Ms.

*Pruébase estar el cabo de Santa María, entrada del rio de la Plata, en la demarcación de la corona de Castilla, fundándolo, para mayor demostración, en las cláusulas del derrotero portuguès que dejó ordenado Luis Serrano Pimentel, cosmógrafo é ingeniero mayor del reino de Portugal, sacado á luz este año de* 1681 *por Manuel Pimentel, su hijo y sucesor en los cargos.* Ms.

*Respuesta á los geógrafos de S. M. Católica, firmada por los secretarios portugueses D. Diego Holguin de Figueroa y Ayres Monteiro.* Ms.

*Theses mathematicas da esfera enavtica. Preside Lvis Serrano Pimentel, cosmografo mór e Engenheiro mór do Reyno e Senhorios de Portugal, Teniente general da Arte-*

los deliberantes, decidida la apelación al tercero en discordia [1].

---

## APÉNDICE AL CAPITULO XII

**Noticias de la tercera expedición del almirante francés conde d'Estrées á las Indias en 1680.**

Refiere el marqués de Villette en las *Mémoires* frecuentemente citadas en este libro al tratar de la guerra de Sicilia, que obtenido por el conde d'Estrées el alto empleo de mariscal de Francia, no queriendo estar ocioso, solicitó y obtuvo el mando de una escuadra de cinco navíos (comprendido el de su cargo), una fragata y un *bruslot*, para volver á las Indias. Allí corrieron la Costa firme, y nada había visto (dice) comparado con la riqueza de Cartagena. El Gobernador, con séquito de 25 maestres de campo, les recibió ostentosamente: un vecino invitó al disertante á almorzar, haciéndolo en una mesa de 22 cubiertos, con vajilla de oro. Supo que el anfitrión tenía 2.000 esclavos, y observó que «estas gentes, aunque españolas de origen, menospreciaban á los españoles europeos».

En Cumaná vieron un navío de Nueva España que estaba en carena; propuso el Mariscal apresarlo ó quemarlo, y pareciéndole *razonable* lo

*lharia com exercicio em qualquer das Provincias do Reyno. Defendem Francisco Pimentel e Manuel Frade de Oliveira.* Impreso en folio, s. a. n. l.

[1] El alegato formado para el árbitro, que empieza con resumen histórico de los descubrimientos de Portugal y de Castilla, tratado de Tordesillas, descubrimiento de Solís, expedición de Sebastián Caboto y sucesivas, examen de los títulos de una y otra Corona, razonamiento de los derechos de España, trabajo erudito acompañado de una carta geográfica de Juan Teixeira, se titula:

*Manifiesto legal, cosmográfico y histórico de defensa del derecho de la Magestad Católica del muy Soberano y Poderoso Rey de las Españas Don Carlos Segundo, y de la sentencia pronunciada por los Jueces Comisarios Plenipotenciarios en 20 de Febrero de 1682 en el Congreso de las dos coronas de Castilla y Portugal, celebrado en Badajoz para la decisión de la propiedad de las demarcaciones de la América y sobre la situación de la Nueva Colonia del Sacramento que al margen septentrional del Rio de la Plata embió á fundar el Seremmo. Señor Principe Don Pedro, Gobernador y Regente del Reyno de Portugal en el año pasado de 1679. Escrito por D. Luis de Cerdeño y Monzón, caballero del orden de Santiago, del Real y Supremo Consejo de las Indias, Juez Comisario y Plenipotenciario del Congreso.* Impreso en 94 hojas folio, s. a. l. n.

En la Academia de la Historia, ms., se guarda *Copia de los autos que resultaron de las conferencias tenidas á la raya de Portugal entre los comisarios de este reino y los de Castilla sobre la colonia del Sacramento.* Est. 26, gr. 4. D. 30.

último, le autorizó para la ejecución, dándole un *bruslot*, pues si bien no estaban en guerra con España, les estaba, sin embargo, permitido, en razón al comercio de Cádiz, apoderarse de los bajeles de Méjico. «El Conde llevaba instrucción expresa de buscar á la flota y atacarla, siendo éste el objeto principal de la expedición.» Ocurrió que el jefe de escuadra, monsieur Gabaret, quiso para sí la empresa del incendio, originando disputa y contestaciones, por las cuales quedóse el navío español tal como estaba.

Pocos días después tuvieron la sorpresa de encontrar á la vela una escuadra de cinco navíos pertenecientes al elector de Brandeburgo. Nadie sospechaba que este príncipe tuviera bajeles en mares tan lejanos: hiciéronse los preparativos de combate, mas todo se redujo á saludos y vivas, «en que los buenos alemanes excedieron».

En la Trinidad tuvieron aventura desagradable al ir bote á tierra con una carta para el Gobernador de la isla; al aproximarse le hicieron dos descargas de mosquetería, y á más salió una piragua con 40 hombres armados; pero aunque fueran tres contra uno, bastó que los franceses se mostraran decididos, con las pistolas en la mano, para que los respetaran. No acudió el Mariscal á la indicación de destacar las chalupas y vengarse de cualquier modo de «estos miserables»; se satisfizo con que durante la noche clavaran en la playa un rótulo en castellano expresando «que había de maravillar en Europa la cobardía y barbarie de los españoles-americanos, tan diferente de la generosidad de que blasonan los españoles naturales».

Monsieur d'Estrées refiere el incidente con bastante diferencia en sus despachos oficiales, agregando, que no habiéndole satisfecho la carta del gobernador español D. Gil Curiel y Cárdenas contestando á su reclamación, «dejó, sin embargo, de castigar tanta barbarie é insolencia, porque en el caso de hacer desembarco para aprehender alguno de esta canalla y ahorcarlo con letrero, hubiera tenido que marchar la infantería con fango á la rodilla; el reembarco se hubieran verificado con mayor dificultad y pérdida segura, y acaso sin alcanzar á los españoles por la proximidad del bosque, que casi tocaba al reducto, y no hubiera dejado de publicar que, llevando la escuadra por objeto tomar á la isla Trinidad, había sido derrotada. Cañonear el fuerte con los navíos, tampoco se podía, vista la imposibilidad de aproximarse».

Esta forma de producirse, tratándose de nación con la que debía guardar el estado de paz, da la pauta de las intenciones y de la buena fe del «más grande de los reyes», y justifica el proceder del Gobernador de la Habana negándose á admitir en el puerto á un almirante que con tanto

celo cumplía las instrucciones reservadas de acechar á las flotas, procurando atraparlas. Extracto los documentos en que lo acredita.

### MEMORIA REDACTADA EL 24 AGOSTO DE 1680 EN LA RADA DE PETIT-GOAVE [1]

«La navegación á la costa de Tierra-firme ha sido más cómoda que la del año precedente, consintiendo los vientos ejecutar puntualmente las instrucciones. *Se han reconocido los puestos* indicados; se ha buscado *á la escuadra española á lo largo de la costa* en extensión de 120 leguas; pero *la Vera-Cruz la ha librado del peligro*, teniendo la suerte de pasar durante el mes de Abril sin sospechar lo que la aguardaba, porque ha creído conveniente *mantener reservado el designio de atacarla* hasta el momento del encuentro.

»He sabido que *se compone de cinco navíos* armados en Cartagena, y de tres venidos de España, que se han juntado; mas no es dudoso *que se hubieran visto muy embarazados, en caso de encuentro*, con no más de cuatro *de éstos del Rey*. Como en parte proceden de Cartagena y han estado un año en la mar, me lisongeaba de dar con ellos á la vuelta; si esto ha faltado á mi satisfacción, el conocimiento adquirido en estas últimas campañas *son tan ciertos que casi puede responderse* de habernos puesto en disposición de atacar en cualquier parte á los galeones *cuando plazca á su Magestad, y de tomar las plazas más fuertes de América con mediana fuerza y gasto*, dejando de considerarlas por *la importancia de la conquista*.

»*He aprendido de los españoles* muchas cosas, confirmándome en la opinión *de que podría obligárseles á partir las riquezas de las Indias*, pues creo es factible *fortificarse en el mar del Sur é impedirles la navegación;* pero preciso es entrar en detalles de lo ocurrido en los puertos en que han estado los navíos de su Magestad. *Estoy persuadido* de que la sincera relación que voy á hacer no disminuirá la idea de *la debilidad de los españoles en América*.»

En Santo Domingo envío un jefe á visitar al Gobernador y pedir la entrega de los prisioneros franceses que tuviera, advirtiéndole que los establecidos en la costa Norte de la isla eran súbditos de S. M., garantidos por tres tratados de paz y gobernados por autoridad legítima. Convino en la entrega de los prisioneros, mas no en lo demás. Gobernaba interinamente D. Francisco de Segura, criollo de la isla y al parecer de no gran inteligencia. La guarnición sería de unos 120 hombres.

[1] Las frases de letra cursiva están así impresas en el original de que se traducen.

En Santa Marta mandaba un caballero de Vizcaya nombrado D. Ignacio de Espinosa; parecía avergonzado de la mezquindaz de la plaza, donde el Rey mantiene guarnición de 50 hombres. Admiró que después de doscientos años que los españoles poseen las Indias no hayan encontrado medio de fortificar punto tan importante, puerta del nuevo reino en país rico y delicioso, con puerto para 100 naves. Vinieron á bordo todos los oficiales de guerra, que eran un capitán y un alférez, acompañados del superior de los frailes, criollo como ellos. No dejaron de quejarse á los postres de la comida de la dureza del Gobierno de España que saca el dinero de las Indias, les obliga á pagar mercancías carísimas, no los defiende de los corsarios, ni tampoco de los indios.

No perdía el Almirante semejantes ocasiones para dar á entender á estos pueblos *el poder del Rey y sus heroicas virtudes*, librándoles de la ignorancia estúpida de las cosas de Europa en que el Consejo de España los mantiene deliberadamente.

Se creería que los españoles de la Península y los de acá son de naciones distintas: los americanos son de natural dulce y tranquilo, sin el orgullo y la severidad de los otros, que los tratan con mucho rigor, imperio y dureza, por donde entiendo *que pudiera acontecer tal revolución á la Monarquía española, que estos pueblos* ELIGIERAN *la dominación del Rey con preferencia á la de cualquiera otro príncipe*, persuadidos de su poder, de su justicia y de su valor.

En cuanto á los indios, conservan odio tal á los españoles, que no sería difícil sublevarlos.

El Gobernador de Cartagena tomó precauciones á vista de la escuadra y ocultó los sucesos de los flibusteros en Panamá. Á la demanda de prisioneros franceses dijo no tener más que un tal Champagne, detenido hacía once años en la cárcel de la Inquisición. Ante la amenaza de detener por represalia los buques del comercio, hizo al fin entrega de este capitán de flibusteros, que puede ser de mucha utilidad porque conoce bien á los españoles y á los lugares de Cartagena.

Los paseos de los oficiales sirvieron para tomar nota y figura de todas las fortificaciones.

## MEMORIA REDACTADA EN FORT-ROYAL DE LA MARTINICA EL 20 DE OCTUBRE DE 1680.

Ha recibido las órdenes de atacar á la escuadra española guardacosta, y en caso de no encontrarla, de hacer saber á los Gobernadores la decisión

de batirla por haberse negado al saludo y restitución del barco luengo apresado el año anterior. Antes de llegar los despachos tenía propósito de buscar y atacar á la escuadra, valiéndose de ambos pretextos; pero no había caído en que conviniera al servicio de S. M. anticipar el designio á los Gobernadores de las plazas españolas si la fortuna no le favorecía con el encuentro; al contrario, le parecería que la publicación no era medio el mejor para conseguir el propósito, pues la escuadra española se guardaría y acaso le negaran la entrada en puertos que pensaba visitar. Por otro lado, batida la escuadra sin que se supiera que tenía orden de hacerlo, quedaba S. M. en aptitud de dar á la acción el color que conviniera á su servicio.

Tenía averiguado desde que estuvo en Cartagena que el barco luengo no fué apresado por la escuadra de Quintana (la de barlovento), sino por un buque de Portobelo que no depende de su autoridad; así que, secretamente, despachó dos navíos con objeto de apresar al de Portobelo, y de haberlo conseguido, pensaba declarar al Gobernador de Cartagena que, no contentándose con esta satisfacción, buscaría al referido Quintana, suponiendo siempre que él había ordenado la captura del buque de S. M.; mas todos estos proyectos fallaron.

Según los datos proporcionados por el flibustero Champagne, la escuadra española se componía de cinco bajeles, gobernados primeramente por Quintana; y habiéndose mantenido veinte meses en la mar cruzando desde Cartagena á Cumaná, donde hizo algunas presas de barcos ingleses y franceses, había entrado el mes de Marzo último en la Habana, donde el Comandante fué depuesto y preso, acusado de ciertas faltas: habían puesto en su lugar á un tal *Hastina*, que marchó con la escuadra á carenar en Veracruz; que además de éstos cruzaban otros dos buques sobre Puerto Rico.

### MEMORIA REDACTADA EN LA RADA DE CHEF-DU-BOIS, MARTINICA, EL 2 DE DE MARZO DE 1681

Ha hecho otro crucero en Costa-firme y surgido en la Margarita. Ocho días antes había pasado la escuadra española con 10 navíos, dos de ellos pequeños. Estaba todavía mandada por Quintana, por no haber llegado de España el que le había de relevar. La buscaron por toda la costa, teniendo al fin la satisfacción de avistarse á barlovento cinco velas que en buena disposición arribaron, cargando las velas mayores, mas con desilusión de unos y otros reconocieron no ser españoles.

Á la capitana de M. d'Estrées vino esquife con oficial á saludarle y dar aviso de ser aquellos bajeles del Elector de Brandeburgo. Participó haber capturado en Europa el convoy que iba desde Ostende á Cádiz, y que tenía orden de atacar á los navíos y á los puertos españoles en América. Sabiendo que á lo mismo iba la escuadra francesa á las Indias, se ofrecía el Almirante á coadyuvar á cualquiera empresa. Monsieur d'Estrées dió gracias, contestando que contaba con fuerza para llenar la misión de que estaba encargado y les deseaba buena suerte en la suya.

Documentos son éstos de los que se dice «no necesitan comentarios».

# XIII.

## MÁS DESDICHAS.

### 1680-1684.

Bodas reales.—Ataques de los berberiscos.—También los alemanes codician las flotas de la plata.—Los bate el marqués de Villafiel.—Pérdida de la plaza de la Mámora.—Invención de bajeles bombarderos.—Su estreno en Argel.—Nueva guerra con Francia.—Presas de Papachino.—Génova destruída.—Efecto que produce en la opinión.—Hazaña discutida.—Combates de galeras contra navíos.—Corsario digno de fama.—Tregua.

La pluma se desliza perezosamente obligada á trazar uno en pos de otro cuadros de tristeza, sin que de vez en vez interrumpan la serie ráfagas luminosas de las que, en la alternativa que suele constituir la vida de las naciones, hacen llevaderas las adversidades.

Creyérase que las bodas reales, las fiestas con que se celebraba la entrada en Madrid de María Luisa de Orleans, señalaban el principio del año 1680 con piedra blanca, al uso antiguo, á no amargarlas nuevas de inundaciones, huracanes, terremotos, peste y hambre en las provincias; de la aparición de escuadras francesas en Nápoles y Cerdeña haciendo reclamaciones ó pidiendo indemnización de perjuicios, más imaginados que recibidos, por obsequios de la alianza matrimonial; de la disposición de los moros de Berbería, que asaltaron al Peñón de los Vélez y acometieron á Ceuta con fuerzas rechazadas por una especie de prodigio.

Como si fuera poco, vióse en el cabo de San Vicente una

escuadra con bandera no conocida de los marineros, cuya actitud nada menos que amistosa parecía, y era, en efecto, insignia de enemigo nuevo. Durante la guerra de Alemania y Suecia, el elector de Brandeburgo Federico Guillermo [1], había fundado marina reuniendo los elementos del Ansa. A principios del año 1680 arbolaban la bandera de Brandeburgo 28 naves de propietarios holandeses, dinamarqueses ó de Hamburgo; uno sólo pertenecía al Elector, pero obedecían todos á su inspiración.

Quejoso del Gobierno de España por no haberle reintegrado de los gastos hechos durante la guerra con Francia, dirigió la primera de sus empresas navales contra los estados de Flandes, despachando desde el puerto de Pillau su escuadra, compuesta de seis bajeles y un patache, armada con 165 cañones y 700 hombres.

El 18 de Septiembre encontraron en la mar al navío *Carlos II*, de Ostende, buque de 28 piezas de artillería, que no pudo resistir el ataque inesperado de los alemanes; y envalentonados con la presa descendieron hacia la costa de Portugal, llevando instrucción de apoderarse de las flotas indianas que debían llegar por entonces á Cádiz *(silverflotte)*, y de perseguirlas en las Antillas si no daba resultado la espera. Pero lo tuvo inmediato: los alemanes descubrieron buen grupo de velas navegando en dirección del cabo; las cortaron el camino á cañonazos, sólo que los recibieron doblados; porque su inexperiencia en el oficio les hizo confundir á los galeones deseados con los de la escuadra del marqués de Villafiel, procedente de Vigo para escoltarlos. Confesando el error, escribió el almirante Tomás Aldersen que tuvo en la escaramuza 10 muertos y 39 heridos, y que dispersos sus navíos se refugiaron en Lagos, mientras los que constituían su objetivo entraban tranquilamente en Sanlúcar [2].

La escuadra brandeburguesa continuó por la costa de

[1] Padre de Federico III, que adoptó en 1701 el título de rey de Prusia.

[2] *Brandeburgo. Prusia en la costa occidental de África. Memoria publicada por el Estado Mayor.* Berlín, Mittler und Sohn, 1885. Traducida por D. Saturnino Jiménez. *Revista Contemporánea,* 15 de Abril de 1886, t. LXII, pág. 35.

Africa para instalar colonia en la isla de Arguín, y de allí destacó cinco navíos al mar de las Antillas con no mejor dicha: la *silverflotte* se desvaneció como ilusión fantástica.

Influyó la aventura con las del curso ordinario para enviar á Flandes al almirante Nicolás de Gregorio, conduciendo en los bajeles nuevos del asiento de D. Miguel de Oquendo al príncipe de Parma, escoltado por un tercio de infantería.

Recrudecida en tanto la hostilidad de los berberiscos, en Abril de 1681 atacaron de improviso á la Mámora, plaza tan desprovista y descuidada como las demás; contaba entonces con 160 soldados útiles y hasta 273 pobladores, inclusas las mujeres. El alcaide Omar la asaltó de noche con mucha gente, por tres partes distintas; consiguió ganar la torre de San Antonio, y sucesivamente las del recinto exterior en que estaban los pozos; y seguro de la rendición con esto, suspendió el ataque acudiendo á impedir la llegada de socorro, para lo que levantó baterías, dominando por ambos lados el paso de la barra. Aconteció, por mayor desgracia, volarse un depósito de pólvora, muriendo algunos soldados y quedando el gobernador, maestre de campo D. Juan de Peñalosa, con la cabeza y manos chamuscadas, con lo que desmayaron los de la guarnición, y tumultuosamente requirieron á los jefes la entrega al Emperador de Marruecos, que con mayores fuerzas se había presentado ante la plaza, llamado por Omar [1].

Casi al mismo tiempo murió en una salida de Orán, con la mayor parte del presidio, su Gobernador, dando mucho cuidado en tanto llegó á sustituirle D. Gaspar Portocarrero, conde de la Monclova, con refuerzos de mar y tierra. De todas partes surgían dificultades y preocupaciones, no siendo escasa la de la guerra del turco, que amenazaba otra vez á Europa con el ejército inmenso con que había entrado por Hungría. Gracias á que fuera momentánea la que dieron 17 navíos de Brandeburgo y Dinamarca, volviendo al olor de la

[1] Procesados el maestre de campo Peñalosa y capitanes á sus órdenes, después de tres vistas fueron absueltos con nota de buenos soldados. Refiere extensamente la capitulación D. León Galindo y de Vera en la *Historia de las posesiones en la costa de África*.

*silverflotte* (1682), por la prontitud con que los desalojaron las escuadras de Papachino y del marqués de Villafiel [1]. Francia nos procuró diversión ó pausa hacia el Mediodía, por la jornada con que se propuso castigar en los argelinos las piraterías cometidas en buques de súbditos suyos, ensayando un invento de que había de hacer adelante frecuente aplicación.

No era misterio que el puerto de Argel, tal como estaba defendido después de los tiempos de Barbarroja, con muelle exterior, sobre el que en toda la extensión corrían baterías rasantes abovedadas, era inexpugnable á los bajeles. Por ello el fracaso de cuantas escuadras europeas lo habían amagado y la soberbia de los Deys, fundada en la persuasión de poder ofender y retar impunemente á los príncipes cristianos. Un ingeniero vasco-francés, Bernardo Renau Elisagaray, designado vulgarmente Petit-Renau por la exigua estatura, concibió la idea de emplear los fuegos curvos; es decir, las bombas lanzadas con morteros, que de tiempo atrás se usaban en el asedio de las plazas, para destruir las naves del puerto y las casas de la ciudad, ocultas detrás de los espesos muros de granito. La dificultad consistía en discurrir los medios de poner á flote el disparador, el mortero; de construir embarcación de suficiente resistencia al disparo, sin perjuicio de las condiciones requeridas para la locomoción; dificultad que no supo vencer D. Juan de Austria en el sitio de Barcelona; pero contra la que Elisagaray fué más feliz, dirigiendo la fábrica de cinco, que resultaron sólidas y marineras. Eran menores que los bajeles ordinarios, de fondos macizos, con asiento de mampostería hidráulica para los morteros; un palo con vela cuadra al centro, y otro con mesana latina; llamólas galeotas bomberas (*galiotes à bombes*), y dispuso en cada una dos morteros y cuatro cañones.

Tuvo encargo de experimentarlas el almirante Duquesne, abrigándolas con su escuadra y haciéndolas remolcar por galeras hasta el sitio á propósito donde empezaron á funcionar

[1] *Colección Sans de Barutell*, artículos 3.° y 4.°, núm. 1.578. Con este motivo salió también á la mar la escuadra de Guipúzcoa, al mando de D. Millán Ignacio de Iriarte.

en la noche del 9 de Agosto (1682), enseñando á los argelinos el terrible efecto de un arma que, si entonces tenía justa aplicación, mil veces ha vengado posteriormente en poblaciones inofensivas actos de que eran inocentes.

Segunda vez se presentó el Almirante francés en el verano siguiente, aumentadas á siete las máquinas destructoras que despidieron sobre la perla de Berbería 3.500 bombas y 130 proyectiles con mixtos inflamables, dejándola bien cambiada.

Nuestras fuerzas navales se hallaban por entonces en Gaeta, al tanto de los movimientos de las de Turquia [1], con importante variación en el personal. Falleció este año el marqués de Villafiel, gran pérdida, y habia sido nombrado en propiedad capitán general de la Armada del mar Océano el conde de Aguilar [2], que á poco recibió órdenes de concentrar á los navíos en Cádiz para atender á otras necesidades, no de las que causaran sorpresa, bien entendido. Enrique IV, el belicoso rey de Francia, solía decir «que no había cosa que mereciera pensarse tanto como una declaración de guerra» [3]; su sucesor Luis XIV la tenía siempre pensada; conocidas la flaqueza de España y las condiciones del que la regía, encaminábanse los cálculos de su política á despojar á éste ó á heredarle. Las paces de tiempo en tiempo estipuladas, los convenios de alianzas matrimoniales, marcaban períodos de espera ó de preparación, sin desviar un punto la mira.

Ahora, suficientemente dispuesto, volvió á invadir los estados de Flandes, obligando á la Corte de Madrid á la declaración de represalia (26 de Octubre 1683), cualesquiera que fuesen las consecuencias, y no se hicieron esperar: invadida Cataluña, sitiada Gerona, rendida en el Norte la fortísima plaza de Luxemburgo, que era de momento la presa codiciada.

En nuestras aguas no hubo ocurrencia notable, por no visi-

[1] *Colección Sans de Barutell*, art. 3.°

[2] Don Rodrigo Manuel Fernández y Manrique de Lara, conde de Aguilar y de Frigiliana. Se le expidió el título en 2 de Mayo de 1683.

[3] *Mémoires du Duc de Sully.*

tarlas las escuadras francesas; el almirante Papachino, que cruzaba en el estrecho de Gibraltar con seis bajeles, apresó en combate á uno de aquella nación que navegaba suelto, á otro argelino de 40 cañones, y á un convoy de seis holandeses mercantes, conductor de piezas de arboladura y jarcia con destino á Tolón [1]. Esto fué todo, fija la atención más al Oriente.

Nunca dejaron de tener en la memoria los franceses el acto de Andrea Doria, separando con su persona á la Señoría de Génova del protectorado antiguo, para colocarla bajo el de España. Quisieron en tiempos de Francisco I vengar la decepción por manos de Barbarroja, abriendo á los turcos las puertas de tierra [2]; procuraron en los sucesivos hacer daño á la República con las armas y las insidias interiores, y se recrearon llegado el caso en que por decadencia marítima de la Serenísima y abatimiento del imperio de Carlos V tenía que ser la protección nominal, más que efectiva. Luis XIV negoció la sustitución por medios persuasivos que no tuvieron eco en la conciencia de los senadores; y no deteniéndole escrúpulo ni consideración opuesta á su voluntad, con desprecio del derecho público encarceló en París al Embajador de la República, y con pretextos parecidos á los del apólogo de Esopo, echando en cara al Gobierno la falta de no haber saludado las baterías á las galeras de Francia entradas en el puerto de Génova; haberse permitido el pueblo frases injuriosas al concepto del gran Rey, y, sobre todo, haber armado *cuatro galeras*, dando con ellas á las fuerzas navales de la Señoría un refuerzo *inquietante*, sin ninguno de los actos públicos con que la diplomacia y la chancillería suelen disimular los propósitos brutales de la guerra, se presentó ante la ciudad, en 17 de Mayo (1684), el almirante Duquesne, gobernando armada de 14 navíos, 19 galeras, 10 bombardas, 2 *brûlots*, 8 transportes y 97 tartanas y embarcaciones menores. Entrando en són de paz, con saludo á la plaza, que fué

[1] Relación impresa en Madrid. *Gaceta de Bruselas*. Cédulas satisfactorias. *Colección Sans de Barutell*, art. 2.º, núm. 342.

[2] *Vide* en esta historia, t. I, pág. 221.

devuelto, pudo el Almirante situarse en el fondeadero como mejor le pareció.

El día siguiente, pasando á bordo una comisión del Senado al desempeño de los deberes de hospitalidad, escuchó de boca del marqués de Seignelay, ministro de Marina del Rey de Francia, la explicación de la visita, reducida en pocas palabras á la intimación de entrega de las cuatro galeras mencionadas y viaje á París de cuatro senadores que se humillasen ante la majestad del Rey, en la inteligencia de tener plazo de cinco horas para decidir si á éstas y á las demás condiciones de sumisión preferían el bombardeo de la ciudad.

Estupefactos los señores del Gobierno, no se intimidaron, sin embargo, ante la indignidad, sino que dispusieron acudiera la gente á las baterías y respondiera á la agresión con ánimo varonil, reparando en lo posible el efecto de las bombas, lanzadas cuatro días seguidos, con sus noches, hundiendo é incendiando casas, palacios, iglesias y conventos de la hermosísima capital, la ciudad de mármol; acto vandálico contra el que el Dux protestó ante el mundo civilizado en manifiesto público, y acto inútil, además, contra la entereza de los defensores, no abatida con el estallar de 12.300 proyectiles incendiarios.

Lo que no se atrevieron los franceses á intentar en la bárbara Argel pretendieron en Génova, desembarcando infantería por dos puntos; uno del lado de Bisagno con carácter de falso ataque; otro por San Pedro de Arena, donde asaltaron tres columnas sólidas sostenidas por el fuego de las galeras y embarcaciones menores, consiguiendo incendiar el arrabal, pero teniendo que reembarcar precipitadamente con abandono de material y no escasa baja de personas. La defensa fué obstinada, y contribuyeron el tercio de españoles de D. Francisco de Córdoba y los de Nápoles y Lombardía, enviados por el Gobernador de Milán [1].

[1] En memoria del suceso se acuñó hermosa medalla de 60 milímetros, que presenta en el anverso el busto de D. Juan Tomás Enríquez de Cabrera, conde de Melgar, almirante de Castilla, con leyenda: Io THOM, HENRIQ. CABRERA E TOL, CO, MELGAR, PRO. HISP. REG IN INSVB. IMP. En el reverso la escuadra francesa bombar-

La indignación que produjo en Europa el suceso se tuviera por exagerada cual la expresan las referencias escritas en España y en Italia [1], si autores franceses no excedieran en los términos de la apreciación. «Causó deplorable efecto moral, ha escrito uno de los modernos historiógrafos [2]; en los arranques de la impresión general se calificaba á Luis XIV de gran turco de los franceses, toda vez que, después de hollar el derecho de gentes, pisoteó á la civilización y aun á la humanidad.»

«La indignación no tuvo límites, dijo otro [3], y los motivos que impulsaban á Holanda, al Imperio, á España, á varios de los electores, á fundar la liga de Augsburgo se acrecentaron. Y lo más sensible del injusto ataque fué que muchos de los mercaderes franceses que habitaban en Génova quedaron arruinados ó sufrieron las iras del populacho. El estrago de las bombas parece increíble; hay relaciones que lo hacen pasar de cien millones.»

Por conclusión, un autor que debe considerarse imparcial ha sentado [4]: «No es frase retórica la de que Europa entera se conmovió en favor de Génova, ni abultada la estimación de que desde el instante declinó el poder de Luis XIV, señalado por la opinión en todas las gacetas como nocivo á la tranquilidad pública..... En Francia misma disgustó el acto brutal de Seignelay, y el Rey, que curaba de la opinión más de lo que generalmente se cree, se arrepintió de haber entrado por mal camino. Después de todo, el honor militar de la República quedó á salvo, porque dentro de la ciudad no entró ningún francés á no ser prisionero.»

deando á Génova y el ejército español acudiendo al socorro, con inscripción: PROVIDENTIA ET FORTITUDINE IANVA SERVATA.

[1] Varias relaciones se imprimieron en Madrid que no difieren de las publicadas en las gacetas de Bruselas y de Amsterdam. El historiador genovés Casoni ofrece en la suya la autoridad de testigo de vista. «No tiene este género de guerra (dice una) nada que de verdadero valor se pueda señalar. No va directamente contra la fortaleza de las plazas, sino contra los tejados.»

[2] Mr. Henry Martin.

[3] Mr. Sue, *Histoire de la Marine Française.*

[4] El Sr. A. V. Vecchi, *Storia generale della Marina militare.*

**Medalla acuñada** en conmemoración de la defensa de Génova por D. Juan Tomás Enríquez de Cabrera.

Por materia distinta aunque relacionada con el bombardeo, cuenta un historiador francés, de que repetidamente tengo hecho mérito [1], un episodio tan bien iluminado con su estilo especial, que ha persuadido á los no peritos de ser «uno de los hechos más grandes de los anales marítimos» [2]. Válgome, pues, de sus palabras al trascribirlo, por temor de que pierda con las mías algo de su brillantez.

«El capitán de Relingues, con sólo el navío *Le Bon*, que mandaba, se vió sorprendido por la calma, cerca de la isla de Elba. Treinta y cinco galeras españolas salieron entonces de Génova. Su almirante destacó 12 para atacar á Relingues. Duró el fuego por una y otra parte cinco horas, sin que ninguna de las galeras *pudiera* ó *supiera* abordar al *único* navío francés: tanto el capitán se servía bien de sus cañones y mosquetes. Asombrado el almirante español de una defensa tan rigorosa y pertinaz, mandó avanzar al resto de las galeras. Relingues no se impresionó por ello; sostuvo el nuevo esfuerzo con intrepidez inaudita. Al fin, levantándose viento, escapó á sus numerosos enemigos y se retiró gloriosamente á Liorna.»

Nunca he puesto en duda la veracidad de Mr. Guérin; ¡así tuviera motivos para colocar en la misma altura algunas otras de sus condiciones de historiador! La presencia de las galeras en Génova está comprobada con las órdenes de marcha y reunión [3] y con la noticia de la llegada [4]. Eran 27, á saber: cinco de la escuadra de España, ocho de Nápoles, tres de Sicilia, dos de Cerdeña, siete del duque de Tursi, más tres galeotas y dos barcos longos. Salieron á recibirlas fuera del puerto, y se incorporaron ocho de la Señoría; total, 35: el mismo del historiador francés. Pasado tiempo, salieron en dirección de Portolongone las de Nápoles, Sicilia y Cerdeña, es decir, 13, quedando en Génova las del duque de Tursi

[1] Mr. Léon Guérin, *Histoire maritime*, t. III, pág. 393.
[2] Mr. Henry Martín.
[3] *Colección Sans de Barutell*, art. 4.°, núm. 1.588.
[4] *Gaceta de Bruselas*. Agosto, 1884.

para seguirlas [1]. Es posible, aunque no he visto de ello constancia, que las primeras descubrieran al navío *Le Bon* encalmado, y aun que llegaran las otras y tomaran parte en el cañoneo; pero ¿qué habría en la acción y en el resultado de inaudito? Mr. Guérin advierte en su *Historia* [2] que el navío *único*, *Le Bon*, montaba 54 cañones, que es tanto como decir tenía tres baterías y elevación consiguiente de costado. Sabido es el que tenían las galeras rasas, abiertas, sin defensa más que en la proa, relegadas á la condición de embarcaciones auxiliares, como el propio Mr. Guérin reconoce en otros pasajes de su obra. ¿Qué mérito habría entonces en afrontar el ataque de un número más ó menos grande? Algunos ejemplos lo demostrarán.

El año 1670, navegando el marqués del Viso con tres galeras de su escuadra por la costa de Valencia, descubrió navío sospechoso, al que dió caza. Era polacra argelina, armada con seis cañones largos de bronce y cuatro pedreros. La atacó con decisión, consiguiendo rendirla al abordaje; mas ¿á qué costa? Las tres galeras resultaron destrozadas en los cascos; murieron el teniente general D. José Fajardo, el piloto real y 26 marineros y forzados, quedando heridos 70, incluso el marqués. Cien hombres de baja por un pirata de mala muerte.

En 1679 encontraron siete galeras de la escuadra de Génova á dos bajeles berberiscos, de 40 cañones, en el cabo de Gata. Había calma, y como las circunstancias favorecían á las embarcaciones de remo, se determinaron al ataque, haciéndolo con buen entendimiento por la enfilada: no obstante, las siete recibieron mucho daño; en los buques contaron 22 muertos y 64 heridos, y los argelinos se fueron lindamente. Llamábase el jefe de la escuadra Francisco María Voto [3].

[1] *Gaceta de Bruselas*. Agosto, 1884.

[2] Tomo III, pág. 288.

[3] Por ejemplo en contrario, el 8 de Marzo de 1657 salió de Cartagena la galera Capitana del duque de Tursi, al mando de Próspero Esperón. Llegando sobre Denia, descubrió á una carabela de moros; hizo ésta señal, y acudieron otras cinco

Tal era y debía ser el resultado en combates tan desiguales; y se comprende que en presencia de navío mayor, de navío de guerra francés de 54 cañones, no pasara la acción de guerra galana con las piezas de crujía, no porque no *pudieran* ó *supieran* abordar los de las galeras, sino por *no querer* hacerlo, en lo que obraban cuerda y marineramente. Lo sorprendente, notable y digno de anotarse en los anales marítimos, es que galeras pudieran y supieran apoderarse de navíos teniendo que trepar al abordaje por las entenas, como ocurrió con las fragatas francesas la *Gracieuse*, de 24 cañones, y la *Madonna del Popolo*, de 40, en la guerra de Mesina, y con las que en la campaña de Cataluña tomaron D. Juan de Austria, el duque de Alburquerque y D. Fernando Carrillo, de que nada dice Mr. Guérin, pensando quizá que no valen la pena de figurar en su interesante historia, ni de compararse con la grandiosa escena de *Le Bon*, coloso entre pigmeos.

Á un cronista de los tiempos de la Reconquista interpeló cierto crítico, observando que, según su escrito, en las batallas vencían siempre los cristianos: «¿No ocurrió nunca que ganaran los moros?», se atrevió á preguntar. «Diré á usted—respondió el autor;—eso, que lo averigüen ellos.»

La escuela no me seduce; precisamente por no haber en nuestros papeles rastro, he de propalar otra de las hazañas referidas por Mr. Guérin [1], entre tantas con que despierta la admiración y la envidia de los mortales.

«Érase un corsario de Bayona, de nombre Croisic, que traía atemorizada á la costa de España; volviendo de crucero, falto de aguada y víveres, determinó proveerse en cualquier lugar, de grado ó por fuerza. Surgió ante un pueblo importante de Galicia [el nombre no estuviera de más] y demandó de *los alcaldes* autorización para llenar la barrilería, ofreciendo retirarse *incontinenti* sin causar la menor molestia. Consintieron, y bajo su palabra envió á tierra la lancha con

que con la primera combatían á la embarcación de remo, y habiéndose defendido hora y media, tuvo que rendirse, muerta ó herida la mayor parte de su gente.—Relato en la Academia de la Historia. *Colección Salazar*, K, 40, fol. 333.

[1] Tomo IV, pág. 9.

25 hombres; pero los españoles los recibieron descargando 500 ó 600 mosquetes, que, por fortuna, no mataron más que á dos bayoneses. Croisic no perdió un instante en vengarse de semejante perfidia: echó dos lanchas al agua, desembarcó con 80 hombres y marchó derecho á una trinchera que había en la playa, dando á su gente orden de no disparar sino á boca de jarro. Detrás de la trinchera estaban 300 infantes sostenidos por 30 jinetes que mandaban á las milicias, reunidas al toque de campana. La gente de Croisic aguantó la primera descarga sin responder, y atacando impetuosamente la trinchera mató 24 enemigos, hirió á 50, tomó 40 prisioneros y persiguió al resto de la tropa con furia tal, que los jinetes españoles, sin tiempo de organizarse, abandonaron las armas y las monturas [sin duda para correr más]. Los vencedores ganaron seguidamente el burgo y se disponían á incendiarlo, á no ablandarles los ruegos y lágrimas del cura, mujeres y niños. Croisic acordó perdón generoso á condición de que se comprometieran, mediante *tratado*, á proveer á los franceses que llegaran de arribada forzosa de cuanto hubieran menester. Después del convenio con que el corsario dió á sus enemigos ejemplo de moderación y de justicia, reembarcó Croisic y volvió gloriosamente á Bayona.»

Volvamos también por nuestra parte á lo positivo. Satisfecho Luis XIV de momento con las ventajas conseguidas en la breve campaña de 1683-84, brindó á España con adhesión á la tregua por veinte años negociada con Holanda y el Imperio, á condición de quedar en posesión de Luxemburgo, y aceptóse, ¡cómo no!, suscribiendo el Tratado de Ratisbona.

# XIV.

## ÍDEM, ÍDEM.

### 1684-1690.

Liga contra el turco.—Situación de España.—Hostilidad de Francia no obstante la tregua.—Bloquean sus bajeles á Cádiz.—Exigen indemnización.—Se les acuerda.—Baten y apresan dos galeones.—Composición de la Armada española.—Crucero.—Liga de Augsburgo.—Conflictos en Berbería.—Sitio de Orán.—Ceuta.—Melilla.—Alhucemas.—Piérdese Larache.—Fallecimiento de la Reina.—Declaración de guerra de Francia.

EINTE años de tregua: ¡qué sarcasmo! Bueno andaba el mundo para que imperara el respeto á los tratados ó las tendencias á la tranquilidad. El avance del turco por el Danubio no contenían bastante las tropas juntas del Emperador y del Rey de Polonia; era preciso reforzar la Liga, excitando á los príncipes cristianos, como lo hizo el santo Pío V, para quebrar por mar la furia de los otomanos. Venecia, Malta, Toscana, aprestaron bajeles que, lo mismo que antaño, acudieran con los de la Sede pontificia á la necesidad. España, por esta vez (1684), no aprontó contingente: su armada exigua, insuficiente á la defensa del propio territorio, no pesaba ya en la balanza del concierto europeo. Preguntaba el poeta Quintana:

¿Qué era, decidme, la nación que un dia
Reina del mundo proclamó el destino;
La que á todas las zonas extendía
Su cetro de oro y su blasón divino?

El reposado lord Macaulay, á modo de respuesta, pensó [1]:

«De España, que había dominado la tierra y el Océano, el antiguo y el nuevo mundo; de España, que en el breve espacio de doce años había tenido cautivos un papa y un rey de Francia, un soberano de Méjico y un soberano del Perú; de España, que había enviado un ejército ante los muros de París y había equipado una poderosa armada para invadir á Inglaterra, sólo quedaba aquella arrogancia que en un tiempo había excitado terror y odio, pero que ahora sólo podía concitar irrisión.»

En Inglaterra murió por entonces, misteriosamente, el rey Carlos II (1685), más sentido del francés que de sus súbditos [2]. Sucedióle su hermano el Duque de York, el antiguo capitán general honorario de la Armada española, efectivo y buen almirante de la británica, con nombre de Jacobo II. Bajo sus pies oscilaba, desde el primer momento, el suelo, harto conmovido por las fuerzas volcánicas de la revolución.

En Francia, pendiente de lo que al otro lado del canal de la Mancha ocurriera y procurando hacerse necesario al nuevo soberano, perseveraba Luis XIV en el plan de debilitar y afligir á nuestra nación, hostilizándola directa ó indirectamente y creándola dificultades y complicaciones, lo mismo en el interior, por medio de la cámara francesa de la Reina, que en las estados de Europa y de las Indias [3]. La oposición encontrada en la Señoría de Génova, aun después de la humillación á que la obligó tras del bombardeo, servíale de motivo

[1] *Historia del reinado de Guillermo III. Traducción de Daniel López.* Madrid, 1886. Algo contribuyó, sin embargo, la nación no haciéndolo por mar. Al Emperador se dió auxilio monetario, y á disposición de Venecia se pusieron 4.000 hombres del ejército de Milán. Consta en ms. de la Academia de la Historia, *Colec. Salazar*, F. 14, documento del fol. 35. Más deseaba un prelado entusiasta que dió á luz *Proclamación católica á los Príncipes Christianos sobre la unión á la Sagrada Liga contra el Otomano imperio. Encaminala á los venerables pies de su Santidad Don Fray Alonso de Santo Tomás, indigno obispo de Málaga.* Impreso s. a. n. l. 47 páginas en 4.°

[2] Un personaje de ingenio le escribió este epitafio:

Here lies our laughter loving King
Who never said a foolish thing
And never did a wise one.

[3] «Les hostilités continuèrent, tantôt sous une forme, tantôt sous une autre avec l'Espagne, bien qu'une trêve eût été consentie.»—Guérin.

para el movimiento de escuadras, cuyos jefes tenían prevención de crearnos conflictos [1].

Discurrida la manera de hacer productivo el invento de las bombardas, pusiéronse en acción en Trípoli, hasta obtener del Diván 200.000 piastras, y se llevaron á Túnez, donde, sin funcionar, produjeron parecido efecto (1685). España seguía en la lista de contribuyentes presupuestos, y hubo que hacer prevenciones [2], ordenando el armamento de 30 bajeles, la situación del almirante Mateo de Laya en el estrecho de Gibraltar, con 12 y el refuerzo del ejército de Milán [3], todo lo cual sirvió de poco. El Gran Rey presentó reclamación de agravios y perjuicios por detención en las Indias de naves francesas sentenciadas como contrabandistas, pidiendo imperiosamente reintegro de 500.000 pesos, á que ascendía el valor de los cargamentos. En apoyo fondearon á la entrada de la bahía de Cádiz 18 navíos procedentes de Levante, á cargo de Mr. de Tourville, y 11 de Poniente, conducidos porel Mariscal d'Estreés; y aunque se quedaron en el placer de Rota, por encontrar fondeadas en línea, á la altura de las Puercas, las escuadras del conde de Aguilar y de Mateo de Laya, «se sufrió la vergüenza de que tuvieran obstruída la boca del puerto, formando cordón [4]», ó, lo que es lo mismo, que bloquearan la bahía, forzando al Gobierno á ceder en la injusta imposición de perjuicios, con burla de su debilidad; que no otra cosa significaba la oferta del Mariscal d'Estrées, al retirarse, «de asistir á cualquiera de los bajeles de Su Majestad Católica como á los propios de su corona [5]».

[1] Instrucciones al duque de Montemart y á Mr. d'Estrées, publicadas por Mr. Sue, t. III, págs. 475 y 502.

[2] Real cédula avisando á los gobernadores de las plazas marítimas que los franceses se proponen continuar el bombardeo. *Colección Sans de Barutell*, art. 3.°, núm. 1.467.

[3] Ídem. El mismo artículo.

[4] Carta del conde de Aguilar al Rey, fecha á 11 de Mayo de 1686. *Colección Sans de Barutell*, art. 6.°, núm. 220.

[5] El despacho dirigido por el conde de Aguilar con este motivo, según copia de la *Colección Sans de Barutell*, art. 1.°, núm. 80, dice á la letra:

«Señor: El viernes 14 del corriente me envió á participar el mariscal de Tre (sic) como acababa de recibir *exrio* de su embajador, en que le avisaba quedar concluído el Tratado de los 500.000 pesos y firmado, y así me hacía expresión del

Sin echarla en saco roto, salió detrás de la Armada francesa la de España, compuesta de 27 bajeles de toda especie, á cruzar sobre los lugares de recalada de las flotas, como lo hizo, hasta traerlas en salvamento [1], y en estos días, habiendo

gusto con que esta noticia le dejaba, con la cual pensaba refrescar la aguada hasta mañana lunes que se haría á la vela, hallándose con orden del Rey, su amo, para asistir á cualquiera de los bajeles de V. M. que encontrase como á los propios de su corona, con cuya noticia disparé pieza y diferí el velacho para que la gente se juntase á bordo, con que ir siguiendo su derrota, según V. M. me lo tiene mandado, dejando aquí los bajeles que han de pasar los azogues y virrey á Nueva España, pues si hubiera de acudir á convoyar á éstos, perdería mucho tiempo, no siendo posible hacer esto y observar á franceses, por dar anticipado resguardo á galeones. Nuestro señor guarde la C. R. P. de V. M., como la Christiandad ha menester. Galeón *La Esperanza*, capitana real, bahía de Cádiz, 16 de Junio de 1686. Don Rodrigo Manuel Manrique de Lara.»

Dedúcese de las noticias recogidas por D. Adolfo de Castro, en su *Historia de Cádiz*, que la oferta ó convenio suscrito por el Gobierno fué de satisfacer en aquella ciudad los 500.000 pesos reclamados, del tesoro que conducían los galeones de Indias, esperados de un día á otro.

[1] *Diario de navegación. Colección Sans de Barutell*, art. 4.°, núm. 1.603. He encontrado en la Biblioteca Nacional, ms. Cc. 51, la *Relación de los navíos de que se compone la Real Armada del Océano, escuadra de Flandes y naos de Vizcaya*, que interesa conocer:

| | Toneladas. | Cañones. | Hombres. |
|---|---|---|---|
| Galeón *Nuestra Señora de la Esperanza*, capitana real... | 504 | 70 | 598 |
| *Santa Rosa*, almiranta..... | 840 | 64 | 570 |
| *San Diego de Alcalá*..... | 937 | 70 | 488 |
| *Tres Reyes*..... | 902 | 70 | 468 |
| *Nuestra Señora de Atocha*..... | 798 | 60 | 414 |
| *Santa Teresa de Jesús*..... | 724 | 60 | 376 |
| *San Ignacio*..... | 610 | 50 | 316 |
| Fragata *San Francisco de Asís*..... | 600 | 50 | 312 |
| *San Lorenzo*..... | 600 | 50 | 312 |
| *Santo Tomás de Aquino*..... | 600 | 50 | 312 |
| *Santa Teresa de Nápoles*..... | 283 | 24 | 146 |
| *Nuestra Señora del Populo*..... | 400 | 42 | 208 |
| Patache de fuego *San Juan Bautista*..... | 100 | 8 | 24 |
| NAOS DE VIZCAYA. | | | |
| Galeón *San Carlos*..... | 900 | 60 | 468 |
| Idem *San Juan*..... | 800 | 60 | 416 |
| ESCUADRA DE FLANDES. | | | |
| Galeón *Carlos II*..... | 903 | 70 | 384 |
| Idem *San Pedro Alcántara*..... | 785 | 60 | 368 |
| Fragata *San Jerónimo*..... | 703 | 60 | 294 |
| Idem *Santo Domingo*..... | 545 | 50 | 231 |
| Patache de fuego *Castilla*..... | 150 | 12 | 67 |
| BAJELES QUE QUEDARON EN PUERTO. | | | |
| Fragata *Sacramento*..... | 300 | 34 | 156 |
| Pingue *San Agustín*..... | 350 | 20 | 182 |
| Patache *San Gabriel*..... | 113 | 8 | 28 |

salido del puerto de la Coruña los dos galeones de Guipúzcoa, al mando de su general Pedro Aramburu, para incorporarse á la Armada, tuvieron encuentro que sirve de comentario á lo expresado.

Antes de dar la vela tuvo aviso este jefe de haberse visto cruzando sobre el cabo Finisterre cinco bajeles de guerra franceses, y como se vivía con desconfianza, se le recomendó apartarse de tierra en la navegación, é ir á recalar al de San Vicente.

No lo hizo; barajó la costa como de ordinario, y el 28 de Junio (1686) avistó las cinco naves, que constituían división á las órdenes del jefe de escuadra Mr. Forant y que desde luego le dieron caza. Hubiera podido Aramburu evitarlas, habiendo observado que tres de los bajeles franceses andaban menos que los suyos; pero estimó indecoroso demostrar recelo no existiendo causa que justificara la hostilidad en el estado de paz existente, y continuó su rumbo. Los franceses, sin previa indicación, rompieron el fuego, á que los nuestros respondieron por ambas bandas con desgracia: á la hora y media reventó en el galeón *San Carlos* una pieza y comunicó fuego al depósito de cartuchos de popa, causando daño moral mucho mayor que el efectivo de muertos y heridos, por la gente que se arrojó al agua, atemorizada por las llamas, que se dominaron, sin embargo.

Parecido accidente ocurrió en el galeón *San Juan*, volando la proa con deterioro de la jarcia y velas: los marineros siguieron el impulso instintivo de los otros, apoderándose de la lancha que iba por la popa y produciendo desorden que costó trabajo refrenar; mas como llegara la noche, se remediaron los desperfectos y se varió la derrota con idea de apartarse del enemigo.

Al día siguiente apareció, no obstante, muy cerca, casi mezclado con un convoy de 54 velas que se reconocieron holandesas, escoltándolas escuadra de guerra. Aramburu destacó embarcación por la que supo que el conde de Styron la gobernaba, y que deseoso de guardar la neutralidad de su bandera, se negaba á darle favor en el empeño, declaración con-

firmada con el acto de saludo á la bandera de Francia y el de alejamiento del lugar de la contienda. Con ello Mr. Forant, un instante indeciso, volvió á cañonear á los dos galeones, y éstos se rindieron sin resistencia.

Mal negocio: la circunstancia de ser tan desigual la fuerza que con no mucho esfuerzo dejara en buen lugar á la reputación, se desvirtuó en la investigación que por duplicado hicieron las autoridades de la provincia de Guipúzcoa y el Fiscal de la Armada.

Pareció que desmoralizada la gente, en desorden rayano al motín, no llenó los deberes militares, y aun que el segundo día se negó á ocupar los puestos y á combatir, pidiendo á gritos que se arriaran las banderas, á lo que mal de su agrado tuvo que acceder Aramburu, eligiendo entre la vergüenza y la comodidad [1].

Perdieron la vida, más por el temor con que se lanzaron al mar que por los proyectiles franceses, cerca de 300 hombres. Luis XIV ordenó la soltura de los galeones así que tuvo noticia del suceso por la llegada á la Rochela [2], pero volvió á enviar á Cádiz su escuadra á embarcar los 500.000 pesos, que le fueron entregados [3].

Bien es de creer que con los actos de imposición y las tendencias de dominio universal aceleró el monarca imperioso la liga europea secretamente negociada contra él, con los fines de conservar la paz dando fuerza colectiva al respeto de los tratados.

Firmóse en Augsburgo en Julio, y prestóle mayor cohesión la serie de victorias alcanzadas del turco Mahomet IV en mar y tierra, que le arrancaron el cetro, sublevado su ejército (1687).

Para España no produjo, sin embargo, el último de estos

[1] *Información de la presa de los bajeles San Carlos y San Juan.* Ms. Biblioteca Nacional, Cc. 55. La de Guipúzcoa, *Colección Vargas Ponce*, leg. 2, núm. 183, y leg. 11, núm. 21; otra sumarial, *Colección Sans de Barutell*, art. 6.°

[2] Decreto de S. M. comunicando la noticia al Consejo de guerra, *Colección Sans de Barutell*, art. 3.°, núm. 1.515.

[3] Carta del conde de Fernán-Núñez á S. M. dando cuenta en 15 de Diciembre. La misma *Colección*, art. 6.°, núm. 223.

acontecimientos ventaja directa; al contrario, desligado de Constantinopla el dey de Argel Dulat-Ebrahem Jocha, alias *Mezzo morto*, agitó los ánimos en Berbería promoviendo algaradas que molestaran á los presidios. Orán, que desde la pasada peste estaba pobre de guarnición y de habitantes, sufrió principalmente, atraído el gobernador don Diego de Bracamonte á una celada en que pereció con toda su gente. Entonces prestó inapreciable servicio el duque de Veragua acudiendo con las galeras de su escuadra, haciéndose cargo del mando de la plaza, donde apenas quedaba quien pudiera empuñar las armas. Entonces D. Fernando de Silva, marqués de Alconchel, cuatralbo de la misma escuadra, acometió de noche por sorpresa á la fortaleza levantada por los moros á tiro de mosquete de Alhucemas, asaltándola con 200 hombres y destruyéndola, acción arrojadísima digna de todo encomio [1], y entonces también multiplicaron el esfuerzo los otros generales de la Armada, Laya y Papachino singularmente, supliendo faltas, conduciendo auxilios, contribuyendo á que la almiranta de Argel, navío de 70 cañones y 500 hombres, embarrancara y se perdiera en la costa de Algarbe.

El Dey formalizó el sitio de Orán (1688) con 30.000 infantes y 4.500 caballos, llegando á poner á la guarnición en estrechura que preocupó hondamente. Eco de las impresiones en la corte, escribía el embajador de Francia Mr. de Rebenac á Luis XIV:

«Nada se sabe de Orán, y es grande la ansiedad pública; pues si perdieran los españoles esa plaza y algunas otras menos importantes que tienen en el Estrecho, podrían volver los moros con más facilidad que antes [en los tiempos de Muza]. Está el país tan despoblado por aquella parte; hay tan poca disposición para resistir, que abrigan recelos hasta las personas más entendidas [2].»

[1] Relación impresa, *Colección Vargas Ponce*, leg. 19.—*Colección Sans de Barutell*, artículos 2.° y 3.°

[2] Gebhard, *Historia general de España*, t. v, pág. 556. La carta tiene fecha 7 de Octubre 1688.

Mateo de Laya volvió á cambiar la faz desembarcando artillería, pólvora y gente de su escuadra, haciendo por un lado lo que la rivalidad y disidencia de los caudillos turcos y moros labraban por el otro, que en resultado fué la retirada de *Mezzo morto* y alzamiento del campo [1].

Apenas acabada la función, la emprendía Muley Ismael contra Melilla, y más contra Larache, única plaza que quedaba á España en la costa del Océano. Todo el peso del ejército marroquí cayó sobre ella (1689), formando estrecho cordón por tierra, estableciendo baterías que dominaran la barra y el puerto para impedir socorro. No obstante, lo dió el almirante Nicolás de Gregorio, entrando en noche obscura con 26 embarcaciones, é introduciendo bajo el fuego de cañón y de escopetería 470 soldados, 150 quintales de pólvora, balas y granadas; pero de poco sirvió el auxilio, no importando á los moros la mortandad de su gente en los asaltos. Las minas llegaron á abrir en la muralla brecha de 249 brazas, por la que avanzaban una tras de otra las columnas de los asaltantes.

Insostenible la posición, á los ochenta días de trinchera abierta trató de capitular el gobernador, maestre de campo D. Fernando Villorias, sirviéndole de emisario un fraile, á quien ofrecieron condiciones que no habían de respetar. Ismael estaba enfurecido por la pérdida de soldados, que algunos de los actores subía á 18.000, y contra lo estipulado, sólo concedió libertad al Gobernador con 100 hombres de su elección, determinando sufrieran suerte de esclavos los del

[1] Relaciones impresas. *Colección Sans de Barutell*, art. 3.º. Galindo y de Vera, *Posesiones hispano-africanas*. En el estudio del Sr. Cánovas del Castillo antes citado, *De la desmembración y repartición de la antigua monarquía española*, escribió:

«Para comprender hasta qué punto desconfiaban ya los españoles de sí mismos, puede servir el curioso detalle de que aquel ministro que tan vehementemente propuso á Carlos II el restablecimiento de las milicias en forma que suponía un armamento en masa, muy particularmente se fundó en la posibilidad de una nueva invasión y conquista de la Península por los moros de África, á quienes suponía bien enterados de nuestra flaqueza por el embajador de Muley Ismael, rey de Marruecos, que de 1680 á 1682 estuvo en Madrid, hombre verdaderamente sagaz y diligente investigador, pero que por su libro no parece haber penetrado tan adelante en nuestras cosas.» Página CCLXXVIII.

resto, hasta 1.700 que había dentro, contados enfermos, heridos, mujeres y niños [1].

En la Corte de Madrid, curtida la opinión con tantas calamidades sucesivas, rebajada por el pesimismo que la inclinaba á predecir muchas más, apenas se dió importancia á la pérdida [2], habiendo hartos asuntos en que ejercitar el discurso: el estallido de la revolución de Inglaterra, que privaba á Luis XIV de un aliado, casi de un instrumento, é iba á ponerle en guerra marítima con Holanda y la Gran Bretaña frente á Guillermo III; la muerte sin sucesión de la reina María Luisa [3], que sumía á los políticos en lutos y cábalas; por último, la declaración de guerra que nos hizo Francia [4], consecuencia natural de la firma estampada en la Liga de Augsburgo y acto á que respondió la Dieta de Ratisbona declarando á Luis XIV enemigo de los príncipes cristianos y perturbador de la tranquilidad europea.

[1] Cartas del almirante Nicolás de Gregorio, ms. Biblioteca Nacional, H. 99, folio 510.

[2] En la misma Biblioteca y tomo, fol. 534, se halla este soneto, que creo inédito:

¿Qué importa, ni qué daño ha procedido
Por haberse perdido la Mamora?
Y que Alarache se ha perdido ahora
¿Qué presagio fatal pueda haber sido?
Si Melilla se pierde, ¿qué hay perdido?
¿Y si este mismo riesgo Ceuta llora,
Si Orán también, que el Evangelio adora,
Al Alcorán se viere reducido?
¿Qué importa que las playas andaluzas,
De la ley evangélica enemigos
Inunden berberiscos tafetanes?
Que resuciten los valientes Muzas,
Y faltando Witizas y Rodrigos,
¿Qué importa que haya sobra de Julianes?

[3] El 12 de Febrero de 1689.

[4] En 15 de Abril.

# XV.

## ETIQUETAS Y SALUDOS.

### 1666-1688.

Origen remoto de los cumplidos en la mar.—Agrado por la pólvora.—Doctrina del saludo.—Convenios de reciprocidad.—Primeras Ordenanzas generales.—Su ineficacia.—Instrucciones prudentes del Gobierno.—Nuevas Ordenanzas.—Mala fe del Rey de Francia.—Conflicto en Cádiz.—Agresión en la costa de Alicante.—El almirante Papachino es obligado á saludar á cañonazos.—Sangre que costó la cortesía.—Indignación en Europa.

Un erudito historiador moderno de la Marina [1] atribuye á la preponderancia española la introducción del fárrago de reglas cortesanas, á que se dió el nombre de etiqueta, y que llegó á ser muchas veces solemne pretexto para determinar el *casus belli*. Algo sólido debe de haber en el fondo de la apreciación, mas paréceme que el origen de los cumplidos y de las ceremonias náuticas dista mucho de los tiempos en que España empezó á distinguirse como nación marítima, por razones expuestas con alguna extensión al tratar especialmente del particular [2].

Si no simultánea, he dicho, poco menos antigua que la invención de las armas de fuego ha de ser la costumbre de emplear su estruendo como signo de alegría, asociado á la celebración de las fiestas públicas. Niños ó ancianos, salvajes ó civilizados, á todos los hombres da placer la inflamación de la

[1] El Sig. Aug. V. Vecchi, *Storia generale de la Marina militare*, t. II, pág. 27.
[2] *Disquisiciones náuticas*, t. III.

pólvora, sea por el ruido, por el humo ó por el olor penetrante y embriagador que impresiona los sentidos, sea porque todo junto hace vibrar alguna fibra oculta de la sensibilidad humana de modo distinto que en los brutos, que, con rara excepción, no mediando costumbre, se atemorizan y espantan con la explosión, y aun después de familiarizados con ella, sienten desagradablemente herido el tímpano.

La invención de la pólvora, que ponía en manos del hombre un medio terrible para combatir á sus enemigos, tuvo, sin duda, doble aplicación lisonjeando su inconmensurable vanidad, para la cual humo y ruido son bien apropiados homenajes.

Pero antes, mucho antes que la artillería fueron los bajeles y las armadas, en que de alguna manera se anticipaba la demostración exterior de acatamiento, afirmándolo con claridad la *Crónica de Pero Niño* al decir que, entrando en el puerto de Marsella el año 1397, *ficieron salva segund costumbre de galeras cuando fallan sus amigos*, y dándolo á entender remotísimamente las referencias que nos quedan de griegos y latinos [1].

Que en el siglo XV era práctica de los fuertes obligar por las armas á saludar á los que no lo eran tanto, nos enseñan otras memorias [2] y casos prácticos, cual el combate de Alvisio Giorgio, por no doblegarse á la imposición de una escuadra turca. Otros varios quedan registrados en esta narración en los reinados de D. Fernando *el Católico*, del emperador Carlos V y de sus sucesores con arreglo á la doctrina inconcusa, si no declarada, hasta que Felipe IV dijo al duque de Alburquerque, en 1663, «que en la mar, el que tuviere más poder, dará la ley, así en las cortesías como en lo demás» [3].

Uno de nuestros tratadistas de Derecho marítimo exponía

[1] *Virgilius nauticus.—Examen des pasages de l'Eneide qui on trait à la Marine*, par M. A. Jal.—*Annales maritimes et coloniales*, 1843, t. I, pág. 917.

[2] El mismo M. Jal, *Glosario náutico*, con cita de Bembo, *Historiæ venetæ*, 1551, libro IV.

[3] *Memorias de la Academia de la Historia*, t. X, pág. 447.

esta doctrina tiempo después, escribiendo [1]: «Los estandartes reales de los navíos y armadas de S. M. son las señales y trofeos que representan su dominio, magnificencia, grandeza y dignidad real, y así, luego que se reconozcan, deben ser venerados, abatiéndoles las banderas, amainándoles las velas y haciéndoles el saludo correspondiente.....

»Esta demostración y obediencia es, no solamente precisa entre las armadas y navíos del Rey, sino también en cualesquiera bajeles de amigos ó confederados que encontraren armadas, escuadras ó navíos de S. M.; de modo que el que omitiere ó negare este abatimiento y reverencia, hace injuria bastante á la majestad para que el cabo de la armada ó escuadra pueda proceder hostilmente á la satisfacción, y cuantos actos ejecutare en defensa de este derecho son lícitos, dando todos los escritores por justa la guerra que se rompiere en consecuencia de esta prerrogativa.»

Se concibe al punto la consecuencia de semejante teoría en la práctica del concurso y relaciones con las potencias europeas que no reconocían á ninguna otra supremacía en la mar. El saludo vino á ser semillero de competencias y cuestiones, de notas diplomáticas, de pretensiones absurdas, y, lo que es más sensible, de encuentros, de combates de buques y de escuadras en que fueron sacrificadas muchas vidas á la vana satisfacción de no saludar ó de ser saludado.

En hechos me he fundado al reconocer que algo hay de cierto en la estimación del historiador referido, mas no son escasos los que justifican no haber sido España la única nación sustentadora de las doctrinas que no inventó, ni la que las observara con el rigor patente en las historias de Venecia, Inglaterra, Holanda, y Francia sobre todo, que llegando la última á representar papel en el agua salada, pretendió ser la primera, valida de la más poderosa de las razones del derecho.

España, por lo contrario, inició y propuso reglas de aplicación universal que pusieran término á los rozamientos, lle-

[1] Abreu, *Tratado jurídico-político sobre las presas marítimas*, año 1746.

gando á convenir la reciprocidad de las cortesías con Inglaterra desde 1630 y con Francia algo después, como acreditan Reales cédulas [1], y previniendo, por consecuencia, la observancia en orden del año 1664, que es conveniente tener á la vista.

El Rey.—Lo que mis virreyes, capitanes generales, gobernadores generales de todos mis reinos y dominios, y los castellanos ó personas á cuyo cargo estuviese el gobierno de todas mis plazas marítimas capitales, y de consecuencia, y los capitanes generales de mis armadas de alto bordo, escuadras dellos y de galeras, han de observar general y recíprocamente en los saludos que han de hacer á las armadas y escuadras de reyes que trajesen su estandarte real y á las de repúblicas y príncipes que no sean testas coronadas, es lo que sigue:

Después que se establecieron paces entre mi corona, la de Francia y Inglaterra, los generales y ministros de unos y otros reyes, con el transcurso del tiempo, de la forma y estilo que antes de los rompimientos de las guerras se había tenido, en una y otras partes se han movido pretensiones por algunos de armadas y escuadras de dichos reyes, intentando diferentes novedades; y no siendo justo ni decoroso el que se pase por lo que no fuere, ni que tampoco el que cada uno deje de mantener lo que le toca y ha estado en uso gozar en los casos de encontrarse en los mares las armadas y escuadras de unos reyes con las del otro ó llegar á los puertos y plazas de sus dominios, conviniendo evitar los embarazos que de semejantes disturbios se siguen y que por este medio se continúe la buena correspondencia que se debe tener entre las coronas amigas, restableciendo y observando todo lo que antiguamente se observó entre los generales de unas y otras armadas con las mías, y éstas con las de príncipes y repúblicas, he resuelto, teniendo presentes las reglas generales que de común acuerdo por todos se guardaron, lo que veréis en el discurso de este Despacho.

1. En primer lugar, tendréis entendido que entre las armadas y plazas capitales de Su Santidad y de su Estado de la Iglesia y las mías no se ha movido cuestión ni novedad alguna en razón de las dichas salvas, ni tampoco con las del Emperador, mi sobrino, y siendo de común satisfacción la regla que se ha usado en estos puntos (de que la habrá en los oficios de los sueldos y noticias entre los militares) la observaréis y guardaréis, que es el medio que ha conservado y conservará la recíproca unión que se

[1] Insertas en el tomo III de las *Disquisiciones náuticas*.

tiene con estos príncipes, sin alterarla cosa alguna, haciéndose por su parte lo mismo.

2. En segundo lugar estaréis advertidos que siempre que las armadas y escuadras de los dichos dos reyes y las de Polonia, Dinamarca y Suecia se encontraron con las mías en los mares de los dominios de mi monarquía fueron las forasteras las que primero saludaron al estandarte real de la mía, y consiguientemente llegando ó entrando en cualquiera de mis puertos hicieron lo mismo ellos, á que de unas y otras partes se les respondió como y con el número de tiros que les tocó, sin que se alterase en nada por unos y otros, y porque conviene á mi servicio y á la buena correspondencia que mantengo con estas coronas el que esto mismo se observe y guarde, os encargo y mando lo ejecutéis así, precisa é indispensablemente, respondiéndoles sólo con artillería y música, sin abatirles (como ellos también lo han ejecutado), los estandartes, ni de las galeras se colmen las cabrias ni abatan las tiendas, haciéndose por las armadas y escuadras primero el saludo como queda dicho, y no lo haciendo, lo omitiréis y me daréis cuenta.

3. También se observó por lo pasado recíprocamente por los generales de las dichas mis armadas y escuadras, siempre que se encontraban con las de los dichos reyes en los mares de sus dominios, ó llegando ó entrando en sus puertos, el saludar la mía primero á la suya y á sus plazas capitales, y correspondientemente siempre se les respondió aunque viniesen en ella sus generales; y porque esto es mi voluntad se continúe y ejecute, lo harán los capitanes generales á cuyo cargo fueren ó estuvieren mis armadas navales.

4. En diferentes tiempos por lo pasado se intentó por los capitanes de algunos bajeles de corso, de unas y otras coronas, que por llevar estandartes de sus reyes, haciendo ellos los saludos, se les había de hacer de las plazas de consecuencia la misma corresponsión que si fueran armadas ó escuadras legítimas de las coronas, y asimismo por otros bajeles sencillos y sin puestos de las dichas armadas, lo cual nunca lo han conseguido en unos ni otros dominios, por no ser igual y recíproco este intento, y así se ejecutó siempre en mis dominios; y porque mi voluntad es que esto mismo se observe y guarde, lo ejecutaréis así, teniendo entendido que el saludo que hicieren al encontrarse con mis armadas ó entrar en mis puertos, no ha de tener corresponsión, ni tampoco, al contrario, lo han de pretender los míos de las armadas y puertos de las otras coronas.

5. Y porque mis armadas navales se componen de las de bajeles y escuadras de galeras de todos mis estados, y cada una es gobernada por sus generales, que trae mi estandarte real por el reino ó estado donde reside,

y todos estos cuerpos, cuando se unen, son gobernados por sólo uno, y éste no hace más que sólo una representación, y en la mar ni de la tierra no debe hacérsele más que un saludo, aunque naveguen con sus estandartes, ni en este caso los de los demás reyes se le han hecho, ordeno y mando á los mismos generales dellas no pretendan el que se les hagan, bien entendido que, en caso de estar separadas y divididas dichas armadas y escuadras, se le han de hacer las de las coronas, y recíprocamente unas á otras, según y como queda declarado en los capítulos antecedentes, con advertencia que si las de los dichos reyes se compusieren de semejantes escuadras, ha de correr con ellas la misma regla, sin alterar en nada dicha igualdad, por ser como es, constante, que estando separado cualquier cuerpo con la insignia del estandarte real, hace la misma representación y le toca el mismo obsequio que hallándose todas las fuerzas juntas; de que estaréis advertido para ejecutarlo en la forma referida.

6. También se observó por lo pasado, que en caso de encontrarse dichas mis armadas navales juntas ó separadas, como queda dicho, con las de los dichos reyes, en alta mar, ó en el que no toque á ninguno de las armadas que entonces le poseían, se hacían unas á otras el saludo á un tiempo y con igualdad; y porque conviene que esto mismo se observe en los parajes desta neutralidad con las de los dichos reyes y coronas, se ejecutará así por las mías, haciéndose por las otras lo mismo.

7. Y aunque por punto constante y claro se pudiera omitir en esta instrucción el deciros que los mares de la costa de Portugal son de la soberanía y dominio de mi monarquía, pues el que oprimido del rebelde esté inobediente no puede conturbar ni embarazar tan acertado derecho, ni el estilo que antes y después de su inobediencia se ha tenido en aquellos mares, tendréis entendido que si mis armadas y escuadras se encontraran en ellos con las de las dichas coronas, han de hacer éstas al estandarte real de la mía el saludo primero, según y en la forma que por el capítulo segundo de este reglamento queda dispuesto, á que habéis de corresponder como en él queda prevenido.

8. Con las armadas y escuadras de repúblicas y príncipes que no sean testas coronadas, no se ha de observar este estilo y igualdad, porque todas las veces que ellas han encontrado las mías en sus mares, en los míos y en otros neutrales, han saludado primero á los estandartes de las mías y á las plazas de consecuencia de mis dominios, y se les ha respondido; y porque esto mismo conviene se observe y guarde, ordeno y mando que, por lo que toca á mis ministros, se ejecute indispensablemente, sin alterar ni innovar en cosa ni en parte alguna dello.

9. Todo lo cual es mi voluntad que en virtud de la presente lo ejecuten

mis virreyes, capitanes generales, gobernadores generales de todos mis reinos y estados, generales de las referidas armadas y escuadras navales, y los demás cabos y ministros míos á quien tocare su cumplimiento, sin ir contra su tenor por ninguna causa ni razón, pena de mi indignación, por ser esta mi determinada voluntad, y que se anote y prevenga este despacho en mis Consejos de guerra, Aragón, Italia y Indias, para que teniendo presentes estas reglas en los casos de contravenciones ó irregularidades que sobrevengan, me consulten con noticia dellas lo que tuvieren por conveniente á mi servicio. También es mi voluntad que se tome la razón della en las veedurías generales y particulares y contadurías de mis escuadras de bajeles de alto bordo de todos mis dominios, y en las de las galeras dellos, y asimismo en las de los presidios de las plazas capitales y marítimas dellos, para que por unos y otros se observe y guarde precisa é indispensablemente. Dada en Madrid á 26 de Mayo de 1664.—Yo el Rey.—Don Blasco de Loyola.

Al empezar el reinado de Carlos II suscitaron los generales franceses, casi á la vez, dos cuestiones en que no les asistía la razón. Era el año 1666 y cruzaba sobre la costa de Portugal el almirante Mateo Maes, bloqueando al Tajo. Presentóse el duque de Beaufort con armada más fuerte, y exigió, no solamente el saludo al cañón, sino que se amainaran también las velas, lo cual hizo el jefe español protestando [1].

Poco después, el marqués del Viso, que navegaba de Cartagena á Barcelona con siete galeras, encontró al duque de Vivonne con 12 de Francia, que le exigió el saludo: respondió el Marqués que á él tocaba hacerlo por hallarse en las aguas jurisdiccionales de España, y después de contestaciones y protestas se apartaron sin saludar uno ni otro. La conducta del jefe español fué aprobada, recomendándole que en casos semejantes procediese con igual prudencia, dejando á cargo del Gobierno la reclamación de la ofensa [2], la cual se entabló, obteniendo satisfacción [3] no del todo digna, pues la

[1] *Colección Vargas Ponce*, leg. 2, núm. 162.

[2] Real cédula fecha á 7 de Junio 1666. *Colección Sans de Barutell*, art. 3.°, número 1.146.

[3] Relación de servicios del marqués del Viso, escrita en 1684, siendo virrey de Navarra.

reprensión hecha al duque de Vivonne más parecía motivada por no perseverar en su pretensión que por haber conculcado los convenios internacionales. Desde entonces volvió el Gobierno á recomendar la parsimonia á los generales, procurando por sí evitar toda ocasión de conflicto con el extremo de ordenar que no arbolara estandarte el almirante Nicolás de Gregorio cuando condujo á Flandes al príncipe de Parma, y que no saliera de Cádiz la capitana del conde de Aguilar, haciéndolo los trozos de armada á la orden de los almirantes Laya y Papachino [1] con no escasa mortificación del capitán general.

Con igual propósito se dictó nueva ordenanza de saludos con fecha 30 de Agosto de 1671, declarando [2]:

1. Que sólo á los estandartes del Papa y del Emperador debían saludar primero nuestras fuerzas navales.

2. Que las de las Coronas de Francia, Inglaterra, Portugal, Polonia, Dinamarca y Suecia gozaban de paridad con las de la Monarquía.

3. Que en las costas propias saluda primero el estandarte forastero, haciendo designación de las plazas artilladas que contestarán.

4. Que las armadas saludan primero al estandarte del Príncipe soberano de la costa.

5. Que se conteste tiro por tiro con igualdad en todo.

6. Que en mares libres empiecen al mismo tiempo los saludos.

7. Que saluden las capitanas con 11 ó 13 tiros; las almirantas con 11; los gobiernos con nueve, y los bajeles sencillos con siete.

[1] Honorato Bonifacio Papachino, vulgarmente llamado Papachín, era natural de la isla de Cerdeña y capitán de mar y guerra desde 1664, atendiendo á sus conocimientos y servicios. Obtuvo título de almirante en 1667; se distinguió en la guerra de Sicilia, estuvo encargado del socorro de las plazas de África y de la escolta de las flotas de Indias. Por muerte de Bartolomé de Rois obtuvo el mando de la escuadra de Flandes, expresando el despacho que se le confería «por la experiencia y valor con que había servido muchos años, cumpliendo como buen soldado y marinero en las ocasiones de pelear». En 1685 apresó en el estrecho de Gibraltar ocho pingues con importante cargamento de pertrechos de guerra.

[2] *Disquisiciones náuticas*, t. III, pág. 88.

8. Que no se abatan los estandartes ni las velas al saludar.

9. Que en encuentro de armada con escuadra salude primero la inferior, contestando la capitana con dos tiros menos.

10. Que en encuentro de bajel de guerra con armada ó escuadra salude primero el bajel y responda la capitana con una pieza. A los mercantes no se les responda.

11. No se haga saludo personal.

12. En el saludo á las plazas haya paridad.

13. Entiéndase lo mismo entre bajeles sueltos.

14, 15, 16. El saludo se dirige siempre al estandarte.

17, 18, 19. No hay paridad con la República de Venecia ni con las Provincias Unidas de los Países Bajos, y debe contestarse el saludo con menos tiros.

22 y 23. Se suprime el saludo recíproco en las visitas de los generales.

No á todas las potencias satisfizo la ordenanza; Génova, Toscana, Florencia y Malta promovieron cuestiones de difícil composición, que se discutieron y orillaron sin embargo, no quedando duda más que acerca de la conformidad de una sola, de Francia, que sin la franqueza de exponer la divergencia, no teniendo motivo ni razón en qué sustentarla, se servía de la etiqueta como de tantos pretextos con que justificar su actitud provocativa. Prohibió á los bajeles mercantes con bandera suya que consintieran en los puertos de España la entrada de funcionarios, ni aun con motivo de la persecución de criminales refugiados [1]; y previno á los jefes de escuadra que expresamente buscaran á las naves españolas para exigirlas el saludo y combatirlas en caso de negativa [2].

El conflicto inevitable por estas veredas surgió primeramente en Cádiz por insolencia de un capitán al resistir la visita alegando la razón de sus cañones; el almirante Nicolás de Gregorio se vió en la necesidad de hacer uso de los propios, batiéndolo dentro de la bahía hasta que voló, con

[1] Mr. Guérin, t. III, pág. 390.
[2] Mr. Sue, t. III, págs. 475 y 536.

muerte de casi todos los tripulantes, no sin que de nuestra parte pasaran de 20, comprendidos el veedor D. Pedro Antonio de Silva y un hijo de Montesarchio, siendo bastantes más los heridos, incluso el Almirante [1]. Después causó mayor asombro la agresión contra el almirante Papachino, descrita por los actores que intervinieron, como ha de verse.

«Señor—escribía Papachino.—Habiendo salido de Nápoles el 28 del pasado con esta Capitana y la fragata *San Jerónimo* con dirección á Alicante, cumpliendo las órdenes de V. M., llegué á la vista de Altea, costa de Valencia, el 1.º de este mes, deteniéndome allí los vientos contrarios. Seguí el viaje al siguiente día con ayuda del terral, y al salir el sol avisté tres navíos que venían de Poniente. Al estar próximos, y habiendo reconocido que eran franceses, vino de ellos una embarcación, cuyo cabo me dijo que Mr. de Tourville pedía que le saludase, y contestando yo que no haría semejante cosa, se retiró haciendo una señal con la bandera. Al verla Mr. de Tourville, que estaba á barlovento, arribó sobre mí con tal violencia, que las vergas de su bajel se tocaron con las del mío, y en esta disposición empezó á hacer fuego con artillería y mosquetería y á arrojarme granadas de mano. Yo hice lo propio con gran diligencia; y como la verga de mi trinquete y la de cebadera se habían enredado con las suyas, nos batimos así más de media hora, á cuyo tiempo observó que la mosquetería de mi navío le incomodaba mucho, y trató de desatracarse, como en efecto lo hizo. Vino en seguida otro navío, que no se aproximó tanto, y haciéndole una descarga, lo mismo que al tercero que le seguía, se apartaron todos; pero virando volvieron á renovar el combate, de suerte que, de vuelta y vuelta, nos batimos más de tres horas y media. Hasta este momento me secundó muy bien la fragata *San Jerónimo*; mas habiendo cortado una bala la driza de mi bandera, viéndola caer, creyó que me rendía, y lo hizo ella, dejándome solo contra los tres navíos. Partiéronme el palo mayor, y advirtiendo que al caer había embarazado toda la artillería de una banda, me cargaron por allí con ventaja, si bien me desembaracé del estorbo, cortando y picando todo lo que era menester, y seguí el combate por ambas bandas. Dos horas después se alejaron, dejándome malparado de tal suerte, que no me quedaban palos, vergas, velas, ni siquiera guardines del timón. Entonces el jefe francés envió embarcación con un oficial para decirme que considerase el estado en que me ha-

[1] Año 1672. Relación ms. Biblioteca Nacional, H. 99.

llaba, y que hacía ya dos horas que la *San Jerónimo* se había rendido. Pregunté qué quería decir con esto, y contestó que insistía en el saludo. Reuní entonces á los oficiales para reconocer la situación del buque y saber si eran de opinión que se continuara el combate, y dijeron unánimes que el navío no estaba en disposición de navegar; que había á bordo 120 hombres muertos ó heridos, y que no pudiendo auxiliarnos la fragata rendida, quedábamos como una boya, enteramente al descubierto, y que podrían tirar sobre nosotros como se tira al blanco. Con este dictamen protesté altamente al oficial francés que saludaría forzado por la necesidad, pero haciendo constar que era contra mi voluntad. Á poco volvió la embarcación para decirme el oficial que por qué no cumplía lo ofrecido, á lo que dije que me costaba mucho trabajo decidirme, y viendo que tardaba, añadió que tenían órdenes precisas de su Rey para exigir el saludo y que se veían obligados á cumplirlas. Al fin, considerando no haber otro remedio, tiré nueve cañonazos sin bala y me contestaron otros tantos, y vino por tercera vez la embarcación á decirme de parte de Mr. de Tourville que sentía mucho lo ocurrido, y que aunque él estaba muy malparado, sin embargo, si yo necesitaba alguna cosa, todo lo que él tenía estaba á mi disposición. Respondí que no necesitaba nada, y se marchó con sus buques con rumbo á Levante. Yo hice lo que pude para acercarme á tierra, lo que conseguí en Benidorme, donde estuve cuarenta horas, y de allí me he dirigido á este puerto, en que fondeé anoche y esperaré órdenes mientras se descargan los efectos que este buque y la *San Jerónimo* traen para V. M. y reparo las averías. Dios guarde la persona real de V. M.—Alicante, 7 de Junio de 1688.»

Mr. de Tourville escribió por su parte al Ministro de Marina:

«Monseñor: He recibido la carta que me habéis dispensado el honor de enviar por Mr. el Conde de Estrées, que se me ha unido á la vista de Alicante, donde he embarcado algunas provisiones, y no la contesto ahora por serme necesario el tiempo para participar un suceso ocurrido á quince leguas del mismo Alicante. He encontrado, por desgracia para la marcha de los asuntos presentes, dos buques de guerra españoles, el uno de 66 cañones y 500 hombres de equipaje, mandado por Papachino, y el otro de 54 cañones y 300 tripulantes, de la escuadra de Flandes, que son los mejores hombres de mar. He puesto la señal de unión y disponerse á combate para prevenir á Mr. Chasteaurenaut y á Mr. el Conde de Estrées. He visto que los españoles tenían las baterías preparadas, y poniéndome

á la cabeza de nuestros navíos, he enviado un bote para decir á Papachino que saludase al pabellón de Francia, en la inteligencia de que, de no hacerlo, le batiría, previniendo al patrón que en caso de negativa se apartase, haciéndome señal con la bandera. Este la hizo y volvió á bordo, y en el momento arribé sobre Papachino, que hizo gritar tres veces *viva el Rey*, y yo di iguales voces, cayendo sobre él con poca vela, sin disparar un cañonazo. Sucedió que algunos de mis soldados dispararon los mosquetes á pesar de mi orden contraria, y él respondió con su artillería, procurando á la vez evitar el abordaje; sin embargo, me acerqué tanto que los granaderos arrojaron granadas en el instante mismo en que rompía el fuego mi artillería. En fin, Monseñor, mi maniobra fué afortunada, al punto de abordarle y tenerle enganchado cosa de media hora por mi popa. La casualidad hizo que á este tiempo se desatracara, no sin haberle arrojado todavía algunas granadas; pero juzgaréis, Monseñor, que en este tiempo fuimos completamente desaparejados uno y otro. Todavía lo combatí durante tres horas, arribando sobre él á tiro de pistola, teniendo 62 hombres muertos ó heridos fuera de combate. Mr. de Chasteaurenaut, que en el principio había acudido al otro buque español de 54 cañones para batirlo juntamente con Mr. el Conde de Estrées, se vino por mi popa, porque el otro ya no hacía fuego, y acabamos de desarbolar á Papachino, abatiéndole el palo mayor. Mr. de Chasteaurenaut fué también muy maltratado; el Conde de Estrées, que batía al otro buque muy cerca, le envió un bote, y en él se embarcaron el comandante y oficiales, pero el buque no saludó. A este tiempo envié un oficial á Papachino, que había arriado su bandera, para que le dijera de mi parte que si no quería saludar habíamos de perecer él ó yo, aprovechando el interregno para pasar drizas nuevas é izar las gavias, que estaban caídas sobre los tamboretes; y como me viera llegar á tocapenoles dispuesto á abordarle segunda vez, contestó por el oficial enviado que saludaría, pero que lo haría obligado por la fuerza. Antes, sin embargo, de saludar, reunió todo su equipaje y les dijo que vieran como era forzado, á lo que respondieron todos á una voz: *sí señor*. Saludó, pues, con nueve tiros, yo le contesté honrosamente, y le envié á ofrecer lo que de mí dependiera.

»No creo, Monseñor, que haya muchos ejemplos en la marina de que un navío de guerra del Rey haya abordado á otro de 500 hombres de equipaje, bien aguerridos como son los de Papachino, que es el héroe de España, sin disparar un cañonazo hasta estar encima, y sería muy desgraciado si después de treinta años de servicios en la mar no me juzgase el Rey bastante capaz para mandar escuadras. Diré aún, Monseñor, que en el estado en que ha quedado este buque, ningún comandante tendría difi-

cultad para irse á Francia, teniendo todos los palos absolutamente estropeados, fuera de servicio. He recibido un astillazo en la cara y otro en una pierna que me obligan á guardar cama. El navío de Mr. de Chasteaurenaut ha sufrido también mucho en la arboladura, con pérdida de hombres muertos y heridos. En cuanto á mi salud, diré á Monseñor sinceramente que sufro siempre la misma incomodidad, viéndome obligado á levantarme más de cuarenta veces por la noche, y que sólo las aguas, según me dicen, podrán restablecerme en el mes de Septiembre.

»Después de escrita esta carta ha caído un mastelero de gavia de Mr. Chasteaurenaut. No exagero nada, Monseñor, y me atrevo á vanagloriarme de que nadie en la mar ha visto una manera de batirse parecida á ésta.

»Soy con toda especie de respeto y adhesión, Monseñor, vuestro muy humilde y obediente servidor.—El Caballero de Tourville.—A bordo del *Content*, 3 de Junio de 1688 [1].»

Aunque la comparación de estos dos despachos hace innecesario el comentario, es justo observar que si el de Mr. de Tourville no peca de modesto, juzgándose á sí propio marino sin par en la maniobra y el combate, y merecedor por ende del ascenso á jefe de escuadra, tampoco sobresale en la exactitud de los datos. El estado de la Armada española manifiesta que la capitana de Papachino, galeón nombrado *Carlos III*, era de 903 toneladas, 70 cañones y 384 hombres, y la fragata *San Jerónimo* de 703 toneladas, 60 cañones y 294 tripulantes. Un despacho del conde de Aguilar, anterior al combate, dió aviso de haber entrado en Cádiz Mr. de Tourville con navío de 56 cañones, y sus acompañantes Château-Regnault y d'Estrées con otros de 42 [2]; contaban, por tanto, fuerza superior á la española. Las bajas ascendieron en ésta á 120 muertos y heridos en la capitana y á 60 de unos y otros en la fragata, siendo con escasa diferencia de unos 200 la suma de las que tuvieron los franceses. Sábese por la circunstancia de haber arribado á la isla de Ibiza á repararse [3].

[1] *Règles internationales et diplomatie de la mer*, par M. Théodore Ortolan. Paris, 1856, t. I, págs. 457 y 463.

[2] *Colección Sans de Barutell*, art. 6.°, núm. 225.

[3] Cartas del gobernador de Ibiza D. Pedro de Bayarte y del capitán Andrés de Herrera, fecha 23 de Junio.—Biblioteca Nacional, ms., H. 99, folio 477.

Aprobó el Gobierno el proceder de Papachino, significándole el Rey «haber quedado satisfecho del valor con que se portó en el combate, muy conforme con el que había mostrado en todas ocasiones» [1]; en cambio, mandó someter á juicio de Consejo de guerra á Juan Amant Bli, comandante de la fragata [2].

De presumir es que más satisfaciera á Luis XIV el feliz cumplimiento de sus instrucciones, antes de conocer la resonancia que en Europa tuvo [3].

---

## APÉNDICE AL CAPÍTULO XV.

**Informe acerca de los saludos y etiquetas en la mar, dirigido al cardenal Richelieu por el comendador de Virville, de la Orden de Malta, en Diciembre de 1640.**

En toda armada de navíos redondos hay tres dignidades: almirante, vicealmirante y contraalmirante; en los demás navíos se sigue el orden de antigüedad de sus comandantes.

Los tres primeros se distinguen y reconocen por el lugar en que arbolan los estandartes ó banderas, á saber: el almirante, en el tope del palo mayor; el vicealmirante, en el trinquete; y el contraalmirante, en el mesana. Los demás navíos llevan la bandera á popa en asta inmediata á la escultura que le da nombre, y nunca la cambian de sitio; así, en caso de separarse el vicealmirante de su jefe superior, no por ello cambia el estandarte del palo trinquete, ni los otros lo mudan de la popa.

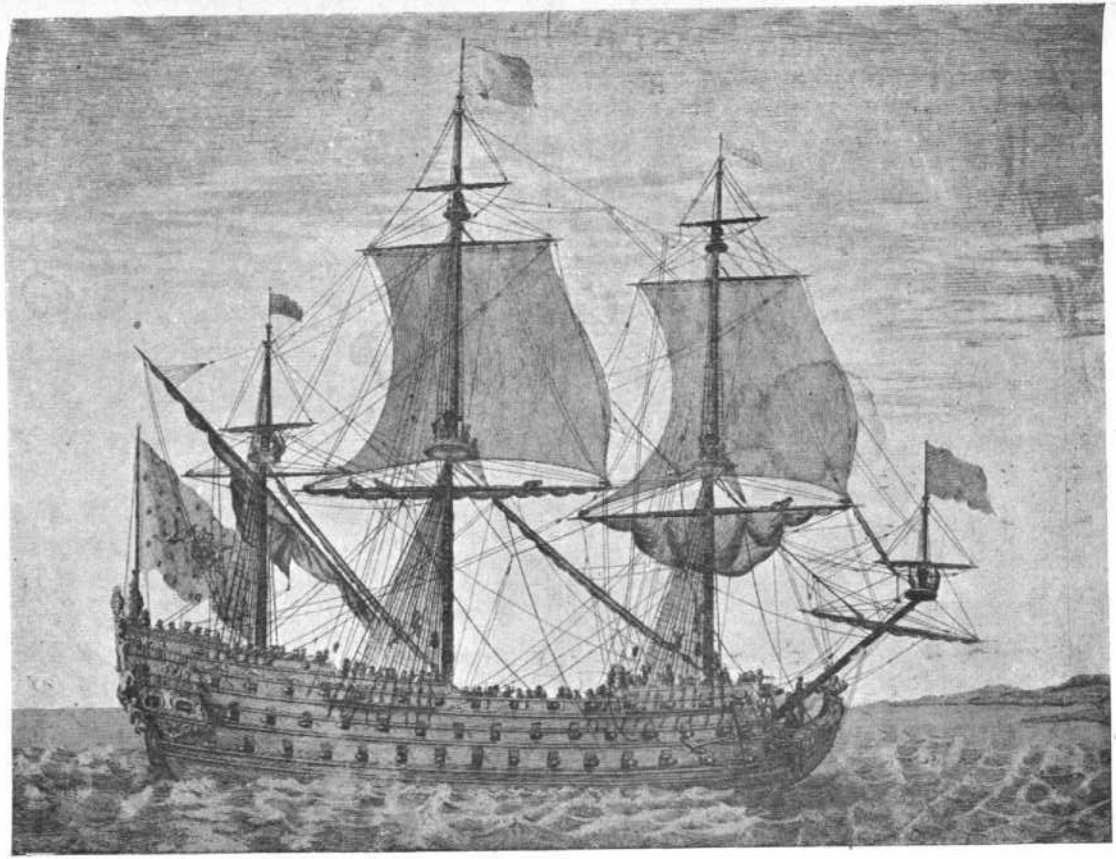
El lugar preferente en la navegación es el barlovento.

Las fortalezas, castillos y ciudades pertenecientes al monarca de quien es la armada deben saludar primero al almirante. En esto no hay duda.

[1] *Disquisiciones náuticas*, t. III, pág. 84.

[2] *Colección Sans de Barutell*, art. 3.°

[3] «Cette action brillante et hardie fit le plus grand honneur au chevalier de Tourville, mais causa de mécontentement en Europe. C'était une hostilité flagrante commise contre l'Espagne, avec laquelle Louis XIV était alors en paix. Cette orgueilleuse prétention rappela le souvenir de la guerre de Gênes, et le prince d'Orange profita de cette nouvelle agression pour donner encore plus de solidité aux raisons qu'il aléguait, afin de liguer l'Europe contre Louis XIV.»—Mr. Sue, t. III, pág. 536.



Navío francés de primera clase.

En cuanto á los vicealmirantes, hay que distinguir entre las fortalezas y ciudades reales y las que no lo son: las primeras no saludan al vicealmirante; las otras sí.

Tampoco es dudoso, estando en paz con España, que el almirante del Rey tenga derecho al saludo de las fortalezas de S. M. Católica; sin embargo, los que mandan no deben entrar en los puertos y exponerse al azar sin estar seguros de recibir el honor del saludo.

Ordinariamente es costumbre en las plazas disparar algunos morteretes (*boîtes ou mantelets*), y, en último extremo, tiros de cañón con bala, lo cual es más honorífico que sin bala, pero se usa poco.

Los navíos contestan siempre con número impar: 1, 3, 5, 7, 9. Para que el almirante pase de siete es preciso que sea caso extraordinario ó que se trate de alto personaje, pues pasando de tal número es costumbre que tiren las tres baterías y lo haga todo el navío.

Los almirantes de diferentes reyes no se saludan unos á otros ni aun en tiempo de paz y buena inteligencia, y evitan prudentemente encontrarse.

El vicealmirante de una Corona está obligado á saludar á los almirantes de otras; si dispara tres tiros, el almirante contesta con uno; si dispara cinco ó siete, el almirante responde con tres.

Los navíos de guerra, aunque tiren hasta siete cañonazos, no reciben más que uno por contestación del almirante.

El vicealmirante que se une al almirante no saluda al cañón; si lo hace, no recibe por contestación más que un disparo, lo mismo que cualquier navío.

El saludo de inferior á superior se hace de dos maneras: una, al cañón, como es dicho; otra, más considerada, arriando las velas de gavia sobre el tamborete y manteniéndolas así hasta perder de vista la insignia.

De navío á navío pone la ley el más, obligando al otro á saludarle. El Sr. de Manty, hombre de mar bizarro, tuvo esta desgracia. Cruzando en el canal de la Mancha una *ramberga* inglesa, prevaliéndose de su superioridad le obligó á arriar la bandera y las velas y saludar al cañón. El modo de evitar casos como éste es no izar bandera y hacer su camino.

En general, las naves mercantes deben el saludo á las de guerra, y están atenidas á visita para verificar si llevan ó no mercancías de contrabando.

Entre los navíos de guerra no hay visita; pero el obligado á saludar debe enviar su patente para que sea reconocida por el saludado.

En el Océano no hay más que un Estado que se considere como semipotencia, que es Holanda, y por ello su almirante debe saludar al del Rey si lo encuentra. Aun más: será bueno que no se haga de rogar para hacer

igualmente saludo al vicealmirante del Rey, pues así lo previenen las órdenes de guerra.

Al entrar en los puertos deben arriarse las gavias para contestar al saludo de las fortalezas.

Hay puertos en que se saluda á éstas y á la ciudad; la regla es la costumbre, pero siempre el número de tiros es impar.

Cuando pasa cerca del navío una persona de calidad en el puerto, se saluda según su categoría: el mínimum es de tres disparos.

El navío que entra en puerto donde se halla otro con insignia, por ejemplo: si un navío del Rey encuentra al almirante de Holanda, debe saludar, y lo mismo si estando el navío en el puerto entrara el vicealmirante.

Todo navío que pasa cerca de su almirante, al separarse en comisión debe saludar con las velas y el cañón y no izar la bandera arriba, á menos que tenga orden expresa.

Hay iglesias de mucha devoción, á las que saludan los navíos con las velas y la artillería, principalmente en el Mediterráneo, como se dirá.

En puertos neutrales no pueden forzar los navíos más fuertes á los de otras naciones al saludo, y el príncipe bajo cuya fe están refugiados debe garantirles de injuria y ordenar que salgan á la mar con intervalos suficientes para que no se ofendan á vista de su puerto.

Cuando una armada ó escuadra saluda con todos los navíos, lo hacen uno después de otro, según la dignidad ó rango de los comandantes, en tiempo mesurado y con intervalo de uno á otro. En las galeras se observa otra práctica, que se dirá.

En la mar, los navíos, al tomar la palabra del almirante, pasan por sotavento y saludan con las velas, teniéndolas arriadas hasta recibir la orden. Es especial prevención la de no pasar nunca por la proa, lo cual se tiene por afrenta grande, y se evita aun en los puertos al amarrarse y cambiar de fondeadero.

Si se preguntara en qué pena incurre el que no saluda, puede contestarse que, tratándose de fortalezas, si tira con bala y echa á fondo al navío, procederá bien el gobernador.

Si un navío falta en este respecto á su almirante, el general ó teniente general pueden suspender y aun privar de su cargo al comandante y dar trato de cuerda á los naocheros.

Tratándose de almirante de otra nación, según las leyes de la guerra naval, está en el caso de obligarle á cañonazos, y el daño que sufra el navío será el castigo de la descortesía del capitán.

A veces saludan los navíos al salir de puerto como al entrar; pero en

este caso se entiende previamente el comandante con el gobernador, á fin de que el saludo sea devuelto.

Con frecuencia se observa que los navíos conductores de personas de consideración saludan á la plaza al entrar, contesta ésta y al poco tiempo saluda á la persona, la cual responde en proporción con número impar de cañonazos.

Cuando estas personas van á tierra en chalupa ó esquife, y al pasar por delante de fortaleza son saludadas con cañón, contestan quitándose el sombrero.

Es de observar que cuando un navío saluda ó devuelve el saludo de cañón, debe empezar disparando á sotavento, como demostración de hacerlo amistosamente.

Hay navíos que en la mar saludan disparando con bala, por no haberlas podido sacar ó por fanfarronada. No por ello se les devuelve del mismo modo ni con más tiros.

Al entrar una escuadra en puerto, saludan con las velas todos los navíos al hacerlo al cañón el almirante, que cumple por todos.

De noche no se saludan; en caso de entrar en puerto se demora para el día siguiente, dando aviso.

Cuando el almirante saluda á personas de consideración, no lo hacen el vicealmirante ni los otros navíos, á menos que se les ordene, lo cual ordinariamente se hace, porque saludando el más digno es natural que le imiten los inferiores.

Al saludar á los personajes que desembarcan, se espera á que la embarcación esté algo separada, para que el humo no les incomode, y se hace siempre el primer disparo por su sotavento.

En la mar, el navío que quiere obligar al saludo á otro le hace ahumada; es decir, quema sobre cubierta una libra de pólvora; si no se da por entendido, dispara un cañonazo sin bala, y después otro con ella, señal de ruptura.

En el Océano no se usa de tantas ceremonias como en el Mediterráneo: el navío que, teniendo arbolada la bandera, no es saludado por otro de menor fuerza, lo cañonea.

Los despachos de que se provee á los navíos de guerra se llaman comisiones; los de los mercantes, patentes ó cartas de carga y viaje, sin las que no deben navegar: en ellas se contiene el lugar de partida, adónde van y qué número de hombres llevan.

Toda nave mercante que navega sola puede arbolar la bandera en el tope del palo mayor, á riesgo de arriarla ó abatirla si encuentra otra nave de más fuerza.

Los que navegan en conserva pueden convenir entre sí respecto á dignidades y saludos; pero si encuentran navío de guerra, todos deben abatir y saludar, porque su compañía no está autorizada y se consideran como navíos sueltos en todo caso.

Los navíos puestos bajo la protección de algún santo celebran su fiesta arbolando estandartes, banderas, pavesadas, flámulas, gallardetes, y los que tienen pólvora de sobra hacen salva. Lo mismo se verifica en las grandes festividades del año, y las de las ciudades, puertos y fortalezas en cuyas aguas se encuentren.

Si el Santísimo Sacramento ó procesión de reliquias santas pasan á vista de los navíos, los que pertenecen á la religión católica saludan al cañón; pero no es obligatorio para ninguno, y no se toca á la bandera.

Cuando alguna persona de distinción visita el navío, se la saluda al entrar y salir, estando un tanto separada para que no la moleste el humo.

El almirante no saluda más que á los príncipes ó personas de la familia real, al general ó al teniente general.

Si persona de alta categoría muere en un navío y no es posible llevar á tierra el cuerpo, habiendo de echarlo á la mar, se disparan algunos cañonazos, que hacen veces del clamor de campanas, al arbitrio del general ó del capitán.

Y porque los marineros no siempre se mueren de hambre y tienen á veces festines ú obsequian á personas de alta posición, es costumbre que, además de los saludos á la entrada y salida, se dispare un cañonazo á cada brindis por la salud de los grandes ó de la persona obsequiada. Pero en esto no hay regla fija.

Si se preguntara por qué se saluda en la mar arriando la vela de gavia y no otra, habría de responderse que no se razonan las costumbres y que tanto valiera querer saber por qué entre personas se saluda quitándose el sombrero y no otra prenda.

## PRÁCTICAS DE LA GUERRA Y SALUDOS EN EL MEDITERRÁNEO.

Aunque el Océano y el Mediterráneo no están separados más que por el estrecho de Gibraltar, los navíos en uno y otro son diferentes; los términos de marina distintos. En el Océano no pueden navegar las galeras por causa del flujo y reflujo, ó porque, siendo los vasos ligeros, sutiles y delicados, no pueden resistir al oleaje, ni oponerle el costado, ni, cuando el flujo se retira, varar, porque la quilla y fondos se resienten, y la razón principal consiste en que no son á propósito para los vientos fuertes y pro-

longados y en que la chusma ó gente de remo sufre mucho, porque no pudiendo hacer gran esfuerzo si no tiene el cuerpo desembarazado y desnudo de la cintura arriba, no resiste en tal disposición el viento y el frío del Océano.

Cada mar tiene su forma particular de naves: las *rambergas*, navíos grandes, no caminan ni se mueven en el Mediterráneo; los pataches no pueden soportar sus velas en el Océano, ni las tartanas ó polacras. Aun por regiones hay diferencias de bajeles: una galera de Barcelona está construída de modo desemejante á las de Marsella; la una es ligera; pesada la otra; la una, es de duración; la otra, no. Los turcos construyen sus galeras diferentes de las nuestras; los venecianos, á su modo, que no es parecido al uno ni al otro, y así Malta de Florencia, Florencia de Civita Vecchia.

La galera es el bajel de guerra propio del Mediterráneo, porque con vela ó remo se manejan mejor en calma, y con vela son ligeras de movimientos; los vientos persevcran menos; el aire más templado; la chusma vive más, y la proximidad á la costa hace la navegación agradable y útil.

Antiguamente se llamaban trirremes porque en cada banco iban tres hombres, que bogaban tres remos de diferente grandor y fuerza. Actualmente se ejercita el esfuerzo de los tres en uno solo con cuatro hombres, por lo menos, que lo manejan apoyado en el agua, y con su fuerza hacen avanzar á la galera.

Llámanse en el Mediterráneo *velas cuadras* á los navíos redondos, que las usan cuadradas, y *velas latinas* á las galeazas, galeras, galeotas, fragatas, bergantines, *lenthres* y todo buque que usa velas triangulares y no tiene más que árbol maestro, trinquete y dos entenas.

Galeazas no tienen más que los venecianos y el Gran Señor. Galeras hay dos especies, sutiles y bastardas; D. Juan de Austria ordenó que no se armaran más que galeras sutiles y á la galocha, por ser más ligeras. Sin embargo, en nuestro tiempo ya no se sirven las escuadras más que de galeras bastardas armadas de un remo por banco, al que se aplican tres, cuatro y cinco hombres.

Ordinariamente las capitanas bogan 28 remos por banda, comprendido el del fogón, que es el trece del lado izquierdo; las galeras particulares 25, y las reales más grandes 33.

En cada banco de las reales de este grandor se ponen seis hombres por banco, desde la popa hasta el árbol, que son 30 bancos ó cuartel de popa, y del árbol á proa cinco. En las particulares cinco, desde popa al banco décimoquinto, y cuatro desde éste á proa.

Las galeras no tienen más que dos palos, ó sean árbol maestro y de

trinquete: antiguamente llevaban otro árbol de mesana postizo, que se ponía en el estanterol, á popa, cerca del tabernáculo; pero se ha desechado, agrandando la vela maestra, y la mayor parte de las galeras turcas no usan siquiera trinquete.

Las velas son: burda, *marabez*, mesana, treo, vela cuadra ó de fortuna; todas las galeras del Mediterráneo las usan del mismo modo. Hay una vela especial á proa que toma el nombre del árbol: vela de trinquete.

Á través de las velas, á la sexta y á la cuarta parte, se cose una banda fuerte de lona doble, que tiene de dos en dos pies cuerdas de una braza de largo, llamadas terceroles. Cuando refresca el viento se toman por bajo de la relinga, y con ello se disminuye en un sexto ó en un cuarto la superficie; pero la salvación de las galeras no consiste en las velas.

Las cristianas llevan en la crujía, entre los dos árboles, el cañón de crujía, que en buena galera suele ser de bala de 50 libras; además tiene dos cañones de bala de 15 libras empotrados, esto es, que no reculan. Al lado de éstos van otros dos pedreros, que disparan balas de piedra de ocho pulgadas de diámetro y á los lados otros dos de bala, de hierro, de cinco libras, que se cargan por la culata y tienen horquilla de hierro, que se sujeta en el bacallar de proa.

A popa, en el vacío de las dos escalas, se montan dos pedreros de esta especie.

Las galeras turcas no llevan más que un cañón de bala de á 25 y rara vez pedreros.

El número de las que navegan en el Mediterráneo es como sigue:

El Papa suele tener cinco; el rey (de Francia), 14; actualmente tiene 22, bien ó mal armadas.

El rey de España, además de la real ó patrona real, tiene en Cartagena 14 y en Denia seis, que son 20. En Génova, 14, mandadas por Doria, á sueldo; en Nápoles, 22; en Sicilia, 10; en Cerdeña, cuatro; esto el año 1624. Desde entonces ha perdido en las guerras mucha parte de la chusma y no podrá armar tantas.

La galera real lleva el estandarte á popa, á la banda derecha; es cuadrado, de ocho pies, lo menos. La patrona, cuando está separada, lo arbola como la real, y en su presencia lo arbola en el calcés.

Después de la patrona real sigue la capitana de Nápoles, y lleva el estandarte, estando en compañía de la patrona real, á popa; en presencia de la real, en el calcés de la maestra.

A la capitana de Nápoles sigue en categoría la de Doria; después la de Sicilia, y estando con la real ó la patrona usan el estandarte como la de Nápoles.

La Serenísima República de Venecia mantiene ordinariamente en Candía, Corfú, Zante y Cefalonia sobre 40, y dos galeazas; pero como no tiene esclavos y arma los remos, bien con criminales, bien con marineros voluntarios, no son tan buenas al remo como á la vela; están bien armadas; son fuertes y ligeras; no salen de su golfo, y si encuentran á las de otras naciones, aparentan no verlas, se desvían y economizan las municiones.

Es difícil saber qué número podría armar la República, si bien se estiman en 80, y á todo tirar, con poca chusma, 120.

Entre medio potencias, Saboya tiene dos; Malta, seis; Florencia, seis; la República de Génova, cinco, y sus capitanas mantienen arbolado el estandarte en presencia de la real (de España?).

En otros tiempos mantenía la Diputación de Cataluña dos galeras armadas, y una de ellas tenía estandarte con las armas de Cataluña y corona de Conde: pretendían ser independientes del Rey de España y de sus ministros, y habiendo querido disponer de ellas el duque de Alcalá, goberdor de Barcelona, en 1622, la Diputación se opuso. Pretendían que la capitana no abatiera el estandarte á la real de España, y de hecho no lo abatió al pasar por Barcelona con la real el príncipe Filiberto.

En general, dos solas tienen dignidad en las escuadras de galeras: la real y la patrona real. La diferencia que las distingue es que la primera lleva en la popa las armas de su príncipe, coronadas, el fanal también con corona, y el estandarte como es dicho. La patrona también usa fanal, pero sin corona, y en vez de llevar el estandarte á popa lo arbola en el calcés del árbol maestro, y en el trinquete una banderola llamada gallardete.

Cuando una galera cualquiera rinde á capitana y toma el estandarte, el capitán adquiere el privilegio de usar durante su vida bandera cuadra en el palo maestro de la galera que mande, y si rinde galera, puede usar fanal.

Las galeras sencillas usan en el calcés del árbol maestro, y del trinquete banderas largas acabadas en punta, con las armas de su príncipe; llámanse gallardetes. En el sitio en que la real y la patrona ponen el fanal, llevan escultura en madera del santo de advocación.

Todas las galeras, á más de los dichos estandartes, banderas y gallardetes, tienen otras para solemnidades y combates á gusto del capitán.

Durante las guerras de Tierra Santa no tenía mando superior la capitana del Papa ni las de los príncipes; se designaba la capitana de la Santa Liga en la que iba el legado de Su Santidad y el general elegido, y en el campo del estandarte se ponía un crucifijo en campo de plata.

La capitana del Papa precede á todas las reales y capitanas de otras naciones; sin embargo, estando en Mesina, como llegara la capitana de

Nápoles, se apartó la del Papa, evitando el saludo. En 1623 entró en Nápoles, y la saludó la capitana de este reino con repugnancia de los españoles, diciendo era vergonzoso que estando ellos en incesante guerra cedieran el primer lugar á los que nada hacían. Sea como quiera, es punto indiscutible que así las fortalezas como las capitanas deben el saludo á la del Papa, en consideración á que pertenece al soberano Pontífice, vicario de Dios en la tierra, por más que en el campo de su estandarte no haya más que las armas del Papa, con la tiara pontifical y las llaves de San Pedro.

Deben también saludar todas las galeras á las reales, aunque haya notable ejemplar en contrario. Yendo para Italia el príncipe Filiberto de Saboya, gran prior de Castilla, generalísimo de S. M. Católica y virrey de Sicilia, se embarcó en Cartagena y costeó hasta Barcelona. Los de esta ciudad determinaron darle entrada solemne, y porque el muelle es pequeño, desembarcó á cuatro millas de distancia para recibir los honores de la recepción entrando á caballo. Puesto el pie en tierra, el marqués de Santa Cruz, teniente general, con la real y 25 galeras se dirigió al puerto, y viendo que no saludaba la plaza al estandarte envió á un capitán á preguntar la causa. Contestaron que no lo hacían por no haber á bordo persona de sangre real, *bizarrería* catalana, porque ciudades y fortalezas marítimas deben saludar á la real, aun cuando sea de un príncipe ajeno.

Relativamente á la patrona real, se distingue entre las capitales y las que no lo son: las primeras no la saludan, al menos esta costumbre se observó de 1614 á 1624 en tiempo de los generales D. Pedro de Leyva, el marqués de Santa Cruz, el doctor Aragón, Melchor Borja y otros.

Tienen las galeras cuatro especies de saludo: la primera es abatir el tendal, á la voz, con trompetas y cañón, y en todos casos se baja á mitad la tienda, como persona que se quita el sombrero.

La real contesta al saludo de ciudad capital de su príncipe con dos piezas ó cañonazos; á las demás, con uno. A las capitales de príncipes extraños, con cuatro. Cuando el príncipe Filiberto fué á Malta con 30 galeras en 1620, la ciudadela Vallette, el Burgo, la isla Sangle y los castillos de San Telmo y el Angel saludaron. La real contestó sola con cuatro disparos, y después de ella todas las galeras con otros tantos. La regla general en galeras es de cañonazos pares; dos ó cuatro, al contrario de los navíos redondos.

Cuando las capitanas de Nápoles, Génova y Sicilia se unen á la real, abaten el estandarte de popa, como se ha dicho, arbolándolo en el calcés, y todas las galeras saludan con cuatro disparos. La real contesta con dos,

si son las patronas de estas escuadras las que se unen; saludan, y la real contesta con una sola pieza. A galeras sencillas no contesta.

Pasando á vista de la real el Santísimo Sacramento, se abate la tienda y saluda al cañón, voz y trompeta; pero éstas no se tocan en viernes ni sábado de cuatro témporas, ni en Viernes Santo, por ser instrumentos de gloria y triunfo que no deben sonar en días de penitencia.

Cuando se celebra la santa misa en tierra por la popa de las galeras, en éstas se abate la tienda, y á la elevación del Santo Sacramento se saluda dos veces á la voz y con trompetas.

Es costumbre saludar con cañón al pasar á la vista de ciertos santuarios, como son Nuestra Señora de Monserrat, la Trinidad de Gaeta, Nuestra Señora de Trapani. Los marineros tendrían por irreverencia no hacerlo. A otras muchas iglesias y capillas se saluda á la voz y con trompetas tres veces.

Es de advertir que al saludar, si la chusma va bogando, levanta los remos, esto es, cesa de bogar para que el saludo sea más respetuoso.

Al entrar en galera persona de distinción, la primera cortesía es dar á la banda; lo que quiere decir que la gente se arrima á aquel lado para inclinar el vaso, á fin de que suba fácilmente; la segunda cortesía es abatir la tienda, saludando á la voz y con trompetas, y la última, el saludo con dos ó cuatro cañonazos.

Las galeras de los duques soberanos de Saboya, Malta, Florencia y de la República de Génova no ceden la precedencia unas á otras; cada capitana de ellas pretende el lugar de patrona real, es decir, la mano derecha y lugar más próximo á la real. Saboya, en calidad de rey de Chipre; Génova, por la realeza de Córcega, etc. Por decisión contradictoria del Rey de España, de 1621, la capitana de Malta es la que precede.

Por convenio de todos los príncipes en el Mediterráneo, es preferido el estandarte de galeras al de navíos redondos, y éstos saludan primero con número impar de cañonazos.

Sea en la mar ó en puerto, por mañana y tarde se saluda á la Virgen á la voz y con trompeta.

En las galeras se da la palabra (el santo) por la tarde. Una hora antes de ponerse el sol pasan las galeras por la popa, saludan á la voz y con trompetas, y recibida la orden vuelven á sus puestos. La real solo la da á la patrona y capitanas, y cada una de éstas á las galeras de su escuadra.

Cuando un capitán muere en combate, entra en puerto la galera bogando sin compás, saluda en voz baja y cubre la popa con tendal de paño negro ó gris, en señal de duelo.

Se hacía antes un saludo que el príncipe Filiberto abolió. Al entrar en puerto, ponían las galeras sus tendales de damasco en la popa, pavesadas alrededor, estandarte, flámulas y gallardetes en palos y entenas, banderolas en cada banco, y tomando las armas los soldados y marineros, hacían descargas de mosquetería en las intermedios de los cañonazos.

Esto se ha reservado para la fiesta del patrono, cuando se celebra la misa en tierra por la popa.

Cada galera tiene su capellán, y la escuadra una capilla para celebrar la misa sobre una barraca, en forma de pabellón, aun en tierra de infieles. Todas cuentan para ello con dispensa del Papa.

También se celebra con esta magnificencia el advenimiento de los príncipes, nacimiento de sus hijos ó fiestas públicas solemnes.

(Extracto del capítulo publicado, con muchos otros pormenores, en la *Correspondance de M. de Sourdis* t. II, pág. 445-484.)

# XVI.

## PÉRDIDA DE BARCELONA.

### 1689-1697.

Segundo matrimonio de D. Carlos II con María Ana de Neuburg.—Dificultades para la venida de esta señora á España.—Embarca en navío inglés.—La escoltan la escuadra de esta nación y la de Holanda.—Travesía molesta.—Desembarca en Ferrol.—Pasan las escuadras aliadas á Cádiz.—Incidentes.—Bombardean los franceses á Barcelona y Alicante.—Sale á su encuentro la Armada del conde de Aguilar.—Se retiran.—Presas que les hacen.—Ocurrencias varias.—Tratado con Inglaterra.—Desastre de la Armada francesa.—Combates y naufragios.—Rendición de Rosas, Palamós y Barcelona.—Paz de Riswick.

El día 15 de Mayo de 1689 se publicó en Madrid el concierto de segundo matrimonio del rey D. Carlos con María Ana, hija de Federico Guillermo, duque de Neuburg elector palatino, hermana de la Emperatriz y de la Reina de Portugal, á tiempo que Luis XIV de Francia había roto las hostilidades en Alemania, Flandes, Italia, Cataluña é Irlanda, contra los firmantes de la liga de Augsburgo. El 28 de Agosto siguiente se celebraron los esponsales en la misma ciudad de Neuburg, dando principio á los preparativos de viaje de la señora, que ofrecía un mundo de dificultades. La situación de España distaba mucho de la que tenía al poner á disposición de las Margaritas de Austria armadas que pudieran hacer frente á las de Inglaterra, Francia y Bretaña en los caminos del Océano, ó á las galeras que juntaran los enemigos en el Mediterráneo. Al presente se ocupaban los bajeles de esta especie, que eran

escasos y mal acondicionados, en conducir tropas á Barcelona, y los de alto bordo en asegurar las flotas de Indias, servicio de principal importancia, para el que eran pocos. ¿Cómo había de exponerse en ellos á la Princesa á las contingencias de la travesía?

Por dura que fuera la confesión de impotencia, hubo de hacerse á las naciones aliadas, solicitando el auxilio de sus escuadras, acordado sí, más no puesto en práctica en seguida, en razón á tener Francia por entonces en las inmediaciones del canal de la Mancha 62 navíos de guerra y 30 de fuego.

Doña María Ana se había trasladado desde el mes de Septiembre al puerto de Flesinga, donde estaba surta la Armada holandesa y adonde había de concurrir la de Inglaterra. Creyendo fuese breve la espera, había rehusado el alojamiento que la ofreció la ciudad, permaneciendo abordo del *yacht*, en que bajó por el río, y con la interinidad fué pasando el invierno con crudeza extremada: hielos, nieblas, temporales, lluvias, se sucedían con intervalos, en que las cartas de la Gran Bretaña iban templando la impaciencia con anuncios repetidos de aparición de los navíos.

Hízola el del almirante Russel, que había de regir la fuerza reunida, á fines de Diciembre, pero todavía transcurrió un mes antes de salir del puerto de Flesinga el *yacht* y de pasar al de las Dunas, punto de reunión de la escuadra inglesa.

Un gentilhombre de cámara de la Reina, que no debía tener mucho en qué ocuparse por entonces, tomó el cargo de cronista de la expedición, redactando diario de ocurrencias, en que anotó muchas que no hubieran llamado su atención á estar familiarizado con la vida de mar, y que, por fortuna nos ha conservado [1]. Dice, pues, al comienzo, que cuando el

[1] Forma este diario un tomito en 8.°, impreso en Bruselas, en 1691, con título *Journal de voyage de reine depuis Neubourg jusqu'a Madrid*. La dedicatoria al Gobernador general de Flandes, marqués de Gastañaga, firma J. Leonard. De este libro me serví, al escribir el de *Viajes regios por mar*, en 1893, entre las otras referencias que allí menciono.

*yacht* pasaba cerca de la capitana inglesa, la gente colocada, en las vergas, saludaba tres veces, causando novedad á doña María por no haber visto nunca aquella cortesía de gritos y movimiento de sombreros en la mano.

Embarcó la Reina en el navío almirante el 27 de Enero (1690), con los honores correspondientes á su rango, entre ellos salva de cien cañonazos, y dió á la vela el 30 con vientos flojos, causa de zozobra y riesgo en el Canal, por no disipar la niebla que envolvió á la escuadra. El 4 de Febrero entraron en Portsmouth, primera estación, según ha de verse.

La marina inglesa distaba todavía del modelo de perfección en orden y disciplina [1]; adolecía de muchos de los defectos que ha tenido la nuestra y todas las demás, por influencia de ideas y costumbres á través de los tiempos. Á la organización definitiva se oponían, el sistema de armamentos ocasionales, considerado económico, y la tendencia á la deserción del marinero reclutado forzosamente. En el suministro de víveres ganaba más el contratista que la salud de la gente, y no bastaba la dureza del castigo para apartarla de los instintos de rapiña, desarrollados en el corso y aun en la piratería, mucho tiempo disimulada.

El cronista del viaje de la reina D.ª Ana refiere algunos de los ejemplos en que intervino la Señora, templando la severidad de la ordenanza que el Almirante se veía obligado á aplicar. Ahorcábanse en los penoles de las vergas á los promovedores de sedición; se penaba el hurto con determinado número de azotes, empleando disciplinas de cuerdas que tenían nudos en las puntas; por faltas del servicio había exposición á la vergüenza y á la intemperie más ó menos días, con el siguiente procedimiento: amarrábanse las manos del culpable á la espalda con una piola, que se pasaba por el cuello y por debajo de las rodillas, apretándola hasta que la cabeza quedaba sobre éstas, y así estaba sentado en la cu-

[1] Véase en el Apéndice núm. 1 de este capítulo el cuadro trazado por lord Macaulay.

bierta el tiempo señalado. En lo ordinario, el palo y el rebenque prevenían la morosidad en las maniobras, lo mismo que en los buques de guerra de otras naciones.

No deja el cronista de decir, en cambio, que tenían los marineros distracciones y esparcimientos, entre ellos una lucha en que, asidos del cuerpo, daban golpes con los pies en las corvas del contrario hasta derribarle. La diversión más animada, por la parte que tomaba la gente de popa, consistía en riñas de gallos, preparados al efecto los animales sin plumas en el cuello, las crestas cortadas y afilados los espolones.

Por ser pocos ó malos los víveres, tuvo que reponerlos la escuadra en Porstmouth, empleando en la operación desde el 4 de Febrero hasta el 2 de Marzo, y aunque este día se disparó cañonazo de leva y la escuadra se puso á la vela, más que marcha se trató de hacer ensayo y llamada á los bajeles mercantes surtos en puertos inmediatos esperando proporción de convoy. En la mar se formaron las divisiones, distribuyendo la gente en los puestos á que había de acudir en combate. Á los cañones gruesos, observa el cronista, se destinaron ocho hombres; seis á otros; cuatro á los menores. Se recogieron las camas, subiéndolas á la cubierta y formando con ellas parapetos para la mosquetería; hiciéronse señas con trompetas y timbales, y entre otras precauciones que el escritor no comprendía, fondearon y levaron varias veces los navíos, en los días sucesivos, no sin alguno que otro choque ligero de unos á otros, ya llevados por la fuerza de la marea ó del viento. En una de las salidas pasaron al puerto de Torbay, del que se hizo la definitiva el 17 de Marzo, en número de 536 velas. Las 40 de guerra componían tres escuadras, en esta forma:

VANGUARDIA.—ESCUADRA ROJA.

VICEALMIRANTE KILLEGREW.

| Navíos. | Cañones. |
|---|---|
| *Esperanza* | 70 |
| *Castillo Nuevo* | 52 |
| *Saphire* | 36 |

| Navíos. | Cañones. |
|---|---|
| *Burford* | 70 |
| *Resolution* (Insignia) | 70 |
| *Oxford* | 52 |
| *Greenwich* | 52 |
| *Plimouth* | 60 |
| *Expedition* | 70 |
| *Santiago de Victoria* (de Ostende) | 52 |
| *L'Hereuse retour* | 52 |
| *Suffolk* | 70 |

El almirante Russel, general en jefe, navegaba en el centro, conduciendo á S. M.: llevaba inmediatos dos navíos de fuego, y el suyo era el nombrado *Duc*, de 92 cañones.

## CENTRO.—ESCUADRA AZUL.

### VICEALMIRANTE ASPI.

| Navíos. | Cañones. |
|---|---|
| *Portland* | 50 |
| *Deptort* | 52 |
| *Rubert* | 66 |
| *Tygre* | 52 |
| *Aigle* | 70 |
| *Berwick* (Insignia) | 70 |
| *Montaigu* | 66 |
| *Faucon* | 50 |
| *Northumberland* | 70 |

## RETAGUARDIA.—ESCUADRA HOLANDESA.

| | |
|---|---|
| *Ridderschap* | 60 |
| *Wapen van Hoorn* | 52 |
| *Noort Hollandt* (Insignia) | 70 |
| *Hollandt* | 70 |
| *Elwout* | 52 |
| *Schatershoef* | 46 |
| *Galderlandt* (Insignia) | 72 |
| *Amsterdam* | 64 |
| *Gaesterlandt* | 52 |
| *Vlaerding* | 46 |
| *Veere* | 60 |
| *Zierig-Zee* | 62 |
| *De Urede* | 52 |
| *Vryheyt* | 72 |
| Dos navíos de fuego. | |

Cincuenta de los bajeles mercantes, no comprendidos en la lista de escuadras, estaban armados con 24 á 40 cañones, y muchos otros con 10 á 20.

El navío real *Duc*, considerado de segunda clase por no montar más que 92 piezas de artillería, medía 180 pies de eslora, 46 de manga y 22 de calado; la tripulación ascendía á 800 hombres, á más de los cuales embarcaron 300 de transporte, contada la comitiva de la Reina, y se alojaron en los cuatro *pisos* ó cubiertas de la nave.

En el de abajo (primera batería) estaba la caña del timón en sitio que llaman *Santa Bárbara;* servía de alojamiento á los oficiales y de depósito de armas de todas clases, muy limpias y bien colocadas: en ambos costados seguían hasta proa los cañones de mayor calibre, que eran de hierro fundido.

En el otro *piso* (segunda batería) estaba la entrada y salida del navío (el portalón); los cañones eran más pequeños que los de abajo; á popa, la cámara del Almirante; á proa, la cocina y máquina de levar anclas.

En el tercero (tercera batería, de artillería todavía menor) se hallaba instalada la cámara de S. M. la Reina, compuesta de tres aposentos, cámara tal, comedor y sala de audiencia. Estaban los tabiques (mamparos) brillantemente barnizados; en las puertas y ventanas había cortinas de terciopelo carmesí con fleco de oro, y de lo mismo eran los cojines de los taburetes y sillón. La mesa y escritorio de maderas raras muy bien esculpidas, completando el adorno un hermoso espejo y once cornamusas ó grandes candelabros de plata, fijos en en los costados. También era de plata un magnífico brasero, tan grande, que tenían que levantarlo cuatro hombres. En el aposento de dormir estaba rica cama bordada de oro, con cortinaje de terciopelo, otros muebles y objetos necesarios.

Pareciendo ocioso al cronista mentar los muchos adornos que así dentro como fuera tenía el *Duc*, acaba la descripción con el cuarto piso (cubierta alta), diciendo únicamente que era sitio muy agradable para pasear en buen tiempo y que allí estaba la cámara del Gran Maestre que acompañaba á S. M. En otro lugar expresa que el adorno del navío

costó 400.000 escudos, y cita entre los muebles de la cámara real un clavicordio que solía tocar D.ª María Ana, aunque no en la mar, pues casi siempre guardó cama, fatigada del mareo.

En su excusa debe decirse que la travesía no tuvo nada de agradable, ya por los malos tiempos, ya por la poca vela que exigía la marcha lenta de tantas naves, en su mayor parte pesadas, ya también por incidentes que impresionaran á toda señora. Uno de los descubridores señaló la vista de la armada enemiga, ocasionando un zafarrancho de combate que fué innecesario, pero que pudiera haber ofrecido á S. M. un espectáculo imponente, porque el mismo día que empezó á navegar esta flota, 17 de Marzo, salieron de Brest 40 navíos franceses conduciendo 6.000 hombres de ejército para Irlanda [1], y debieron cruzar su derrota con la de los aliados.

Tras esta falsa alarma la hubo muy seria, porque al sacar cerveza de la despensa, dejó el mozo caer la vela encendida, que prendió en un montón de heno. El humo se hizo tan denso que no podían bajar los marineros sin riesgo de asfixia, y urgía el remedio por estar el fuego inmediato á la pólvora.

De las demás observaciones escritas por el gentilhombre de la Reina, no queda más que una que interesa al marino. «De dos en dos horas, dice, echaban al agua cierto instrumento llamado *lague* [2], por el cual sabían lo que andaba el navío en una hora.»

Avistada la costa de España sin encuentro de enemigos, hizo el Almirante señal de separación, partiendo los grupos del convoy por distintos rumbos con menor escolta. El *Duc*, esperado en Santander, donde se habían hecho preparativos de recepción [3], se dirigió á la Coruña forzado por el temporal borrascoso, en términos de tener que embocar la ría de Ferrol con riesgo. Con decir que en tan seguro puerto garró la nave real varando en los bajos, y que otras tres se aborda-

[1] Mr. Guérin, t. III.
[2] Quería decir *log*, corredera.
[3] *Colección Sans de Barutell*, art. 4.º, núm. 1.663.

ron haciéndose averías, se formará idea de las circunstancias en que arribaba D.ª María Ana [1].

Desde el 27 de Marzo que dejaron caer las anclas, delibe-raron en tierra las autoridades acerca de la manera de acabar con las molestias sufridas por S. M., llegando á decidir la compostura ó reparo de lo más malo, siquiera, del camino de tierra, con tal que pudiera pasar una litera. Así lo hicieron en diez días, de modo que el 6 de Abril pudo desembarcar la Reina en Mugardos é ir á pasar la noche en Puente de Eume; el 8 llegó á la Coruña, y por burla de la suerte lo hicieron casi al mismo tiempo los navíos, favorecidos por el cambio del viento, llegando con oportunidad para alegrar la fiesta con el ruido de los cañones.

Mientras esta comisión honorífica llenaba el almirante Russel, su subordinado Killegrew, en compañía de los al-mirantes holandeses Allemonde y Evertzen, condujo al es-trecho de Gibraltar el gran convoy del Mediterráneo, hacien-do escala en Cádiz. En el puerto embarcaron 1.400 hombres de infantería española, continuando con ellos la navegación, entrado el mes de Abril. A vista de Tetuán dieron caza á dos navíos franceses, uno de los cuales escapó arbolando bandera argelina; el otro fué apresado. Pocos días después tuvieron escaramuza con escuadra del almirante francés Château-Re-gnault, al que tomaron tres bajales, de 30, 24 y 12 cañones, llevándolos á Gibraltar [2]; sin embargo, los escritores fran-ceses que mencionan el encuentro, que no son todos, dié-ronlo por victorioso [3].

Por entonces se ajustó tratado de alianza entre el empera-dor Leopoldo y el duque de Saboya, Víctor Amadeo II, con-tra los franceses, insertando entre las cláusulas la de que una

[1] Memorial de servicios de D. Gregorio de Castro Figueroa. Impreso en dos hojas, folio. Academia de la Historia, *Colección de Jesuitas*, t. LXXXIII, núm. 4.

[2] *Gaceta Española de Amsterdam* de 5 de Junio.

[3] El historiador inglés Campbell, parodiando nuestro proverbio «El que no se contenta es porque no quiere», escribe con este motivo: «Such flourishes are so natural to these autors, that, after a very instances, I shall content myself with a bare relation of them, and leave their credit to the candid consideration of every inpartial reader.»

armada española cruzaría sobre las costas de Provenza para seguridad del Condado de Niza [1]; compromiso de difícil cumplimiento. Mientras las escuadras de Francia tuvieron que hacer en el canal de la Mancha se mantuvo el duque de Veragua sobre el lugar indicado, haciendo algún daño con las galeras en el Rosellón [2]; cuando aquellas escuadras volvieron al Mediterráneo se vió en la necesidad de retirarse á Cataluña en actitud defensiva.

Iba á empezar con actividad la campaña contra nuestro país, buscando en él Luis XIV compensación al fracaso de la de Irlanda, y dinero sobre todo, y para ello ordenó á los almirantes Château-Regnault y Nesmond cruzaran al Oeste de las Sorlingas y cabo de San Vicente á la espera de las flotas de Indias [3]. En Levante, el conde d'Estrées tomó á Niza y bombardeó á Oneglia como preliminares, antes de presentarse ante Barcelona para cumplir las siguientes instrucciones [4]:

«Había de arrojar sobre la ciudad el número de bombas que creyera bastante para hacer palpable el poderío de S. M. con el daño que recibieran.

»No era probable que siendo residencia de Virrey y teniendo fuerte guarnición de tropa quisiera dicha ciudad rescatar su ruina con una contribución; sin embargo, conocido el espíritu de sedición latente en el pueblo, si por el temor ó por el efecto de las bombas, ó por la sola presencia de la escuadra, consiguiera el Conde estimular á los habitantes á alzarse contra el Rey de España no debía titubear en auxiliarlos y en hacer lo posible para quitar al enemigo una población tan importante, obrando de acuerdo con el duque de Noailles, general del ejército de Cataluña.

»Desde Barcelona, cumplido el objeto, pasaría á Alicante y á Cartagena para arruinar á estas ciudades ú obligarlas á pagar gruesa contribución. Debía suponerse que siendo centros comerciales no se dejarían incendiar, prefiriendo el pago

[1] Fecha 4 de Junio. *Colección de Abreu.*
[2] *Colección Sans de Barutell*, art. 3.°, núm. 1.691, y art. 4.°, núm. 1.680.
[3] M. Sué, t. IV, pág. 180.
[4] Ídem íd., pág. 181.

de una suma proporcionada á su riqueza, que se les obligaría á aprontar sin dilación.

»Obtenidas las contribuciones, que no debían bajar de 300 á 400.000 libras, y en el caso de quedar algunas bombas, podría el conde d'Estrées consumirlas sobre la ciudad de Mallorca antes de dar vuelta á las islas Hyères.»

Para ejecución del programa parecieron ante Barcelona 38 velas, que en los días 10 y 11 de Julio (1691) lanzaron unas 900 bombas sin que el fuego de las baterías de la ciudad les hiciera más que un muerto. La escuadra se largó el 12 sin intentar desembarco; á tierra envió proclamas exhortando al pueblo á pronunciarse contra el Rey, que nada hacía para defenderlo, y añadiendo haber suspendido el bombardeo por consideración á los habitantes de la ciudad [1].

En Alicante fué más fiero el francés: recibida la respuesta que es de suponer á la intimación de pago, comenzó la tarea destructora, arrojando más de 2.000 bombas; todas las que tenía la escuadra, con daño de que pocos edificios se libraron, fuera por efecto directo de los proyectiles ó por el incendio que por todas partes iniciaron. Tal fué el resultado en cinco días seguidos, con sus noches, que en opinión del autor «si semejante ejemplo no intimidaba á otras ciudades, podía perderse la esperanza de obtener dinero repitiéndolo». No obstante, rechazaron los alicantinos el intento de desembarco con que los enemigos trataban de coronar la obra, rechazándolos con vigorosa resistencia.

Sabía el conde de Estrées, por informes de naves neutrales, que el de Aguilar cruzaba al Oeste con la armada del Océano, y que Papachino se hallaba en Málaga con siete bajeles de fuerza muy inferior á la suya, por lo que no dejó de sorprenderle el aviso de sus descubridores de estar á la vista la escuadra española. Inmediatamente se puso á la vela con la suya, emprendiendo la retirada en buen orden y conservando todo el material, si se da crédito á su palabra; huyendo á vela y remo con abandono de la anclas y pérdida de un

[1] Don Víctor Balaguer, *Historia de Cataluña*, t. VIII, pág. 243.

navío de 34 cañones, otro de 22 y un tercero menor, que se le apresaron en la retaguardia, si se prefieren las versiones españolas.

Comparadas unas y otras con crítica desapasionada, se advierte que el conde de Aguilar, obedeciendo las órdenes del Gobierno, unió á su armada la escuadra de Papachino, y hallándose con fuerza superior dió caza á la de Francia desde el día 29 de Julio con poca actividad ó deseo de llegar á las manos; porque embarazando la marcha de los enemigos las bombardas, los transportes, y aun las galeras, debió alcanzarlos y ponerlos en la necesidad de sacrificar el convoy, cuando menos. Hay que descartar de las relaciones la exageración y el disimulo de los desaciertos, y haciéndolo, resulta evidente la superioridad marinera del conde de Estrées al emprender la retirada en lance comprometido [1].

Por consecuencia de la desaparición de la escuadra se apresaron en Guardamar dos galeras francesas; en el río de Tetuán tres fragatas que conducían pertrechos y 12.000 pesos en dinero para los moros [2], y en aguas de Toscana un bajel de guerra de 20 cañones y tres menores, haciendo ver el duque de Nájera que aún eran de provecho las galeras de su cargo [3].

[1] En el Apéndice núm. 2 de este capítulo traduzco la Memoria del Almirante francés, en la que algunos puntos son de sospechosa veracidad. De nuestra parte hay relación impresa y otra manuscrita, al parecer de personas de la comitiva del Conde de Aguilar. (Biblioteca Nacional, Cc. 51.) Cuéntase en ésta que al llegar sobre Cartagena, empezaron á oir el estruendo de las bombardas; que en orden de batalla llegaron á la altura de Alicante, donde con Salve cantada se arboló el estandarte, pidiendo victoria al Crucifijo y á Nuestra Señora de la Concepción, allí pintados; que la gente tiraba al aire los sombreros de contento, viendo huir á los franceses, que habían picado los cables y se hacían remolcar de las galeras, yendo en desorden y escapando á cual más podía. Componíase de 16 bajeles, 26 galeras, pontones, bombardas y otras embarcaciones hasta el total de 56. La española llevaba 20 bajeles grandes y menores. Se mantuvo la caza hasta llegar sobre Barcelona, apresando un navío de 32 cañones y otro menor, rezagados. En la *Colección Sans de Barutell*, artículos 3.°, 4.°, 5.° y 6.°, se conservan las órdenes de reunión y salida de la armada en persecución del enemigo, con encargo de buscarlo y pelear con él.

[2] Biblioteca Nacional. *Avisos impresos.*

[3] *Memorial del Duque de Nájera.* Ms. de la Academia de la Historia, *Colección Salazar*, K. 24, fol. 115.

Más pobre en sucesos de mar el año siguiente (1692), apenas habría cosa que referir de él, á no suplir el silencio de nuestros documentos el historiador enemigo entusiasta, tantas veces aludido. Copio, pues, una vez más de sus interesantes relatos el de ocurrencia de la armada del Océano al cruzar, como de ordinario, en guarda de los galeones de Indias:

«Una escuadra de trece navíos que en el mes de Octubre volvía desde el Océano al Mediterráneo al mando de Flacourt, inspiró tal pánico á toda una gran armada regida por el vicealmirante de Aguilar, que no osando esperar en la especie de fuga emprendida, prefirió abandonar uno de los navíos, *la Notre-Dame de la Tocha*, de 58 cañones, del que *le Constant*, capitán de Chavigni, se hizo dueño en combate de una hora. El capitán español *Don Ponce de León* había muerto de bala de cañón, y el buque quedó tan mal parado que fué preciso incendiarlo [1].»

En cambio omite, y con él los demás historiadores náuticos de su nación, un incidente bastante obscuro en los papeles que yo he visto. Parece que cuatro bajeles recién carenados en Guipúzcoa, navegando juntos, hacia Cádiz, combatieron sobre cabo Finisterre con fuerza superior de franceses, y se perdió el nombrado *San Juan*, de modo que el Consejo de guerra juzgó poco digno, si no deshonroso [2].

[1] Mr. Guérin, t. IV, pág. 8.

[2] Aluden al combate y pérdida los documentos de la *Colección Sans de Barutell*, artículo 3.°, números 1.790 y 1.795. Otro, extractado en la *Colección de D. Juan Antonio Enriquez*, dice: Suspensión y prisión de los capitanes de los bajeles *San Lorenzo*, *San Carlos* y *Santo Tomás*, y que se les forme causa por la pérdida del nombrado *San Juan* en el combate con los franceses el 5 de Agosto de 1682 en el cabo Finisterre, siendo prevención que concluida dicha causa, sentenció el Auditor que se diese garrote á D. José Garao, capitán del navío *San Carlos*; privación de empleo y seis años de presidio en Mazalquivir, al del *San Lorenzo*, D. Alonso Fernández de Córdova, y suspensión de empleo y destino por diez años al del *Santo Tomás*, D. Melendo Suárez de Miranda, y diez años de presidio á los pilotos del *San Lorenzo*, Pedro y Mateo del Mello; y llevada la causa en apelación al Consejo de Guerra, se puso á Garao la pena de privación de su puesto y de otro cualquiera militar en mar ó tierra y se absolvió á los demás en 28 de Junio de 1694; y en 13 de Septiembre de 1700, hizo el Rey la gracia á dicho Garao de que se le quitase la nota que tenía.

Del lamentable estado á que llegaba la marina española, ofrece otro dato la composición de una escuadra improvisada para conducir tropas, haciendo escalas en Rosas, Génova y Nápoles. Era de ocho bajeles de guerra de las armadas del Océano y Flandes; dos de fuego, un patache, un buque hospital, un pingue, una saetia y una tartana. El almirante D. Pedro Corbete logró con esta rara mezcla de embarcaciones cumplir su comisión, esquivando el encuentro de la escuadra francesa, que le perseguía [1].

Basta el hecho para explicar el tratado que se firmó en la Haya el 31 de Octubre, conviniendo en la unión de las armadas de SS. MM. Católica y Británica en el Mediterráneo, en la inteligencia de que la primera aprontaría 16 navíos de guerra de á 60 cañones, 4 de fuego y 25 galeras; y la segunda, 16 navíos del mismo ó mayor porte y 4 de fuego. Por cláusula especial se convino en qûe no habría ceremonia de saludos [2].

La fortuna se mostró enojada con Luis XIV este año, descargando sobre una de sus escuadras (la que gobernaba Víctor d'Estrées) furiosa tormenta que la desarboló y puso en grave peligro en el estrecho de Gibraltar. Dos navíos se hicieron pedazos en la costa de Ceuta, quedando la tripulación que se salvó, prisionera en la plaza. Los demás no pudieron juntarse con las otras escuadras del Océano guiadas por Tourville, que iban á reñir con las de nuestros aliados, ingleses y holandes, una de las batallas célebres de la historia. Encontráronse el 29 de Mayo á la vista del cabo la Hogue con fuerzas desiguales; abrumadoras por parte de las que obedecían á Guillermo de Orange, resultando desastre en que fueron incendiados 15 de los mejores navíos franceses [3].

Corriendo el año 1693, proyectó el Gobierno francés ven-

[1] *Colección Sans de Barutell*, art. 4.º

[2] *Colección de Abreu.*

[3] Como medicación aplicada á la vanidad de Luis XIV se publicó entonces un folleto bilingüe, titulado: *Nouveau voyage de la flote de France à la rade des Enfers, sous la conduite de l'amiral Tourville, adressé à milord Russel, amiral d'Angleterre, et à M. de Alemonde, amiral d'Hollande.*

gar la derrota de la Hogue descargando un golpe sensible contra el comercio de Inglaterra y Holanda. Tenía averiguación de estarse disponiendo un convoy para el Mediterráneo, tan crecido é importante como el que vino con la Reina de España, igualmente escoltado por escuadras de las dos naciones. Adoptó con gran reserva sus medidas, mandando concurrir sobre la costa de Portugal á las suyas de Brest y Tolón, y en el mes de Mayo se juntaron á las órdenes de Tourville y del conde d'Estrées más de 100 navíos de línea, es decir, de 50 cañones arriba, con número proporcionado de fragatas, pataches y *brulotes*. Cuando el convoy denominado de Smyrna se acercó al cabo de San Vicente, lo empujó hacia tierra aquella armada, sin que la defensa de la escolta le valiera: y vióse algo parecido á lo que ocurre cuando de improviso cae sobre un rebaño manada de lobos hambrientos: un horror. De poco servía á los mercantes dispersos la huída en todas direcciones; alcanzábales la tea de los perseguidores, empeñados, no tanto en aprovechar como en destruir la riqueza representada por el inmenso cargamento de mercancías.

El cómputo de la función de que fué teatro el horizonte de Lagos el 28 de Junio, arrojaba suma de 45 naves de guerra ó mercantes incendiadas y de 27 presas, suma que Tourville trataba de elevar destacando bajeles por secciones en persecución de los fugitivos. Contra los que se refugiaron en la bahía de Cádiz fué el mismo; eran 19, mas los halló defendidos por la plaza en forma que no le pareció prudente retar [1]. En la bahía próxima de Gibraltar estaban menos resguardados un navío de guerra holandés y nueve del comercio, ingleses, que pudo destruir [2]. En Málaga envió atento recado al Gobernador ofreciendo no hacer el menor daño á la ciudad si no amparaba á los cinco fondeados en el puerto, y habiéndole respondido tener orden de protegerlos, rompió el fuego con toda la escuadra hasta que las tripulaciones de las

[1] Campbell.
[2] Ídem.

dichas naves las afondaron, yéndose á tierra [1]. Por rareza enraron en Cádiz en estos días, sin tropezar, con tantos enemigos, las flotas de Indias, que llegaban dispersas, desarboladas y en mala disposición por resultas de temporal [2].

Imperante la armada francesa en el Mediterráneo, acometió entonces á la plaza de Rosas, que sitió por tierra el duque de Noailles, obligándola á capitular tras buena defensa, lo mismo que á Palamós, y con no menos de 93 navíos apareció ante Barcelona el 12 de Agosto, llenando de confusión á los ciudadanos con la extraña demanda á que redujo el Almirante el aparato [3].

De todas maneras iba tomando sesgo torcido la campaña en Cataluña, mucho más por dificultar el envío de recursos de resistencia la precisión de dirigirlos á los presidios de África, otra vez amenazados. Los moros de Mequinez dieron bravo asalto á Orán, en el mes de Julio, teniéndola cercada con 20.000 hombres. Al año (1694) la emprendieron con Ceuta, llegando á ponerla en grave aprieto y en la necesidad de que tomaran armas hasta los eclesiásticos.

Cuatro bajeles que á cargo de D. Diego Antonio de Velasco habían conducido á Barcelona unos pocos soldados, al dar vuelta hacia Cádiz amanecieron sobre Peñíscola entre 54 de la escuadra francesa, que los encerraron sobre la costa: no les quedaba más remedio que la entrada en alguno de los puertos inmediatos, batiéndose en retirada; intentándolo llegó uno de ellos á Vinaroz, donde embarrancó; los otros

[1] Campbell. *Colección Sans de Barutell*, art. 3.°

[2] La misma *Colección*, art. 4.°

[3] «Envió un trompeta (escribe D. Víctor Balaguer en su *Historia de Cataluña*), diciendo que de todas las plazas de las costas españolas le habían regalado los Gobernadores, y esperaba de Barcelona el mismo agasajo. Los generales que había en la ciudad fueron de parecer que debía darse gusto al francés; pero no así los concelleres, quienes dijeron que Barcelona sólo enviaba regalos de balas á sus enemigos. No obstante, se dispuso regalar al Almirante, conforme solicitaba, y de este modo se evitó, sin duda, un nuevo bombardeo.» El historiador inglés Campbell noticia que Mr. de Tourville había pedido también en Cádiz refrescos, que se facilitaron, lo cual quiere decir que proveía su mesa á costa de los enemigos; pero la presencia de la escuadra ante Barcelona obedecía á más importante objeto del servicio de su Rey; era distracción de fuerzas que ayudó al duque de Noailles á expugnar á Gerona.

tres entraron en los Alfaques y vararon asimismo, poniendo fuego á los cascos antes que entregarlos. La gente se salvó en tierra [1].

La entrada en Cádiz de los almirantes ingleses Wheeler y Neville, y del holandés Kallemburg, llegados á favorecer nuestras operaciones en cumplimiento de los tratados, no quebrantó el rigor de la suerte tan obstinadamente adversa, que á poco, sorprendidos en el Estrecho por una borrasca, tratando de acogerse á Gibraltar, entre esta plaza y Estepona, naufragaron 11 bajeles, ahogándose 409 hombres, y por más lastimoso signo zozobró la capitana, sumergiéndose con el Almirante y 550 personas más [2].

Vino detrás el vencedor de la Hogue, Russel, con refuerzo que elevó la escuadra aliada al número de 88 navíos de línea, sin que la armada española contribuyera á hacerla respetable con su contingente, reducido á 10 naves; cuatro de 60 cañones, de las que por las cláusulas del convenio debía aprontar; el resto menores, en estado de conservación tal, que hacía sospechar no resistieran el disparo de su propia artillería [3]. Mandábanlas los almirantes Laya y Papachino, que hicieron cuanto de su buen deseo podía esperarse, disponiendo de semejantes elementos [4].

Bastó la entrada de las escuadras con la cifra que algunos escritores hacen subir á 136 velas, contados navíos de fuego, fragatas, pataches y transportes, para que las de Francia se alejaran de Cataluña y encerraran en Tolón, dejando el mar libre. Las aliadas estuvieron en Cartagena, Baleares y Barcelona, que vió con satisfacción alejarse de sus murallas á los enemigos, volviendo á invernar en Cádiz sin acometer empresa alguna ofensiva [5].

[1] Ocurrió el suceso el 20 de Mayo de 1694. *Colección Sans de Barutell*, art. 4.° Refiérelo también el marqués de Villette en sus cartas.

[2] Campbell.—Relación ms. en la Biblioteca Nacional, H. 99.

[3] Carta del almirante Russel al Rey de Inglaterra, comentada por Campbell y por Macaulay.

[4] *Colección Sans de Barutell*, artículos 3.°, 4.° y 6.°

[5] Consigna lord Macaulay en su *Historia del reinado de Guillermo III* que, aun estando exhausto el tesoro de España, recompensó el Gobierno el primer servicio de los aliados regalando al almirante Russel una joya que valía 20.000 libras esterlinas.

Algunas fragatas que abrieron la campaña siguiente á las órdenes del almirante Killegrew, batieron y apresaron en las costas de Sicilia á dos navíos franceses de 70 y 60 cañones, no sin pelea obstinada que costó la vida al mismo Almirante [1]. Meditábanse, según parece, proyectos de transcendencia, pues vinieron de Inglaterra 4.500 soldados de infantería, 12 bombardas y material, con que se puso en movimiento la armada aliada, llegando sobre Palamós á mediados de Julio (1695) con aumento de las escuadras de galeras de Nápoles, Sicilia y Génova [2]. Sobre esta plaza y la de Rosas se lanzaron algunas bombas con éxito, procediendo seguidamente al asedio, para el que desembarcaron de las escuadras 4.000 ingleses y holandeses. No avanzaron, sin embargo, las otras por falsa noticia de haber salido de Tolón la escuadra francesa, recibida la cual, mandó reembarcar el almirante Russel. Cruzó algunos días sobre la costa de Provenza y dió vuelta á Cádiz.

Debe conjeturarse que la tibieza del jefe inglés, disponiendo de fuerza tan considerable sin empleo útil, obedecía á la mala impresión que le produjo el conocimiento personal de la marcha seguida en Cataluña. Según las cartas dirigidas á su Soberano, tenía allí España un ejército nominal de soldados sin paga, sin ración, sin tiendas, que careciendo de todo, ni aun útiles para atrincherarse tenían [3].

[1] Fué enterrado honrosamente en Mesina, y refiere Campbell que pudo aventajarse al enemigo porque en el momento de llegar á su costado estaba toda la tripulación de rodillas, elevando plegaria, antes de ocupar los puestos de combate, mas no quiso valerse de la ocasión, diciendo: «It is beneath the courage of the English nation to surprize their enemies in such a posture.»

[2] *Colección Sans de Barutell*, art. 4.°

[3] Recargando quizá las sombras del cuadro, Macaulay agrega que, mezclados con los mendigos los infantes, hambrientos y haraposos, les disputaban á las puertas de los conventos la sopa y los mendrugos; pero las noticias transmitidas por Weis (*España hasta el advenimiento de los Borbones*) no hacen formar tampoco la mejor idea de la tropa. «Aquí, desde Madrid (dice), escribía el embajador de Inglaterra, no han podido juntarse 1.000 hombres de refuerzo, porque se desertan cada día tantos veteranos como reclutas traen; y cuando salga de la villa esta nueva quinta, desaparecerá más de la mitad antes de entrar en Cataluña, porque los mismos oficiales, que desean sólo salir de Madrid con lucimiento, les han prometido hacer la vista gorda cuando se vayan.» Lafuente trata del recurso ideado en la Corte, de pedir á los pueblos un soldado por cada diez vecinos, en el t. XVII, pág. 231 de su *Historia general de España*.

El hecho es que, desistiendo el Almirante de sus primitivos planes, regresó á Inglaterra, dejando en Cádiz á su subalterno Mitchel con 23 navíos, y que desde entonces fué la campaña de mal en peor, sin que el cambio de virreyes del Principado ni la llegada de un cuerpo de tropas alemanas é irlandesas, al mando del príncipe Jorge de Darmstad, detuviera los progresos del duque de Vendôme, sucesor del de Noailles en la dirección del ejército invasor. Tal cual efímera ventaja alcanzada por los somatenes en tierra; la que consiguió D. Pedro de Montemayor, capturando sobre cabo Bigut, con sus dos galeras, un convoy de 25 embarcaciones con víveres y pólvora, destinados á los enemigos [1]; la de algunas otras presas de menor importancia que hizo el cuatralbo D. Vicente de Argote (1696), poco distrajeron la atención, fija en la capital, y así el 5 de Junio (1697) llegaron á vista de la plaza 18.000 infantes y 6.000 jinetes, al mismo tiempo que entraba por la rada el conde d'Estrées con unas 100 velas, navíos, fragatas, bombardas, galeras y transportes. Con 60 cañones de los más gruesos, 24 morteros y tres batallones de marina contribuyó á la instalación de baterías en tierra para batir en brecha, reproduciendo por mar las faenas de Alicante; esto es, entreteniéndose en arrojar impunemente sobre la ciudad la provisión de bombas.

Los incidentes del cerco, asaltos, salidas, minas voladas, hechos gloriosos de armas, no son propios de esta narración: tienen la suya especial, que redactaron actores del triste drama, desarrollado en más de dos meses de valerosa defensa [2], que acabó con la capitulación de entrega, fijada para el 15 de Agosto [3].

Poco duró la ocupación de los franceses. Negociada en Riswick la paz europea, firmaron los plenipotenciarios españoles el tratado [4], aceptando las condiciones del rey

[1] *Colección Sans de Barutell*, artículos 3.° y 4.°

[2] *Diario puntual de los sucessos del sitio de Barcelona y exercito de Catalvña, desde el dia 5 de Junio hasta 5 de Agosto, que se está continuando el asedio.* Impreso en Madrid, por Antonio Bizarron.

[3] Don V. Balaguer, *Historia de Cataluña*, t. VIII, páginas 422-454.

[4] Se ratificó en 30 de Octubre de 1697. *Colección de Abreu.*

Luis XIV, generoso, contra costumbre, al restituir lo ocupado desde la paz de Nimega, porque esperaba obtener mucho más en breve plazo.

---

## APÉNDICES AL CAPÍTULO XVI.

### NÚMERO 1.

**Cuadro de la marina británica trazado por T. B. Macaulay [1].**

«La lista de bajeles del Rey era abultada; presentaba nueve navíos de primera clase, 14 de segunda, 39 de tercera y muchos menores, si bien es de advertir que los primeros no podrían compararse con los de tercera clase de estos tiempos. Todavía, si hubieran estado como era de desear, compusieran fuerza digna del monarca más poderoso de la época; pero sólo eran efectivos en el papel. Al finalizar el reinado de Carlos II era tal la decadencia y ruina de la marina inglesa, que no se creyera á no certificarla testigos de autoridad incontestable. Pepys, el funcionario más idóneo del Almirantazgo, escribió en 1684 una Memoria para inteligencia del Rey, revelando la prodigalidad, corrupción, ignorancia é indolencia de que estaba afectada la administración de la marina, por la que ni se cumplían los contratos ni se fiscalizaban los ejercicios. Los navíos nuevos se habían construído con tan malas maderas, que estaban podridos é incapaces sin haber salido á la mar. En punto á puntualidad en las pagas, se consideraba dichoso el que conseguía dar con usurero que quisiera comprar su crédito con un cuarenta por ciento de pérdida. Los comandantes que no tenían amigos de influencia lo pasaban muy mal, y muchos oficiales, después de solicitar años y años los atrasos, habían muerto por falta de un bocado de pan.

»La mayor parte de los bajeles estaban mandados por hombres ajenos á la mar, abuso que no era reciente, pues que de tiempo atrás ni Inglaterra ni las otras naciones tenían señalada separación en el servicio militar de mar y de tierra. En Francia se empezó en 1672 á educar expresamente

[1] Extracto de la *Histoire d'Angleterre depuis l'avénement de Jacques II. Traduction nouvelle par Émile Montégut.* Paris, s. a.—*Historia del reinado de Guillermo III, traducción de Daniel López.* Madrid, 1886.

para la marina á cierto número de jóvenes de buena familia; en Inglaterra no se siguió el ejemplo: cualquier adolescente de familia noble, cualquier cortesano disoluto recomendado por alguna de las amigas del Rey, podía optar al mando de un bajel de guerra. Poco importaba que no hubiera visto más que el río Támesis, que no supiera guardar el equilibrio con balances ni distinguiera la longitud de la latitud. Cuando más se les sujetaba á una campaña previa sin sujeción á la disciplina, y antes bien eran tratados con marcado respeto. Si en los intervalos de las comidas, orgías y partidas de juego llegaban á aprender algunas frases técnicas y á cuartear la aguja, eran ya considerados en disposición de gobernar un navío de tres puentes. No hay en esto exageración. En 1666 obtuvo John Sheffield, conde de Mulgrave, el mando de un navío de 84 cañones á los tres meses de haberse embarcado por primera vez, ejemplo favorable, porque si carecía de experiencia, no le faltaban valor é inteligencia; pero otros que alcanzaron iguales cargos, no solamente estaban desprovistos de las condiciones de un buen oficial, sino que eran incapaces de llegar nunca á serlo, sirviéndoles de títulos de recomendación haberse arruinado por locuras ó vicios. El atractivo del servicio marítimo para estos hombres era transportar mercancías de puerto en puerto, porque estando el mar infestado de piratas, los comerciantes no fiaban las de mucho valor más que á los buques de guerra. Un capitán solía ganar por este concepto sumas de consideración en un viaje corto, y frecuentemente ocurría descuidar los intereses de la nación y la honra de la bandera, cometer bajezas y desobedecer las órdenes de los superiores; estarse en puerto en vez de perseguir á un corsario de Salé, por ejemplo, ó dirigirse á Liorna con carga de moneda, en lugar de entrar en Lisboa, todo ello impunemente. A un capitán que por cumplir estrictamente las instruccciones del Almirantazgo renunció comisión particular que le hubiera valido cuatro mil libras esterlinas, elogió el rey Carlos con innoble ligereza calificándole de tonto.

»La disciplina armonizaba con el mando: lo mismo que el capitán de influencia se burlaba del Almirantazgo, hacía befa de él la tripulación. Obligándole la ignorancia á confiar la maniobra y la dirección de la nave al maestre, seguíanse continuos conflictos. En lo ordinario trataba á este oficial con el desdén de gran señor; en los apuros era otra cosa; pero los peores entre los capitanes aristócratas eran los que abandonaban por completo su autoridad en manos subalternas, sin ocuparse más que en ganar dinero y en gastarlo. Su manera de vivir era tan fastuosa, que raramente se hacían ricos; se vestían como para una gala de corte; comían en vajilla de plata, bebían vinos exquisitos y tenían á bordo harén, mientras que el hambre y el escorbuto diezmaba á su gente.

»Por suerte de la nación, había capitanes de género distinto, elevados desde los grados inferiores, desde grumetes. Gracias á ellos, á pesar de la mala administración y de las torpezas de los almirantes de salón, se sostuvo el pabellón en años de peligro.

»De todos modos, en el servicio de los Estuardos no hubo un solo oficial de marina que alcanzara las condiciones requeridas por la idea moderna; esto es, un hombre versado á la vez en la teoría y la práctica de la profesión, endurecido contra los trabajos de la mar y de la guerra, y poseyendo no obstante inteligencia cultivada y maneras distinguidas. En la marina de Carlos II había *marinos* y había *caballeros*, pero ni los marinos eran caballeros, ni los caballeros marinos [1].

»Jacobo II reformó muchos abusos, recordando el proverbio de «el ojo del amo engorda al caballo». No tuvo lord gran almirante, ni comisión de Almirantazgo; y aunque no le fuera difícil encontrar ministro de marina más hábil que él, acaso no hallara ninguno que no negociara con las provisiones, ni recibiera presentes de los contratistas, ni hiciera figurar en las cuentas el precio de carenas ó reparaciones imaginarias. En realidad, el Rey era la única persona de quien pudiera abrigarse la seguridad de que no robara al Rey. En su tiempo se construyeron bajeles que salieran á la mar. Dictó ordenanza excelente, aumentando el sueldo de los capitanes y prohibiéndoles el transporte de mercancías sin autorización suya. El efecto de las reformas fué palpable: en poco tiempo armó y equipó treinta navíos.»

Al advenimiento de Guillermo III, los almirantes Arturo Herbert y Eduardo Russel, que habían empujado la revolución, aunque desprovistos de sentido moral, como el hecho mismo manifiesta, obtuvieron los primeros puestos. Del primero, recompensado con título de conde de Torrington, dice nuestro autor:

«Cuando embarcaba, iba en su compañía séquito de cortesanas: era rara la hora del día ó de la noche que no estuviera ebrio; insaciable de placer, era naturalmente insaciable de dinero y de adulación. La nave capitana parecía un pequeño Versalles, pues exigía que los capitanes asistieran en la cámara á la hora de acostarse y de levantarse. Algunos abyectos le vestían, y mientras uno peinaba la peluca otro le presentaba la ropilla. Imitábanle los inferiores, y así andaba la disciplina. El oficial que no se prestaba al servilismo, pasaba su tiempo en Londres con licencia. Fué magnífico tiempo para los contratistas, que enviaban á los navíos carne que no comieran los perros, y cerveza que olía lo mismo que el agua de la sen-

[1] Todas estas consideraciones proceden de la Memoria presentada por Pepys á Carlos II en Mayo de 1684. Se mantiene manuscrita.—(*Nota del autor.*)

tina. Los mares británicos quedaban en tanto á merced de los corsarios franceses, y era tan difícil y costoso conseguir escolta de naves de guerra para los convoyes, que los mercaderes, no pudiendo satisfacer lo que los capitanes exigían por el servicio á que gratuitamente estaban obligados, se entendieron con corsarios holandeses para suplirlo.»

Ocurrió en ocasiones juntarse en el Támesis y en el Texel 400 naves mercantiles, que no se atrevían á salir á navegar sin protección.

El almirante Russel, cuya pintura no es tampoco de envidiar, creado vizconde de Barfleur después de la victoria de la Hogue, obsequió á los marineros de su escuadra con un ponche *marítimo*, cuyo relato no huelga en este sitio.

Dispuso que en la pila de mármol de su casa de campo vaciaran ocho pipas de agua, cuatro de aguardiente, dos de vino de Málaga, ochenta botellas de zumo de limón, dos mil libras de azúcar, cinco de nuez moscada y veinticinco mil limones cortados en rajas. Sobre el líquido flotaba un esquife de palo de rosa, desde el que un muchacho servía con taza de plata á seis mil invitados á varar la embarcación, es decir, á agotar el depósito, para lo cual diéronse buena maña picando la bomba del gaznate.

## NÚMERO 2.

**Memoria del conde de Estrées acerca del bombardeo de Alicante.**

«Los navíos de S. M. llegaron el 17 de este mes de Julio á Offas, punto de reunión, donde estaban ya fondeadas las galeras tres días antes, habiendo hecho aguada con toda comodidad en Tortosa.

»Se dió la vela el 18, y el 22 por la mañana llegamos á Alicante, en cuya rada había seis bajeles surtos: cuatro arbolaron bandera genovesa, el quinto veneciana; el restante, que estaba desaparejado, ninguna. Supe por los capitanes que era también genovés, detenido hacía ocho meses con pretexto de contrabando. Informáronme los capitanes que Papachino estaba en Málaga con siete bajeles, y que los de Cádiz, mandados por el conde de Aguilar, no estarían listos en algún tiempo por faltarles mucha gente.

»Teniendo dispuestas todas las cosas de antemano, á fin de no perder tiempo dispuse que Mr. de Pointis buscara fondeadero propio para las bombardas, mientras por uno de los dichos capitanes genoveses enviaba á decir al Gobernador de Alicante que si quería evitar la ruina de la población era preciso que los vecinos se allanasen á pagar la contribución que les fuera impuesta: se lo avisaba buenamente antes de empezar la hostili-

dad, pero debían estar advertidos de que su negativa traería consigo la destrucción completa de la ciudad. Respondió con la arrogancia que suelen mostrar los españoles, y sin admitir términos de arreglo rompió primero el fuego contra las lanchas que iban tendiendo anclas para las bombardas.

»Éstas quedaron situadas á tiro de mosquete de la ciudad, á fin de prevenir los inconvenientes de la mala calidad de la pólvora y de las bombas que se ensayaron en Barcelona, de las que muchas reventaron al salir del mortero, aunque no se cargaban más que con 13 ó 14 libras de pólvora en vez de las 18 ordinarias. Me sorprendió que población de mucho menos importancia que Barcelona hiciera mayor resistencia, así para impedir el anclaje de las bombardas, como contra éstas, que empezaron á disparar hacia las cuatro de la tarde, pero con poco resultado, por seguir reventando las bombas en el aire. Un cañón roto por bala de la plaza hirió á algunos marineros en la bombarda de Mr. Beausier, y Mr. Graudpré sufrió dos contusiones, teniendo cuatro marineros gravemente heridos en la suya. Hacia las siete de la tarde empezaron á caer las bombas reformadas, no solamente en la ciudad, sino también en los baluartes y torres artilladas, que se vieron desiertas, quedando las galeotas en la tranquilidad de un ejercicio. Á media noche prendió el fuego en diversos sitios de la población, sirviendo de puntos de mira al tiro, continuado sin parar. Lo mismo se hizo el día y noche siguiente, hasta el 24, que fué preciso retirar las bombardas por la mar gruesa que entró; pero el incendio había tomado cuerpo, de modo que en la segunda noche parecía la llama violenta y extendida por todos los edificios.

»Este mismo día entró un navichuelo ligero procedente de la Mancha é Irlanda, cuyo capitán me dijo haber encontrado á las escuadras de Inglaterra y de Holanda sobre Plymouth, y á la de Francia á cinco leguas de Ouessant; que el 16 había visto á la del conde de Aguilar cruzando sobre cabo San Vicente con 12 navíos en espera de flotas de Indias, en la creencia de que se retardarían. La nueva me hizo creer que acabaríamos la campaña sin oposición; sin embargo, no dejé de tomar precauciones para no ser sorprendido, teniendo siempre en la mar fragatas de guardia que me avisaran. El 25 hizo una de ellas señal de avistar muchas velas, y en el acto me dispuse á salir, no verificándolo por informarme un buque genovés llegado en aquel momento que eran seis naves mercantes, cuatro inglesas y dos holandesas procedentes de Liorna. Advertidas estas naves por los cañonazos, forzaron de vela, y aunque envié á Mr. Gabaret con tres fragatas de las más ligeras, no consiguió alcanzarlas.

»Me serví del capitán del buque genovés para enviar al Gobernador de Alicante segunda proposición, y pidió término para contestar el día si-

guiente; mas juzgando lo hacía con objeto de ganar tiempo, extinguir el incendio que aún duraba y salvar efectos, dispuse situar de nuevo las bombardas para disparar las bombas que quedaban, y que no hicieron menor efecto que las primeras. Nadie duda de la completa ruina de esta ciudad, que se ha visto arder durante cinco días con sus noches sin intermisión. Puede asegurarse queda bien castigada, y si el ejemplo no intimida á otras en lo sucesivo, no es de esperar que se obtenga dinero por este medio, sea donde sea.

»El efecto de las bombas ha excedido á lo que razonablemente debiera calcularse; no me pareció, sin embargo, bastante, y discurrí otros medios de hacer daño al enemigo, reconociendo la ensenada en que estaban amarradas nueve barcas protegidas por la artillería de la plaza, pareciéndome posible capturarlas, así como también el navío genovés confiscado, de que antes hice mención. Encargué al bailío de Noailles destacara cuatro galeras para remolcarlas así que abordaran las embarcaciones, y se hizo lo primero, no habiendo encontrado á bordo más que siete ú ocho hombres.

»Al mismo tiempo fué Mr. de Pointis con las lanchas armadas, provistas de camisas embreadas, al ataque de las barcas. No fué posible sacarlas afuera: los enemigos habían hecho á su inmediación una trinchera, desde la que sostuvieron fuego de mosquetería. Se aplicaron los artificios, pero por la precipitación con que se habían preparado, sólo cuatro de las barcas, cargadas de trigo, ardieron, quedando las demás deterioradas.

»El 27 por la tarde llegó el Sr. Gineste del crucero en que estaba sobre cabo de Gata para observar cualquier movimiento del enemigo, sin averiguar otra cosa que Papachino continuaba en Málaga con siete bajeles.

»Decidí en este tiempo atacar al muelle, que no estaba defendido más que por un baluarte de tres piezas con las que habían molestado mucho á las bombardas. En el Consejo con los oficiales generales había parecido á todos que estaban abandonadas las baterías desde que empezaron á caer las bombas, y que no sería difícil clavar los cañones en caso de no poderlos embarcar; yo sospechaba, no obstante, que los hubieran retirado en previsión de lo que podía suceder, y para averiguarlo con certeza mandé á Mr. de Pointis se aproximara con dos lanchas cañoneras, lo que hizo, barriendo el muelle y asegurándose de estar vacías las troneras. Desistí, por tanto, del ataque, no teniendo otro objeto, limitándome á hacer disparar el resto de bombas. Los enemigos, que no habían disparado contra las lanchas cuando se aproximaron, rompieron el fuego de cañón desde varias partes de la plaza al retirarlas; á una pasaron de parte á parte, y en otra hirieron á cuatro hombres de astillazos.

»Consumidas las bombas dí orden de hacer con toda diligencia los pre-

parativos de marcha, no queriendo permanecer ni un instante, sin necesidad, en sitio tan cerrado por la tierra. Esta diligencia y precaución que yo estimo necesarias para todo y que no son del gusto de muchos, acostumbrados á proceder con lentitud, no fueron inútiles, como ha de verse.

»Á las ocho de la mañana del 29 hizo señal la fragata de guardia de Poniente de avistar muchas velas, con lo cual puse incontinenti la de zarpar, y se verificó muy pronto. Á poco se descubrió desde lo alto de los palos á la armada española en número de 23 naves; dos galeras, 17 ó 18 navíos gruesos y el resto *brulotes*, navegando en popa con viento del SO. La neblina de la madrugada había impedido verlos de más lejos. Nosotros teníamos dentro de la bahía brisa del ENE. muy floja y era necesario barloventear desatracándonos de la tierra, mientras que el enemigo llegaba con viento fresco de que no disfrutábamos ni disfrutamos nunca, lo que suele suceder en estos mares, y no poco nos contrariaba de momento. Poco tardamos en distinguir desde la cubierta las insignias de almirante, vicealmirante y gallardete en el palo mayor que arbolaba el comandante de la retaguardia. Mandé que las galeras remolcaran á las bombardas y transportes, y habiendo formado los navíos en línea de combate, en vez de pensar en alejarme del enemigo, tomé la vuelta que me acercaba más á él, forzando de vela como si tuviera intención de atacarle; y como juzgara por esta maniobra, que á muchos pareció demasiado atrevida, que yo trataba más bien de provocar el encuentro que de evitarlo, los españoles cargaron las velas mayores, se pusieron en facha, reviraron unos sobre otros, indicando, con las maniobras contrarias á las que debieran hacer, su indecisión. Esto dió tiempo á que los bajeles pequeños pudieran salir del saco, remolcados por las galeras, sin embargo de lo cual prolongué mi bordada hasta llegar á tiro y medio de cañón de la vanguardia enemiga. La hubiera seguido mucho más á no cambiar el viento y obligarme la proximidad de la tierra á virar, lo que hice viendo que ya todos los bajeles menores habían franqueado.

»No me cuidé entonces más que en retirarme en buen orden ante la extremada desigualdad de fuerza del enemigo, pero sin la menor apariencia de temor. Entonces volvieron á marear las velas bajas y á seguirme, siempre en popa, teniendo yo otro viento, porque nunca me ha soplado el mismo que á ellos, lo cual les daba mucha ventaja. Hacia las seis de la tarde se afirmó al NNE., y me hallé una media legua á barlovento de su vanguardia, haciendo rumbo al E.; las galeras seguían remolcando con escaso efecto por ser la mar gruesa. Se mantuvieron los enemigos á la misma distancia hasta llegar la noche, con lo que, habiendo disparado algunos cañonazos, desaparecieron.

»Como mantuve encendidos los faroles en demostración de no temerles, hubiérales sido fácil proseguir la marcha, y por ello, no viéndolos al amanecer, pensé que viniendo de crucero tendrían necesidad de agua é irían á proveerse en Alicante. Reuní á los capitanes, cuya opinión apareció dividida en la apreciación del rumbo que más nos conviniera: unos preferían el de la costa de España, otros el de las islas de Mallorca, alegando cada cual sus razones. Al fin me decidí á escribir á Mr. de Noailles que si quería encargarse de las bombardas le dejaba en libertad de manejarse sin sujeción á los navíos; mas antes de enviar la carta reaparecieron los enemigos, ocultos hasta entonces por la configuración de la costa. Habían adelantado, porque durante un chubasco que desfogó en la noche, largaron el remolque las galeras; algunos bajeles se retrasaron y fué menester esperarlos. Una de las bombardas estuvo muy cerca, y marchando las galeras á vanguardia no veían las señales; tomé el partido de destacar á Mr. de Pointis, el que, gracias á la ligereza de su bajel, no sólo incorporó á la referida galeota, sino que, después de entregarla al cuidado de una galera, esperó á una tartana rezagada, y asimismo la proporcionó remolque.

»Como todo esto consintió á la vanguardia española aproximarse, especialmente á dos galeras y á tres navíos de los más ligeros, me atravesé con el mío, acompañado de *Le Marquis* y *Le Fortuné*, después de hacer señal á los otros de continuar su marcha. La maniobra obligó á los avanzados del enemigo á hacer otro tanto en espera del grueso de la armada, y tan luego como los atrasados pasaron adelante, orienté las velas.

»Á la entrada de la noche volvieron á alejarse los españoles y no se vieron más. En este momento nos hallamos entre las islas de Mallorca é Ibiza, desde las cuales me propongo pasar al Sur si el viento continúa. Las galeras han sido de mucha utilidad, particularmente el primer día al sacar á los transportes del fondo de la bahía: hubiéramos, no obstante, salido del mismo modo no teniéndolas, aunque quizás no lo hiciéramos sin emplear las armas. Hasta el presente no hemos perdido ninguno de los bajeles ni una tartana siquiera, y espero que así llegaremos á Tolón. Hay quien cree que los enemigos hayan pasado entre Ibiza y la tierra firme para esperarnos al Norte de las islas ó en la costa de Provenza. No es ésta mi opinión.—Á bordo de *l'Éclatant* 31 de Julio de 1691.—El Conde de Estrées [1].»

[1] Mr. E. Sue, *Histoire de la Marine Française*, t. IV, págs. 183-192.

# XVII.

## EN LAS INDIAS.

### 1683-1695.

Opiniones emitidas acerca de los flibusteros. — Dañado objeto que tuvieron.— Nuevos jefes piratas.—Saquean á Veracruz.—Incendian á Campeche.—Naufragio de galeones.—Un criollo aprovechado.—Expedición de Cavelier de la Salle al Mississipí.—Fracasa.—Reconócese con este motivo la costa y se funda el presidio de Panzacola.— Ofensiva española.— Sorpresa de Petit-Goave.—Toma y destrucción del Guarico.— La defensa de los flibusteros no corresponde á su fama.—Nueva jornada en unión de escuadra inglesa.— Se arrasan los fuertes de Cabo Francés y Port-de-Paix.—Trofeos tomados.—Juicios de la campaña.

Los que, deseosos de conocer lo ocurrido en las Indias durante el período de la guerra europea, acudan á los libros escritos en Francia, verán con frase uniforme y concepto casi idéntico ensalzadas las empresas de los flibusteros y atenuadas sus atrocidades, á favor de la idea, mucho antes emitida por Isabel Tudor y Oliverio Cromwell, según va dicho, de ser la piratería que fomentaban castigo de la Providencia á los excesos de los conquistadores de América.

Por rareza algún autor insinúa que los más notables aventureros «*personas honradas*, á impulsos del sentimiento de justicia, abandonaron los hogares propios *para vengar á Europa de la insolente prepotencia de España*» [1]; en general no

[1] Mr. P. Cristian, *Histoire des pirates et corsaires de l'Océan et de la Méditerranée*. París, 1853.

tratan de investigar causas, sino de referir con complacencia efectos, inspirándose en las relaciones de Oexmelin y de Ravenau de Lussan, que por piratas de nota deben sin duda estimarse escritores verídicos y hombres de conciencia.

Cuentan, pues, que los españoles temblaban á su vista, arrojaban las armas sin aliento para defenderse, y así, con una simple barca se hacían los flibusteros señores de los grandes galeones *cargados de millones de pesos* [1].

La verdad es que desde la promulgación de las Ordenanzas de corso había cambiado bastante el aspecto de los asuntos americanos; que las piraguas en la mar y las milicias en tierra obligaron á los flibusteros á reunirse en número y fuerza para las expediciones, y que éstas disminuyeron por consiguiente.

A los antiguos jefes, muertos ó retirados, habían sustituído Grammont; el noble Grammont, según Mr. Guérin, «hombre que poseía el arte de cautivar, de arrebatadora elocuencia, de gracia y distinción en las formas, de brillante valor, héroe é ídolo de los flibusteros franceses». Van Horn, natural de Ostende, pero á quien el referido Mr. Guérin reivindica para su patria sin que nadie le dispute la gloria de posesión. Lo-

[1] Se distingue entre los historiadores aludidos el que por otros conceptos he citado repetidamente. Mr. León Guérin: las proezas *des Frères de la Côte* le entusiasman y admiran al punto de adornarlas con todas las galas de su imaginación y de su estilo entretenido. Tratando de los pobres españoles, dice (t. III, pág. 185): «Ils obtenaient la vie si les galions qu'ils ramenaient du Nouveau Monde étaient bien chargés d'or, d'argent, de pierreries ou d'autres richesses; mais si l'espérance du vainqueur était déçue, alors malheur à eux! on les jetait impitoyablement à la mer.» No existe noticia de que los flibusteros llegaran á apoderarse de ningún galeón; sus empresas eran de otra especie, pero el autor sigue contando: «C'est ainsi que, en se gorgeant de trésors, échangeaient souvent leurs barques contre des vaisseaux, et parvenaient quelquefois à se composer des escadres..... C'est ainsi (página 416) que les Espagnols, trouvant leur perte dans l'amas même de leurs richesses, plus abrutis que les esclaves qu'ils avaient si longtemps foulés aux pieds, expiaient la conquête du Nouveau Monde si atrocement accomplie par eux; c'est ainsi que les vengeances célestes s'étendaient sur leurs fronts avilis, par la main de ces aventuriers plus braves, mais non pas plus impitoyables qu'eux.» Mr. Henry Martin no difiere: «Ils (los piratas) firent expier cruellement les crimes des conquérants de l'Amérique à leurs descendants amollis. Les Hispano-Américains fuyaient devant eux comme des troupeaux devant le lion.»

Excusado me parece transcribir las palabras de escritor precedente, de Mr. Benard, en la *Encyclopédie Moderne*, t. XV, artículo *Flibustiers;* son muy parecidas.

renzo de Graff, holandés, llamado por los españoles *Lorencillo* á causa de su corta estatura. Miguel ó Michel el Vasco, y otros de menos renombre.

Dos piraguas de la isla de Cuba les dieron buen golpe, sorprendiendo el año 1683 la madriguera que tenían formada en Siguatey, una de las islas Lucayas, donde todo quedó arrasado; otra puso en apretura á *Lorencillo*, encontrándole en isla de Pinos en momentos en que estaba la mayor parte de su gente en tierra cortando leña; se vió en la precisión de abandonarla picando los cables. En estas operaciones se distinguieron los capitanes Gaspar Acosta y Tomás de Urubarru; pero aunque con las de su especie se restaran unos cuantos bandidos, ¡eran tantos!

Van Horn los convocó, ideando una de las empresas más osadas que jamás hubieran acometido: la de entrar en Veracruz y hacerse dueños de los almacenes del comercio de Nueva España, para lo cual se juntaron los cabos referidos con seis naves grandes y 1.200 hombres de toda procedencia, entre los que no dejaba de haber algún criollo. Siempre contaron los piratas con inteligencias y con gente práctica de la tierra que iba á la parte en las ganancias, y que quizá medrando obedecía á otros impulsos de pasiones bajas. Sin esta ayuda interior no se explicara el éxito conseguido por los bandoleros.

Toda esta gente dicha desembarcó sigilosamente en la Veracruz vieja, á dos leguas de la plaza, en la noche del 17 de Mayo de 1683, y antes de amanecer penetró en la ciudad sorprendiendo al cuerpo de guardia en que había tres soldados, firmes hasta morir. Ningún otro intentó resistencia; desde la cama salieron los vecinos para ser encerrados en las iglesias, y como no pensaron los piratas en otra cosa que el saqueo, más de cien personas perecieron de hambre antes que llegara la hora de intimarles el rescate de la vida. El botín pasó de tres millones de reales de plata, joyas y mercaderías, sobre el cual pidieron por el rescate dicho 150.000 pesos. Estuvieron embarcando efectos hasta el 29, con toda tranquilidad, y se hicieron á la vela llevándose 1.300 esclavos

negros, á tiempo que llegaba al puerto la flota de España, que no les puso impedimento [1].

La repartición de la presa ofreció, como de ordinario, mayores complicaciones que ella misma, originando un duelo entre Van Horn y Graff, de cuyas resultas murió el primero, iniciador de la jornada.

Coincidió la desgracia de Veracruz con la experimentada por la flota de Tierra-Firme y galeones de escolta, gobernados por el marqués de Brenes. Habiendo salido de Cartagena, tuvieron á pocos días temporal con que se perdió el nombrado *Teresa* sin salvarse más de cuatro hombres, recogidos de la mar por otros navíos; naufragó el *Santiago*, que apartado de la conserva arribó á la Habana, si bien de éste llegó á tierra la mayor parte de la gente; otro navío más pequeño y el patache de la escuadra zozobraron también al tratar de volver al puerto de salida, y el galeón *Gobierno*, que estuvo á punto de perecer, llegó á la Habana tan descalabrado que no pudo continuar el viaje y fué preciso trasbordar á otro los caudales. Volviendo á salir ganó sobrenombre de *Desgraciado* por las repetidas arribadas en que dos veces más se consideró perdido y por haber ocasionado tan continuados pesares la muerte de su gobernador D. Antonio de Aguirre. Por fin entró

[1] Relación ms. *Colección Navarrete*, t. x, núm. 33. Oexmelin detalla las atrocidades cometidas con el vecindario; fija el botín del saco en seis millones de escudos, el rescate en 200.000 más, y dice que al retirarse pasaron entre la flota, que era de 17 naves. Todo esto lo engalana Mr. Guérin, agregando que se presentó en las alturas inmediatas á la plaza un cuerpo considerable de tropa, y en el puerto una escuadra de 17 navíos procedentes de Europa, pero que, sin asombrarse los *Hermanos de la Costa*, se retiraron audaz y brillantemente pasando por medio de los navíos españoles, á los que retaron, sin que se atrevieran á dispararles un cañonazo. Algún fundamento hay en la jactancia. La flota mandada por D. Diego Zaldívar llegó á la entrada del puerto á tiempo en que las naves de los piratas estaban fondeadas en la isla de Sacrificios: pudo atacarlas, pues que se encontraba á barlovento, mas no se ocupó de ellas, consintiendo que se largaran. En el juicio de residencia alegó haberle ordenado salir de Cádiz demasiado tarde, con las naves sobrecargadas y poco marineras, por lo cual había empleado noventa y dos días en el viaje y llegaba falto de bastimentos. Admitidos los descargos, le dió el juez por libre; no así los mercaderes saqueados ni el público en general, que pensaba haber merecido que le cortaran la cabeza. Así lo asentó el marqués de Barinas en representación dirigida al Rey, de que hay copia manuscrita en la Academia de la Historia, *Colección Salazar*, K. 109.

en Cádiz el 25 de Abril de 1683, pudiéndose entonces hacer cuenta de pérdidas de la expedición con imponderable sentimiento de los interesados [1], bastantes en número, porque corrieron la misma fortuna dos registros, los más importantes de Buenos Aires, que estuvieron casi zozobrados á la salida del río de la Plata, arribaron á Río Janeiro, y con tormentoso viaje llegaron á Cádiz el 11 de Octubre del mismo año.

Algunos encuentros ocurrieron entre bajeles de la armada de Barlovento ó de corsarios y los de los flibusteros, que generalmente escapaban, porque no era su objeto ni su oficio combatir cuando no había otra cosa que ganar que plomo ó hierro, digan lo que quieran los panegiristas. Lo que sí parece consiguieran ellos, así lo cuenta por lo menos Oexmelin, fué la presa de dos naves mercantes holandesas en las que varios particulares habían embarcado caudal, confiando en la bandera, y por cándidos perdieron unos 250.000 escudos [2].

En 1685 desembarcaron en tierras de Campeche sobre 1.000 piratas, que se internaron, con intención de dar sacamano á Mérida. Encontraron harta prevención y apuro, pues, separados de la playa, les fueron apresadas las embarcacio-

[1] Noticias de Alsedo en el *Aviso histórico;* las consignadas por el marqués de Barinas en la representación citada anteriormente suponen mayor pérdida. «Una flota, dice, se tragó la mar en tiempo que era virrey el marqués de Villena; siete navíos perdidos, y estos galeones donde se ahogaron más de 1.600 españoles por haber salido de Cádiz sin tiempo regular, como se vió en despacharlos á 28 de Enero de 1681, aunque pudieran escarmentar los ministros del Consejo de Indias con la pérdida de otros galeones, siendo general D. Pablo de Contreras, por la orden que le enviaron.» Presumo que al mismo naufragio de galeones del marqués de Brenes alude Lafuente (*Historia general de España*, t. XVII, pág. 170), en noticia copiada posteriormente por Gebhardt, March y Labores, con otros que suelen seguirle, de haber hundido una tempestad en el Océano cinco bajeles que venían de la India con 20 millones y más de 1.400 personas, sin que se pudieran salvar hombres ni dinero.

[2] Algunas otras capturas señala el referido marqués de Barinas, á saber: «El situado que iba á Santo Domingo el año 1673 en el navío de Bernardo de Espejo, se lo llevaron los piratas, y era de más de 300.000 pesos. En 1682 apresó Lorenzo Corneli otro situado de 120.000 pesos, y otro tanto de particulares, en una nao de la armada de Barlovento, con el descrédito consiguiente. El mismo Lorenzo apresó la nave de registro de Honduras y su patache, que importaban 500.000 pesos.»

nes; pudieron, no obstante, retirarse los más, y volvieron en mayor número, capitaneados por Grammont, esta vez derechos á la ciudad de Campeche, que los vecinos abandonaron. En ella permanecieron dos meses, corriendo los alrededores en radio de ocho á diez leguas; y como no surtieran efecto las instigaciones para que los interesados rescataran los edificios, les pusieron fuego después de embarcar todo lo de valor.

Todavía el famoso Grammont, honrado por el Rey de Francia con títulos de su teniente, quiso despedirse de la vida de aventuras con expedición reservada, para la que salió de la isla de Santo Domingo con su navío y 180 hombres de elección. Alguna turbonada debió acabar con ellos; nada se ha sabido de su paradero.

Se trató en París por entonces de cierto proyecto que requiere antecedentes. Un D. Diego de Peñalosa, nacido en Lima, sujeto de talento, travesura y fácil palabra, de que ya se ha hecho mérito en esta obra con otros motivos [1], desterrado de Nueva España por sentencia del Tribunal del Santo Oficio, se fué á Londres, y encontrando medios de introducción en el despacho de los ministros y aun en las cámaras del duque de York y del príncipe Roberto, ofreció sus conocimientos y servicios, encaminados á que el Gobierno inglés pudiera hacerse dueño de la Habana, de Panamá y de la comunicación de los mares. El Embajador de España desbarató la trama que urdía, obligándole á salir de las islas Británicas; pero trasladándose á París empezó á tejer otra nueva, logrando hacerse oir del ministro, marqués de Seignelay y que le prestaran concurso el príncipe de Conti, el cardenal d'Estrées y algunos otros personajes. Hacíase pasar por conde, adelantado, ex gobernador y capitán general de Nuevo Méjico, caballero del hábito de Calatrava y descubridor del maravilloso reino de Quivira, de cuya supuesta jornada presentaba relación y diario, compuesto con algunos datos ciertos y muchos de fantasía. Demostrando con otros papeles el

[1] Tomo IV, pág. 353.

conocimiento que poseía de las regiones indianas, incensando al ministro y pretendiendo ante todo hacerse súbdito «*del soberano más grande que haya existido jamás*», fué proponiendo sucesivamente, ya que el reino de Quivira no se estimaba apetecible por estar tierra adentro, la conquista y ocupación de Panuco; el establecimiento en Río Bravo; la entrada en la provincia de Nueva Vizcaya y la posesión inmediata de minas que producirían 20 á 25 millones de libras de plata al año, á todo lo cual comprometía su persona y vida sin que se le diera más que el título de jefe de la empresa, uno ó dos bajeles de guerra, y autorización para reunir en Santo Domingo, á sus órdenes, 1.200 bucaneros y flibusteros franceses [1].

A punto de recaer resolución, vino á entorpecerla la llegada á Francia de Roberto Cavelier de la Salle, que, desde la región de los grandes lagos, á que había llegado por el Canadá, decía haber descendido al Golfo mejicano por ciertos ríos caudalosos, nombrados *Colbert* y *Segnelay*, á través de llanuras de que había tomado posesión por el Rey de Francia, y puéstoles por honra suya el de Luisiana [2]. Pedía autorización y auxilios para fundar colonia en lugar tan propicio, y ayudábanle con la opinión pública el agrado que al ministro producía la idea de ver fijo en los mapas, á perpetuidad, el nombre de su padre junto con el suyo.

Sin desanimarse Peñalosa por el contratiempo, ligó el plan de la Salle con el propio, esforzando las pruebas de ser complemento uno del otro y respondiendo á cuantas objeciones se le hacían con admirable facilidad; mas ni aun con el argumento convincente de que á su voz acudirían, como un solo hombre, parientes, amigos y criollos de señorío en el país, tan luego publicara ser enviado del Gran Rey para librarlos de la opresión de los *gachupines*, sus enemigos y de

[1] De estos particulares presenté á la Real Academia de la Historia informe, que, con título de *Don Diego de Peñalosa*, se publicó en el tomo x de sus *Memorias*, acompañado de documentos.

[2] M. Pierre Margri, *Mémoires et documents pour servir à l'histoire des origines françaises des pays d'Outre-mer*.

ellos; ni con la seguridad dada de que sin disparar un tiro haría reconocer la autoridad de S. M. Cristianísima y la mantendría con un destacamento de 100 franceses, pudo lograr que no se aplazaran sus planes.

Los de la Salle se pusieron en ejecución en el mes de Julio de 1684, saliendo de la Rochela cuatro bajeles con pertrechos y gente. Tres de ellos se perdieron con el material completo; de los hombres, cuatro regresaron á Francia y nueve más se salvaron en Nueva España; el caudillo, muerto á manos de sus más allegados, quedó insepulto en el campo, desnudo el cuerpo, para que más fácilmente fuera pasto de las aves y de las alimañas [1].

A nuestro objeto importa consignar que el general de la armada de Barlovento, D. Andrés de Ochoa y Zárate, apresó en el seno mejicano (1685) una de las fragatas francesas, por cuya tripulación se informó de la presencia en aquellos parajes de la expedición de la Rochela, así como de su objeto; y avisando luego la novedad al Virrey de Méjico, dispuso éste despachar buques ligeros que investigaran lo cierto. Salió, en consecuencia, de la Habana, en Enero de 1686, el piloto Juan Enríquez Barroso, matemático y hombre de mucha experiencia en aquellos mares, con orden de reconocer con la mayor escrupulosidad la costa del Golfo desde el cabo del Lodo hasta Apalache, que era adonde se suponía irían los bajeles enemigos. Cumplió la comisión registrando cala por cala todas las entradas de la costa; fondeando durante la noche y continuando el examen por el día con grandes trabajos, sin lograr el encuentro de lo que buscaba, y regresando á Veracruz, remitió al Virrey diario puntual de su campaña marinera y carta del reconocimiento.

Repetidas las diligencias con dos bergantines que mandaban D. Martín de Rivas y D. Pedro de Iriarte, tardaban tanto que se creyó y llegó á decirse que habían naufragado, en cuyo concepto dos fragatas, dirigidas por D. Andrés de Pes y D. Francisco Gamarra, dieron la vela, llevando como

[1] *Don Diego de Peñalosa*, informe citado.

práctico al piloto Luis Gómez Raposo y por cosmógrafo al catedrático de la Universidad de Méjico, D. Carlos Sigüenza. Los bergantines hallaron en la bahía de San Bernardo restos del naufragio de los franceses, en testimonio de lo cual arrancaron de la popa de uno de los bajeles tres flores de lis; extrajeron del agua cuatro piezas de artillería y otros objetos. También hallaron las fragatas á los cascos destrozados, y dieron cuenta al regreso, suponiendo que por el siniestro hubieran desistido los franceses de la expedición. Persistía, sin embargo, el rumor de estar establecidos en la costa, por lo que verificó tercera exploración el referido D. Andrés de Pes, especialmente por Movila, bocas del Mississipí y parajes contiguos, sin hallar nada. Por tierra continuó el registro el capitán Alonso de León, gobernador de la provincia de Coahuila, penetrando por la región de los Tejas (1689) con 400 arcabuceros á caballo. En las inmediaciones de la bahía de San Bernardo halló en ruinas la casa-fuerte construída por los franceses, 18 piezas de artillería y muchos pertrechos; y sabiendo por los indios que algunos expedicionarios habían quedado entre sus tribus, escribió cartas instándoles á presentarse, con seguridad de que los recibiría cual cristiano y caballero. Acudieron dos, que hicieron completa relación de ocurrencias, sin ocultar el asesinato de la Salle, y de vuelta en Nueva España, certificados de la falsedad con que les predijeron en Francia mal tratamiento si caían en manos de españoles, declararon que en diferentes naciones de salvajes quedaban todavía algunos de sus compatriotas, saliendo, en consecuencia, otras dos columnas que llegaron hasta el territorio de los Cenís y rescataron el total de los nueve franceses supervivientes. Los dos primeros trajo á España D. Andrés de Pes, á disposición del Consejo de Indias, por si quería interrogarlos, resultando del asunto y de las diligencias verificadas, en primer término, el conocimiento hidrográfico de la costa, entre Veracruz y la Florida, que imperfectamente se tenía antes; en segundo lugar, la resolución de fortificar y poblar con fuerte presidio el puerto de Panzacola, para lo que se dió comisión al mismo

D. Andrés de Pes, y así acabó el asunto de Peñalosa, olvidado en España y en Francia [1].

Al paso de los sucesos referidos, ocurrían por diversos parajes algunos de entidad, cual fué el de invasión en la Española por Mr. Cussi, gobernador de las posesiones francesas, lugarteniente de Luis XIV, empeñado en extender la influencia de su nación en la isla.

En la mar se produjeron incidentes poco favorables á nuestras armas: los bajeles de la *Compañía guipuzcoana*, autorizada por el Rey para emplearlos en corso y mercancía, más atentos á lo segundo, dejáronse sorprender por el pirata Graff, ahora condecorado, lo mismo que Grammont, con el título de teniente del Rey. Dos de las goletas guardacostas fueron rendidas y apresadas por él, y una de las fragatas guipuzcoanas tuvo que embarrancar en Jaruco á fin de evitar la misma suerte (1687); pero no escaseaban los corsarios particulares, que tanto habían servido de freno á las correrías de los enemigos en el terreno ofensivo, y es digna de memoria la empresa de uno de ellos, Blas Miguel Corso, hasta por el apellido á propósito para la profesión. Atribuyendo la muerte de un su hermano á Lorenzo de Graff, trató de sorprenderle en Petit Goave, colonia francesa formada en la isla de Santo Domingo, y á ello fué en una piragua con no más de

[1] Barcia refiere algunos de los incidentes de la expedición en el *Ensayo cronológico de la Florida*. Muñoz insertó varios documentos en el tomo XXXVIII de su colección de manuscritos, que conserva la Academia de la Historia; y de lo que atañe á la hidrografía, queda libro escrito por D. Carlos de Sigüenza y Góngora, cosmógrafo de S. M., titulado *Descripción de la bahia de Santa Maria de Galve (antes Panzacola), de la Movila y rio de la Palizada ó Misisipi, en la costa septentrional del seno Mejicano, á que fué llevado por el Excmo. Sr. D. Andrés de Pes, gobernador del Real Consejo de Indias y secretario del Despacho Universal de Marina, siendo Almirante de la escuadra de Barlovento.* Hay también en la *Colección Navarrete*, t. II, número 23, ms., *Relación enviada á S. M. por el virrey de México, de lo acaecido en la segunda entrada por tierra que hizo el capitán Alonso de León, al reconocimiento de la bahia del Espiritu Santo.* Año de 1690.

Juan Enríquez Barroso, piloto, escribió: *Diario del reconocimiento de las costas del Norte del seno mejicano y mapa de ellas,* con destino al Consejo de Indias, año 1686, y *Nuevo reconocimiento de la costa de Apalache*, remitido al virrey conde de la Monclova, en 1687. Luis Gómez Raposo, piloto mayor de la armada de Barlovento y capitán de mar y guerra, redactó también *Diario y noticia del viaje á la Florida y Apalache, el año* 1687.